



**HIJO
DEL
PASADO**

NOVELA

BLANCA MIOSI

HIJO DEL PASADO

BLANCA MIOSI

Copyright © 2019, Blanca Miosi

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

En *Hijo del pasado* aparecen algunos personajes históricos así como situaciones basadas en acontecimientos reales. Algunos de los nombres fueron cambiados para preservar su identidad, sin embargo, se trata de una novela y, como tal, es una obra de ficción.

A Henry, siempre.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Nota de la autora](#)

[Biografía](#)

[Si te gustó esta novela te invito a leer mis otras obras en Amazon:](#)

[Enlaces de la autora](#)

Capítulo 1

Hyde Park,
Estado de Nueva York, 2005

Para Daniel Kozlowski los codiciados años dorados no tenían el significado que había imaginado. Durante setenta y un años abrió los ojos a las cinco y treinta de la mañana, y supuso que lo seguiría haciendo hasta que los cerrara de manera definitiva. Estar sentado por las tardes en uno de los sillones de mimbre del porche interior para contemplar la naturaleza después de cumplir con los quehaceres que se había autoimpuesto no tenía nada de entretenido, y después de un año en esa tesitura estaba arrepentido de haber cerrado el trato dejándose llevar por la impulsividad. Los mejores años de su vida los había pasado en otro lugar del mismo nombre, Hyde Park, pero el de Chicago, y él, como hombre supersticioso que era, pensó que se trataba de una buena señal. El Hyde Park de Poughkeepsie, donde se hallaba situada la Casa Hamilton, era absolutamente diferente, tanto como la misma casa, en nada parecida a la que ellos habían tenido en Chicago. El abrumador trabajo de jardinería que Kozlowski ejecutaba sin ayuda, acostumbrado como estuvo durante toda su vida a trabajar y dar de sí lo máximo, empezaba a dejar de ser un agradable pasatiempo. Un extraño conglomerado de flores y matorrales situado de manera incomprensible en el precioso jardín posterior rompía la simétrica armonía de aquella joya, copia de un jardín italiano del siglo XVI; ese conglomerado fue lo único que le había molestado de la casa en un comienzo, hasta que supo el motivo de su existencia. Se miró las manos, grandes y fuertes, apropiadas para el trabajo que ejecutaba en esos días. Sin embargo, esas mismas manos grandes y fuertes danzaban con gracia y precisión como unas bailarinas de ballet cuando estuvieron dedicadas a la cirugía.

Empezaba a cansarse de la monotonía que implicaba mantener el tipo de vida que al comienzo le había parecido tan apropiado para ellos, hasta que apareció un visitante en sus vidas. Lo divisó desde la ventana de la biblioteca. La imagen intermitente del coche que aparecía y desaparecía a través de los sicomoros, arces y arándanos del camino le causó curiosidad. En realidad, en

su situación cualquier evento por nimio que fuese era motivo de distracción, no así para su mujer quien parecía avenirse más que él con la vida de ermitaños que llevaban pese a ser una mujer relativamente joven, aunque pensaba que jamás sabría con exactitud lo que pasaba por la mente de Viveka.

A menos que el cartero se hubiese ganado la lotería, Daniel no imaginaba quién se dirigía hacia su casa. Después de pasar la entrada sombreada por una enredadera, el deportivo siguió la curva de la rotonda y se detuvo frente a la puerta principal. El hombre que se apeó tenía una especie de afectación en sus gestos; unos modales que le pareció reconocer como propios de los ingleses. Esperó arriba. Dejaría que fuese Viveka quien abriera. Escuchó el lejano zumbido del timbre y esperó.

Al cabo de unos momentos Viveka entró a la habitación, reflejaba una mezcla de alarma y de curiosidad en el rostro.

—Daniel, hay un hombre que pregunta por la familia Hamilton. Dice ser pariente de los que construyeron esta casa.

Él puso un dedo sobre los labios en actitud dubitativa y miró al suelo.

—¿Cómo se llama?

—Francis Hamilton.

—Bajaré y veremos. ¿Te dijo a qué ha venido?

—No —respondió ella, a la vez que una sombra de preocupación cruzó su rostro.

Daniel se dirigió al largo pasillo y bajó la escalera curva que llevaba hasta el vestíbulo. Vio al hombre de pie que, de espaldas a él, observaba con atención la madera tallada del arco de entrada que daba entrada al salón. Se volvió al sentir los pasos en la escalera y saludó con una sonrisa apenas perceptible.

—Buenos días, señor...

—Daniel Kozlowski. ¿Y usted es...?

—Francis Hamilton. Encantado de conocerlo —dijo el hombre extendiéndole la mano.

El apretón que sintió Daniel no fue demasiado fuerte ni tampoco débil. Un apretón excesivamente correcto.

—Ella es la señora Kozlowski —dijo dirigiéndose a su mujer. Acostumbrado como estaba a las miradas curiosas de la gente cuando hacía la presentación, no quiso fijarse en el gesto del visitante y prosiguió—: ¿Qué lo

trae por acá? Si hay algo en que pueda ayudarlo...

—Encantado de conocerla, señora Kozlowski. —El hombre estiró la mano y se inclinó ligeramente al estrechársela—. Les ofrezco disculpas por venir sin previo aviso. Solo quería visitar la casa donde pasé mi niñez. Hace mucho de eso.

—¿Esta casa perteneció a su familia?

—Sí. Hasta que nos fuimos a Inglaterra. Entonces yo tenía diez años.

—Pasemos al salón, estaremos más cómodos —sugirió Daniel—. Como notará, no hemos cambiado nada, nos agrada tal como está.

Los esposos Kozlowski cruzaron una mirada de asentimiento mutuo con la rara sensación de que Francis Hamilton tenía más derecho que ellos a pasear por la casa, al fin y al cabo, si era quien decía ser, la casa era suya. El desconocido miró a uno y a otro lado mientras caminaba por el salón. No parecía importarle que lo vieran observar todo con detenimiento, como si fuera consciente de que su presencia era justamente para reconocer el lugar.

—Por favor, tome asiento —invitó Viveka—. ¿Gustaría una taza de café?

—Gracias, señora Kozlowski. Preferiría té, si no es molestia.

—Con mucho gusto —respondió ella y fue en dirección a la cocina, aliviada de estar fuera de la presencia del hombre quien, pese a su gentileza y buenas maneras, destilaba una inconfundible arrogancia.

—Perdone la pregunta, ¿me podría decir cuánto tiempo hace que viven aquí?

—No tengo nada que perdonarle, señor Hamilton. Negociamos el trato durante un par de meses y nos mudamos aquí hace un año. No pudimos resistirnos a la oferta que hacía el banco.

—¿Oferta? ¿Podría ser...?

—La casa estaba en franco estado de abandono —interrumpió Daniel antes de que Hamilton terminara la frase—. Los difuntos propietarios la habían dejado a cargo de su abogado, el señor Beckerman, pero él falleció, de manera que la propiedad quedó en el aire. El condado de Dutches no podía ofrecerla en venta pero, al parecer, decidieron darla en usufructo a través del Chase Bank, vimos el aviso y nos pareció interesante —explicó Daniel—. La condición fue que nos hiciéramos cargo de las reparaciones y el mantenimiento. Firmamos un contrato por veinte años. Renovables —agregó, para reafirmar su derecho a vivir allí.

—Ya veo, y parece que están haciendo un buen trabajo. La casa es grande —dijo Hamilton, sin prestar importancia al asomo de preocupación en el rostro de su anfitrión.

—Bastante, sí. Sigue teniendo algunos problemas que hemos ido arreglando poco a poco; el tejado, por ejemplo, las instalaciones eléctricas y las tuberías. Los cimientos empezaron a resentirse porque había una tubería rota en el sótano. —Daniel hizo una corta pausa y dio una mirada alrededor—. Mientras nadie vivió aquí no hubo problemas, pero al hacer uso del agua y el desagüe, salió a relucir el asunto. El abogado que se hacía cargo supo conservarla bastante bien, pero estaba deshabitada —concluyó.

—Cuando las casas están desocupadas se deterioran a mayor velocidad —concordó Hamilton.

—¿Qué lo trae por aquí? —preguntó Daniel directamente.

—Pensé tomar unas vacaciones y aprovechar para visitar la casa.

—¿A qué se dedica, si no es una indiscreción? —inquirió Daniel evitando preguntarle dónde pensaba quedarse.

—De ninguna manera. Tengo una galería de arte.

—¿Y piensa abrir otra aquí?

—No lo sé, la verdad no había pensado en eso.

Para Daniel era obvio que Hamilton había regresado con la esperanza de ocupar su antiguo hogar.

—Lamento que no haya llegado usted a tiempo... —comentó. Deseaba dejar claro que no pensaba retirarse.

Para alivio suyo, Viveka entró al salón con la bandeja en las manos interrumpiendo lo que iba a decir.

—¿Le gustan las galletas de chocolate? Las preparé hoy temprano. —Ofreció ella al tiempo que servía el té.

—Me encantan, y si son caseras mucho más.

—No pude evitar escuchar lo que decía mi esposo. ¿No llegó a tiempo para qué?

—En realidad...

—Querida, no es lo que te imaginas.

—En realidad, sí —aclaró Hamilton—. Tiene toda la razón. Es lamentable que no haya llegado a tiempo para hacerme cargo de la casa, pero, aunque quisiera, no podría —dijo con una sonrisa mientras tomaba una de las galletas y se la llevaba a la boca.

—Si desea puede hacer un recorrido a solas —invitó Daniel. Las últimas palabras del visitante le produjeron curiosidad, pero no quiso averiguar más.

—Se lo agradezco mucho, pero no me parece apropiado.

—Insistimos —subrayó Viveka animada por la invitación de su marido—. Es lo menos que podemos hacer.

Hamilton parecía saborear la galleta con intensidad, como si de pronto fuera lo único importante.

—Está deliciosa —dijo una vez hubo tragado hasta el último grumo—. La felicito, no he comido otra galleta con ese sabor tan delicado, la miel y el anís en su punto justo.

A Viveka pareció halagarle el cumplido. Y tratándose de un hombre refinado como parecía indicar Hamilton por sus modales y por provenir de Europa, consideró su opinión valiosa.

—Muchas gracias, señor Hamilton, son solo unas simples...

—No son tan simples. ¿Sabía usted que la repostería es un arte? Tiene usted arte en las manos, señora Kozlowski. Mezclar sabores no lo puede hacer cualquiera.

—Puede comer las que guste, inclusive llevárselas. Tengo más en la cocina.

Un carraspeo de Daniel la devolvió a la realidad. Por un momento el trío guardó silencio. Hamilton disfrutaba de otra galleta. Daniel, de su café y Viveka, con la taza en la mano, había adoptado un estado de contemplación propio de un yogui.

—Me pregunto si podría quedarme unos días aquí para recordar viejos tiempos...

—¿Aquí? —preguntó extrañado Daniel. Enseguida lo pensó mejor y dijo—: Por supuesto, acondicionaremos la habitación que desee.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Significa mucho para mí. Me gustaría ocupar la habitación que fue de mis abuelos, si no es demasiada molestia.

Daniel no pudo evitar mirarlo con curiosidad.

—¿La de sus abuelos? ¿No le gustaría ocupar la habitación que fue suya?

—¿Quiere que le confiese algo? Siempre soñé con dormir en esa gran habitación. Pero si ustedes la están ocupando, por supuesto que...

—Solo dígame cuál es, he contado ocho dormitorios.

Los labios de Hamilton dibujaron una leve sonrisa.

—Si me permite, se la puedo mostrar. —Tomó el último sorbo de té y dejó la taza con cuidado sobre la bandeja.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, los Kozłowski se pusieron de pie al mismo tiempo que el visitante y lo siguieron escaleras arriba.

Capítulo 2

La Casa Hamilton

La Casa Hamilton, como era conocida en la zona, había permanecido desocupada poco más de dos décadas. Durante ese tiempo tanto la mansión como sus mil doscientos acres de bosques estuvieron bajo la mirada de las autoridades del condado de Dutches, al que pertenecía el pueblo de Hyde Park al norte de Poughkeepsie, en el estado de New York. Una zona que había empezado a tener auge a raíz del turismo debido a las casas históricas donde vivieron el presidente Franklin Delano Roosevelt y Frederick William Vanderbilt y, aunque no quedaba muy cerca de estas, la gran red de carreteras hacía posible que la enorme casa de los Hamilton resultase de interés.

Para el ayuntamiento no era conveniente mantener una casa de esa categoría en malas condiciones, pues «afearía» el condado. Al no poder ponerse en contacto con los herederos o parientes de los difuntos dueños, decidieron que la mejor manera de conservarla era otorgándole a un banco —los bancos siempre resuelven ese tipo de problemas— la potestad para hacerse cargo de ella de la mejor manera posible, sin que le costase nada a la ciudadanía. Los Kozlowski leyeron el aviso mientras estaban de vacaciones en Hyde Park y se arriesgaron a hacerse cargo de la casa, el lugar les había encantado, de manera que empezaron a repararla poco a poco. A Daniel Kozlowski le agradaba la idea de vivir allí sus días de retiro, y a Viveka le pareció formidable estar lejos de Chicago, de la exmujer y de las amistades de su marido, que nunca terminaron de aceptarla, y también del bendito Bendahan que, al igual que la pequeña mujer llamada Xía, tenía tanta ascendencia sobre Daniel.

Los pasos de Hamilton y de la pareja Kozlowski resonaron sobre el piso de madera que los dirigió por el amplio corredor hacia la puerta del fondo, la habitación más grande de la casa. El visitante se detuvo ante ella y miró a Daniel.

—Puede pasar. No está cerrada con llave.

—Gracias —respondió Francis. Entró, dio una mirada alrededor y sonrió

satisfecho—. Está tal como la recuerdo. Era mi abuelo —dijo señalando un pequeño retrato colgado en una de las paredes—. Y él, mi padre. Aquí estoy con ellos. —Su dedo índice iba indicando cada foto y los Kozlowski las miraban y hacían las comparaciones respectivas.

La cama estaba cubierta por una simple sábana.

—Acondicionaré la habitación para que se sienta cómodo, señor Hamilton —ofreció Viveka—. Esta habitación tiene baño privado y vestidor.

—Se lo agradezco, señora Kozlowski, sé que no esperaban visitas...

—Y menos a usted —respondió ella con una sonrisa.

—Tengo algunas cosas en el coche. Iré a traerlas, si me permite.

Salió de la habitación y Daniel fue tras él.

—Espero que todo esté en orden, señor Hamilton.

—¿A qué se refiere? —inquirió él, encaminándose a las escaleras.

—Bueno... a todo. Me preocupa un poco que hayamos hecho un mal negocio, es decir, nosotros aquí ocupando una casa que en buena cuenta es suya. No contábamos con que existiera algún heredero, en el contrato...

—¿Y quién le dijo que yo soy el heredero? Cuando nos fuimos de aquí mis padres y yo hicimos la promesa de no volver a pisar esta casa. Al menos de eso estoy seguro porque fui testigo. Mis abuelos no nos hicieron herederos de nada. Desheredaron a mi padre. Puede estar tranquilo, no he venido a quitarles la casa. Y por favor, tutéeme. Soy un hombre joven, tengo treinta y cinco años.

—Gracias por aclararlo, Francis. A veces pienso que hacernos cargo de este lugar fue una decisión apresurada, pero la casa en realidad me gusta mucho.

—¿Decisión apresurada, dice?

—Pues sí. Es una tarea titánica y, al contrario que tú, ya no soy tan joven.

—Podrían buscar ayuda, ¿el contrato que firmó le impide convertirla en una casa de huéspedes o algo por el estilo? Eso haría que el lugar rindiera beneficios y ayudaría a mejorar la propiedad.

—La verdad es que no estoy seguro de querer hacerlo. No soy muy bueno para los negocios y tener rondando a gente extraña no me agrada en absoluto.

—Si desea puedo estudiar el trato que hizo con el banco. Soy abogado, me gradué con honores, aunque no he tenido la oportunidad de ejercer.

—¡Te lo agradecería mucho! Acompáñame al estudio, por favor.

Ambos regresaron desde la entrada y después de ofrecerle asiento, Daniel abrió uno de los cajones del escritorio y sacó una carpeta. Contenía unas hojas unidas por una grapa. Se las extendió a Hamilton y este las leyó en silencio durante algunos minutos.

El documento era un simple contrato de usufructo en el que los Kozlowski se comprometían a hacer las reparaciones necesarias y conservar la casa en buen estado durante el lapso de tiempo que, como dijo Daniel, era de veinte años, con un acápite en el que se aclaraba de que en caso de que el usufructuario decidiese dar por terminado el convenio, debería avisar al banco con tres meses de anticipación y estaba de acuerdo en que no tendría en ese caso derecho alguno a la devolución o pago de dinero por las mejoras que hubiere efectuado en el inmueble. Aparte de eso, no existía ningún impedimento legal que exigiera que la casa fuese conservada como vivienda, lo que les daba carta blanca para obtener los beneficios que de ella pudieran generarse.

—Está muy claro. ¿Usted sabe en qué consiste un usufructo?

—Sí, por supuesto.

—Entonces me llama la atención que no lo ponga en práctica. Pueden hacer dinero con esta propiedad, inclusive aprovechar las tierras para lo que deseen.

—¿Quieres decir que podríamos ponerlas a trabajar, como sugeriste?

—Obviamente.

—No sabría cómo hacerlo. Nunca he sido negociante —alegó Daniel desanimado.

—Para eso existen los consejeros de negocios, los puede encontrar en la guía de consejeros, también anuncian sus servicios en los diarios y si está familiarizado con Internet —dijo señalando la pantalla en el escritorio—, también puede encontrar alguno que se adapte a sus necesidades. Por desgracia la mayoría de mis contactos los tengo en Europa, de lo contrario le daría algunos.

—¿Internet? Claro, de vez en cuando busco algo, pero no se me había ocurrido.

—Hoy en día es imprescindible. Todo el mundo lo usa, Daniel, estamos en 2005, el que no tenga un ordenador y un teléfono móvil vive en otro mundo.

El anfitrión dejó escapar una exhalación. Miró a Hamilton y por un momento envidió su juventud. Tal vez sería buena idea seguir su consejo, pensó. Al fin y al cabo tiempo tenía de sobra y, excepto porque nunca se sabe cuánto más va uno a durar, se sentía capaz de acometer un nuevo reto. Uno más en su vida. Pero desechó la idea de inmediato; no le hacía falta y no pensaba complicar su ansiada tranquilidad a esas alturas de su vida.

Francis pensó que era demasiada información para tan poco tiempo. Prefirió dejar de insistir, al menos le había sembrado la idea. Lo único que él deseaba era encontrar lo que había ido a buscar e irse de allí. La casa no le interesaba. Cualquiera que tuviera dos dedos de frente sabría que vivir allí requeriría contar con ingresos suficientes para mantenerla. Prefería la tranquilidad de su refugio en Pitigliano, en la toscana italiana, en donde tenía una pequeña galería de arte y, si todo salía bien, abrir una galería en Roma. Miró a Daniel y dedujo que era mejor dejar que él tomase sus propias decisiones.

—Iré a sacar mis cosas del coche —reiteró.

—Por supuesto —respondió Daniel y volvieron a encaminarse a la salida.

Hamilton abrió el maletero y sacó una valija grande y un maletín de mano. Lo ayudó con la valija y subieron las gradas hasta la casa.

—No se moleste, yo subiré el equipaje.

—No es molestia —aseguró Kozlowski, cogió con facilidad la maleta y subió a la planta alta llevándola por el asa; no parecía hacer mella en su fuerte complexión, la cargaba como si llevara el bolso de su mujer—. Las escaleras sirven para ejercitar las piernas, a mi edad no es bueno mantenerse quieto. Es importante hacer circular la sangre —dijo mientras subía y dejaba la valija en el suelo.

—Muchas gracias, es un hombre fuerte —comentó Hamilton mirando la habitación—. ¿Por qué no la ocuparon?

—A Viveka le agradó más la vista del lado Este. Dice que es más fresca, aquí en verano se acumula el calor de las tardes.

—No había reparado en eso —aclaró Francis.

—Espero que te traiga buenos recuerdos, eres libre de pasear por la casa. Iré a ver qué está haciendo la señora Kozlowski.

Se dirigió a la puerta, salió y la cerró.

Francis Hamilton esperó unos segundos hasta asegurarse de que Daniel

no volviese de manera intempestiva sobre sus pasos y luego aseguró la puerta con cerrojo. Fue a la pared izquierda de la habitación y rozó con sus dedos el papel tapiz, tan antiguo como la casa misma, pero conservado a pesar de los años. Movi6 el espejo oval de cuerpo entero hacia un lado y su mano acarici6 la superficie de la pared, como si siguiera el patr6n de verdes l6neas verticales que dividían las flores aterciopeladas de color borgoña desvaído por el tiempo, que figuraban una arriba de la otra desde el piso hasta llegar a las molduras del cielorraso. Sigui6 tocándola hasta encontrar en una de las l6neas una imperfecci6n, tan ligera al tacto que pasaba inadvertida a simple vista. Sonri6 satisfecho, dej6 el espejo en su lugar y regres6 a la puerta para quitar el cerrojo, por si a Viveka se le ocurría entrar para arreglar la cama.

Tal como había calculado escuch6 dos toques en la puerta.

—Pase, por favor —se apresur6 a contestar, mientras hacía como que se arreglaba el nudo de la corbata frente al espejo.

—Debería ponerse cómodo si va a quedarse unos días. No acostumbramos a vestarnos de etiqueta para la cena —dijo ella sonriendo—. Si me lo permite, haré la cama.

Dej6 en una silla el juego de sábanas, la cobija y el edred6n perfectamente doblados y se dispuso a quitar la sábana que cubría la cama de tamaño matrimonial.

—Visto así por costumbre, es como me siento cómodo —arguy6 Francis—. ¿Puedo ayudarla?

—De ninguna manera.

—Bajaré a dar un vistazo al jardín. —Resolvi6 Francis.

Viveka lo vio alejarse a lo largo del pasillo. El inglés parecía un tanto remilgado, *aunque inglés, inglés no era, pues según dijo, había nacido en aquella casa... Tal vez fue criado así; y, para su edad, bastante atractivo.* Viveka se aprest6 a vestir la cama que en minutos cambi6 de apariencia. Observ6 un momento su obra y dobl6 la sábana con cuidado para llevarla al cuarto de lavado.

Capítulo 3

Gerard Shaw
Poughkeepsie, 2005

Gerard Shaw, gerente del Chase Bank, miró por centésima vez la nota y las fotos. No podía haber imaginado cuando empezó a salir con Claudia, la venezolana que parecía una aspirante a reina de belleza, que las cosas se irían a salir de control, pero fue así. A esas alturas ya la atracción había quedado de lado, al enterarse de que todo no había sido sino una trampa. No obstante, al recordarla, todavía sentía latigazos de pasión; no lograba olvidar su cuerpo de líneas perfectas y sus intensos ojos negros que lo cautivaron desde la primera vez que la vio. Pero cuando empezó con sus exigencias supo que era el momento de despacharla. No le convenía por ningún motivo que su mujer se enterase de sus escarceos, y menos cuando ella estaba a punto de recibir una pequeña herencia por la muerte de su padre. Por otro lado, la imagen pública que se había creado a lo largo del tiempo se vería comprometida y no era el momento para cometer más tonterías. Si Claudia hubiese sido como las otras, el problema se habría resuelto sin dramas, pero era diferente, sentía que el mundo le pertenecía y estaba segura de que él dejaría a su esposa por ella. A Gerard Shaw no le quedó otro camino que hacerla desaparecer, al fin y al cabo era una mujer sin familia ni conocidos en el país, eso era lo que creía hasta que empezó a recibir los mensajes por correo que terminaron en un encuentro breve, pero crucial.

—Buenos días, señor Shaw. Soy Carmelo Ramírez —saludó una mañana el hombre de traje gris y aspecto dudosamente respetable con una sonrisa que irradiaba cinismo.

—Buenos días, señor Ramírez —respondió el gerente dando una mirada en derredor con disimulo.

Lo había citado en la primera planta de un edificio viejo a medio remodelar, cuyo frente estaba cubierto por planchas metálicas a modo de valla, un lugar frente al que Shaw había pasado muchas veces sin prestar atención, ubicado en la calle Cannon.

—He venido solo —aclaró Ramírez.

—Dígame qué quiere.

—Ya veo que le gusta ir directo al grano. Sé que usted mandó matar a Claudia.

—Se equivoca. Ella murió por una sobredosis. Salió en todos los diarios.

—Usted y yo sabemos que no fue así. Dejemos de fingir, señor Shaw, el hombre al que contrató es de los míos.

—¿Qué dice? —exclamó Shaw involuntariamente.

—Así es. Además tengo muchos vídeos de sus encuentros. Supongo que no le gustará que su señora esposa se entere...

—¿Qué quiere de mí?

—Un favor que para usted será fácil de realizar. Le prometo que no se verá involucrado en ningún problema. Quiero que me facilite la entrada al banco, deme el código de la bóveda de seguridad y yo me encargaré de lo demás. Ah... también me gustaría que el día que yo le diga, la alarma del banco deje de funcionar.

—Me está pidiendo algo imposible. No puedo hacer que deje de funcionar la alarma, pondría en alerta a la empresa de seguridad —dijo Shaw con énfasis.

—Todo es posible. Tengo un experto en ese tipo de trucos, ellos ni se darán cuenta.

—¿Cómo no me veré involucrado? Soy quien tiene el código, soy el responsable...

Ramírez hizo un gesto de hastío con la mano.

—No me venga con esas minucias, Shaw. ¿Desea que su esposa se entere de sus aventuras? O peor: ¿de que usted está involucrado en el asesinato de una mujer? —Gerard Shaw bajó los ojos. Se sintió perdido, no veía salida y se maldijo mil veces por haber sido tan idiota al creer que deshacerse de Claudia resultaría tan sencillo—. Lo que le estoy pidiendo es muy simple, solo tiene que hacer lo que yo le diga y nadie sabrá que usted mató a la chica.

—Yo no la maté.

—Para el caso, da igual.

—¿Y qué sucederá cuando se enteren del robo? ¿Qué piensan llevarse?

—Eso a usted no le interesa.

—A quien primero culparán será a mí —dijo Shaw a punto de echarse a

llorar. Su rostro pálido contrastaba con sus ojos que en ese momento estaban rojos y aguados.

—Ese no es mi problema, pero usted es un hombre inteligente. Ya se le ocurrirá algo.

—Al menos haga que asemeje a un robo, deje alguna pista falsa... algo que parezca que fue una entrada forzada, usted me entiende, de lo contrario iré a parar a la cárcel, y si he de ir preso me da igual el motivo. Admitiré que mandé matar a Claudia.

Ramírez arrugó los labios en una actitud pensativa y lo miró achicando los ojos.

—Es usted más astuto de lo que pensé, Shaw —sonrió y le extendió la mano—. Trato hecho. Mañana iré un amigo. Un experto en desactivar alarmas para que reconozca el lugar, usted tendrá que enseñarle el sistema, ¿de acuerdo? Irá a la hora del almuerzo. Su nombre es Pepe.

Y así fue como Gerard Shaw dio carta blanca para que asaltaran el banco. Fue una operación limpia, como diría Ramírez. La noche del evento cuatro hombres se encargaron del vigilante, al que dejaron dormido inyectándole un anestésico. No vio a los ladrones ni recordó nada cuando despertó, pero sí recordó el golpe en la nuca que le dejó un chichón. Para alivio de Shaw, los amarres en las manos, pies y boca no dejaban dudas de que el asalto había sido llevado a cabo desde fuera, y al revisar el sistema de alarmas, encontraron que había sido sometido a un hackeo a control remoto; en la estación central de seguridad no notaron absolutamente nada. La puerta blindada de la bóveda mostraba ciertos daños como si alguien hubiese estado manipulándola hasta lograr abrirla, tanto así que el inspector Logan del Departamento de Policía de Poughkeepsie admitió que habían indicios de haber colocado a presión un decodificador en la superficie, del que todavía quedaba huella. Gerard Shaw procuró reservarse su alivio al ver que nadie desconfiaba de él y dio las gracias en silencio a Carmelo Ramírez, si es que ese era su verdadero nombre.

Después del asalto, Ramírez y otros tres se dirigieron al norte de Poughkeepsie y entraron por una parte de la cerca previamente abierta de la deshabitada Casa Hamilton. Según las indicaciones en el dormitorio del lado Este, al final del corredor de la planta alta existía una entrada a un sótano secreto. Los cincuenta millones de dólares debían quedarse allí hasta que pasado el tiempo no hubiera peligro al ponerlos en circulación. Su trabajo

había terminado. Del resto se encargarían otros. Esa misma noche Shaw, aterrorizado, salió de su casa sin atreverse a pasar por el banco a pesar de que la curiosidad lo mataba. Para tranquilizarse dio unas vueltas por las afueras antes de llegar a casa. Sin saber cómo terminó en las cercanías de la Casa Hamilton, en donde vio con desconcierto, unas luces que se podían vislumbrar desde el camino. El terror que había sentido hacía poco se transformó en sospecha. ¿Sería el hijo del difunto Hamilton quien estaría metido en el robo?

La sorpresa se la llevó cuando al contabilizar los daños del robo cayó en la cuenta de que la cantidad en efectivo sustraída correspondía exactamente con lo que tenía en su cuenta John Hamilton: diez millones de dólares en efectivo y una caja de seguridad del fenecido anciano de la Casa Hamilton. Ya no le quedaron dudas de que quien había planeado el robo era su hijo Howard.

Capítulo 4

Daniel Kozlowski,
Varsovia, 1943

A comienzos del año 1943 Himmler, el comandante de las SS, visitó el gueto de Varsovia y ordenó que se reanudasen las deportaciones de judíos a Treblinka. Empezó entonces una redada para cumplir con la última fase de la «solución final» ideada por Adolf Eichmann. Sin embargo, no sería una solución tan fácil. Por primera vez los judíos estaban dispuestos a todo. Cuando entraron los alemanes no se encontraron con el mismo pueblo sumiso que acataba órdenes sin oponer resistencia. Fueron recibidos con balas que procedían de los simpatizantes del ZOB (Organización Judía de Combate) quienes también poseían una emisora clandestina. Esa y las siguientes noches pedían a través de la radio ayuda a sus camaradas polacos, los que se encontraban fuera del gueto porque no eran judíos, pero no fueron escuchados. Los polacos en general no simpatizaban con ellos; muchos ayudaron a que fuesen capturados, servían de espías a los nazis, sentían que se encontraban en esa situación de ocupación por los judíos, y los de la resistencia, que se encontraban fuera, se negaban a acudir, excepto los de la AK a través del Żegota (el único movimiento de resistencia que ayudaba a los judíos), quienes les suministraban armas a través de las alcantarillas. No tenían otra clase de ayuda, y aun estos ya habían dejado de hacerlo para evitar que los nazis los atraparan.

Daniel Kozlowski, que en esos días cumpliría diez años y conocía como la palma de su mano la red de alcantarillas de Varsovia, había sobrevivido porque eventualmente salía del gueto por esas vías y se hacía pasar por polaco católico. Robaba en algunos comercios y puestos de frutas y servía de enlace entre la resistencia polaca y los miembros del ZOB dentro del gueto, quienes guardaban la esperanza de que todo acabara pronto. Las noticias que llegaban después de tanto tiempo de desaliento, que los americanos se habían aliado a Inglaterra, les infundieron esperanzas que por momentos parecían no ser tan ciertas, al menos para Daniel, especialmente cuando debía caminar

entre los lodazales y las inmundicias de los desagües, en los que cada día encontraba más muertos. Los alemanes no entraban a la red de canales subterráneos, pero levantaban al azar las tapas de hierro fundido de las alcantarillas y arrojaban gas tóxico. Era una cuestión de suerte, como en una lotería. Daniel tenía el cabello rubio y los ojos de un azul claro como los de su padre, pero eso no les valió para pasar como arios o siquiera eslavos, a quienes los alemanes consideraban una raza inferior. A su madre, a su padre y a su hermano mayor se los llevaron a Treblinka —ellos dos formaban parte del ZOB— y él pudo escapar por esas mismas alcantarillas que le seguían sirviendo para sobrevivir. Era lo único que tenía en mente. Sobrevivir aunque fuese como una rata. La última incursión no tuvo la misma suerte que las anteriores y un comando nazi que recorría la ciudad se topó con él justo cuando levantaba la tapa de una de ellas. Lo sacaron a empellones a golpe de porras y lo metieron en un camión donde ya estaban apiñados otros que, al igual que él, formaban parte de la resistencia de fuera del gueto, mientras los de dentro hacía cuatro meses que seguían luchando con las uñas.

Si el chiquillo Daniel Kozlowski pensó que su vida hasta ese momento había sido una desgracia, pronto cambiaría de idea. Los azotaron, los golpearon, les quemaron las plantas de los pies y arrancaron sus cabellos hasta dejarlos en carne viva para que dijeran quiénes, dónde y qué sabían de los demás disidentes. Pero si había algo que existía entre los judíos, y que a lo largo de los siglos habían sabido cultivar, era la terquedad y el aferrarse a sus creencias. Aquello los hacía más fuertes y resistentes que al resto. Muchos murieron. A los sobrevivientes los enviarían a Birkenau para que sirvieran de conejillo de indias en la temida enfermería. Fue lo último que escuchó Daniel de boca de uno de ellos al subir al vagón. Ya dentro escuchó a lo lejos las bombas y explosiones. Los alemanes al mando del general Stroop volaron la sinagoga de la calle Tlamatzka, el símbolo del judaísmo en Polonia, mientras la resistencia polaca fuera del gueto acudía en masa a ayudarlos, pero ya era muy tarde. Los alemanes acabaron con todo.

El teniente coronel de las SS Karl Hoess, encargado por Eichmann de aplicar la solución final al «problema judío» fue el comandante que había encontrado años antes el lugar ideal para solucionar dicho problema: un pequeño pueblo desconocido llamado Auschwitz. Ideal desde el punto de vista alemán porque estaba situado en Europa Oriental, lejos de los ojos de los europeos occidentales, y equidistante de estos y de los Balcanes. Hoess

tenía gran experiencia en campos de concentración desde 1934, durante los tiempos de la subida al poder de Hitler. Era sistemático y fanático en hacer cumplir las órdenes.

El campo de Auschwitz fue creación suya; expertos en construcción, ingenieros, científicos y transportistas trabajaron en ese colosal campo de exterminio. A tres kilómetros de distancia del campo principal escogieron un terreno al que llamaron Birkenau, escondido en ese pueblo anónimo que en el futuro sería conocido por el mundo como el más grande productor de muertos de los nazis. Las cámaras de Birkenau estaban construidas para encerrar y gasear a tres mil personas cada vez. Según las cuentas de Hoess, en «un buen día de trabajo» se podía exterminar diez mil personas y para cuando Daniel Kozlowski llegó estaba todo ya tan sistematizado que era el campo de exterminio más eficiente para acabar con los judíos.

Al bajar del vagón, Daniel apenas sentía los pies. Inmovilizado durante muchas horas con gente apretujada, sin embargo, su espíritu se mantenía alerta. Habían desembarcado directamente en Birkenau. Arrastrando los pies llagados caminó con dificultad por el andén mientras una fila de soldados armados hacía restallar las porras apurándoles el paso. Los formaron en columnas de cinco en fondo y ocuparon todo el andén, luego los dirigieron hacia un inmenso espacio abierto. En su fila, David observó todo con atención con la vana esperanza de escapar de algún modo, hasta que llegaron a la enorme sala de la estación en donde los hicieron desnudarse. Los judíos no tenían forma de escapar al minucioso examen de los genitales delatores. Cada una de las filas se dirigía a una mesa donde un hombre rodeado de guardias ordenaba al prisionero que tenía delante que siguiese a la derecha o a la izquierda. Daniel notó que los ancianos y niños iban a la izquierda, los hombres que aparentaban estar más fuertes, a la derecha. Empezó a temblar. Se irguió lo mejor que pudo a pesar del dolor que sentía en todo el cuerpo y empezó a caminar plantando los pies como si no le dolieran. Sabía que su estado era patético. Había estado sometido al castigo, a la falta de alimentos, y que su apariencia deplorable no causaría compasión, pero él no iría a la izquierda. Cuando le llegó el turno, el hombre con bata de médico lo miró con curiosidad. Notó su cabello rubio y sus ojos azules, lo repasó de pies a cabeza y vio la determinación en su mirada. Hizo un ademán hacia la izquierda y se detuvo. Lo volvió a mirar con los ojos entornados y señaló a la derecha. Daniel supo que al menos por el momento se había salvado.

Una vez en el lugar asignado vio el humo que salía por las chimeneas. Todo el lugar olía a carne quemada, escuchó alaridos desgarradores aislados, el ladrido de los perros, los gritos de los alemanes que parecían tener eterna prisa, el llanto de las mujeres que eran apartadas y divididas: las jóvenes y sanas a la derecha; las ancianas y enfermas o en mal estado físico a la izquierda, donde se encontraban las edificaciones por donde salía el humo de las chimeneas. Nadie se atrevía a discutir, quejarse o a hablar, la respuesta era un golpe de porra o algo peor, como lanzarles los perros que parecían entrenados para comer carne humana.

Durante un año y cinco meses Daniel Kozlowki soportó toda clase de maltratos y vejaciones y pensaba que por el único motivo por el que no había sido enviado al crematorio era porque su físico nunca había concordado con su edad. Lo convirtieron en un *sonderkomando*. Le habían ordenado meter los cadáveres al crematorio. Fue entonces repudiado por los judíos y castigado por los alemanes. En las últimas semanas notaba el apuro de estos, la urgencia de reclutar mano de obra para deshacerse de la enorme cantidad de restos calcinados que hacían moler a los mismos prisioneros. También cavaban zanjas profundas para enterrar a los que morían o mataban por cualquier motivo; la prioridad era hacerlos desaparecer. Por último, ordenaron a las cuadrillas de *sonderkomandos* volar las cámaras de gas y destruir los crematorios. Los nazis trataban de ocultar sus crímenes porque sabían que la derrota estaba cerca. Un buen día no vio más alemanes. Por primera vez Birkenau estaba silencioso, sin los gritos de los alemanes ni el ladrido de los perros, ni el sonido de los disparos, ni el humo de las chimeneas, ni las largas filas esperando entrar a los crematorios. El ejército ruso ingresó a Auschwitz y a Birkenau, y liberó a los sobrevivientes. La guerra había terminado. No la crueldad. Después de que fueron atendidos por los médicos soviéticos, quienes se limitaron a hacerles un examen superficial, no sabían qué hacer ni adónde ir. A Varsovia era impensable. Decían que ya no existía, y Daniel, que tenía la certeza de que toda su familia había muerto, decidió permanecer en Auschwitz junto con el resto de sobrevivientes tan famélicos como él, entre los que se encontraban los que habían regresado después de comprobar que no eran bien recibidos en ninguna parte. Los polacos odiaban a los judíos, los culpaban de todos sus males, seguían ocupando sus casas y desalojaban a los que intentaban regresar a sus viviendas.

En un momento en el que pensaba que de nada había valido sobrevivir llegó al campo un hombre que decía ser un judío de Palestina. Reclutaba jóvenes para llevarlos a la patria: Palestina; pero no sería de inmediato. Y antes de que el desánimo se apropiara otra vez de todos los que seguían en el campo, se presentó un grupo de «judíos diferentes» y empezaron a adecentar el lugar, llevaron comida, artículos de limpieza y una nueva etapa de esperanza surgió entre los desarraigados. Sin embargo, para Daniel no era suficiente. Ya había pasado demasiadas penalidades, su espíritu joven e indomable cobró fuerzas y rogó, suplicó, se arrodilló y prometió hacer lo que le mandasen con tal de salir de allí. Finalmente consiguió ser de los primeros en salir de Auschwitz y lo trasladaron cruzando los montes Cárpatos junto a otros noventa y nueve, a escondidas, hacia la frontera checa.

El principal problema lo presentaba el gobierno de Polonia; no quería que los judíos polacos salieran del país para evitar que el resto de Europa pensara que Polonia era antisemita, pero tampoco hacía absolutamente nada por ayudarlos. De ahí que tuvieran que salir a escondidas para evitar cualquier patrulla fronteriza. Y los judíos palestinos que formaban parte de un movimiento llamado el Mossad LeAliyah Bet (Organización para la Inmigración Clandestina) los encaminaron hacia el paso de Jablunkov, hasta llegar al tren que los esperaba en el que fueron atendidos por primera vez con humanidad. A cada uno le entregaron un pasaporte para que entrara a Palestina legalmente. No obstante, las penurias no acabarían ahí para los sobrevivientes de Auschwitz. La inteligencia británica se enteró de la fuga de los judíos polacos y el Foreign Office de Whitehall envió un telegrama a su embajador en Praga para que pusiera sobre aviso al ministro checo de Asuntos Exteriores pidiéndole que no dejara circular el tren. El ministro no accedió al pedido británico y expuso con claridad que las fronteras para todos los judíos polacos sean legales o ilegales estaban abiertas en su país. El tren no se detuvo hasta llegar a Viena. Después de solventar problemas similares al pasar por Italia, ocupada por los ingleses, lograron llegar al lago Como sobornando a los guardias italianos, donde los esperaba un campamento. Una semana después los trasladaron en camiones hasta un lugar de la costa en donde abordaron un barco ilegal por medio de botes. Ese barco donde habían sido tratados tan cordialmente sin embargo, no iba rumbo a Palestina. Debido a la persecución de la armada británica fue desviado a Chipre, a uno de los abarrotados campos de refugiados, en donde Daniel volvió al ver los

alambres de espino y las altas cercas que rodeaban el campo. Se sintió estafado y más desgraciado que nunca. ¿Acaso él no tenía derecho a vivir libre como los que estaban fuera de esos cercos? El solo hecho de ser judío parecía dar a la gente el derecho de tratarlo como a un ser humano de última categoría. Odió ser judío y no quiso participar en los cánticos y las ceremonias que se observaban con fervor en Caraolos. Se recluyó bajo una capa de cinismo y de odio. La única diferencia, desde su punto de vista, era que tenía un lecho para dormir y comida, pero se alejó del resto y evitó hacer amigos. Hizo su propia covacha en una tienda de campaña y pronto la gente evitó su cercanía.

Escuchaba y observaba todo, no perdía detalle de lo que ocurría a su alrededor, y los demás empezaron a mirarlo como si fuese un perturbado. Eso a él le convenía, pues hablaban sin cuidarse de que él fuera a escucharlos. Así se enteró de que se planeaba un escape organizado por el jefe del Mossad LeAliyah Bet en un barco llamado Éxodo. Al parecer habían reunido ya a muchos jóvenes, especialmente niños. En esos días llegaron también unos médicos judíos que vivían en América. Eran voluntarios que deseaban aportar ayuda humanitaria. Se enteró de que todo aquello era financiado por el dinero proveniente de los judíos de Estados Unidos. Desde el día en que lo supo, su sueño fue viajar a lo que para él era la Tierra Prometida: Estados Unidos de Norteamérica.

No le importó la cara de extrañeza de los que formaban fila para ser atendidos por los médicos americanos. Era la primera vez que participaba en un acto comunitario, pero su objetivo no era mejorar su salud, la tenía en perfecto estado; para sus casi doce años era alto y corpulento y de no haber sido por su apariencia arisca, podría decirse que era un joven atractivo. Los sufrimientos y la experiencia adquirida en tan poco tiempo habían dejado huella en su mirada, tan fría e indiferente como la de los mismos nazis, pero ese día en la fila algo en su rostro parecía haber cambiado. Una vez frente al médico, un judío norteamericano, extendió su pasaporte.

El hombre miró el documento, la foto y la fecha de nacimiento. Levantó la vista y preguntó con curiosidad:

—¿Tienes once años?

—No, señor. Pronto cumpliré doce —agregó con viveza.

Procedió a hacer la revisión de rutina y después de haberle hecho sacar la lengua, examinarle los dientes, hacerle respirar varias veces mientras

escuchaba a través del estetoscopio sus pulmones y otras partes del cuerpo dando golpecitos, asintió.

—Estás en buen estado de salud.

—Lo sé, señor. —El médico lo miró extrañado—. Deseo ir a América. Soy fuerte, puedo hacer cualquier trabajo que me indique, le prometo que no lo defraudaré, por favor...

—¿No deseas ir a Palestina? Todos los que están afuera en la fila serán escogidos para el Éxodo —dijo bajo.

—Lo sé. Yo engaño por mi tamaño, por eso le dije al supervisor que me sentía mal y me dejó hacer la fila. No tengo interés en ir a una tierra que me es extraña, mi familia murió, quiero empezar una nueva vida en un mundo nuevo, se lo suplico, doctor, ¿podría llevarme con ustedes?

El médico lo miró un largo rato. Vio un muchacho inocente, que evidentemente debió haber pasado por penalidades que él jamás imaginó y resolvió pensarlo.

—Estaré aquí unas semanas. Déjame pensarlo. Te advierto que no depende de mí, debo consultarlo. ¿Conoces a alguien en América? —preguntó de improviso.

—No, señor.

El médico movió la cabeza negativamente.

—Lo pensaré. Pero no te hagas ilusiones, ¿eh?

—Gracias, señor... doctor, le prometo que me portaré bien, aprendo rápido, tampoco conozco a nadie en Palestina —agregó.

—Tranquilo, nada de lo que digamos ahora servirá de algo. Debo consultarlo. —Y dio por terminada la charla. Le hizo un gesto para que saliera—. Ahora deja que prosiga con mi trabajo —añadió.

Daniel comprendió que no era inteligente de su parte seguir insistiendo y salió con el corazón rebotante de esperanzas.

Capítulo 5

Bournemouth, Inglaterra, 2005

Howard Hamilton

Howard Hamilton esperaba impaciente la llamada de su hijo. Calculaba que para ese momento ya tendría que estar visitando la vieja Casa Hamilton según los planes. Hubiera deseado que Francis no se involucrara en sus problemas pero no había nadie más de confianza que pudiera llevar a cabo el cometido dado que la casa había sido ocupada. Y aunque su hijo no estuvo de acuerdo porque no tenía el mismo espíritu arriesgado y aventurero que él, Howard no había tenido más remedio que recurrir a su ayuda.

Cuando tres años atrás hizo que los hombres de Nicola Vitale llevaran a cabo el robo al Chase Bank, le pareció buena idea utilizar la vieja casa, sabía su estado de abandono, aunque bastante bien conservada por el abogado de sus padres, todavía en ejercicio. Pero la gente se retira con la edad y algún día tenía que suceder lo que pasó.

Su padre, John Hamilton, un hombre en extremo cuidadoso de sus bienes y con todo lo referente a los negocios heredados, nunca tuvo que preocuparse por el dinero pues nació en cuna de oro, lo que no impidió que aprendiera de su progenitor a preservar la fortuna familiar. Howard solo recordaba las maneras estiradas que tenían y lo miserable que era a pesar de tener una fortuna. Él era diferente. Pertenecía a otra generación, y no le parecía práctico tener que vivir siempre bajo la constante tutela de sus padres, sin embargo reconocía que era un inútil para producir dinero. Se graduó en ingeniería, carrera que siguió solo por llevar la contraria a su padre y que no ejerció nunca debido a su falta de interés. Poco después tuvo un percance con una joven bailarina y tuvo que hacerse cargo de ella y del niño que esperaba. No se le ocurrió nada mejor que llevarla a vivir con él. El problema era que todavía vivía en casa de sus padres, la Casa Hamilton. Fue un matrimonio realizado con visos de clandestinidad al que no acudió nadie, pero a partir de ese momento el nombre de la joven bailarina quedó unido legalmente al apellido de los Hamilton. Situación que jamás llegó a aceptar su progenitor,

quien se lamentaba por tener como único hijo a un inútil. Durante diez años Howard soportó los desplantes de su padre hasta que un día se hartó y pidió que le adelantara su herencia.

—¿Herencia? ¿Crees que tienes derecho a recibir una herencia?

—Es lo menos que te pido, padre. Tú recibiste una herencia, a mí también me corresponde. Deseo irme de esta casa.

—Entonces trata de ganarte el pan con el sudor de tu frente. No recibirás nada de mí.

—Te he servido de todas las maneras posibles, he guardado silencio ante todos tus desplantes, no respetas a mi esposa ni amas a mi hijo, al menos merezco algo antes de dejarte en paz de una vez por todas.

—No la mereces.

—Entonces ya encontrarás a otro que cuide de ti en tu vejez.

John Hamilton padre se elevó cuan largo era y lo miró sin pestañear. Era la primera vez que su hijo se dirigía a él con esa actitud y seguramente su mujerzuela tenía que ver con ello. Una preocupación cruzó por su mente como una flecha. Si su hijo se iba, ¿quién cuidaría de ellos? Ya eran viejos, habían concebido de manera tardía, cuando ya no tenían esperanzas de traer hijos al mundo y pronto él llegaría a los ochenta. Pero se sentía fuerte.

—Pagaré a una persona para que lo haga, con seguridad me saldrá más económico que mantenerte a ti y a tu familia —dijo no obstante. Su arrogancia no le permitió aceptar que lo necesitaba.

—Haz lo que desees, padre. Nos iremos mañana temprano.

Su padre guardó silencio a partir de ese momento y no habló más. Quien sí lo hizo fue su madre. Le suplicó que no lo dejara partir de esa manera, le dijo que al menos debería darle algo de dinero para que comenzara una nueva vida donde quiera que fuesen, pero el anciano Hamilton no dio su brazo a torcer.

Esa noche su madre fue a las habitaciones que ocupaba Howard y le entregó un cheque por quinientos mil dólares.

—Son todos mis ahorros —le extendió el cheque mientras las lágrimas rodaban sin parar sorteando los surcos de sus mejillas arrugadas—. Perdónanos si no hicimos algo bien por ti, querido Howie.

—Gracias mamá. Significa mucho para mí, traté de ser el hijo que ustedes siempre quisieron, pero la situación con mi padre es insostenible.

—Nos queda poco tiempo, Howie, ya verás cómo algún día todo esto

será tuyo.

Abrazó a su madre conmovido, no por sus palabras sino porque en realidad la amaba.

Muy temprano tomó a su mujer de la mano y con su hijo de diez años junto a él se dirigieron a la salida.

—Si cruzas esa puerta no heredarás nada de mí. No te dejaré nada, ni un centavo, —dijo su padre desde el descansillo de la escalera.

—Adiós padre. Adiós mamá.

Y Howard cruzó la puerta sin volver a mirar atrás. Se montó en el coche y se alejó para siempre.

Después de pasar varios días en un motel de carretera tomaron un vuelo rumbo a Inglaterra. Semanas después se radicaron en Bournemouth, en la costa sur, un lugar de clima templado donde creció y estudió Francis Hamilton.

Howard nunca modificó su forma de ser. Tenía tendencia a juntarse con las personas inapropiadas y con el tiempo se agenció unas amistades cuyos negocios oscuros le permitieron vivir bien, pero nunca dentro de los parámetros apropiados. Su espíritu inquieto lo llevó a trabajar con dueños de casinos en Italia quienes le propusieron administrar uno en Bournemouth, que para entonces se había convertido en un destino turístico muy concurrido. Por primera vez Howard se sintió a sus anchas. El negocio iba bien y solo tenía que controlar que todo anduviera correctamente. Y como no acostumbraba a fiarse de nadie, él personalmente iba todos los días y supervisaba las jugadas desde las pantallas en una sala en la que pasaba horas. Si notaba que algún crupier actuaba de manera sospechosa de inmediato era despedido. Sus «socios» italianos estaban satisfechos con él y Howard se encontraba en su elemento. Su esposa, Maeba, la exbailarina, con el tiempo se transformó en una señora de apariencia respetable. Actuaba como si jamás hubiera pisado un escenario y raramente aparecía por el casino. Se dedicó a la crianza de su hijo Francis, y asistía a todas las reuniones de padres de familia, a las fiestas escolares, a los actos de graduación y participaba activamente en la vida social de la localidad. Francis fue un hijo querido por sus padres. Al terminar la secundaria se graduó en la universidad de Bournemouth y en lugar de dedicarse a la profesión que había elegido estudiar, siguió con su afición al arte. Era un buen conocedor, podía decir de una sola mirada a quién pertenecía cada una de las obras de una exhibición, sea esta de clásicos o de

artistas contemporáneos. También aprendió a distinguir una copia de un original, y entró en una escuela de restauradores, donde resultó un aventajado alumno.

Howard siempre tuvo contacto con el abogado de su padre, con la esperanza de que con el tiempo su progenitor cambiara de idea respecto a la herencia, pero invariablemente la respuesta era negativa, hasta que un buen día recibió una comunicación escueta del abogado en la que le informaba que su padre había fallecido sin dejar herederos —un año antes había fallecido su madre víctima de una neumonía— y que la fortuna había quedado en sus manos en fideicomiso y estaba depositada en el Chase Bank. Howard, indignado, decidió entonces que aquella fortuna sería suya y planeó el asalto al banco ayudado por sus socios italianos. Consideraba que no era un robo; recuperaba sus bienes. El fallecimiento del viejo abogado de la familia, como era de esperarse, hizo que renovara sus deseos de venganza. Con lo que no contó fue con el asesinato de Claudia, la venezolana que había servido de carnada, una acción del gerente del banco que Howard no había podido anticipar y que le cayó como anillo al dedo.

Capítulo 6

La Casa Hamilton, 2005

Después de la cena, en la que tanto Daniel Koslowski, como Francis Hamilton procuraron hablar de temas intrascendentes, como si se hubieran puesto de acuerdo, Francis se retiró del salón donde tomaron el café con las consabidas galletas de Viveka. No deseaba dejar traslucir la ansiedad que sentía, pero los buenos modales le impedían comportarse mostrando premura en retirarse. Una vez en la habitación, después de cerciorarse de que la puerta estuviese cerrada por dentro, buscó una linterna entre las cosas que había llevado en su maletín, se dirigió a la pared izquierda y retiró el espejo de pie. Volvió a tocar con cuidado la superficie. La presionó con fuerza y se abrió dando paso a una puerta. Entró a un cuarto oscuro que al iluminarse con la luz de la linterna puso al descubierto sus dimensiones: unas dos yardas por dos. Buscó en el suelo bajo la alfombra la trampilla de la que había hablado su padre y haló de la hendidura en la superficie de la madera que dio paso a una empinada escalera con un pequeño descansillo cada cinco escalones formando un zigzag hasta las profundidades de la casona. Bajó con sumo cuidado esperando que la madera no crujiera bajo su peso o se desbaratara, en el peor de los casos. No sucedió nada. Llegó hasta lo que podría llamarse un sótano. Uno que no estaba conectado con el que se accedía desde la cocina. Al iluminar el cuarto con la linterna se dio con un absoluto vacío a excepción de algo apoyado en una de las cuatro paredes con las dimensiones de un cuadro cubierto por una tela gruesa. Las maletas que su padre le había detallado no existían. Se acercó al cuadro, lo descubrió y enfocó la luz sobre él. Se llevó una sorpresa al ver que se trataba del retrato de Adolf Hitler. Picado por la curiosidad examinó la superficie ayudado por la luz de la linterna y descubrió que había estado cubierto por otra pintura. Dejó para después sus pesquisas y se centró en lo que lo había llevado hasta allí. ¿Dónde estaba el dinero? Y lo más importante: ¿quién lo había extraído?

El primero que se le vino a la mente fue Daniel Kozlowski. ¿Quién otro podría ser? El robo al banco se había efectuado antes de que ellos ocuparan la

casa y, según su padre, su amigo Nicola Vitale le había asegurado que sus hombres lo habían dejado allí. Por otro lado, jamás le habló de un cuadro ni nada que se le pareciera. Para Francis el asunto empezaba a tomar giros siniestros. ¿Quién era el tal Kozlowski?

Cubrió el cuadro con la lona y volvió a la escalera. La subida resultó fatigosa por lo empujada e incómoda, pero tuvo el suficiente cuidado de evitar cualquier ruido. En ese momento más que nunca debía ser cuidadoso. Una vez en la habitación cerró la entrada y se cercioró de dejar todo como estuvo antes. Lo primero que hizo fue coger el móvil y llamar a su padre.

—Disculpa la hora —dijo Francis. Sabía que en Bournemouth eran las tres de la madrugada.

—Esperaba tu llamada —dijo Howard Hamilton como respuesta.

—Creo que tenemos un problema. No hay ningún dinero, absolutamente nada. El cuarto está vacío.

—¿Estás seguro de haber llegado al lugar correcto? —preguntó su padre con un tono de alarma en la voz.

—Seguro. Accedí por la puerta que da a la pared del dormitorio principal, bajé cinco tramos por las escaleras hasta llegar a un cuarto y lo único que encontré fue un retrato de Hitler.

—Olvídate de ese cuadro.

—Pues parece que los que se llevaron el dinero tampoco tenían interés en el cuadro.

—¡Olvídate de ese cuadro y ocupémonos del dinero!

—Diez bultos y un maletín no desaparecen, alguien tuvo que llevárselos.

—Ahora sí estamos en un problema. No puedo decirle a Nico Vitale que el dinero se esfumó, él querrá su parte.

—No sé, padre, yo no tengo experiencia en tratos con amigos como los tuyos. Espero no verme envuelto en un problema.

—Tienes que averiguar qué sucedió con el dinero.

—¿Yo?

—Eres el que está allá, ¿no? Si no haces algo, ellos pensarán que fuiste tú quien se quedó con todo.

—Sabía que no debía aceptar el trabajo. Lo sabía —murmuró Francis con rabia.

—Escúchame bien. Ellos no se van a creer el cuento de que el dinero desapareció. Tienes que hacer algo. La gente que vive en esa casa ha de saber

algo, habla con ellos.

—No me parece...

—¡Francis! Tu vida puede estar en peligro, ¿comprendes?

Escuchó el grito de su padre y se sintió como cuando tenía diez años. Pero esta vez el peligro era real, no una simple amenaza.

—Entiendo. ¿Y qué tal si me largo de aquí y desaparezco? Tus amigos no me conocen, espero...

—Oye bien lo que voy a decirte: por ningún motivo huyas. No hay lugar adonde puedas ir sin que te ubiquen. Solo tranquilízate y piensa. Piensa. ¿Quién tuvo acceso antes que tú a ese cuarto secreto? Enfócate en eso.

—Está bien. Voy a investigar. Te mantendré informado.

—Francis, tienes que ir a hablar con el gerente del Chase Bank. Su nombre es Gerard Shaw. Creo que él podría darte algunas respuestas.

—¿El gerente? Papá, ¿estás loco? Si me presento allá hablando del dinero robado oculto en esta casa, me meterán preso.

—Gerard Shaw estuvo involucrado en el robo. Él no te denunciará, pero podría darte alguna pista. Él tuvo que pactar con los hombres de Nicola Vitale a cambio de que guardaran silencio por la muerte de una mujer que era su querida. Shaw la asesinó, ella pertenecía a una banda de extorsionadores conectada con la de Nicola y tenía unos vídeos comprometedores. Shaw les facilitó la entrada al banco, y debes saber que la cantidad robada fue exactamente la que tenía tu abuelo allá, así que en buena cuenta ese dinero es nuestro. Debes hablar con él.

—No sé si iré al banco. Yo no tengo por qué estar envuelto en esto. Lo siento, papá.

—Francis, no me cuelgues, ¡Francis!

Pero Francis ya había colgado. Raras veces en la vida se arrepentía de algo, pero esta vez se había metido en un lío de manera gratuita. Sabía que no debía acudir cuando su padre lo llamó pidiéndole ayuda. Ya su madre se lo había advertido pero no quiso escucharla, ella conocía a su padre mejor que nadie. Pensó en lo que tendría que hacer. ¿Hablar directamente con Kozlowski? ¿Y si él no sabía nada del asunto? Sería como ponerlo al corriente de un hecho que después no sabría justificar. Y si él sí sabía, ¿acaso le diría de buena gana lo que había hecho con el dinero? Tenía que pensar bien cómo enfrentar el asunto. Lo alarmante de todo es que hasta el gerente del banco estaba metido en el robo. No podía creer que todo aquello le

estuviera sucediendo.

Resolvió dejarlo para el día siguiente, no conseguiría nada esa noche. Hablaría con Kozlowski por la mañana y al menos saldría de dudas. Por un momento tuvo ganas de largarse y dejarlo todo, pero la advertencia de su padre le vino a la mente. Se desvistió y acomodó la ropa que se pondría al día siguiente, tomó una ducha y procuró dormir sin conseguirlo.

Capítulo 7

Ciudad del Vaticano, 1963

Mientras disfrutaba la vista del Ávila desde la ventana de la Nunciatura Apostólica de Caracas, tan diferente del paisaje plácido de la naturaleza europea, monseñor Luigi Rinaldi recordaba su natal, Sezzadio, un pequeño pueblo situado al norte de Italia, entre Génova y Turín. Su tarea en ese país sudamericano era cambiar la vieja ley heredada de los tiempos del Virreinato de Nueva Granada: sustituir el nombramiento de los obispos por el gobierno de turno —conocido como Patronato Eclesiástico— por un Concordato que retornara esa facultad a la Santa Sede. El timbre del teléfono sobre su escritorio reclamó su atención y con voz calmada, de fuerte acento italiano, indicó:

—*Pronto?*

—Monseñor, tiene una llamada de la Santa Sede.

Después de atender la llamada colgó con profunda pena. El papa Juan XXIII acababa de fallecer, su dolencia de cáncer de estómago lo había vencido. En Roma empezaban a hacer los preparativos para elegir al nuevo pontífice y presentía que con él vendrían cambios. El cardenal venezolano José Quintero tendría que salir para el Vaticano para participar en la elección del nuevo papa. Días después, el 21 de junio de 1963, el mundo supo que Giovanni Battista Enrico Antonio María Montini era el nuevo papa.

El obispo Rinaldi ese mismo año tomó vacaciones, y como hacía siempre, dejó Venezuela y aprovechó su estadía en Italia para pasar por el Vaticano y visitar a los conocidos. Ese año tuvo un peculiar encuentro con su amigo, el curador del museo del Vaticano. Se había armado cierto revuelo por un regalo que Franco había enviado al nuevo pontífice.

Pablo VI era muy diferente a Juan XXIII. El hombre se había caracterizado por la profunda antipatía que sentía hacia el general Francisco Franco. Cada vez que podía, bien como prosecretario de Estado del papa Pío XII y más tarde como arzobispo de Milán, había aprovechado cualquier oportunidad para hacérselo saber. En Milán contaba con un periódico, radio y

televisión, para mantener esa guerra solapada contra Franco, quien por su parte, nunca vaciló en responderle y nadie sabía cuál sería su relación con España después de su nombramiento papal. No obstante, Franco era bien conocido por ser profundamente católico.

Justo el día de la visita de Rinaldi, su amigo, quien se alojaba en el apartamento del curador del museo y biblioteca del Vaticano, otro obispo como él, compañero de estudios de Teología en Roma, le relató un incidente que no podía revelar mientras él viviera. Eso prometió Rinaldi cada vez más intrigado y escuchó lo que tenía que decirle:

El día 21 de junio de 1963 cuando Montini fue electo papa con el nombre de Pablo VI, Franco convocó a gabinete con todos sus ministros en el palacio de El Pardo para explicarles que debían poner fin a esa «guerrilla», pues ahora Montini era papa, jefe de la Iglesia Católica, y que por lo tanto había que enviarle un mensaje de paz. Uno de los ministros, opinó que dicho mensaje de paz podía transmitirse enviando una delegación más numerosa que de costumbre a la coronación del nuevo papa en la Basílica de San Pedro, presidida por el ya nombrado sucesor de Franco, el Príncipe de Asturias don Juan Carlos y su esposa doña Sofía. Otro ministro tomó la palabra diciendo que como indicaba el protocolo Vaticano, la primera delegación diplomática en ser recibida por el nuevo sumo pontífice sería la española y que se acostumbraba enviar un regalo. Sugería que fuese algo muy especial. Interrogado acerca de esa «especialidad» dijo que en los depósitos del museo del Prado había un pequeño óleo del pintor Velázquez representando a un obispo de provincias, y que como ese cuadro no había sido expuesto al público nadie lo extrañaría a pesar de su gran valor. Franco tomó debida nota, hizo traer el cuadro y aprobó el plan propuesto.

Poco después de la coronación, el papa Montini recibió a la delegación española y el Príncipe Juan Carlos hizo entrar un atril velado que fue descubierto frente al nuevo papa, explicando que era del pincel del gran Velázquez. El papa llamó al curador del Museo Vaticano —que era yo— para entregarme la pintura, explicándome su importancia y significado, y que una vez debidamente registrada se expusiera al público. Pasaron unos días y pedí audiencia al papa para informarle que el cuadro en cuestión era una falsificación reciente y que estaba pintado sobre otra pintura previa. Solicité permiso para remover la pintura más reciente e identificar

plenamente la original.

El papa se mostró muy sorprendido por esos hallazgos y después de cerciorarse de que el Museo Vaticano disponía de las más modernas y apropiadas tecnologías para ese trabajo me autorizó, mencionando de paso que opinaba que Franco y los españoles seguramente ignoraban el engaño.

Días más tarde volví a visitar al papa, esta vez con un atril y la pintura velada, diciéndole a Su Santidad que se sentara porque iba a tener la sorpresa de su vida. Lo que en efecto ocurrió, ya que la pintura oculta era un retrato de Adolfo Hitler. El papa dio órdenes estrictas de que la pintura fuese incinerada y que nunca más se hablase del asunto.

Rinaldi y el curador pensaron que al final de la II Guerra Mundial algunos nazis previendo lo que podría suceder después, diseñaron esa estratagema para salvar esa pintura para la posteridad y lograron llevarla al Prado. Pero ¿a quién podría interesarle una pintura de Hitler?

—¿Y qué hiciste con la pintura? —inquirió Rinaldi.

—La mandé quemar, obviamente.

Lo que nunca supieron fue que la pintura salió del Vaticano camuflada debajo de uno de los coches y obsequiada a un amigo inglés pronazi que vivía en América llamado John Hamilton.

Capítulo 8

Daniel Kozlowski
Caraolos, 1946

Una semana después, Daniel Kozlowski esperaba de pie frente a la tienda del médico judío americano. Cuando vio salir a la última persona, se apresuró a entrar y se plantó delante de la mesa tras la que se hallaba sentado el médico.

—Doctor, soy Daniel Kozlowski, ¿me recuerda?

El hombre lo miró, se quitó las gafas, cerró los ojos y se puso el dedo índice y pulgar entre ellos. Parecía cansado.

—Sé quién eres, hijo. No creas que me he olvidado de ti.

—¿Habló con quien debía?

—Sí, pero hay un problema. Nosotros no regresaremos de inmediato a Estados Unidos. Somos un grupo que da asistencia a los diferentes campos de concentración que todavía existen, trabajamos como voluntarios...

—Puedo acompañarlos, iré con ustedes a donde vayan, señor, por favor, no me dejen aquí.

—¿Qué sabes hacer? No podemos llevar gente inútil, ¿comprendes? Si al menos fueras enfermero o tuvieras más edad...

—Haré lo que ustedes deseen, soy joven y puedo aprender, no he tenido tiempo de estudiar porque estuve en la guerra desde que tengo memoria, primero en Varsovia y después prisionero en Auschwitz. Sé manejar armas, granadas, bazucas, sé hacer bombas, es lo que aprendí para sobrevivir. Deme una oportunidad, por favor. Podría ser su guardaespaldas, su cuidador, hacer labores de vigilancia. Es lo que sé hacer —terminó de decir Daniel.

—La guerra para nosotros terminó, hijo, no necesitamos gente que sepa hacer bombas, pero tal vez encuentre alguna ocupación para ti. ¿Sabes cocinar?

La cara de Daniel reflejó tal estupor que el hombre sonrió por primera vez.

—Nunca cociné —respondió, pensando en las pocas oportunidades que había tenido de comer bien, mucho menos de cocinar.

—Pero puedes aprender, supongo.

—Claro que sí —afirmó con contundencia.

—Veré qué puedo hacer, supongo que sabes manejar bien un cuchillo. Podrías servir de ayuda en la cocina.

—Sí, señor. También me gustaría estudiar.

El médico se puso de pie y por primera vez lo miró con atención. Daniel pensó que tal vez había presionado demasiado y se arrepintió de haberlo dicho.

—Me gustan los jóvenes inteligentes que quieren superarse. Te prometo que haré algo por ti. Soy Samuel Bendahan —dijo alargándole la mano.

—Muchas gracias, señor Bendahan, no se arrepentirá. Le estaré agradecido toda la vida.

Bendahan hizo un sonido similar a un silbido.

—Primera lección: nunca prometas cosas que impliquen toda tu vida. Acércate esta noche a la tienda de los médicos, donde comemos.

Daniel se retiró con el corazón latiéndole con fuerza, desde que vio a su familia por última vez no había sentido la sensación de pertenecer a algo. Y mientras iba hacia su tienda vio la enorme cantidad de gente que existía en Caraolos. Nunca pudo comprender la manera en que los demás aceptaban la fatalidad de sus vidas de manera resignada, viendo pasar los años encerrados en campos cercados con alambre de púas, como si fuera natural vivir así, en espera de que otros tomaran decisiones por ellos. El grupo de judíos norteamericanos era diferente. Caminaban, actuaban y se expresaban de manera diferente, y él quería ser como ellos.

Recibió su ración del mediodía y se encerró en su covacha, un pequeño espacio en el que apenas cabía una cama de campaña y las pocas ropas que habían repartido los americanos; una muda diferente a la que llevaba puesta. Solo eso. No tenía nada más en el mundo, y como el que no tiene adonde llegar ni qué resguardar, se sentía libre para ir adonde quisiera, siempre y cuando el cerco creado por los ingleses se lo permitiera. Odiaba a los ingleses tanto como a los alemanes y a los rusos.

Al anochecer empezó a rondar por la tienda comedor de los médicos. Quiso pasar lo más inadvertido posible para no ser amonestado. Por experiencia, Daniel sabía que cualquier adulto, dondequiera que lo encontrara, le llamaría la atención por cualquier motivo. Cuando vio la figura delgada y angulosa de Bendahan caminar de la manera como lo hacían los

judíos americanos, con confianza, pisando fuerte y con la mirada dirigida a su objetivo, esperó a que entrara en la tienda y calculó un tiempo prudencial antes de acercarse y cruzar el umbral sostenido por dos cordeles a los lados.

Nadie pareció reparar en su presencia excepto Bendahan que se encontraba sentado a la mesa rectangular plegable de frente a la entrada. Le hizo una seña y lo invitó a pasar.

—Él es mi amigo Daniel Kozlowski —lo presentó a los cinco hombres y dos mujeres sentados a la mesa—. Trae ese banco y siéntate con nosotros —le dijo.

—Gracias, doctor.

—Como alguno de ustedes saben, Daniel desea ser nuestro ayudante y creo que lo pondré a prueba mientras estemos aquí. El chico quiere ir a los Estados Unidos.

Los otros lo miraron y sonrieron.

—¿No deseas ir a Palestina? —preguntó uno de ellos.

—No. Quiero ser como ustedes.

Reinó el silencio interrumpido por una mujer con raciones de comida que repartió entre los de la mesa.

—Falta una para Daniel —apuntó Bendahan.

—No se moleste, no es necesario, yo...

—Si vas a ser uno de nosotros tendrás que alimentarte, Daniel.

La mujer, que conocía a Daniel, lo observó con curiosidad. Hizo un gesto con la mano y salió diciendo que ya regresaba.

Regresó poco después con un oficial, quien fue directamente adonde se encontraba Daniel y lo tomó de la muñeca.

—Tú no tienes que estar aquí. Esta es la tienda de los médicos.

—Déjelo, él es nuestro asistente.

—¿Asistente? ¿Desde cuándo?

—Desde ahora —dijo con firmeza Bendahan—. Y por favor, dígame a Sara que traiga otra ración para él.

—Espero que no les dé problemas, es un muchacho difícil, poco colaborador.

—No se preocupe por eso. Él dormirá con nosotros.

El oficial se alzó de hombros y salió de la tienda. La mujer regresó con la ración de Daniel y la puso de mala gana frente a él sobre la mesa.

—Gracias —dijo él. Ella salió sin decir nada.

—¿Qué clase de problemas das? —indagó una de las enfermeras.

—Ninguno. Solo que no quiero que me traten como a un prisionero, no me gusta cantar y bailar con los otros mientras estemos aquí, es como si todos estuvieran felices, ya pasé muchas privaciones, no es justo que nos tengan prisioneros.

—¿Sabías que ellos no son responsables de eso?

—Claro, la culpa es de los ingleses. No nos dejan entrar a Palestina ni salir de aquí.

—¿Qué sabes hacer?

Antes de que Daniel pudiera responder, se adelantó Bendahan.

—Tiene muchas aptitudes, pero no dejen que su tamaño los engañe, apenas tiene doce años y por su estructura ósea creo que seguirá creciendo. Le ofrecí que ayudara en la cocina.

—¿Sabes cocinar? —preguntó la enfermera con interés.

—Sé manejar el cuchillo, yo...

—Sabe un poco —volvió a interrumpir Bendahan—. Nos hará falta cuando visitemos los otros campos, no todos están tan organizados como este.

A partir de esa noche Daniel se quedó con los americanos. Logró expresarse en inglés tanto como en alemán, idioma que había aprendido en Polonia durante la ocupación y después en Auswichtz a golpe de porras. Fue ganándose la confianza de los médicos, le enseñaron a desinfectar heridas, y no le amilanaban las peores infecciones o cualquier detrito que el ser humano pudiera arrojar. Cosas peores había visto en sus cortos años durante sus incursiones por los desagües de Varsovia y también en Birkenau. Era el ayudante ideal durante los alumbramientos, que en Caraolos se daban con cierta frecuencia, y además de ayudar en la cocina empezaron a encomendarle tareas más propias de un enfermero. Un mes después partía con los médicos a otro campo. En Chipre existían nueve campamentos; en Caraolos, al norte de Famagusta donde se encontraba Daniel y en Dekhelia, en las afueras de Larnaka. El Joint o Comité de Distribución Conjunta Judío Estadounidense cubrió la mayoría de las necesidades, como la asistencia social y médica, guarderías y raciones de alimentos para los miles de retenidos en los campos.

Fue durante ese tiempo cuando se enteró de que la Hagana, una organización militar judía clandestina planeaba llevar a más de cinco mil

judíos del campo de Caraolos a Palestina en un barco de bandera hondureña comprado a un judío norteamericano llamado Samuel Zemurray. Por momentos le provocaba unirse a la lucha de la Hagana, pero después lo pensaba mejor y no flaqueó en su deseo de ir a los Estados Unidos. Durante esos meses se enteró de que el barco hondureño había sido rebautizado como «Exodus 1947», y que el gobierno británico había obligado a regresar a Marsella al barco con su cargamento de *mapilim*, como llamaban a los judíos apátridas. Finalmente los ingleses cedieron debido a la presión internacional generada por su manifiesto comportamiento antisemítico. Se los comparaba con los nazis. La tenacidad de los judíos, hacinados y enfermos en un barco que se negaron a abandonar, fue un factor clave para que la ONU iniciara la división de Palestina y el nacimiento del Estado de Israel.

Ese mismo año Samuel Bendahan regresó a los estados Unidos llevando consigo a Daniel Koslowski, ya de trece años, quien fue admitido como emigrante respaldado por las credenciales del cuerpo médico del Joint y del mismo Bendahan.

Capítulo 9

Casa Hamilton, 2005

Cuando Francis bajó a desayunar observó el rostro de los Koslowski con disimulo. ¿Sabrían la existencia de la entrada al sótano oculto? Ellos permanecían impassibles, aunque por un momento creyó notar en un gesto de la mujer de Daniel algo parecido a curiosidad. Como si lo estuviera estudiando o esperase que dijera algo.

Terminó los panqueques con jarabe de arce, el jugo de naranja, el café y luego de pasar la servilleta cuidadosamente por los labios se decidió a preguntar directamente:

—Daniel, ¿sabe usted que en el dormitorio principal existe una entrada a un segundo sótano?

Koslowski arrugó el entrecejo y lo miró con cara de extrañeza.

—¿Un segundo sótano? ¿Desde allá arriba?

—Sí. Se baja abriendo una trampa.

—No lo sabía.

—Yo sí —dijo Viveka, mientras Daniel la miraba con asombro—. Al limpiar esa habitación me di cuenta de que en la pared existía una ligera imperfección, y al presionarla para quitar el polvo se abrió. Pensé que era un simple cuarto pequeño de almacenaje, ahora sé que era el acceso a un sótano.

Francis reparó con detenimiento en Viveka. Su rostro tenía los pómulos ligeramente sobresalientes, lo que daba a sus ojos un aspecto exótico. También notó que no era una mujer demasiado madura, pese a su manera de vestir y de comportarse.

—¿Nunca entró al cuarto?

—Entré, pero no vi ninguna trampa.

—¿A qué se debe la pregunta? —inquirió Daniel.

Francis se fijó en la servilleta que hacía unos momentos había dejado sobre la mesa.

—Debo ser sincero —dijo elevando la mirada y posándola directamente en los ojos de Daniel—. Vine aquí con un propósito. En ese sótano oculto,

ciertas personas dejaron mucho dinero. Dinero que pertenece a mi padre. Por eso estoy aquí, pero el dinero no está. En este caso cabe suponer que ustedes estaban enterados, pues ¿quién si no, habría sacado esa fortuna? Y disculpen que se lo diga, pero son los únicos que viven aquí.

—¿Y cómo sabes que el dinero estaba ahí?

—Mi padre me lo dijo, por eso vine.

Kozlowski sonrió condescendiente.

—Su padre... comprendo.

Francis sintió calor en las mejillas. Pensó que debía mejorar su planteamiento.

—Mire, Daniel, no es que desconfíe de ustedes, obviamente no sabían nada de esto y es probable que algún otro se haya aprovechado durante el tiempo que la casa estuvo vacía. Por favor, ayúdeme a descifrar este misterio.

—¿Cuándo se supone que dejaron el dinero aquí?

—Hace tres años.

—Para estar claros: sus abuelos no sabían la existencia de ese dinero y no fue su padre quien lo dejó sino otros.

—Así es.

—¿Cómo sabe que es cierto que alguien dejó aquí el dinero?

—Ese es el punto. Empiezo a dudarlo y no sé qué decirle a mi padre.

—La verdad. Es lo más natural, ¿no? —intervino Viveka.

—Sí, señora, pero ustedes no se imaginan todo lo que eso implica —dijo Francis, cuyo rostro había dejado de sonrojarse para tornarse pálido. Estaba verdaderamente asustado.

—Vamos, amigo, no puede ser tan grave, su padre comprenderá... ¿De cuánto dinero se trata?

—De cincuenta millones de dólares —dijo en voz baja—. Diez bultos conteniendo billetes y un maletín con bonos del Tesoro por cuarenta millones.

—Eso es mucho. ¡Demasiado!

—Mi vida puede estar en peligro si no lo encuentro.

—Vamos por partes. ¿Usted sabe cómo llegó esa fortuna a esta casa?

—Es un poco largo de contar.

—Tengo todo el tiempo del mundo para escucharlo —replicó Kozlowski cruzando los brazos.

—Mis abuelos fueron personas acaudaladas, mi padre creció rodeado de

facilidades y creo que por eso durante su juventud al terminar los estudios no hizo nada útil. Embarazó a mi madre, una mujer que no pertenecía a su clase y tuvo que casarse, supongo que como no tenían donde vivir vinieron aquí, donde me crie. Estoy contando desde donde yo sé, porque mis padres tienen una versión diferente, pero es fácil darse cuenta de todo cuando uno crece entre personas que siempre discuten y dicen más de lo que deberían. Al final mi padre tuvo que salir de esta casa y mi abuelo le dijo que no recibiría ni un centavo de herencia. Eso lo escuché yo directamente. Mi abuela le dio a escondidas quinientos mil dólares de sus ahorros para que empezara con dinero donde fuéramos, y mi padre decidió que iríamos a Inglaterra.

—Fue donde estudiaste.

—Así es. Fui un alumno aplicado, no quería que me sucediera lo mismo que a papá, además no tenía una fortuna que respaldara mi vida. Me gradué en Derecho.

—Pero no ejerciste —apuntó Daniel.

—Siempre sentí pasión por el arte, estudié en una de las mejores escuelas de restauración, la Universidad de Montfort. Soy licenciado en Restauración de Arte, empecé a trabajar para algunos museos en Italia y abrí una galería.

Francis crecía a los ojos de Daniel a medida que hablaba. No era un tarambana como supuso al principio.

—¿Y qué hace exactamente un restaurador?

—Presto mis servicios cuando lo requieren entidades o personas, puedo distinguir si una obra es original o es una copia, y creo que soy uno de los mejores restauradores que existen. Utilizo exactamente los mismos materiales que se usaron al pintar o fabricar la obra.

—La verdad, no comprendo por qué se encuentra usted metido en este lío —comentó Viveka.

—Acudí a una llamada de mi padre, creí que en cierta forma tenía algo de razón y, para ser sincero, pensé que si me daba la parte que me había prometido podría invertirla en la nueva galería que pensaba abrir en Roma. No debí aceptar, conociéndolo...

—Lamento todo esto, Francis, pero todavía no me has dicho de dónde procedió el dinero.

—Como les decía, mis abuelos murieron con mucho dinero y sin hacer testamento. Mi padre sabía que su fortuna estaba en el Chase Bank, estuvo

hablando durante todo este tiempo con el viejo abogado de mi abuelo para que lo convenciera de que no era conveniente morir intestado, y que esa fortuna debía ir a quien le pertenecía, es decir a su hijo, pero por desgracia, él falleció sin dar su brazo a torcer y después murió el abogado, como era natural.

—¿Natural?

—Sí, era un hombre que pasaba de los ochenta, creo.

—Y todo se lo quedó el banco.

—Así es. Porque mi abuelo le dejó al abogado un fideicomiso testamentario. Mi padre esperó un tiempo y al final ideó un plan para que sustrajeran la cantidad que debió ser suya y la escondieran aquí.

—Parece que los que efectuaron el robo, porque debemos llamar las cosas por su nombre, ¿eh? —puntualizó David—, no cumplieron su parte.

—Es una... organización muy confiable, según mi padre. Son italianos con mucho dinero y tienen empresas en varios países de Europa, mi padre trabaja en una de ellas, por eso él piensa que algún otro robó el dinero.

—Alguien que supiera dónde estaba, y cómo llegar a él.

—Exacto.

—¿Podría mostrarme ese sótano?

—Por supuesto. Necesitaremos unas linternas.

Viveka fue a la cocina y regresó con un par de ellas.

Se encaminaron a la escalera y una vez en el dormitorio Francis cogió otra linterna de la valija de mano y presionó la pared que se abrió como en ocasiones anteriores. Una vez dentro del reducido espacio se acuclilló y levantó la alfombra que cubría toda la superficie del pequeño cuarto, bajo la que se hallaba la trampa de madera. Haló de ella por una hendidura y quedó al descubierto una escalera. Bajó seguido de Viveka y Kozlowski, cada uno con una linterna. Cinco tramos abajo llegaron a una estancia sin ventanas.

—¿Es la única forma de entrar? —preguntó Daniel.

—Creo que sí.

—Pienso que sería un desperdicio si así fuera. Debe de existir una salida, me parece que esto más que un sótano es una salida secreta. Veamos.

Los tres apuntaron las linternas a las paredes buscando cualquier señal indicativa de alguna puerta. En una esquina, el cuadro cubierto por una tela, y en una de las paredes un viejo estante angosto y vacío era lo único que había en el lugar. Ambos se miraron y pensaron lo mismo.

—Vamos a moverlo —dijeron al unísono. Y arrastraron el estante hacia un lado. Detrás no había nada. Ni la más leve señal de una puerta o algo que se le pareciera. Daniel notó que Viveka había dejado de prestarles atención y miraba la pared al lado de ellos.

—Veamos —dijo Daniel acercándose a la pared.

Daniel y Francis alumbraron la pared con las linternas. Parecía que había una puerta cubierta de bloques del mismo material que las paredes; piedra arenisca. La posición de los pequeños bloques disimulaba perfectamente la salida. Evidentemente era una puerta, tan a la vista que no se notaba. Ni siquiera tenía cerrojo, cerradura o algo que la hiciera ver como una entrada. Daniel empezó a empujar uno de los bordes. La puerta cedió después de hacer mucha fuerza dejando al mismo tiempo pasar una corriente de aire.

—Tiene un eje —comentó. Veamos adónde nos lleva.

El espesor de la pared rotatoria tendría unas once o doce pulgadas. Dejaba espacio suficiente como para que pasara una persona sin esfuerzo. Los tres se encaminaron por el túnel con olor a tierra húmeda, el aire cada vez se hacía más respirable, subieron cinco escalones y siguieron hasta desembocar en una salida rústica. Unos matorrales cubrían por completo el túnel de entrada. Se encontraron en la parte posterior de la casa, a unos veinte metros de la entrada de servicio.

—Vaya... y supongo que, si se puede salir, también se puede entrar —sugirió Francis.

—Vayamos de regreso para comprobar si se puede entrar. Espero que la puerta no se haya cerrado.

—Vayan ustedes, yo regreso a casa por aquí, dijo Viveka, señalando el camino de regreso por el jardín.

Los dos hombres asintieron y volvieron a meterse en los matorrales, bajaron los cinco escalones y retornaron por donde habían salido. La puerta estaba cerrada. Daniel volvió a presionar con fuerza el lado derecho desde afuera y la puerta volvió a girar dejándolos entrar.

—Quien conozca esta entrada pudo tranquilamente haber entrado por aquí, porque vuestro dormitorio tiene vista hacia el lado este y no habrían visto nada —observó Francis.

—Incluso estando nosotros en casa no nos hubiéramos dado cuenta si lo hicieran de noche. Claro que tendrían que necesitar un vehículo para llevar la carga, no sé cuánto espacio puedan ocupar esos millones, pero caminando no

creo que lo hicieran, así que tuvo que ser en algún momento cuando no estuvimos en casa.

—¿Por qué mi padre no me dijo que existía una salida? —se preguntó Francis en voz alta.

—Porque quizás no lo sabía. Acuérdate que él no dormía en esa habitación. Era la de tus abuelos.

—¿Y ese cuadro? —preguntó Daniel al retornar al sótano.

—Es un retrato de Hitler que estaba debajo de alguna otra pintura.

Daniel hizo un gesto de repugnancia.

—Deberías deshacerte de esa basura.

—¿No le parece raro que no se lo hayan llevado?

—Raro sería que lo hubiesen hecho —respondió Daniel con contundencia.

—Lo llevaré arriba para examinarlo.

Daniel se encogió de hombros y comenzó a subir las escaleras sin decir nada. Hubiera preferido mantener esa imagen fatídica lejos de la vivienda.

Una vez en la habitación, Francis dejó el cuadro todavía cubierto por la lona, recostado de una de las paredes.

—¿Qué piensas hacer? Ese dinero no se esfumó como por encanto —preguntó Kozlowski.

—No sé. Es la primera vez que me encuentro en una situación así. Anoche hablé con mi padre.

—¿Y?

—Dijo que el gerente Gerard Shaw estuvo involucrado en el robo. Me pidió que fuera a hablar con él.

Kozlowski movió la cabeza de lado a lado.

—Este asunto está cada vez peor. Te dejaré solo. Lamento todo esto.

—No se vaya, por favor, déjeme decirle todo. —Francis lo agarró del brazo y Daniel sintió a través de la frialdad de su mano que estaba temblando.

Sin interrumpirse empezó a relatarle todo lo que su padre le había dicho acerca del asesinato y demás, y solo se detuvo al final para tomar aliento.

—Comprendo... el asunto es más serio de lo que pensaba. Tranquilízate. Trata de calmarte, veremos qué podemos hacer. —Sin saber qué más decir, agregó—: Veré que la señora Kozlowski esté preparando el almuerzo.

Capítulo 10

David Kozlowski,
Chicago, Illinois, 1947

A ojos de Daniel, América era tan diferente de Europa como el vinagre del aceite. Su gente tenía la libertad impregnada en la piel, no temían expresar sus ideas y hasta los judíos eran tratados de manera normal, o casi normal, pues según Bendahan también existía cierto antisemitismo, pero nunca tan palpable como en Europa, debido a que los Estados Unidos estaba conformado por inmigrantes. En 1947, sin embargo, no se podía decir que los negros fuesen tan aceptados. Un país que comenzó siendo de inmigrantes anglosajones veía con desconfianza a cualquiera que tuviera rasgos negroides, latinos y hasta a los propios nativos americanos. Solo existía un único rasgo igualitario: el dinero. Si se era lo suficientemente acaudalado lo demás se pasaba por alto. No existía la nobleza como en Europa, por lo tanto el origen importaba poco.

Empezó su nueva vida en Hyde Park, en la antigua casa de Samuel Bendahan en la avenida Kimbark. Cuando llegaron, el viento azotaba sin clemencia los árboles a lo largo de toda la calle. Todavía era de día y pudo fijarse con su acostumbrado sentido del detalle que era una casa agradable de dos niveles construida en ladrillo y techo a dos aguas. Al entrar, una sonriente mujer asiática que apareció como salida de la nada saludó a Bendahan con un tono peculiar, sin quitarle el título.

—Buenas tardes, doctor, estoy feliz de que haya regresado. Esta vez el viaje fue largo, ¿eh? Suba que enseguida le preparo la tina con agua caliente.
—Quedó en silencio al ver a Daniel.

—Hola Xía, él es Daniel Kozlowski. Vivirá aquí.

Los ojos oblicuos de la mujer iban de uno al otro, y Daniel la miraba hipnotizado. Sintió un codazo de Bendahan y reaccionó.

—Mucho gusto, señora Xía. Es un placer conocerla.

La sonrisa de Xía mostró una hilera de dientes y le dio la bienvenida.

Daniel ocupó una habitación situada en la buhardilla. Tenía para su uso

un baño privado al lado del dormitorio. Se asomó a la ventana que daba al frente y vio a los árboles tambalearse por el viento, mientras un coche pasó dejando un sonido en cierta forma reconfortante que se amortiguó en la lejanía, le trajo recuerdos de cuando era niño y las cosas eran normales en Varsovia. Cosa extraña, pero ese sonido siempre lo reconfortaba. Hacía tanto tiempo de aquello que no recordaba lo que era vivir en una casa en la que hubiera salón, cocina y dormitorios. Se había acostumbrado a acomodarse en cualquier parte ocupando el menor espacio posible para no estorbar a los demás o para no ser estorbado, de manera que aquella habitación le pareció un verdadero lujo, más cuando al cabo de una hora apareció Xía en la puerta con toallas, sábanas y demás ropa de cama. Era una mujer delgada, de rostro amable, en el que sobresalía una permanente sonrisa.

—El doctor dijo que usted vivirá aquí. Vengo a hacer la cama. — Hablaba con un peculiar acento, separando unas palabras de las siguientes, de manera que daba la impresión de estar enfadada, aunque su rostro mostrara una sonrisa.

—Gracias, señora Xía, yo puedo hacer la cama, no se moleste...

—De ninguna manera, joven Daniel. Ese es mi trabajo —dijo ella cortante—. Dónde está su equipaje —preguntó sin inflexión.

—Allí. —Daniel señaló una bolsa de lona.

Ella la miró y no dijo nada. El muchacho prefirió dejarla sola. A pesar de su amabilidad y de su sonrisa, Xía lo intimidaba.

Samuel Bendahan salía en esos momentos de su habitación vistiendo sobre el pijama una gruesa bata de seda color marrón, con una pipa en la mano.

—Ven, Daniel. Acompáñame.

Fueron por el pasillo hasta un salón cubierto de estanterías con muchos libros. Bendahan se sentó en un sillón y le ofreció asiento en otro sillón frente a él.

—Acabo de dejar a la señora Xía haciendo la cama —comentó Daniel por decir algo.

—Ella trabaja aquí desde hace unos diez años. Es la asistenta, se encarga de todo en esta casa. Tenemos que empezar con tu educación formal —dijo cambiando de tema—. Te inscribiré en una escuela para que estudies los años que te faltan para graduarte en la secundaria y después puedas presentarte a la universidad. ¿Has pensado qué deseas estudiar?

—Me gustaría ser médico. Como usted. —Daniel sintió vergüenza al decirlo. Una cosa era el campo en Caraolos bajo diferentes circunstancias y otra hacerlo sentados en aquella casa en la que se sentía un intruso—. Lamento decirlo, doctor, pero no tengo estudios, con las justas cursé la escuela, cuando los alemanes invadieron Polonia.

—Todo se puede arreglar, hijo, aquí tendrás que rendir un examen para evaluar tus estudios y continuarlos y después podrás presentarte a la universidad. Todo dependerá de ti. Yo trabajo a unas diez manzanas de aquí, en el Hospital Universitario, y la universidad también te quedará cerca. Si deseas ser médico tendrás que esforzarte, es una carrera larga, calcula al menos once años. Dijiste que deseabas estudiar, ¿no?

—Me esforzaré, doctor. Solo que... debo trabajar, usted no podrá tenerme en su casa eternamente.

—Daniel, desde el momento en que decidí traerte a este país, tomé la decisión de hacerme cargo de ti. Ya tuviste demasiadas desgracias en tu vida, es hora de que retomes la normalidad y en esta casa hay espacio de sobra. Y, como decía mi difunta esposa: «Donde comen dos, comen tres», y con la comida que prepara Xía podrían comer más —dijo Bendahan.

—Gracias, doctor, no sé cómo podré pagarle todo lo que hace por mí. No deseo ser una carga, haré lo que diga, no soy un inútil...

—Sí, ya sé, sabes manejar una revólver, una bazuca, un cuchillo... —rió Bendahan.

—No, también puedo ser ayudante en un hospital, aprendí mucho allá, ¿recuerda?

—Claro, claro, pero aquí las cosas son diferentes, necesitas un título de enfermero para trabajar en un hospital, aquí no estamos en emergencia ni en guerra, ya te irás acostumbrando, pero en casa siempre falta una mano para llevar a cabo tareas que para Xía empiezan a ser difíciles, le diré que hable contigo.

—Sí, señor.

—Daniel, solo tuve un hijo y murió a los siete años en un accidente junto con mi esposa, ahora tal vez tendría tu edad. —Bendahan habló con tristeza—. Me habría gustado que fuese como tú. Déjame hacer algo por ti. ¿De acuerdo?

—Gracias, doctor —susurró Daniel sin poder hablar. Sintió que por primera vez después de muchos años los ojos se le inundaban de lágrimas.

Durante mucho tiempo las había retenido porque evitaba recordar y sufrir. Y ya no era necesario.

Bendahan alargó la mano y la puso sobre la de él. Daniel se levantó y lo abrazó. Su cuerpo de trece años, demasiado fornido y grande para su edad, hizo desaparecer la delgada figura de Bendahan, quien sintió que esa demostración de ternura provenía de un joven que no había tenido oportunidad de ser tratado como un niño. Era tan grande como ingenuo, sin que significase que sufriera algún tipo de retardo mental. Simplemente el destino le había trazado un camino lleno de obstáculos, y él estaba dispuesto a eliminarlos.

Daniel se limpió las lágrimas con la manga de la camisa.

—Perdone, doctor —se excusó tratando de evitar un suspiro entrecortado.

—Nada que perdonar, Daniel. Ya no me llames más doctor, de ahora en adelante seré Sam para ti —estableció Bendahan extendiéndole un pañuelo que sacó del bolsillo de la bata.

—Será difícil...

—Te acostumbrarás.

—Sam, algún día te pagaré todo lo que estás haciendo por mí.

—Ya llegará el momento —dijo Bendahan.

Y Daniel intuía que así sería. Algo en su interior le decía que llegaría ese momento. Era inherente en él intuir cuando la otra persona se sentía colérica, incómoda, recelosa o con temor o, como ese día frente a Bendahan, cuando escuchó su respuesta con el presentimiento de que detrás existía algo más que unas palabras amables. Esa habilidad le había ayudado a sobrevivir durante años en Varsovia cuando se desplazaba entre alemanes y polacos a través de las cloacas de la ciudad, y se topaba con toda clase de gente en sus mismas circunstancias deambulando como almas en pena por los desagües. Y después en Birkenau, en donde cualquier gesto que no fuera interpretado correctamente equivalía a un castigo desmesurado o a la muerte. Y en cierta forma ese instinto se había acentuado en él por tratarse de un niño en el cuerpo de un joven, pues siempre las tareas más arduas y terribles le habían sido encomendadas. Tuvo entonces que aprender a sobrellevar la repugnancia, el terror de revisar los cadáveres y abrirles la boca para extraer las muelas o dientes de oro para beneficio de los nazis antes de lanzar los cuerpos al crematorio, y tuvo también que cubrirse con una pátina de

indiferencia para soportar los insultos de sus propios compañeros por efectuar un trabajo que él no había elegido. Una indiferencia que todavía llevaba consigo pero que algún botón que supo pulsar Bendahan en su humanidad había abierto, dejando salir un caudal de emociones, al menos en ese momento.

Y la nueva vida que tanto anheló desde que conoció a los judíos americanos se empezaba a hacer realidad, pero no sería tan fácil. No al menos para él. La escuela a la que tuvo que acudir a diario estaba poblada de niños que diferían en edad, tamaño y experiencias a las de él. Pero no tenía otra opción. Y no existen seres más crueles que los niños. Dicen lo que piensan. Y lo que pensaban respecto a Daniel eran muchas cosas que no se asemejaban ni remotamente a la realidad. Las burlas por su tamaño, su acento, su torpeza y su aparente timidez no se dejaron esperar, y aunque a Daniel no le faltaron ganas de zarandearlos y darles una paliza, su intuición le decía que de la única forma como podía liberarse de ellos era estudiando hasta el agotamiento para dejar cada grado en el menor tiempo posible por medio de pruebas de aptitud. Era lo que Bendahan había asegurado y, como siempre, tuvo razón. En un tiempo menor a lo que cabría esperar llegó al penúltimo año de secundaria, en donde las diferencias eran menos llamativas y su tamaño y robustez jugaban a su favor. Un año después se graduó con honores y de inmediato fue admitido en la Universidad de Chicago, en la que cuatro años después sacó la licenciatura en medicina —el *Bachelor's Degree*—, para empezar la carrera. Con veinte años para entonces, lo que más mortificaba a Daniel era depender de Bendahan, quien corría con los gastos que generaban unos estudios que absorbían todo su tiempo. Y aunque él dijera que eso no importaba, que lo que quería era hacer de él un buen médico, Daniel se sentía obligado a compensar de alguna forma todo lo que recibía y buscó un trabajo de camarero en el turno de noche. Las propinas en las horas nocturnas eran buenas y de esa forma empezó a cubrir sus gastos.

Durante esos años el trato con su mentor se había hecho familiar. Ya no le causaba desasosiego tratarlo de tú, y entre ellos se había ido creando un vínculo cada vez más fuerte. Tal vez similar al que tendría con su padre, si existiera. Trataba de recordarlo sin el resentimiento que había albergado tanto tiempo. ¿Por qué su padre en lugar de proteger a su familia la había expuesto? Pertenecer a una organización disidente en plena ocupación nazi, siendo judíos, no había sido nada inteligente. Y ya Daniel había aprendido

que la valentía, cuando se tenían todas las de perder, era absolutamente inútil. Jamás llegó a tener noticias de ellos, y desde que se enteró de que los llevaron a Treblinka supuso que estarían muertos. Y si no fuese por su hermano que lo lanzó al alcantarillado en el último momento, hubiera terminado como ellos. Pero de nada valía hacer suposiciones ni pensar que las cosas habrían sido diferentes. Cada persona tiene sus motivos y había aprendido a vivir con ello, como cuando se enteró de que Xía y Samuel dormían juntos de vez en cuando. A partir de la noche en que la vio salir de su habitación sintió que cualquier sentimiento puede ocultarse tras una fachada, todo el mundo lo hacía, incluyéndolo a él. ¿Quién pensaría que aquella asiática tranquila, delgada y desde su punto de vista carente de atractivos podía transformarse en una mujer? Y aunque le costó imaginársela desnuda en brazos del cuerpo también desnudo de Samuel Bendahan, llegó a la conclusión de que al fin y al cabo eran un hombre y una mujer. Sin embargo, no podía evitar una sonrisa al verlos tratarse con tanta ceremonia cuando estaban frente a él. Y ya que Samuel no le había dicho nada al respecto, decidió no darse por enterado.

La época en que miraba a las mujeres con temor había quedado atrás para Daniel. Había descubierto un mundo diferente en ellas desde que llegó a los últimos años de secundaria, y las chicas norteamericanas eran muy generosas cuando se trataba de ofrecer amor. Daniel contaba dieciséis años cuando cierto día Bendahan con su acostumbrado aspecto circunspecto lo llevó al salón de las estanterías con libros y le preguntó si había estado con alguna chica. Fue un momento de gran tirantez para él, no le parecía correcto que Bendahan se inmiscuyera en su vida sexual.

—Hijo, es muy importante que te lo pregunte. ¿Sabes el riesgo que corres si embarazas a una mujer? No tendrías futuro. La carrera de medicina se acabaría para ti, tendrías que dejarla para trabajar para tu esposa y para tu hijo, que día a día te causaría más gastos porque tendrás que casarte. ¿Estás preparado para asumir la responsabilidad?

Hasta ese momento Daniel no se había detenido a pensar en una posible paternidad y mucho menos en el matrimonio. Y lo que planteaba Bendahan le causó tanto estupor como temor.

—La verdad, no había pensado en esa posibilidad.

—Y hasta ahora has tenido suerte. ¿Estás tomando alguna precaución?

—La verdad es que... no.

Bendahan fue hasta el escritorio y sacó un paquete de regular tamaño de uno de los cajones.

—Toma. Son preservativos Durex, son ingleses. Tal vez al principio los sientas incómodos, pero es mejor eso a tener que... en fin, ya sabes. Solo tengo esa cantidad, aquí todavía no los venden. Procura no utilizarlos todos porque no habrá más, ¿está bien? Y nunca, nunca hagas el amor sin ponértelo primero. En el paquete están las indicaciones de uso, creo que el sentido común hará el resto.

Por entonces, Daniel empezaba el primer año del *Bachelor's Degree*. A partir de ese día supo que todo cambiaría. No dejaría que nada arruinase lo que se había propuesto. Y en cierta forma el cuidado que empezó a tener se intensificó de tal manera que se volvió selectivo. Antes de estar con una chica evaluaba si valía la pena gastar un preservativo, algunas veces el valor de la chica no lo merecía. Todo era un poco traído por los cabellos, pues comparar a una mujer con el valor de un preservativo era impropio. Los preservativos no se vendían libremente, la sociedad norteamericana era puritana. Demasiado, para su gusto, no obstante sus mujeres no lo eran tanto, pero al casarse y tener hijos actuaban y pensaban de manera diferente. Y Estados Unidos estaba lleno de matrimonios de clase media con hijas de madres y padres puritanos, pese a que la Segunda Guerra Mundial trajo consigo también cierto libertinaje, ese que sale de lo profundo de las almas cuando se viven situaciones que remecan la vida, y en lo único que se piensa es en ser feliz porque la vida y la felicidad pueden acabar en cualquier momento, tal como les ocurrió a muchas mujeres que jamás volvieron a ver a sus maridos o a sus novios, y a las madres que perdieron a sus hijos en guerras lejanas. Además, para colmo de males, las nuevas generaciones llevaban en la sangre el *rock and roll*, y Chuck Berry hacía de las suyas. El movimiento de caderas que tanto perturbaba a los padres enriquecía la vida sexual de la juventud y para un atractivo estudiante de medicina como Daniel Kozlowski las oportunidades eran más frecuentes de lo que él mismo habría deseado. No obstante, conservó la cabeza en su sitio y procuró seguir el consejo de Bendahan.

Capítulo 11

Casa Hamilton, 2005

Daniel salió de la habitación y bajó a la cocina. Viveka empezaba a preparar los ingredientes para el almuerzo.

—Querida, presiento que vamos a tener problemas. Creo que Francis se encuentra en un verdadero aprieto, no creo que esa gente se quede tranquila, si me preguntas, estoy seguro de que los que efectuaron el robo al banco se llevaron el dinero; nunca lo trajeron aquí.

Viveka lo miró con un gesto interrogante.

—¿Y por qué nosotros tendríamos que preocuparnos?

—Porque estamos en la casa donde se supone desapareció.

Ella terminó de pelar las patatas, las lavó bajo el chorro del grifo y las envolvió en un paño para que se secaran.

—Daniel... Tú no tuviste nada que ver con eso, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Cómo puedes pensarlo?

—No sé... son cosas que se me ocurren —dijo ella mirándolo con fijeza.

—¿Alguna vez te he mentado?

—Tú me enseñaste que cuando hay dinero de por medio no se debe creer en nadie.

—Viveka... pequeña, no te mortifiques con esos pensamientos. —Le dio un beso de cariño en la frente y se dirigió al porche trasero con la taza de café en la mano.

Una vez allí miró hacia los matorrales. Él conocía la entrada, era el que trabajaba el jardín y le había llamado la atención el cúmulo de matorrales justo en ese sitio. En una armoniosa y apretada combinación se hallaban varios arbustos de *candies coralberry* con sus flores rosadas, también había pinos matorrales, enebros chinos, y otras plantas, todas de hojas perennes. Difícilmente se podría dar con los escalones, pero él lo había hecho. Y por supuesto había encontrado la pared de ladrillo. Pensó que había sido una entrada clausurada. De pie, con la mirada fija en las flores de los *coralberry*, recordó el cuadro. Los Hamilton eran de procedencia inglesa, y en lo que a él

respectaba ellos y los nazis eran iguales; si no, ¿cómo se justificaría la existencia de una pintura de Hitler en ese sótano?

De pronto se detuvo. Él viajó tres meses después de instalarse en la Casa Hamilton a Chicago, a los funerales de Bendahan. ¿Cómo pudo olvidarse de un evento tan importante?

Los que se llevaron el dinero tuvieron que hacer uso de una furgoneta y algo así no pasaría inadvertido para Viveka. Se negaba a pensar que ella estuviera involucrada en un robo de esa magnitud, y si así había sido, ¿por qué no se lo había dicho?, ¿por qué seguía en la casa? ¿Tendría otros planes?

Cuando fue a la ciudad estuvo indagando acerca de los antiguos moradores de la Casa Hamilton y corrían toda clase de historias. Algunos comparaban al viejo Hamilton con Ebenezer Scrooge, el del *Cuento de Navidad* de Dickens. Decían que había desheredado a su único hijo porque deseaba toda la fortuna para él solo. Hablaban de su viejo abogado como de un hombre amargado que toda la vida estuvo enamorado de la mujer de Hamilton, y daban por descontado que esa herencia había quedado en manos del abogado y él la había hecho desaparecer de manera misteriosa. Nada lo había preparado para enterarse de que en aquella casa existía una fortuna que era producto de un robo ejecutado por alguna mafia y que el viejo John Hamilton simplemente había guardado el dinero en el banco como todo el mundo, y por un capricho o por darle una lección a su hijo prefirió desheredarlo.

¿Y quién le garantizaba que Francis estaba diciendo la verdad? Podría ser que él se inventase lo del robo al banco para atemorizarlo, o para hacerle ver que podría correr peligro viviendo en esa casa.

Parecía que su sino era estar luchando por algo o por alguien, y cuando más buscaba asentarse y tener algo de tranquilidad en su vida, menos podía encontrarla. Tenía un imán para los complots, las luchas, los problemas y las mujeres complicadas hasta que encontró a Viveka. «Una mujer tan joven solo te traerá problemas», le había dicho Bendahan, pero él no hizo caso. Los ojos grises de Viveka le traían vivos recuerdos de la joven Yvanna. Sabía que jamás podría olvidarla y se conformó con Viveka, una mujer que parecía reunir las cualidades que él había ansiado siempre. Tres años a su lado y casi tres como su secretaria eran suficientes como para pensar que a esas alturas ella le ocultara algo tan importante como el dinero escondido en un sótano. Y el sótano trajo a su memoria otra vez el retrato de Hitler, los recuerdos de sus

primeros años después de la guerra, eventos que para Viveka o Francis eran lejanos o hasta tal vez inexistentes, como para la mayoría de la gente que poblaba el mundo en 2005. En esos momentos las prioridades eran diferentes, las guerras seguían existiendo pero soterradas, convertidas en guerras personalistas, no se luchaba por ninguna causa o ideal, los soldados eran simples mercenarios al servicio del mejor postor, tanto capitalistas como de la izquierda o inclusive de los terroristas, todos bajo la premisa del poder y el dinero, siempre el dinero. Y él, como judío, no tenía las clásicas virtudes —o defectos— según se mirase, de los representantes del judaísmo tradicional. Nunca fue demasiado apegado al dinero, ni se convirtió en un rico banquero, ni acumuló grandes riquezas. En ese sentido era todo lo opuesto a lo que se esperaba de un judío. Solo le quedaba la satisfacción de haber hecho lo correcto.

Sus pensamientos volvieron a Viveka y por un momento sintió que la oscuridad nublaba sus sentidos, tan aguzados algunas veces y tan embotados cuando se enfocaban en personas que le importaban. Así había sucedido con Yvanna. La muerte de Bendahan fue un pretexto para volver a verla aunque él no quisiera admitirlo.

Capítulo 12

Francis Hamilton

Para Francis Hamilton su permanencia en la casa dejaba de tener sentido si no existía la fortuna que había ido a retirar. Sus dudas oscilaban entre creer a su padre, a Kozlowski o a los que concertaron el robo al banco. Sentado en una de las dos butacas frente al pie de la cama se preguntaba cómo había llegado a esa situación. Sabía que su padre no era precisamente una persona de la que se pudiera fiar, pero lo que obtendría a cambio del «pequeño favor» era bastante importante para él para poder cumplir de una vez por todas el sueño de tener una casa restauradora y a la vez una galería importante en una ciudad cosmopolita en la que pudiera ejercer y adquirir renombre. En el pequeño pueblo de Pitigliano jamás llegaría a nada. Tendría que mantener una conversación con el gerente del banco; si debía empezar por algún lado, sería por allí. Miró la lona que cubría el retrato de Hitler con desgana, no sentía deseos de ocuparse de él, y cuando se encontraba en ese estado de ánimo sabía que no haría un buen trabajo. Abrió otra vez la puerta del muro con la esperanza de que existiera alguna otra entrada por algún lado, pero al mismo tiempo que lo hacía sabía que era inútil. Solo eran falsas esperanzas, como las que su padre solía sembrar en él de muchacho.

Bajó al salón y se encaminó al porche donde encontró a Kozlowski de pie con los brazos cruzados de espaldas a él mirando hacia el jardín. El hombre no dejaba de asombrarlo. Sentía en su presencia la fuerza que emanaba, una vitalidad que era imposible pasar por alto. No tenía reparo en admitir que era un hombre atractivo, y comprendía que la mujer que era su esposa se sintiera conquistada por un hombre que podría llevarle con facilidad más de veinte años. Kozlowski se volvió al sentir su presencia y extendió el brazo con gentileza señalando los sillones como quien hace una invitación general a un público inexistente.

—¿Qué piensas hacer con el cuadro? —preguntó Kozlowski.

—¿Con el cuadro? Por ahora nada. No me interesa. Me preocupa el dinero desaparecido. Iré a hablar con el gerente del banco.

—No veo qué puedas sacar en claro con eso. El hombre lo negará todo.

—Tengo que intentarlo.

—Déjame acompañarte, tal vez pueda serte de alguna ayuda.

—¿En qué sentido?

—Uno nunca sabe cómo hasta llegado el momento —dijo Kozlowski en un tono que inquietó a Francis.

—Está bien. Gracias.

Por alguna razón sintió que Kozlowski lograría cualquier cosa que se propusiera.

—Háblame de ti, Francis, ¿cómo es que te encuentras envuelto en este asunto tan... extraño, por no decir, absurdo?

—Ya le dije que mi padre encargó robar el banco. Para él no era un robo sino la recuperación de lo que le pertenecía por derecho.

—¿Por derecho de qué?

—Por ser su hijo.

—Eso no le da derecho a nada —dijo secamente, Kozlowski.

—Lo sé, y yo no tengo nada que ver en eso. Todo fue idea de él.

Daniel Kozlowski dio un suspiro. A veces la actitud de ciertos hombres le causaba repulsión. Él no sabía nada de herencias y las personas que había conocido que hablaban de ellas no eran precisamente individuos a quienes emular.

—¿Qué te parece si vamos ahora?

—¿Ahora mismo? —Ante la mirada silenciosa de Daniel, Francis pareció reaccionar—. Sí. Vamos.

Se encaminaron hacia la cochera y Francis se puso al volante del Alfa Romeo gris.

—Bonito coche.

—Quise rentar uno igual al que tengo allá. Soy un hombre de costumbres.

—Un poco incómodo, para mi gusto —dijo Daniel mientras acomodaba las piernas en el espacio reducido tratando de que su cabeza no rozara el techo.

—Es usted muy grande, amigo.

—Francis, dijiste que te tratara de tú. ¿Por qué no haces lo mismo?

—Me refería a usted hacia mí.

—No tengo problema en que me tutees, ¿vale? Me sentiré más cómodo.

—Si tú lo dices...

Después de dar vuelta en la rotonda y salir a la carretera el coche tomó velocidad. El suave zumbido del motor apenas se sentía y por un momento Daniel olvidó la incomodidad para disfrutar del paseo. Francis disfrutaba al conducirlo, se notaba que deseaba lucirse como piloto. Y a la vista de Daniel no lo hacía nada mal. Diez minutos más tarde se encontraban en la calle principal de Poughkeepsie y tenían a la vista la antigua fachada del Chase Bank con sus tres toldos azules, al igual que la escuela de cosmetología de al lado, lo que hacía parecer que el banco ocupara el terreno hasta la esquina, pero no era así. Su aspecto era el de un pequeño banco de apenas dos pisos sin aspiraciones de guardar grandes fortunas.

—No te detengas —urgió Daniel de improviso.

—¿Qué?

—Sigue de largo, se me acaba de ocurrir una idea. Será mejor que regresemos a casa y cambiemos los planes.

—¿Acaso hay un plan?

—Nada nos dice que no estamos siendo vigilados —explicó Daniel sin hacer caso de la ironía de Francis—. Igualmente pueden estar vigilando al gerente del banco, estamos tratando con gente muy peligrosa, y si como supongo es gente de alguna mafia, deben de estar cuidándose las espaldas. Nadie debe saber que hicimos contacto con Gerard Shaw. El gerente tendrá que hablar con nosotros, pero no deben vernos entrar juntos al banco.

—¿En serio crees que nos están espionando?

—Lo supongo. Nadie se queda tranquilo después de haberle robado al que ideó el plan, ¿no te parece? Menos, cuando el plazo de entrega se ha cumplido, como dices que te dijo tu padre. El dinero «se enfrió» durante tres años. Es hora de recuperarlo. Tu padre te pide el favor y tú apareces en la Casa Hamilton, ¿qué harías tú si estuvieras en el lugar del que robó el dinero?

—¡Tienes razón! ¡Oh, Dios mío!, ¿en qué lío me he metido?

—Nos hemos metido, y yo sin haber formado parte de nada, que es lo peor.

—¿De quién sospechas?

—Del banquero. Es el que estuvo más cerca de todo, y porque siempre que voy al banco lo veo demasiado amable conmigo —afirmó Daniel—. Y yo vivo en la casa.

—Entonces de quien tenemos que cuidarnos es de él o de sus cómplices.

—¿Él te vio en algún momento?

—No. Al llegar fui directamente a tu casa.

—La Casa Hamilton —apuntó Daniel—. Mejor así. Pero si alguien nos está espiando ya debe de saber que estás aquí, aunque tal vez no sepan quién eres. Podrías ser un amigo nuestro. Esto se complica un poco.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Sugiero que lo llames por teléfono, él no te conoce, no reconocerá tu voz. Dile algo simple como: *Signore Gerard Shaw, sabemos que usted tomó el dinero de la Casa Hamilton. Recuerde que sabemos dónde está enterrada la mujer que mató y también tenemos los vídeos.*

—No creo que pueda hacerlo.

—Claro que podrás. Y si usas un acento italiano será mejor. Sabes hablar italiano, ¿verdad?

—Claro que sé italiano. Pero se dará cuenta de que no es mi lengua nativa.

—Pero no sabrá que eres tú, es lo que nos importa. Y también hay italianos en este país que nunca terminan de perder el acento. A menos que...

—¿A menos que qué? —pregunto alarmado Francis.

—A menos que sepan que estás aquí. Con ese coche tan llamativo y esa manera de vestir... —Daniel lo miró y negó con la cabeza.

—Será mejor que de ahora en adelante salgamos en el tuyo.

—Bien. Ahora vayamos a hacer la llamada.

—¿No crees que sería mejor que lo llamáramos a su casa? Podríamos vigilar si sale y hacia dónde se dirige.

—Vaya... ya empiezas a pensar con claridad. Averigüemos el teléfono de su casa.

—Eso lo puedo hacer, voy a conectarme y lo resuelvo.

Detuvo el coche a un lado de la carretera que los llevaba de regreso y extrajo del bolsillo interior de la chaqueta el móvil. Lo operó con tal rapidez que a Daniel no le permitió entender qué hizo. Minutos después le enseñó la pantalla.

—Esta es su casa y también tengo su teléfono.

—Magnífico. Pasemos por su casa para ver si hay algún lugar donde esconder el coche por si tenemos que seguirlo.

—Y creo que ya sé cómo hacer para que crea que la llamada es desde Italia.

—¿En serio?

—Claro, solo espera un momento. —Daniel observó a Francis manipulando frenéticamente las teclas de su móvil—. Listo. Acabo de bajar una aplicación que le hará creer que llamo desde Italia.

Daniel se negó a preguntarle cómo era posible. Pensó que si hubiera tenido esas facilidades antes, todo en su vida habría sido más sencillo.

—Vayamos a su casa —se limitó a decir.

Como era de esperar, la casa de Gerard Shaw estaba en uno de los lugares más elegantes de Hyde Park. Oculta por un muro de árboles que bordeaban la avenida, sobresalía por su estilo Tudor en una versión sofisticada. Cada cierto tramo a lo largo del camino estaba ocupado por arbustos y también por más árboles, que podían servir perfectamente de escondite para cualquiera que quisiera vigilar la casa desde un coche. Frente al muro de árboles, al cruzar la calle, más árboles. El sitio era ideal.

—Debemos esperar a que sea de noche. Es mejor, la oscuridad actuará a nuestro favor —opinó Daniel.

Con el plan concebido, Francis enfiló hacia la Casa Hamilton.

—Iré a hacer una visita a Gerard Shaw más tarde —dijo Kozlowski.

—¿Para qué? ¿Eso también entra en los planes?

—Claro. Quiero evitar que cualquier sospecha recaiga sobre mí. Ahora vamos a almorzar. La señora Kozlowski debe tener la mesa lista —respondió con tranquilidad Daniel.

Capítulo 13

Chicago, Illinois, 1959

A Daniel le apasionaba la medicina y también el compañerismo que aprendió a ejercer como parte de su educación, pues muchos de los trabajos se debían llevar a cabo en equipo. La vida universitaria para Daniel estaba siendo la mejor parte de su vida. También su vida amorosa cobró nuevos bríos cuando conoció a una chica argentina con la que aprendió a hablar español con su característico acento. Tenía especial facilidad para los idiomas y, si el aliciente era una mujer, no existían motivos suficientes que impidiesen que se comunicara en su propio idioma; él sabía mejor que nadie que entenderse era primordial y como todos los amoríos de esa época, el de Beatriz duró escasamente ocho meses, cuando conoció a la mujer que marcaría su vida para siempre.

La facultad de medicina quedaba cerca de casa, otro de los beneficios de vivir con Bendahan, por lo que no hubo necesidad de mudarse ni vivir en el campus. Y aunque prefería no intervenir en los asuntos de su mentor, no podía dejar de notar que últimamente la casa tenía unos invitados frecuentes. Los había visto algunas veces entrar, desde la ventana de la buhardilla.

Una de las tardes después de clases se topó con uno de ellos, llegaba justo en el momento en que se disponía a abrir la puerta.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarlo? —preguntó Daniel.

—Soy Simon Wiesenthal. Me espera el doctor Samuel Bendahan.

Daniel le cedió el paso y cerró la puerta.

—Espere un momento, voy a avisarle su llegada.

Daniel subió a zancadas hasta la biblioteca.

—Sam, el señor Simon Wiesenthal está abajo —dijo al entrar.

Bendahan se sobresaltó y dejó lo que estaba leyendo.

—Ya te dije que no entres como una tromba, Daniel —reclamó.

—Disculpa, es que estoy apurado.

—¿Y cuándo no lo estás? Siempre estás corriendo de un lado al otro como si te persiguieran. Hoy viniste más temprano.

—Van a ser las siete, y debo salir ya —respondió Daniel con premura. Bendahan iba a decir algo pero lo pensó mejor y asintió.

—Claro. Ve, ve a cumplir con tus importantes obligaciones.

—¿Me necesitabas para algo?

—Te iba a decir que... no te preocupes. Cuando regreses hablamos —respondió Bendahan al tiempo que bajaba a recibir a su invitado.

Daniel hizo un gesto con la mano para señalar su aprobación y siguió subiendo las escaleras a zancadas hasta su buhardilla, con la intención de darse un baño y estar presentable para la cita que había concertado ese día. Al pensar en ella sintió que su corazón latía apresurado, Yvanna Skósyrev lo esperaba para ir a una reunión con su familia, y para él equivalía prácticamente a estar comprometidos, pero por una vez en la vida no le importó contraer un lazo perdurable, ella era la mujer más especial que había conocido, inteligente, divertida y con un aire de mundo que la diferenciaba de las demás chicas de su edad. Todavía no comprendía cómo se había fijado en él. Daniel se había transformado en un joven espigado, sus modales ariscos quedaban en el pasado, y su apariencia tosca había dado paso a un físico más fino, menos corpulento, podría decirse que había adquirido cierta elegancia que él trataba de acentuar ensayando frente al espejo, pues no le había abandonado del todo la inseguridad frente al sexo femenino. Tenía la impresión de que ellas eran superiores en muchos aspectos, y a menos que solo se tratara de una relación puramente sexual, su trato con las chicas estaba bastante alejado de la seguridad que demostraba frente a sus compañeros. Se vistió con la única chaqueta decente que tenía y que pocas veces tuvo ocasión de usar; trató de combinarla con los pantalones con la raya que Xía se había encargado de asentar con la plancha a petición especial suya, calzó unos mocasines y salió.

Trató de estacionar lo más cerca que pudo de la casa de Yvanna, pero fue imposible. Al pasar de largo frente a la vivienda vio luces en el interior y parecía haber mucha gente. Dedujo que los coches eran de los invitados. Probablemente celebran una fecha importante, pensó. Una manzana después logró encontrar un lugar. Estacionó y se encaminó al encuentro de Yvanna. Abrió la puerta una mucama con cofia blanca y uniforme negro, él le dio su nombre y ella lo invitó a entrar.

—Espere aquí, por favor, avisaré a la señorita Yvanna.

No tuvo que esperar mucho porque ella se presentó casi de inmediato. Y

Daniel apenas la vio supo que se había equivocado de traje. A ella no pareció importarle, le dio un beso en la boca y lo tomó de la mano instándole a seguirla. Sorteó a las personas en el camino hasta el lugar donde se encontraba un hombre bastante joven, de estatura mediana, elegante, conversando con otras personas igual de distinguidas.

—Papá, él es Daniel Kozlowski.

El hombre giró hacia ellos y Daniel se sintió examinado como no lo habían hecho desde hacía mucho tiempo.

—Encantado de conocerte, Daniel. Konstantin Skósyrev —se presentó con una voz suave de barítono, extendiéndole la mano.

—El placer es mío, señor Skósyrev.

El padre de Yvanna le dedicó una sonrisa cortés y se volvió retomando la charla con sus amigos.

—Ven, quiero que conozcas a mamá —dijo Yvanna.

—Yvanna... creo que no le fui simpático a tu padre.

—Ni lo pienses, él es así con todo el mundo —dijo ella con despreocupación.

—Estás preciosa.

—Hoy es el aniversario de bodas de mis padres.

—¿Y me lo dices ahora? No lo felicité. ¿Cuántos años de casados?

—Ya perdí la cuenta, ellos festejan todos los años. Ya habrá oportunidad de que lo felicites, cariño. Ah, allá está mamá.

Se encaminaron hacia el jardín donde estaban sentadas a la mesa varias personas. Yvanna se dirigió a una mujer de pie bastante alta y parecida a ella.

—Mamá, él es Daniel Kozlowski.

—Encantado señora, felicidades por este día tan especial —dijo Daniel extendiéndole la mano.

—Muchas gracias, Daniel, ven siéntate a la mesa con nosotros, ¿qué deseas tomar?

—Yo...

—Nosotros tomaremos unos vermutts, ¿verdad Daniel? —sugirió Yvanna.

—Claro, por mí está bien.

De inmediato la mujer hizo una seña y el camarero se acercó. Le dio instrucciones y poco después Daniel tenía una copa en la mano. Un rato después se les unió su hermano Alexander, un joven un año mayor que

Yvanna de facciones finas y trato muy agradable.

Esa había sido la presentación de Daniel en el seno familiar de los Skósyrev. Y aunque él al principio fue reacio a tener algo que ver con una muchacha de origen ruso pues los odiaba porque se habían apropiado de Polonia finalizada la guerra y por los malos recuerdos que le traían durante la liberación de Auschwitz y Birkenau, al final cayó rendido ante la realidad: se había enamorado perdidamente de la chica de cabellos negros y ojos grises que miraban de manera tan profunda como si guardaran los secretos de la vida. Estudiaban juntos la carrera de medicina, y era una de las más brillantes. También era de las que tenían una posición desahogada, era, en pocas palabras, al mismo tiempo que hermosa, inaccesible para él si se hubiera propuesto conquistarla, pero ocurrió todo lo contrario. Ella había tomado la iniciativa y después de varios intentos finalmente Daniel había aceptado sus insinuaciones, y lo que pensó que sería una simple aventura terminó siendo un sentimiento que lo abrasó por completo. La primera noche que estuvieron juntos había sido en el piso de ella, que ocupaba con una amiga. «No sabes lo difícil que fue convencer a mi padre. Pero muchas chicas comparten apartamento, y yo quise probar —le había contado Yvanna—, papá me compró este piso con la condición de que no viviera sola, por eso una de las habitaciones la ocupa una compañera de clases, la que mis padres aprobaron, claro».

Daniel se alegró de que así fuera, de lo contrario hubieran tenido que hacerlo en el coche; la injerencia que su padre tenía en Yvanna estaba para él en segundo término. Se enteró de que su padre cubría todos sus gastos mientras ella se dedicara a estudiar y a sacar buenas notas. Fue la primera noche que Daniel durmió fuera. Tuvo que llamar a Bendahan para decirle que no se preocupara, que llegaría al día siguiente. Esa primera noche Daniel supo quién era Yvanna. No era una chica más. De ninguna manera podía compararla con ninguna otra, su forma de moverse, de mirarlo, de quitarse la ropa, era diferente. La sentía tan mujer, tan experimentada, que le provocaba tratarla con reverencia. Era diferente hasta en la manera de vestir, no seguía las modas ni se vestía como las demás con las blusas campesinas y alpargatas tan en boga. Rezumaba clase. Y aunque Daniel no quisiera admitirlo, era lo que más lo atraía, pues muy en el fondo siempre quiso saber cómo sería ese mundo desconocido para él. Sabía ofrecer un sexo apasionado, y a sus ojos su cuerpo estaba hecho para ser admirado, acariciado, poseído y para brindarle

todo el placer del que era capaz. Con el paso de los días supo que Yvanna podía hacer el amor en cualquier parte. Lo hicieron en el coche, en los rincones de la universidad, en algún lugar al cobijo de los árboles en los parques... parecía que cuanto más peligro de ser descubiertos, más deseos tenía ella de hacerlo.

Y esa noche finalmente se encontraba frente a sus padres, invitado a una celebración familiar rodeado de lujo y de gente de una clase que jamás había conocido y que probablemente de no ser por Yvanna, tal vez nunca conocería. Fue tratado con una fría cortesía que él no supo detectar debido a su falta de experiencia y no captó las miradas de conmiseración que despertaban su atuendo y su falta de roce social; estaba tan cegado por la compañía de Yvanna y ese nuevo mundo abierto ante él que las cuatro horas que pasó en esa casa transcurrieron volando. Al regresar todavía se sentía en las nubes, con la sensación de ser el más afortunado. Tenía a la mujer que todos envidiaban y había sido admitido en su mundo.

Al día siguiente después de clases, cuando le dijo a Bendahan con quién había sido la cita él mostró unas arrugas de preocupación en la frente.

—¿Por qué te preocupa, Sam? Ya conozco a la familia, su padre es buena persona.

—Yo estoy feliz de que te hayas enamorado y seas correspondido, Daniel. Pero ¿por qué no te buscas una buena chica judía?

—¿Y por qué tiene que ser judía? Yo mismo no observo los ritos judíos, ni siquiera hablo yiddish.

Bendahan se encogió de hombros.

—Al fin y al cabo, si llegas a casarte con ella no vivirás con los padres. Solo espero que termines la carrera, te faltan los dos años de práctica.

—Siempre puedo trabajar —acotó él.

—Pero no en un horario que te permita ganar lo suficiente para mantener el tren de vida al que ella está acostumbrada.

—La verdad, no le he propuesto matrimonio, pero es la primera vez que esa idea ha cruzado por mi mente.

—¿Y crees que su familia te aceptará?

—¿Su familia?

—Es de las más adineradas de Chicago, ya lo habrás notado. Los Skósyrev están relacionados con lo mejor de la sociedad de este país, aunque se rumorea que sus negocios no son del todo claros.

—¿A qué te refieres exactamente?

—La firma de Skósyrev se mantiene en el más absoluto anonimato, y ya sabes lo que eso significa.

—No, no lo sé.

—No tiene folletos, no se anuncia en ningún lado y en el listín no aparece su teléfono, es decir, nada que atraiga clientes. Su firma no está registrada en Chicago ni en algún otro lugar de este país, que yo sepa. Nadie sabe a qué se dedica exactamente, aunque lleva muchos años censado aquí. Lo que sí se sabe es que tiene contactos importantes en Washington y vagamente que su ocupación principal es hacer lobby político.

—¿Lobby político?

—Relaciones públicas entre políticos importantes, mandatarios extranjeros y empresarios millonarios que desean aportar dinero para campañas millonarias. Todo lo referente a Skósyrev es tan poco claro como el apellido que usa, que no creo sea el suyo, por cierto.

—No sé cómo puedes decir algo así, Sam.

—Es un apellido de mucho abolengo en Rusia, proviene de la nobleza zarista. Y a propósito de esto, ahora ese apelativo tiene otro significado.

Daniel lo escuchaba embobado. Si Bendahan había intentado disuadirlo, su explicación obró exactamente el efecto contrario. Estaba fascinado.

—¿Otro?

—Se hace llamar entre sus más allegados «el zar».

—¿Y qué tal si de verdad es descendiente de los zares?, y yo que pensé que era uno más de los odiosos comunistas.

Bendahan negó con la cabeza dándose por vencido.

—Solo trato de que abras los ojos.

—No me casaré con la familia. Lo haré con Yvanna.

—Amanecerá y veremos. ¿Qué fue de Beatriz? La chica argentina con la que te llevabas tan bien —inquirió Bendahan cambiando de tema.

—Somos amigos —dijo escuetamente Daniel. No deseaba contarle sus intimidades. Mucho menos contarle que la dejó por Yvanna.

—¿Recuerdas al hombre que vino ayer?

—Sí.

—Vendrá hoy. Me gustaría que estuvieras presente. Es importante.

Daniel no pudo imaginar lo importante que ese hombre sería en su vida.

Capítulo 14

Chase Bank
Poughkeepsie

Después de almuerzo Daniel Kozlowski salió determinado a hablar con Shaw. Aparcó el coche al lado de la acera y caminó hacia el Chase Bank.

Al cruzar la puerta de vidrio vio a Gerard Shaw, el gerente, enfrascado en la pantalla que tenía delante.

—Buenos días, señor Kozlowski —dijo la secretaria correspondiendo a su saludo.

—¿Puedo hablar con el jefe? —preguntó él. Su imponente físico a pesar de su edad llamaba la atención, de manera que la sonrisa que brindó a la secretaria, tuvo su efecto.

—Espere un momento, por favor, le avisaré —respondió solícita y cogió el teléfono.

De inmediato fue recibido por Gerard Shaw. Después de los saludos, por indicación de Shaw tomó asiento frente al escritorio. Daniel notó que rehuía su mirada.

—Dígame en qué puedo ayudarle, señor Kozlowski.

—Lamento haber pospuesto esta visita, tendría que haber venido antes, no sé si este sea el mejor momento para plantearle lo que deseo hacer.

—Usted dirá. ¿Por qué tendría que haber venido antes? —preguntó Shaw reflejando extrañeza.

—Verá. La señora Kozlowski y yo habíamos decidido transformar la Casa Hamilton en una posada, un lugar para turistas que quisieran pasar algunos días recorriendo la finca a caballo y en contacto con la naturaleza, al mismo tiempo eso nos ayudaría a sobrellevar los gastos que ocasiona el mantenimiento de la propiedad. Para ello contaba con que el banco pudiera otorgarnos un préstamo. —Se detuvo como para exponer mejor lo que quería decir—. Creo que le convendría al condado y a todos en general, ¿no le parece? Una casa como esa sería un desperdicio si no rindiera algún tipo de beneficios.

—Y de esa manera autofinanciaría su restauración. Comprendo. —En el tono del gerente se apreció una distensión.

—Correcto. Pero ha surgido un problema. Hace un par de días se presentó el heredero de los Hamilton. Un joven muy agradable, por cierto, el asunto es que ahora no sé qué hacer. Usted me dijo que la casa no tenía herederos.

—Y no los tiene. El señor John Hamilton claramente especificó que no tenía herederos.

—Pero según las leyes de los Estados Unidos, aunque se muera intestado la herencia pasa automáticamente a sus descendientes directos, es decir, a su hijo, en este caso el señor Howard Hamilton. Eso no es lo peor. Según Francis Hamilton, el nieto del hombre que acaba de mencionar usted, dice que fue a retirar una fortuna que había escondida en el sótano. Un lugar oculto del que nosotros nunca tuvimos conocimiento, y creo que piensa que yo me quedé con el dinero. Parece que era mucho. Según dice, su abuelo guardaba la fortuna en esa casa.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Shaw.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque el señor John Hamilton tenía su fortuna en este banco.

—¿Tenía? —Daniel puso cara de extrañeza.

—Bueno, es decir... tiene.

La frente de Shaw se había vuelto brillante, y su rostro empezaba a tornarse ligeramente pálido.

—Bueno, el caso es que me encuentro en un grave problema. No sé qué hacer, yo invertí gran parte de mi capital reparando la casa y pensaba, como le dije, convertirla en un hostel o posada y de pronto aparece alguien reclamando sus derechos y no solo eso; una fortuna que quién sabe dónde estará, porque le aseguro que nosotros no hemos tocado nada de ella.

—Lo que me está diciendo es absurdo, señor Kozloswki. El señor Hamilton no tiene ningún derecho sobre esa casa, ni tampoco sobre ninguna fortuna que supuestamente se encuentre en ella. —Sacó un libro delgado parecido a una libreta y señaló un párrafo—: *En Estados Unidos, en lo que respecta a materia de sucesiones, los descendientes del fallecido no están protegidos legalmente al ser desheredados.* Y ese es el caso de Howard Hamilton.

—Bien. El caso es que su hijo está hospedado en la casa.

—Tendrá que decirle que esa no es su casa.

—Él quería venir a hablar con usted, pero yo me adelanté.

—Hizo bien. Esperaré a que venga y veremos qué tiene entre manos. Usted no se preocupe, nadie va a desalojarlo de la casa.

—Y en cuanto al préstamo...

—Por eso tampoco se preocupe, le enviaré unos formularios que tendrá que llenar y cuando los tenga listos hablaremos de ello.

Una respuesta demasiado rápida y complaciente que a Daniel le hizo pensar que Shaw tenía prisa por terminar la conversación. Se puso de pie y miró al gerente con lentitud, la misma mirada lenta, segura y fría que había aprendido ya hacía muchos años en los campos nazis. No necesitaba préstamos, pero por experiencia sabía que los bancos los otorgan a quienes menos los necesitan. ¿Sería eso? O tal vez su amabilidad intentaba cubrir algo.

—Muchas gracias, señor Shaw —dijo extendiéndole la mano.

—Siempre un placer poder servirle —respondió el otro con menos seguridad de la que deseaba mostrar.

—¿Se efectuó algún robo en este banco?

La pregunta tomó por sorpresa a Shaw.

—¿Qué dice?

—Escuché decir por ahí que hubo un asalto o un robo...

—Eso fue hace años. Nada importante.

Daniel se despidió. La primera parte de la función había salido bien, al parecer, ya sabía de la presencia de Francis en la casa, no asomó el mínimo asombro al decírselo.

—Ese hombre es un sinvergüenza —afirmó Francis, cuando escuchó el resultado de la visita.

—Esta noche lo sabremos. Si después de llamarlo sale, querrá decir que irá a reunirse con alguien.

—¿Y si no sale?

—Podría suceder, claro... Pero creo que querrá hablar con sus cómplices lejos de su casa, no creo que desee que su mujer se entere.

—¿Y qué, si decide llamarlos?

—No perdemos nada con vigilarlo. Si sale, bien. Y si no lo hace, estaremos atentos a sus próximos movimientos.

—No estoy acostumbrado a estos líos... Presiento que algo puede salir

mal y hasta podrían matarnos, son unos delincuentes.

—¿Necesitas recuperar el dinero? Entonces debemos actuar, quedarnos cruzados de brazos también es peligroso porque nos pueden culpar del robo. Y ahora yo también estoy involucrado a los ojos de los amigos de tu padre — refutó Daniel cortante, mientras miraba el rostro desencajado de Francis.

—¿Acaso no tienes miedo?

Daniel entornó los ojos y fijó la mirada en un punto de la biblioteca. ¿Miedo? Mucho tiempo atrás lo había perdido.

—Aunque lo tenga debemos hacer algo. Tranquilízate, todo saldrá bien. —Intentó aplacar el temor que parecía cundir en Francis. Prefirió retirarse y dejarlo solo, no soportaba a los hombres cobardes. Si él hubiera sucumbido al miedo no estaría vivo, pensó—. Iré a descansar. Te avisaré cuando salgamos, creo que debería ser a las 19:30.

Francis no respondió. Lo vio alejarse caminando con seguridad, como si nada de aquello tuviera la importancia que él le daba. Lo cierto era que no tenía más opción que seguir adelante, su padre fue claro: «Tu vida puede correr peligro si no aparece el dinero». Lo maldijo por ser tan irresponsable al ponerlo en esa situación. Debió quedarse en Italia donde vivía con placidez aunque no tuviera dinero, pero la verdad es que debía hasta el coche del que alardeaba.

Bajó al salón y salió al porche que daba al jardín interior. El sol caía con fuerza a pesar de ser casi las 17:00. Recordó lo dicho por Kozlowski: habían preferido la habitación que daba al Este porque era menos calurosa. ¿Sería por el pasaje secreto, que su abuelo había preferido ocupar la habitación del lado Oeste de la casa? Sus pensamientos fueron interrumpidos por los tenues pasos que sonaban sobre el piso de madera. Viveka se acercó llevando un vaso de limonada en una bandeja.

—Los veranos aquí son muy fuertes —dijo sentándose en una de las sillas de mimbre. El toldo tiene la manivela trabada, ¿no prefiere descansar en el salón?, es más fresco— sugirió poniendo una mano en la frente a modo de visera.

—Gracias, señora Kozlowski. Tiene razón —repuso Francis poniéndose de pie—. Después de usted. —Le cedió el paso.

Viveka pasó a su lado y él aspiró el aroma que desprendía su cabello, esta vez suelto. Miró con disimulo su figura y asintió pensando que Daniel Kozlowski tenía suerte. La vio sentarse en uno de los sillones y cruzar las

piernas con cierto recato. Nunca la había visto con pantalones, y las faldas que usaba le llegaban justo bajo la rodilla. Apreció sus piernas en un momento en el que ella no parecía notarlo.

Viveka dejó que él la mirara a su antojo. Eran pocas las oportunidades de ser admirada, y Francis era un joven atractivo, lo que contribuía a que sintiera cierto placer.

Y aunque al conocerla Francis no había reparado en ella porque tenía otras intenciones que eran apremiantes y porque se trataba, además, de la mujer de Kozlowski, esa tarde pese a todas las tribulaciones que ocupaban su mente no pudo resistirse a sus necesidades primarias, al fin y al cabo era un hombre y ella una mujer que cada vez le parecía más atractiva. El cabello castaño con filos dorados era un marco perfecto para su piel bronceada que daba cuenta del verano; también, de que todavía no había llegado a la edad en que debía preocuparse por las consecuencias del clima en su piel, y hacía resaltar sus ojos grises, un color que siempre había seducido a Francis, porque le parecía que los ojos grises eran sinónimo de misterio, de fuerza, y de algo más que los hacía indefinibles. Por primera vez la miró fijamente a los ojos y notó que su gris era puro. No tenía visos de verde, ni de azul, eran simplemente grises. Sintió que su mirada denotaba curiosidad o tal vez algún otro rasgo que no supo definir. Definitivamente la señora Kozlowski era hermosa, al menos para él lo era o había empezado a serlo a partir del intercambio de miradas. Qué curioso. ¿Cómo no se había fijado antes? Apenas la había tomado en cuenta. ¿Cómo sería con Kozlowski en la cama?

—¿Terminó? —preguntó ella ajena a los pensamientos de Francis. Él se sobresaltó y le entregó el vaso.

—Gracias. Una limonada deliciosa, tanto como sus galletas. —Sonrió.

Ella no respondió. Se llevó la bandeja a la cocina, consciente de la mirada de Francis en su espalda. Él observó su caminar pausado, el contorno redondeado de sus caderas que oscilaban con gracia femenina, su cintura todavía marcada, y ¡esas piernas! De inmediato le vino a la mente su edad. ¿Qué edad tendría? Mayor que él, sin dudarlo. Trató de borrar esos deseos inoportunos. Consciente de que tenía problemas que podrían llevarlo a una muerte inminente, hizo un esfuerzo por alejar la sombra de la señora Kozlowski de sus pensamientos y subió a su habitación.

Capítulo 15

Chicago, 1959

Daniel esperaba, según Bendahan, la llegada del «visitante ilustre» del día anterior sentado frente al escritorio de su mentor, quien dejaba entrever una extraña mezcla de nerviosismo y entusiasmo.

—¿No me vas a decir por qué debo estar presente?

—Ya lo sabrás —dijo Bendahan mirando la hora en su reloj de pulsera—. Suele ser puntual.

Y, como si sus palabras fuesen una profecía, apareció Xía en la puerta del despacho precediendo al visitante. El hombre de baja estatura y delgados bigotes entró mostrando una sonrisa y estrechó sin preámbulos la mano de Daniel.

—Daniel Kozlowski, ¿verdad?

—Para servirle, señor.

—Soy Simon Wiesenthal, aunque ya nos conocimos.

—Así es, señor Wiesenthal, disculpe mi apuro de ayer, tenía una emergencia.

—Daniel siempre tiene emergencias. ¿Cómo estás, querido Simon? —saludó Bendahan.

—Bien, bien... Afinando todo.

Simon miró a Daniel como si estuviera escrutándolo. Bendahan se aclaró la garganta.

—Daniel, lo que hablemos aquí es confidencial. Simon Wiesenthal pertenece a la misma organización sionista que yo. Es un amigo de años, y tiene una propuesta que hacerte.

Daniel lo observó con curiosidad.

—Tengo entendido que hablas español —dijo Wiesenthal.

—Sí. Así es.

—Con acento argentino.

Daniel miró a Bendahan. Era de suponer que habían hablado de él.

—Sí, tuve una novia argentina.

—Es la mejor manera de aprender —sonrió Simon—. Vamos a necesitar esa cualidad que tienes para los idiomas, Daniel. Aunque en este caso el acento es lo de menos.

—Estaré encantado de ayudarlo. ¿De qué se trata?

—Necesitamos que vayas a Argentina en una misión muy especial —acotó Bendahan.

—¿A Argentina, yo? ¿Por cuánto tiempo? Estoy estudiando, no...

—Esto es muy serio. Explícale, Simon.

—Daniel, yo al igual que tú, fui víctima de los nazis, estuve en cinco campos de concentración y perdí a más de ochenta parientes. Sé que tus padres y tus hermanos fueron llevados a Treblinka, no creo que hayas olvidado todo aquello.

—Nunca podré olvidarlo, pero no quiero vivir en función de mis recuerdos —afirmó tajante Daniel.

—El Holocausto marcó a muchas familias con la desgracia, y yo me hice la promesa de llevar a juicio a todos los culpables de esos crímenes. —Wiesenthal miró largamente a Daniel—. Al menos les debemos eso a los millones de judíos asesinados injustamente. ¿Sabes quién es Adolf Eichmann? Fue el responsable de la matanza en los campos de concentración. «La solución final», como la llamaba —recalcó despectivamente.

—¿Qué tiene que ver Argentina en todo eso? —inquirió Daniel.

—Es probable que se encuentre allá. Muchos de los que huyeron se fueron a países de Sudamérica, Brasil, Uruguay, Argentina, Perú... inclusive a Venezuela, pero los peces gordos están en Argentina o amparados por el gobierno uruguayo. Solo te pido que vayas a Buenos Aires y trates de encontrar alguna pista de Eichmann.

—¿Cómo lo haré? Ni siquiera lo conozco, jamás lo vi.

—Tengo fotos de él, no han transcurrido tantos años como para que haya cambiado mucho, aunque es probable que su apariencia no sea la misma, tal vez tenga bigotes, el cabello teñido... Tengo muchos datos que podrán ayudarte: fotos de él, de su mujer, las fechas de nacimiento, de matrimonio; no digas que no puedes hacerlo, Daniel. Sé que fuiste un miembro clave en la lucha antinazi que se libraba en las cloacas de Varsovia. Sabes manejar armas... —Lo miró de arriba abajo—. Obviamente estás preparado para cualquier eventualidad. Eres nuestro hombre.

—Daniel, nunca pensé que llegaría este momento, pero ¿recuerdas lo

que me prometiste hace tiempo?

En silencio, Daniel asintió con la cabeza. Sabía a qué se refería Bendahan. Siempre se había preguntado cuándo tendría que pagarle por toda la ayuda que le había brindado. Él simplemente había dicho: «Ya llegará el momento». Y, al parecer, el momento había llegado.

—Está bien, lo haré —respondió abatido.

—¿Por qué la tristeza? —preguntó Simon—. Tómallo como un privilegio. Será una de las capturas más importantes que hayamos hecho, la más simbólica.

—Tengo varios motivos —dijo Daniel—. Uno de ellos, ya lo saben, tener que dejar mis estudios de lado. El otro es que estoy empezando una relación en serio.

—¿Te refieres a que estás comprometido? —preguntó Bendahan.

—Todavía no, pero vamos por ese camino.

—¿Y se puede saber quién es la afortunada?

—El afortunado soy yo —respondió con presteza Daniel—: Yvanna Skósyrev.

—De familia rusa —dijo pensativo Wiesenthal, al tiempo que hizo una imperceptible mueca de desagrado que Daniel supo captar.

—Yo tampoco tengo mucho que agradecer a los rusos, señor Wiesenthal, pero no me parece justo mezclar asuntos del pasado con los del presente, y menos con personas que no tuvieron responsabilidad de lo ocurrido.

—El problema de los judíos de hoy y del mundo en general es que parecen haber olvidado todo lo que ocurrió, y no descansaré hasta llevar a cada uno de los responsables ante la justicia. Quiero que recuerdes algo, Daniel: somos hijos del pasado.

—Tus estudios los retomarás cuando regreses, y tu novia te esperará —dijo Bendahan. No será mucho tiempo.

—Pero no sabré adónde voy ni a qué. —Daniel bajó la mirada y no siguió hablando. Su rostro reflejaba tristeza e impotencia—. Cumpliré mi palabra, solo dígame cómo y lo haré, señor Wiesenthal —aseguró esta vez con firmeza.

Wiesenthal se acercó a él y lo abrazó.

—Samuel no se equivocó al hablarme de ti —dijo. De inmediato retomó su papel de líder y explicó—: Hemos tenido información privilegiada a través

de un hombre llamado Lothar Hermann, un judío alemán que perdió once hermanos cuando el régimen de Hitler se instaló en Alemania. Hermann fue militante del Partido Comunista de Alemania, el PCA. Fue capturado y torturado por los nazis en Dachau hasta el punto de perder la vista. Pudo escapar cediendo los bienes que le quedaban en 1938 y se fue a Argentina, tres años después tuvo una hija: Silvia. Lothar se mezcló con la comunidad alemana de Rosario y sirvió de espía para el PCA. En 1945 ellos le ordenaron ir a vivir a Olivos, una provincia a veintidós kilómetros de Buenos Aires, porque allí se había instalado gran cantidad de alemanes y su hija se integró en la comunidad. Después los Hermann se mudaron a Coronel Suárez, bastante lejos de Buenos Aires, a unos quinientos kilómetros de la capital. Silvia, de catorce años, se había hecho amiga de un joven llamado Klaus quien le confió que su padre había sido de las SS. Eso, unido a la coincidencia de que en el colegio ellos se apellidaban Eichmann, despertó la curiosidad de Lothar, pero a pesar de que lo conocía nunca pudo comprobarlo a ciencia cierta por ser invidente. Eso fue hace cuatro años, ahora ella tiene dieciocho y su amistad con Klaus sigue vigente.

—¿Y cómo se enteraron ustedes?

—Por Fritz Bauer.

—¿Bauer?

—Fue compañero de Lothar en el campo de Dachau, pero él no informó a nadie hasta que decidí decírmelo a mí. Tenía miedo de que se filtrara la noticia, nunca se sabe dónde hay simpatizantes nazis. Por eso estoy aquí. Necesito que vayas a Argentina y te encuentres con Silvia, quiero saber cuánta verdad hay, no podemos confiarnos de un ciego. Tú hablas perfecto español y también alemán, puedes escuchar las conversaciones entre ellos, y tu apariencia es de un ario. El plan será este: irás como un amigo de la familia Hermann que vivió en Alemania antes de la guerra. Estás en Argentina porque se abrió una fábrica de tractores en Santa Fe, ya te daré los datos, y Silvia te enseñará Buenos Aires y aprovechará para visitar a los Klement, que suponemos que en realidad son los Eichmann, y tendrá que ir contigo. Ella le enviará una carta a Klaus, tienen bastante confianza, así que no habrá problemas. Tendrás que traer a Silvia a Estados Unidos sana y salva.

Bendahan asentía a medida que Wiesenthal explicaba. Daniel escuchaba y no podía creer que aquello le estuviera sucediendo en los momentos más felices de su vida. ¿Hasta cuándo? Pero había dado su palabra y por el

momento era lo único valioso con lo que contaba.

—¿Cómo se supone que me presentaré? No creo que deba usar mi verdadero nombre.

—Estás en lo correcto —afirmó Wiesenthal—. El Mossad está al tanto de tu inclusión, y a petición de mi querido amigo Samuel —dijo mirando a Bendahan— tu pasaporte será norteamericano y te llamarás Konrad Lanz. Lo último que querría es que corrieras peligro una vez terminada la misión.

—Konrad Lanz. Está bien —aceptó Daniel memorizando su nueva identidad.

—La fábrica de tractores norteamericana John Deere compró la firma que fundó Heinrich Lanz de tractores alemanes y abrió una fábrica en Argentina, en Rosario, ¡lo cual es muy conveniente!, y Eichmann supuestamente trabaja de electricista para la Mercedes Benz por un sueldo miserable, ¿comprendes? Tal vez podría interesarle alguna propuesta.

Daniel hizo un gesto de comprensión. Wiesenthal había hecho las investigaciones pertinentes para que todo encajara a la perfección.

—Toma esto, será de gran utilidad. —Era una pequeña cámara Minox B de cuatro pulgadas de largo por menos de una de espesor—. Es muy fácil de usar, contiene un microfilm con capacidad para treinta exposiciones. Necesito fotos del entorno, no podrás sacarles fotos en persona, obviamente, pero sí del camino, de la casa, de cualquier detalle que consideres interesante. Entrará perfectamente en cualquier bolsillo de tu pantalón, así que quítale el cordón metálico para llevarla colgada y la funda de cuero. Solo estorbarían. Tenemos una semana para prepararte, durante la que tendrás que aprender de memoria todo, porque no llevarás nada, absolutamente nada por escrito.

Capítulo 16

Casa Hamilton, 2005

Daniel Kozlowski bajó a la cocina con la idea de tomar un café antes de ir con Francis a casa del gerente Shaw. Se sentía renovado, pese a que intuía que le esperaban desagradables sorpresas esa noche; quizá ese era el motivo por el que aquella tarde en particular había hecho el amor con Viveka, después de varios meses. Le costaba admitirlo, pero el asunto de los Hamilton le producía un amago de ansiedad mezclada con cierto grado de satisfacción. Podía compararlo al que sentía cuando recorría las cloacas de Varsovia en sus tiempos de la Resistencia, o en las calles de Buenos Aires buscando información para Wiesenthal. Tal vez había errado al escoger la profesión de médico y su verdadera vocación fuera la de detective, agente secreto o simplemente soldado. Y esa satisfacción oculta era el motivo por el que esa tarde hiciera el amor con Viveka. Aunque tal vez ella había sido en parte responsable, porque después de mucho tiempo se había mostrado especialmente dispuesta. ¿Cuántos años habían pasado desde que la vio por primera vez? Exactamente seis. A los setenta y un años, él no se consideraba en la flor de la vida; al mismo tiempo era consciente de que con el tiempo Viveka, de cuarenta y cinco, se hartaría de él y en algún momento lo dejaría y lo sustituiría por otro. Lo tuvo claro antes y lo tenía claro en ese momento, no obstante no hizo nada por impedirlo y dejó que las cosas fueran ocurriendo tal como sucedieron, poco a poco fue calmando de manera honorable el goce sensual de la carne y esperaba que con ella también ocurriera lo mismo, como si se tratase de una especie de adiestramiento pero, ¿acaso él era un experto en mujeres? Y creía que nadie lo era. Las mujeres eran encantadoramente incomprensibles, por eso ni siquiera se atrevía a preguntarse qué se asomaba por su cabeza. Bendahan le había aconsejado olvidarla. Y no le hizo caso, como tampoco le hizo caso cuando se comprometió con Yvanna y en algunas decisiones equivocadas que tomó, de las que no se arrepentía. Duraron lo que tenían que durar y si dijera que le sirvieron de escarmiento mentiría. Así era él, tozudo. Y no había cambiado.

Dejó la taza de café en su sitio después de lavarla con meticulosidad, como lo habría hecho Viveka, y fue al salón a encontrarse con Francis. Su reloj marcaba las 19:30.

—¿Preparado para la misión?

Francis hizo un gesto de impotencia con las dos manos y se levantó del sillón.

—Que sea lo que Dios quiera.

—Me temo que Dios no tiene mucho que ver en esto —comentó Daniel.

Salieron rumbo a casa de Shaw. Daniel estacionó el coche a unos veinte metros de la puerta, al cobijo de los árboles.

—¿Y ahora?

—Esperemos un rato, calculo que deben de estar a punto de cenar. Lo llamarás dentro de quince minutos. Esperemos a que el sol termine de ponerse —sugirió Daniel. Sabía que lo único que podía ver Francis desde el asiento del copiloto eran los troncos de los árboles y eventualmente la escasa luz vespertina que se colaba entre ellos.

—Me da la impresión de que nada de esto es nuevo para ti.

—No negaré que he tenido que hacer de espía en ocasiones —admitió Daniel.

—¿Espía? ¿Hablas en serio?

—Claro. Pero son historias pasadas que prefiero no recordar.

—¿Fue durante la guerra? ¿Estuviste en alguna guerra?

Daniel volvió el rostro hacia Francis e hizo un gesto con los labios como si se detuviera a pensar antes de responder.

—Sí.

—¿No me vas a decir nada más?

—¿Acaso vale de algo recordar el pasado? Puedes ver lo que quieras en cualquier película que trate acerca de la Segunda Guerra Mundial. Estoy harto del pasado. ¿Qué importancia tiene?

—Lo siento. No pensé que te molestaría. Fue simple curiosidad y admito que puede ser una curiosidad morbosa, tienes razón. Admiro a las personas que fueron capaces de luchar en una guerra, de llevar en alto su bandera, de...

—¡Oh, calla ya! No sabes de lo que hablas. En mi caso no elegí nada. Nunca tuve elección. Eso es, ¡nunca mejor dicho! —exclamó Daniel con fastidio. Francis era el típico niño criado con todos los cuidados de los que

carecieron los de su generación. ¿Cómo podría entenderlo? Daniel Kozlowski era el remanente de una época que solo interesaba a los cineastas, a los novelistas y a algunos historiadores.

Francis dejó de hablar. Y Daniel lo prefirió callado que preguntando tonterías.

Los minutos transcurrieron lentamente y cuando el reloj de la consola marcó las 20:15 Francis llamó.

—Aló... ¿quién habla? —contestó una voz de mujer.

—*Buona sera*, podría hablar con el señor Gerard Shaw, *per favore*?

—Espere un momento, por favor... Gary, querido, creo que alguien pregunta por ti. Es un extranjero —dijo la mujer alcanzándole el móvil.

Gerard Shaw se limpió la boca con la servilleta y tomó el teléfono.

—Dígame, ¿en qué le puedo ayudar?

—¿Hablo con Gerard Shaw?

—Sí. Soy yo.

—*Sembra che abbiamo un problema. Ti dico solo che i soldi non si trovano nella casa di Hamilton, e penso che tu lo sappia.* —Francis le habló en italiano para intimidarlo, según lo acordado. Y añadió en su propia lengua, para asegurarse de que el otro entendía—: Y el dinero no puede desaparecer en el aire, tú sabes algo de esto y es urgente que hablemos.

—¿Quién es usted?

—Nicola Vitale. Venga al lugar de siempre. Te estaré esperando.

Antes de que Shaw pudiera decir algo, Francis colgó.

—Lo hiciste magnífico. No se me habría ocurrido una mejor idea, aunque no era lo que habíamos previsto.

—Me ganaron los nervios y dije lo que se me ocurrió. Esperemos que exista «el lugar de siempre», ¿y si no hubo reuniones fuera del banco?

—Eso lo averiguaremos ahora. ¿Estás seguro de que no puede seguir el rastro de tu teléfono?

—Claro, ya te expliqué que existe una manera de que no aparezca mi número.

Cuatro minutos después vieron salir un coche de la casa de Shaw.

—Allá va.

Daniel siguió a Shaw a cierta distancia hasta el centro de Poughkeepsie. Vio que se detuvo frente a un edificio sin luces de cinco plantas bordeado por un cerco de planchas metálicas. Bajó del coche, abrió una puerta amplia

también de metal y entró.

—Creo que deberíamos asomarnos —sugirió Daniel pasado un rato—. De nada sirve estar aquí, sabemos que él no se encontrará con nadie, pero tenemos la certeza de que conoce al tal Vitale y que se ha encontrado con alguno de sus hombres, precisamente aquí.

—¿Qué le diremos?

—Deberíamos decirle la verdad, nos ahorraremos tiempo.

—Yo no sé cuál es la verdad, Daniel.

—Me refiero a lo que nosotros sabemos. No hay nada mejor que ir directamente al grano, ¿me comprendes?

—Creo que sí.

Ambos se apearon del coche que dejaron aparcado a unos metros de la entrada y pronto se encontraron frente a la puerta de metal del edificio. Se abrió con una ligera presión y Daniel encendió la linterna que había sacado de la guantera. La luz iluminó una escalera de cemento. Aparentemente el edificio estaba abandonado. El polvo y la falta de mantenimiento eran evidentes. Shaw se asomó con cautela por la esquina de una pared y un haz de luz cayó sobre ellos.

—¡Señor Kozlowski! —exclamó con cara de asombro—¿Qué hace usted aquí?

—Señor Shaw, qué gusto que haya venido. Soy Francis Hamilton, para servirle —se presentó Francis extrañamente educado, sin dejar tiempo a que Daniel respondiera.

—No comprendo... ¿Qué hacen ustedes aquí?

—Vinimos detrás de usted. Queríamos saber si querría encontrarse con Nicola Vitale. Yo lo llamé haciéndome pasar por él y ahora necesitamos que nos explique qué está sucediendo —prosiguió Francis. Daniel asintió. El chico aprendía con rapidez.

—Este no es un buen lugar... es peligroso. Lo que usted hizo es peligroso.

—No. Aparentemente el que hizo algo es usted, señor Shaw, ahora todos corremos peligro —atajó Daniel impaciente.

—Salgamos de aquí, les explicaré lo que ustedes desean en otro lado. Vayamos a un lugar discreto donde podamos hablar.

—¿Más discreto que este?

—No es conveniente que estemos aquí —dijo Shaw en tono bajo, como

si temiera que alguien estuviera escuchando.

—¿Qué le parece la Casa Hamilton?

—Es preferible un lugar neutral. Síganme.

Shaw bajó las escaleras y subió a su coche. Esperó a que ellos hicieran lo propio y tomó rumbo al sur. Se detuvo frente a un local que ostentaba el nombre “Nelly’s” en la vidriera, y anunciaba comida española, mexicana y puertorriqueña. Una vez dentro del local saturado de olor a especias fueron a una pequeña mesa situada en un rincón.

—Parece un buen lugar para pasar desapercibido —comentó Daniel al tiempo que trataba de acomodar sus piernas en el espacio debajo de la mesa—. Ahora, señor Shaw, me gustaría que nos aclarase algunas cosas. ¿Dónde está el dinero que robaron del banco? —preguntó sin rodeos.

—Tiene que haber un error, no sé de qué dinero habla.

—Señor Shaw, mi padre lo sabe todo. ¿Comprende? —intervino Francis—. Sabe quién es Nicola Vitale, cómo lo involucraron a usted en el robo al banco, y dónde ocultaron el dinero. Lo que no sabe es cómo desapareció. Y la única persona que puede decírnoslo es usted.

—¿Yo...? —Los miró de hito en hito y al ver sus rostros sin expresión dijo—: Está bien. Acepto que el dinero se extrajo del banco.

—Lo que no comprendo es por qué, sabiendo que el dinero estaba en la casa, usted puso el aviso para que alguien la ocupara bajo contrato de usufructo —objetó Daniel—. Solo se me ocurre una cosa: ese dinero ya no estaba en la casa y usted lo sabía.

—Déjeme decirle que la idea del usufructo no fue mía. Yo solo soy el gerente del banco. Fue el director de acuerdo con el alcalde quienes decidieron esa solución. Yo siempre me opuse, es la verdad. ¿Quién sacó el dinero de esa casa? No lo sé.

Daniel lo examinó como se mira a un mosquito. Los ojos de Shaw normalmente llorosos parecían más aguados que nunca.

—¿Y cómo supo usted que el dinero robado estaba allí?

—Nunca dije que lo sabía.

—Entonces ¿por qué se opuso a la idea del usufructo?

—Ustedes me confunden, ya no sé ni lo que digo —Shaw se quejó.

—Mientras no aparezca ese dinero todos estamos corriendo peligro, incluyéndolo a usted. —Señaló Daniel poniendo un dedo sobre el pecho de Shaw—. El tal Nicola Vitale reclama ese dinero, y usted parece conocerlo,

por eso fue al edificio vacío esta noche. Algo me dice que usted tiene que ver en todo esto y mi olfato nunca me engaña.

Daniel hizo un gesto con la palma de la mano a una camarera que en ese momento se acercaba con el menú. Ella dio la vuelta y se retiró.

—Le juro que no sé nada.

—No le creo. Tarde o temprano el italiano o nosotros lo averiguaremos, será mejor que lo diga antes de que suceda algo grave.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, usted sabe cómo actúan las mafias. Presionan a las familias, a la mujer, a los hijos... ¿Tiene usted niños, señor Shaw?

Shaw estaba pálido.

—Sí. Pero yo no tengo nada que ver con ese dinero.

—Piénselo, pregúntese si vale la pena correr el riesgo de poner en peligro a su familia. Le estamos haciendo un favor, tratamos de ayudarlo antes de que aparezca alguien enviado por Vitale.

Gerard Shaw asintió en silencio. Si tenía algo en mente, no lo dijo. Daniel le hizo un gesto a Francis para no seguir presionando. Aunque no consumieron nada, dejó un billete sobre la mesa. Ambos salieron dejando a Shaw en el restaurante, subieron a la Cherokee y tomaron dirección a la Casa Hamilton.

—¿Tú qué piensas? —indagó Francis.

—Ese hombre está metido en esto hasta el cuello. Solo espero que no sea demasiado tarde.

—¿Para quién?

—Para todos —afirmó con contundencia Daniel.

Capítulo 17

Buenos aires, Argentina, 1959

Daniel se despidió de Yvanna una semana después de la reunión con Wiesenthal. Una despedida que ocasionó la primera discusión entre ellos porque él se veía obligado a ocultar el motivo. Y no era que ella se hubiera enfadado por su ausencia sino que consideraba inadmisibles que Daniel mantuviera secretos entre ellos. Él partió con la certeza de que no volvería a verla y ella pasó varios días afligida en casa de sus padres, una situación que preocupó seriamente a Konstantin Skósyrev, para quien su hija era el ser máspreciado. No podía admitir que alguien se hubiera atrevido a abandonarla y juró que Daniel tendría que vérselas con él si algún día volvía a tenerlo delante.

Pero Daniel tenía frente a él otros problemas y, aunque le costó separarse de Yvanna, en su fuero interno palpitaba la emoción del riesgo, del peligro, como si una parte que había procurado mantener alejada hubiera regresado y se ensamblara en él como el engranaje de un reloj.

Según habían acordado, su papel sería el de observador, trataría de mezclarse con los amigos de Silvia y después de identificar a Eichmann, su misión principal sería salir de Argentina con ella, porque su vida correría peligro. Las organizaciones neonazis cobraban fuerza en Argentina, y dentro de las filas del gobierno y de la policía tenían simpatizantes. Del secuestro y la captura de Eichmann se encargaría un equipo especializado del Mossad; ellos solo deseaban ubicarlo con certeza porque cualquier error podría resultar fatal. En el aeropuerto de Ezeiza lo esperó un hombre con un Ford Custom, le entregó las llaves y le dijo que a su regreso dejara el vehículo en el estacionamiento del aeropuerto.

El principal problema al que se enfrentó fue la enorme diferencia cultural que existía en Argentina con relación a los Estados Unidos, país en donde había pasado gran parte de su vida de adolescente y adulto. Al comienzo, el ingenio y el humor argentino no eran fáciles de entender para él, por suerte, su español era bastante fluido y supo ganarse la simpatía de los

amigos de Silvia, una joven de dieciocho años que había logrado penetrar la dura coraza de privacidad con la que se habían protegido los Eichmann y había participado activamente en las reuniones organizadas por la FNSA, el Frente Nacional Socialista Argentino, en el que según ella se exhibían banderas con esvásticas y hacían el saludo nazi. El plan trazado era que Daniel se presentaría como un amigo de la familia de Silvia y pariente de los fabricantes alemanes de tractores Lanz que, oportunamente, habían vendido su parte a la empresa norteamericana John Deere.

Al no tener rasgos físicos judíos y provenir de los Estados Unidos, fue aceptado por los amigos de Silvia quienes a su vez eran amigos de los Eichmann. Cuando Klaus se enteró de que Silvia estaría durante algunos días en Buenos Aires acompañando a su pariente Konrad Lanz, los invitó a la celebración de la independencia argentina, el 9 de julio, el día perfecto, al ser feriado obligatorio podría conocer a toda la familia. Silvia se despidió de su padre sin tener la certeza de algún día volver a verlo, e hicieron el viaje de casi quinientos kilómetros desde Coronel Suárez hasta la capital. Daniel aprovecharía para conocer Buenos Aires y después instalarse definitivamente en Rosario, donde se suponía trabajaría en John Deere.

—¿Estás enamorada de Klaus? —preguntó Daniel, sentado al volante del coche que los conducía hacia Buenos Aires.

Silvia lo pensó un poco antes de contestar.

—Él está casado.

—No fue lo que pregunté.

—A veces no podemos darnos ese lujo. Digamos simplemente que somos buenos amigos. Él confía en mí y es lo que más me duele. ¿Comprendes?

—Sí. Pero estás de acuerdo con lo que desea tu padre.

—No puedo no estarlo. ¿Qué harías en mi lugar?

—¿Qué te puedo decir? Tengo mis motivos para no verme involucrado en esto, aun así estoy aquí por cumplir mi palabra. Para mí todo era asunto olvidado, y ya ves...

—Sí... si... Los hijos siempre pagamos los platos rotos.

—No estoy tan seguro de eso. No en el caso de los Klement —rectificó Daniel procurando no mencionar el apellido real.

Los ojos de Silvia se humedecieron.

—Yo amo a Klaus, pero estoy dispuesta a sacrificarme, sé que su padre

es culpable de millones de muertes, ¿no puedo negarme!

Daniel arrugó la frente al escucharla. Ambos estaban en situaciones similares. Y la de ella era peor. Debía traicionar al hombre que amaba.

—Si te sirve de algo, Klaus ha cometido robos y atentados en algunas sinagogas de Buenos Aires.

—Yo no practico la religión judía —aclaró Silvia con cierta petulancia.

—Ni yo.

—¿Y por qué andas metido en esto, si dices que para ti es un asunto olvidado?

Daniel se había hecho esa pregunta muchas veces. Si hubiera podido elegir, con seguridad habría preferido dejar las cosas como estaban, él tenía sus propios planes y en su futuro para nada figuraba la cacería de nazis. ¿De qué servía? Lo que ocurrió no se podía remediar, *los muertos no resucitan*.

—Porque hice una promesa a un hombre que me ayudó mucho —dijo después de unos segundos de observar la carretera en silencio.

—¿Qué fue lo que hizo por ti ese hombre?

—Si no fuera por él, yo no sería lo que soy ahora.

—Daniel, cada uno es lo que es.

—Sabes, Silvia, para las personas que han llevado una vida tranquila como la tuya tal vez sea fácil decir eso, pero no fue mi caso. Por hombres como Eichmann fui capturado a los diez años y llevado a Auschwitz. ¡Pero qué vas a saber tú de eso! Sin embargo hubiera deseado no estar aquí hoy. No gano nada haciéndolo.

—Claro que he oído hablar de los campos de concentración; mi padre estuvo en Dachau y por eso quedó ciego.

—Entonces tal vez tengas alguna idea. Él tuvo la suerte de salir de Alemania y empezar una vida aquí. Después de la guerra no terminó mi calvario. Fuimos tratados como parias y si no fuera por ese hombre al que me refiero, quizá mis días habrían terminado en uno de los campos de los ingleses. —Daniel se sorprendió hablando de algo que daba por olvidado, y a medida que hablaba, iba sintiendo el coraje que había reprimido tanto tiempo en su afán de olvidar. ¿Cómo hacerlo? Le debía eso y más a Bendahan, fue el padre que no tuvo y un guía en su mundo de confusión.

—Tuviste suerte al conocerlo.

—Sí, y ahora tenemos el deber de hacerlo bien. Trata de no estar nerviosa delante de ellos, creen que soy Konrad Lanz, pero con esa gente

debemos estar atentos.

—Ellos saben que llegaré con un amigo de la familia, se supone que te acompaño porque quieres conocer Buenos Aires. Y no estaré nerviosa — agregó apretando los labios.

—Recuerda: los Lanz son de Stuttgart, aunque mi familia salió antes de la guerra por negocios en los Estados Unidos, específicamente invirtió en maquinaria agrícola en la empresa John Deere, y el año pasado se estableció en Argentina una subsidiaria, en Santa Fe, y ahí es donde trabajaré como directivo.

—Interesante. ¿De dónde sacaste toda esa información?

—Me la dieron. Tuve que aprenderla de memoria.

—¿Y en John Deere saben que trabajarás allí? —preguntó Silvia con una sonrisa, la primera que vio Daniel en su rostro.

—Eso creo. No creo que me hayan enviado al azar... —razonó Daniel.

La carcajada de Silvia lo sorprendió. Y como no dejaba de reír, él también empezó a hacerlo sin saber el motivo.

—¿En serio no sabes si en John Deere te esperan? Es bastante arriesgado, ¿no crees?

Daniel dejó de reír. Sería increíble que hubieran dejado ese cabo suelto, y conociendo a Wiesenthal le pareció improbable.

—Aunque te mueras de risa, allá saben quién soy, estoy seguro —hizo un gesto de suficiencia para convencerla.

Después de esa conversación empezó a verla con otros ojos. Silvia no era la joven frágil que aparentaba. Había en su actitud una especie de determinación, una forma de ser a la que él no estaba acostumbrado en las mujeres que conocía. Meterse en un nido de alemanes nazis siendo judía era arriesgado. Pudo ver sus ropas sencillas, sus cabellos en un peinado simple que le llegaba al cuello, el perfil de nariz recta y la barbilla indicativa de su carácter cuando cerró los ojos y recostó la cabeza en el respaldo, sin embargo, nada hacía pensar que dentro de poco ella estaría frente a sus peores enemigos. La admiró y deseó poder amarla. Yvanna parecía tan alejada de todo lo que lo rodeaba en ese extremo del mundo, cumpliendo una promesa... No podía imaginarla en Argentina. No al menos en la parte que había visto desde su llegada. Ella pertenecía a otro mundo, Silvia era como él. Ya no le cupo ninguna duda, pertenecían al mismo bando aunque hubiera nacido después de la tragedia. Y dejó de pensar que estaba allí por cumplir

una palabra. Si Silvia era capaz de arriesgar su vida por lo que le sucedió a su padre, él no podía ser menos. Haría lo que tenía que hacer porque debía hacerlo, por su familia y por él mismo, y dejó de sentirse ajeno a lo que sucedía en el mundo. Silvia, sin querer, había logrado que él abrazara un bando y dejara de esconder la cabeza como el avestruz. Era ridículo pensar que podría vivir como si el pasado no existiera. Ciertamente quedó atrás, pero él, como todos, era el resultado de ese pasado. Como bien dijo Wiesenthal, él era un hijo del pasado.

Capítulo 18

Gerard Shaw

Hyde Park, Poughkeepsie, 2005

Cuando se fueron Francis Hamilton y Daniel Kozlowski, Shaw regresó a casa. Trató de disimular el malestar que le produjo el encuentro inesperado, había creído que la llamada provenía de Nicola Vitale y el miedo que sintió se transformó en estupefacción al verlos en el edificio de la calle Cannon. Finalmente había conocido al nieto de los Hamilton y no en las mejores circunstancias. Se detuvo unos cincuenta metros antes de llegar a su casa y sacó el móvil de su bolsillo. Si seguía en Poughkeepsie era porque la mujer que le interesaba no se decidía a irse con él. Marcó su número.

—Viveka, debemos irnos cuanto antes, tu marido pronto se enterará de todo. Ellos están camino a tu casa. Debes decidirte ahora —apremió al escuchar su voz.

—¿Qué es lo que saben?

—Saben que el dinero desapareció, y sospechan que tuve que ver con eso. Me tendieron una trampa y caí, fui a ver a Vitale pensando que él en persona estaba aquí y en su lugar aparecieron tu marido y Hamilton. ¿Les dijiste algo?

—Por supuesto que no —respondió ella y guardó silencio.

—¿Qué piensas hacer? ¿Vendrás conmigo?

—Lo haré, pero no ahora. Adelántate tú, de lo contrario todo será más difícil.

—Viveka, todo esto lo hice por ti, no me dejes ahora...

—Cálmate, Gary. Cálmate. Hasta ahora todo ha salido bien, Tú no conoces a Daniel, es muy perspicaz, no puedo desaparecer justo ahora. Deja que pase el tiempo y nos encontraremos en Veraguas, yo tengo la dirección, deja de preocuparte. No tengo la culpa de que detrás de todo esto estén personas tan peligrosas, debiste advertirme. Por otro lado, debo idear la manera de disponer de ese dinero sin despertar sospechas. He intentado ir ingresándolo en pequeñas cantidades en una cuenta, pero es demasiado, el

dinero en efectivo es muy difícil de ocultar.

—Te lo advertí.

—Hubieras insistido si sabías que sería imposible —cortó con dureza Viveka.

—No puedo esperar más, mañana mismo saldré para allá. Te estaré esperando, cielo.

—Llega el coche de mi marido, debo colgar ahora, hasta pronto, Gary.

Antes de que pudiera decirle «te amo», Gerard supo que había cortado la comunicación.

Cuando vio a Viveka por primera vez su intención había sido acercarse a ella para averiguar si podía sonsacarle alguna información respecto al dinero que se encontraba oculto en la casa. Siendo gerente de un banco en una ciudad como Poughkeepsie conocía prácticamente a todo el mundo, y ella se veía bastante dispuesta a congeniar con él. Fueron un par de veces a tomar café y de manera inesperada, porque él no lo había planeado, se vio envuelto en una aventura amorosa que al paso de los días se fue afianzando. Estaba claro que a Viveka le hacía falta un hombre más joven que el que tenía como marido, y a él una mujer que lo tratase como a un hombre, no como a un simple proveedor. Había cometido el error de su vida al casarse con Melissa. Y cada día su trato era peor, desde que ella había recibido una pequeña herencia. Se sentía estafado. ¿Y qué otra cosa cabría esperar de ella? Se equivocó al creer que compartiría bondadosamente su inesperada fortuna con él. No quería seguir siendo un gerente de banco por el resto de su vida, y menos cuando tenía la posibilidad clara de convertirse en millonario. De hecho, lo era. Cuarenta millones no son nada despreciables y estaban a buen recaudo en Panamá.

Viveka bajó a la cocina y preparó café. A Daniel le gustaba tomarlo a cualquier hora. La cocina se inundó del reconfortante aroma, cerró los ojos y se imaginó lejos de él, al lado de Gerard Shaw, disfrutando de una vida diferente, con un hombre de la edad apropiada para ella, en un país paradisiaco como Panamá y no pudo evitar un suspiro, no supo si de anhelo o de desesperanza. Las cosas no estaban saliendo como había creído. El problema de Gerard era que nunca decía la verdad completa. Si hubiera sabido que detrás de ese dinero estaba la mafia a la que se referían su marido y Francis, no habría dado el primer paso, ¿o tal vez sí? Estaba harta de la vida insípida que llevaba, al unirse a Daniel pensó que se convertiría en la esposa

de un potentado, además de tener un lugar seguro, unos brazos en los que refugiarse y una vida parecida a la que llevaba Yvanna. Pero después de tres años nada de eso había sucedido. Su espíritu empezaba a rebelarse, no tardaría mucho en empezar a envejecer y lo más probable fuese que terminase sola. Vieja y sola como Xía, la inefable mujer de Bendahan.

Capítulo 19

Xía y Bendahan
Chicago, Illinois, 2004

Daniel recibió la llamada de Xía aquel diciembre, poco después de haberse mudado a Poughkeepsie y de inmediato supo que algo andaba mal. No era frecuente que ella se comunicara con él para saludar o para saber cómo estaba. Y no se equivocó. Samuel Bendahan acababa de fallecer a los noventa y cinco años. Y aunque esperaba que en cualquier momento sucediera a pesar de su buena salud, no pensó que sería tan pronto. Tomó el primer vuelo hacia Chicago y Viveka dejó que fuera solo; dijo que no hacía falta que estuviera presente en la ceremonia, pues le parecía hipócrita rendir respeto a alguien que la había despreciado. Y a pesar de que él trató de convencerla de que no había sido así, Viveka fue inflexible. De alguna manera intuía que el anciano Bendahan nunca la había aceptado. «¿Por qué no te buscas una buena esposa judía?», le había preguntado más de una vez, pero él se negaba a pertenecer a una congregación, no deseaba ser catalogado, y no porque tuviera algo en contra del pueblo judío; se negaba a admitir que una religión prevaleciera sobre las demás. Bendahan tampoco era un judío ortodoxo, era bastante liberal en muchos aspectos, su única vinculación con la causa judía había sido al final de la guerra y más tarde con Wiesenthal en el caso de Eichmann. Sin embargo, cuando Daniel llegó a la vieja casa de Bendahan en Chicago se encontró con un pequeño envoltorio de papel que, según Xía, había dejado para él.

Al abrirlo, dos pequeñas cajitas de cuero negro se mostraron ante sus ojos. Una cajita que medía una pulgada por lado contenía diminutos pergaminos separados por cuatro celdillas con pasajes de la *Torah* en hebreo: Deuteronomio 6:4-9; 11:13-21 y Éxodo 13:1-10 y 13:11-16, y en la otra cajita de media pulgada solo había un pergamino con las mismas escrituras traducidas al inglés. Las finas correas de cuero que salían de ellas se notaban bastante gastadas, y aunque Daniel sabía en qué consistían las filacterias, nunca había visto a Bendahan hacer uso de ellas.

—Últimamente siempre las llevaba consigo —dijo Xía.

Eso lo explicaba. Con la edad las personas suelen hacerse más religiosas. ¿Pasaría también con él?

Abrió la nota que acompañaba las *tefilin* y leyó:

«Querido Daniel, no debemos olvidar nuestros orígenes. Y el nuestro es tan especial que la Humanidad ha hecho lo imposible por borrarlos de la faz de la tierra.»

No había nada más. Miró a Xía, una mujer ya anciana pero con la misma actitud de antaño, que a ojos de Daniel resultaba enternecedora a esas alturas, y que por algún extraño motivo cada vez se parecía más al difunto Bendahan, aunque fuesen de diferente sexo, y ella fuera asiática y, como había dicho algunas veces, absolutamente agnóstica y él un judío que en sus últimos días había decidido aferrarse a las *tefilin* como un método para expiar alguna culpa que a ojos de Daniel no debía de ser grave.

—Cuando yo muera, esta casa será tuya.

—Tú no morirás todavía, eres una mujer fuerte, Xía.

—Desde hoy empecé a morir —afirmó ella con su acostumbrada parquedad.

Daniel prefirió no replicar. Sabía que sería inútil.

—Cómo te va en Nueva York —preguntó ella con su manera peculiar.

—Bien... Eso creo.

—Entonces no te va muy bien. Regresa.

—A Viveka le gusta vivir allá.

—Viveka... Entiendo. Quiero que sepas que aquí siempre habrá lugar para ti.

Xía había sido concreta. Un lugar para él. Y Daniel estaba seguro de que no lo decía sin motivo, no era una persona acostumbrada a dar falsas muestras de simpatía.

Apenas partió Daniel, Viveka se había comunicado con Gerard Shaw. Sacaron las diez maletas apiladas en el sótano secreto, las cuales quedaron en la Casa Hamilton repartidas en varias habitaciones. Ella recibiría su parte por permitir todo aquello sin dar aviso, pero más que por eso, la razón principal fue su relación con Gerard. Viveka no supo qué sucedió con el resto ni le interesó, era suficiente saber que tenía en sus manos una fortuna que jamás pensó llegar a poseer. Y si Daniel no hubiera llamado avisando que regresaría antes de lo esperado, con seguridad ya no la habría encontrado allí, pero no

era el momento propicio, según Gerard no era nada fácil andar por ahí con tanto dinero. En lugar de la caja de seguridad, que Gerard buscó con sumo interés había un maletín, al abrirlo supo que era el contenido de la caja. Solo se llevó el maletín con algunos documentos y bonos del Tesoro de los Estados Unidos por un valor de cuarenta millones de dólares.

Bendahan fue enterrado en el cementerio, a dos manzanas de su casa. Una ceremonia sencilla como él mismo, con más gente de la que Daniel esperaba, en la que vio con sorpresa la presencia de Yvanna.

Cuando se acercó a él le dio un largo abrazo y Daniel sintió su cuerpo como si jamás se hubiesen separado, pero solo fue cuestión de segundos. Ella fijó su mirada en la de él y no hicieron falta palabras. Se alejó dejando una estela de suave perfume, el mismo perfume que le trajo recuerdos de que fue con ella con quien aprendió que existía un nivel de vida diferente al que había conocido. Probablemente ella se habría enterado en las necrológicas de algún diario. Bendahan seguía siendo conocido como un gran médico; al fin y al cabo pertenecían al mismo gremio.

Ya de regreso, Daniel le preguntó a Xía:

—¿Por qué nunca se casaron?

—Porque yo no quise.

—¿No querrías venir conmigo? Estarás muy sola aquí.

—No. Gracias. Si me sucediera algo, te enterarás —respondió ella. Y allí quedó todo.

Tres días después del entierro, Daniel regresó a Poughkeepsie tras asegurarse de que Xía quedaba tranquila. Era difícil saber lo que ella sentía, siempre lo había sido. Se prometió tratar de mantenerse en contacto.

Capítulo 20

Buenos Aires, Argentina, 1959

Según las instrucciones de Wiesenthal, se hospedaron en una pensión de la calle Olavarría en donde alquilaron dos habitaciones. Desde allí, la casa de Eichmann quedaba a una hora de distancia. Por suerte para Daniel, Silvia tenía un excelente sentido de la orientación, estando solo le habría sido bastante complicado encontrar las direcciones, Buenos Aires era y sigue siendo una ciudad enorme. Esa misma tarde Daniel condujo dirigido por ella hasta la calle Garibaldi en San Fernando, una zona desolada y a ojos de él paupérrima. Se detuvieron bastante lejos de la casa y siguieron a pie a hasta llegar a los alrededores de la dirección, en su mayoría eran terrenos baldíos y la yerba y los matorrales que crecían desordenados hicieron posible que Daniel tomara fotos de las calles y pequeñas casas que colindaban con la de los Eichmann. Parecía una urbanización iniciada aunque no existían indicios de que sería un buen lugar en el futuro. Las pocas casas no tenían nomenclatura. No así las calles que llamaban «rutas». En la 202 estaba ubicada la casa.

Durante tres días Daniel llegó solo sin la compañía de Silvia a los alrededores de la casa que Silvia le había indicado. Ella la conocía porque había sido invitada por Klaus, fue el día que se enteró de que él era casado y ya tenía un hijo.

Daniel dejaba el coche a unas cinco calles, se situaba lejos de la casa echado entre los matorrales y ayudado por unos prismáticos veía salir a un hombre de unos cincuenta y pico de años, delgado y con bigotes cada madrugada a las 5:00. Caminaba por la ruta 202 hasta llegar a una parada de autobuses, tomaba un colectivo de la línea 203 y regresaba por la tarde siempre a la misma hora: 20:10, en el mismo autobús que lo dejaba en la misma parada.

En las mañanas, media hora después salía un joven rubio, alto, que Daniel identificó como Klaus, siguiendo el mismo recorrido. Por la tarde también llegaba a la misma parada pero una hora antes. Al bajar del colectivo

caminaba a su casa siguiendo la ruta 202.

Desde los matorrales, Daniel disparaba el obturador de la pequeña cámara esperando que las fotos fueran lo suficientemente nítidas. Pensó que para una operación así lo mejor habría sido una Laika con más alcance. ¿Qué estaría pensando Wiesenthal al entregarle la Minox? Él no tendría oportunidad de estar a solas en cualquiera de los cuartos de esa casa para fotografiar documentos o algo parecido.

Cuando estuvo seguro de haber dado con la persona que los del Mossad identificaban como Adolf Eichmann por las señas que Silvia les había proporcionado a través de su padre, decidió que ya eran suficiente fotos.

El 9 de julio por la tarde bajaron del coche y se acercaron a la vivienda de fachada construida con bloques de cemento. Se oían voces dentro. Silvia tocó la puerta con los nudillos; no había timbre.

A través del pequeño postigo de la puerta se asomó una mujer que Daniel supuso sería la esposa de Eichmann.

—Buenas tardes, ¿señora Klement? Soy Silvia Hermann —dijo Silvia.

—Un momento.

La mujer dijo algo en alemán y seguidamente la puerta se abrió y apareció un joven delgado y rubio.

—¡Silvia! Qué bien que llegaron, vos debes de ser Konrad. He tenido referencias tuyas —dijo al tiempo que estiraba la mano y lo saludaba.

—Konrad Lanz, es un placer.

—Adelante. —Klein hizo un gesto y los invitó a pasar al salón, una habitación con sillas junto a las paredes, en donde se hallaban algunas personas. Desde allí se podía observar el comedor con algunas viandas sobre la mesa.

Silvia saludó a la madre de Klaus con un par de besos en las mejillas, le sonrió y dijo que estaba encantada de visitarlos.

—A mi esposa ya la conoces —dijo Klaus dirigiéndose a Silvia.

Ella asintió con una sonrisa y se saludaron. La joven tenía el vientre hinchado. Daniel le calculó unos seis meses de embarazo.

—Gracias... ella es mamá y ellos mis hermanos Horst y Dieter. El pequeñín es Ricardo —siguió presentando Klaus a Daniel mientras Silvia saludaba a los hermanos a quienes ya conocía.

Daniel dio la mano a cada uno, luego se puso en cuclillas y miró a Ricardo, el último hijo de Adolf Eichmann. Le acarició la cabeza con dulzura

y el niño le sonrió. A Veronika, la mujer de Eichmann, le agradó el gesto.

—Oh, aquí está Ricardo, mi hermano —dijo ella con un acentuado acento alemán, dirigiendo la mirada al hombre que se acercaba por el pasillo.

De estatura promedio, delgado, con bigotes, una calvicie avanzada y gruesas gafas, Adolf Eichmann se acercó a ellos sonriendo. Su aspecto inofensivo confundió a Daniel. Le pareció increíble que una persona tan insignificante pudiera haber cometido los crímenes que se le adjudicaban, pero él mismo era testigo de aquello, sabía que era verdad. El pequeño Ricardo se abrazó a sus piernas.

—Es su consentido —dijo Veronika.

—Mi tío Ricardo —siguió presentando Klaus—. Él es Konrad Lanz, tío.

—Mucho gusto, señor.

—Ricardo Klement —dijo con una voz segura, autoritaria. Le dio un apretón firme y lo observó con atención.

—Tío, a Silvia ya la conoces.

Se notaba que Klaus no deseaba extenderse demasiado en dar explicaciones. Daniel intuyó que no deseaba decir «la que ha participado en las reuniones del FNSA».

—Podés hablar delante de él, estuvo en las reuniones en Coronel Suárez —murmuró Silvia al oído de Klaus refiriéndose a Daniel. Klaus asintió.

—Entonces, vos sos americano —dijo Ricardo Klement.

—Sí, mis padres son originarios de Stuttgart.

—Ah... Stuttgart. Hermosa ciudad —comentó Klement—. Habla muy bien español, Konrad.

—Sí, y también alemán. Por mis padres, ya sabe.

A partir de ese momento la conversación continuó en alemán.

—Acabamos de mudarnos, no tenemos agua corriente ni electricidad todavía, pero pronto harán las instalaciones.

—Nosotros mismos construimos la casa —dijo Klaus—. Todavía falta mucho, pero al menos ya es habitable.

—¿Y a qué se dedica aquí? —preguntó Eichmann.

—Trabajo para la fábrica de tractores John Deere que acaba de instalarse en Santa Fe. Silvia dijo que usted trabaja en la Mercedes Benz, y me interesó conocerlo.

—¿A qué debo el honor?

—Mi familia vendió la fábrica Heinrich Lanz AG Mannheim a John

Deere. Heinrich Lanz son los que pusieron en circulación los tractores Bulldog en Alemania, no sé si los conoce.

La mirada de Eichmann se iluminó por un momento y sonrió con levedad.

—Algo, sí, he oído hablar de esos tractores. ¿Por qué le interesaba conocerme?

—Porque necesito rodearme de personas de confianza y por lo que me dijo Silvia, ustedes lo son. ¿Qué puesto ocupa en la fábrica Mercedes Benz?

—Soy gerente de operaciones y, la verdad, no quisiera cambiar de trabajo. He empezado apenas este año.

—Es una lástima... pero le dejaré mi tarjeta por si se anima—. Daniel sacó una tarjeta del bolsillo interno de su americana y se la entregó.

—Acabo de comprar esta casa, y Santa Fe me queda demasiado lejos, pero se lo agradezco, señor Lanz.

—Estaré en Buenos Aires unos días más antes de viajar a Santa Fe.

—¿Qué me dice de Estados Unidos?

—Es un lugar estupendo para vivir. Voy a extrañarlo —opinó Daniel—. Espero acostumbrarme a Rosario.

—Esta es una tierra bondadosa. Justamente hoy celebramos el día de la independencia.

En ese momento apareció Veronika con una bandeja y varias copas de vino. Las repartió entre todos y brindaron:

—¡Feliz día de la patria!

Era notorio que la familia se había integrado al país. Daniel los vio como seres normales, alegres, con los problemas de cualquiera, una embarazada, un niño, un hombre que empezaba una nueva vida... unos jóvenes que nada habían tenido que ver con los crímenes de su padre y a este mismo, tan ajeno al pasado. Trece años antes, sin embargo, tuvo el poder de millones de vidas en sus manos. Y en medio del jolgorio Adolf Eichmann se puso de pie, dejó la copa en la bandeja situada sobre una mesilla y dijo con voz recia: «Heil Hitler!». Entonces todos hicieron lo propio, incluyendo a Daniel, quien con el brazo en alto, la palma hacia abajo y el sonido de los tacones de sus zapatos al chocar, que tantas veces había visto hacer, exclamó junto a ellos: «Sieg Heil! Heil Hitler!».

Eichmann lo miró y como si viera en él a un supremo representante de la raza aria, le dio un abrazo. Daniel correspondió al abrazo con euforia.

Después de aquella demostración que ponía en entredicho la verdadera identidad de Ricardo Klement, continuó la charada. En ningún momento afirmó ser Adolf Eichmann, pero ya no había dudas.

Después de probar algunos bocadillos y conversar un rato más, Daniel miró la hora en su reloj de pulsera.

—Me temo que debemos irnos. Tengo otra reunión con un miembro de la empresa.

La despedida fue mucho más cordial que al comienzo, como era de esperarse. Los Eichmann se mostraron más amables, la mujer sonrió con soltura y mirando a su supuesto hermano, dijo:

—Estaremos encantados de recibirlo, ya sabe dónde estamos. Muy pronto la EMTA extenderá la línea telefónica a esta zona y podremos estar comunicados.

—Tienen mi teléfono en la tarjeta, estaré a su disposición —les recordó Daniel con aire marcial al despedirse.

Su altura y su porte eran imponentes. Eichmann lo miró sin ocultar su entusiasmo. Lo acompañó a la salida, iluminada por una lámpara de queroseno que colgaba de lo alto del porche.

—Hasta pronto, amigo.

—Adiós, Silvia —se despidió la mujer.

Vieron alejarse al elegante Ford Custom y entraron a la casa.

Capítulo 21

Buenos Aires, Argentina, 1959

—Y... ¿qué pensás vos? —inquirió Silvia.

—Estoy seguro de que es el hombre. Los bigotes pueden cambiar el rostro de una persona pero yo lo vi sin ellos y es idéntico, un poco más viejo, claro, pero trece años no son demasiados. Y su comportamiento lo delató.

—¿Qué harás ahora?

—Llamaré a Wiesenthal y le diré lo que pienso. Partiremos mañana para los Estados Unidos.

—Imposible que no sea él. No creo en casualidades, ellos se apellidaban Eichmann en el colegio, estoy segura de que Ricardo Klement es un nombre falso.

—Con tantas coincidencias me parece extraño que el Mossad no haya tomado en serio las denuncias de tu padre —observó Daniel moviendo la cabeza—. Ahora debemos ir a algún lugar a comer algo. Me muero de hambre.

—¿Conocés las parrilladas?

—Te refieres a la barbacoa, supongo.

—Es más o menos igual, pero aquí preparamos la carne de una forma única. Vayamos a El Gran Chorizo.

Daniel rio con el nombre, a pesar de su buen español le costaba pronunciarlo. Con el magnífico sentido de orientación de Silvia llegaron al barrio de La Boca, un conglomerado de callejuelas pintorescas a esa hora vibrante y lleno de gente, con las banderas argentinas ondeando en los techos y los balcones. El Gran Chorizo, situado en una esquina, formaba parte ineludible de un paisaje urbano en el que se podía escuchar un tango, tanto como ver a un pintor callejero instalado en cualquier parte de la acera. El local invadido por el humo, los comensales, las voces mezcladas con el idioma italiano, la Cumparsita como música de fondo, las quejas por no haber hecho un buen papel en el Mundial de fútbol del año anterior, todo aquello actuaba como un efecto hipnótico en Daniel. Un mundo desconocido y

subyugante del que deseaba huir y al mismo tiempo lo atraía como un imán. Escogieron una mesa en el patio adornado en el centro por un único árbol escuálido, y a la luz de las farolas, el humo y las voces, descargaron las tensiones ocasionadas por la visita a la casa de los Eichmann.

—Tengo las reservas para mañana, nuestro vuelo saldrá a las diez —dijo Daniel mientras se llevaba un trozo de carne jugosa a la boca.

Silvia comía en silencio, como si estuviera absorbiendo hasta la última gota de sabor argentino antes de partir para no volver.

—No hablemos de eso. No ahora, por favor.

—Está bien. Habrá tiempo de sobra. Tienes razón.

—Hoy quiero olvidarme de todo, de Klaus, de su mujer, de su embarazo, de los judíos y de los nazis.

Era comprensible. Daniel no había caído en la cuenta de que durante la reunión en casa de Klaus ella había tenido que soportar la presencia de la mujer que se había quedado con el hombre que amaba. Desde su punto de vista era lo mejor que pudo suceder, así Silvia no tendría motivos para echarse atrás. Sabía que era egoísmo de su parte pero la realidad era así. Aquello lo llevó a pensar en Yvanna. ¿Qué sucedería a su regreso? Y al igual que Silvia, pero por diferentes motivos, evitó pensar en ella. Brindó con Silvia por esa noche, por la parrillada, por Argentina y por el Día de la Patria, como hacían todos los que esa noche estaban reunidos en El Gran Chorizo, y la botella de vino poco a poco fue quedando vacía. Silvia se encontraba en un estado de euforia difícil de definir, y él la encontraba cada vez más apetecible, con sus hoyuelos al sonreír y su voz argentina. Cuando cerca de la medianoche decidieron ir a la pensión ella lucía sospechosamente alegre.

—Estoy ebria —dijo.

—Lo sé, por eso es mejor que nos vayamos. No podemos perder el avión mañana.

En Daniel, más resistente al alcohol, el vino había producido una dulce relajación, se encontraba perfectamente y era capaz de conducir. Solo esperaba recordar el camino hacia la pensión, las vueltas que habían dado para llegar a La Boca deshicieron el esquema mental que tenía de Buenos Aires. Una hora después pudo reconocer la calle Olavarría y llegar a la puerta de la discreta pensión. Tuvo que llevar a Silvia en brazos y subir con ella las escaleras. Buscó la llave en su bolso, abrió, encendió la luz y la dejó en su cama. Cuando quiso retirarse sintió la mano de ella sujetando la suya.

—Quedáte conmigo —dijo.

—No, Silvia. Estás ebria.

—Quedáte, por favor. —Su mirada tenía una mezcla de tristeza y de deseo. Daniel sabía lo que ella deseaba pero no quiso aprovecharse de la situación.

—Mañana te arrepentirás. Me quedaré aquí hasta que te duermas.

—Está bien. Solo dame un beso y dormiré.

Daniel se acercó con la intención de besarla en la mejilla pero ella le ofreció los labios y él la besó. Supo que había sido engañado, pero al cabo de unos momentos ya no le importó. Hicieron el amor con desesperación.

Al día siguiente el primero en abrir los ojos fue Daniel, acostumbrado desde siempre a madrugar, esta vez se había quedado dormido. Eran las siete de la mañana. Miró a Silvia. Su cuerpo desnudo apenas cubierto por una sábana que moldeaba sus curvas no le produjo deseo, sabía que lo sucedido había sido una manera de desfogar todo lo que ambos sentían en esos momentos en los que se avecinaban grandes cambios. Ella iría a Los Estados Unidos, tenía una tía llamada Elsa en San Francisco, y previamente habían hecho contacto para que la recibiera. Una vez allá era probable que jamás se volvieran a ver pero esa noche quedaría como un recuerdo imborrable en sus vidas.

Fue a su cuarto, cogió el teléfono y le pidió a la operadora el número de Wiesenthal. Fue muy breve: «Es nuestro hombre» dijo, y colgó. Se duchó y preparó el maletín para salir al aeropuerto. Después fue al cuarto de Silvia, la despertó, regresó y esperó a que se preparara para salir con tiempo. Cuando ella tocó a su puerta no mencionó lo sucedido la noche anterior; él tampoco, y no hablaron de ello. Una vez que estuvieron en el avión Daniel pudo relajarse y respirar tranquilo. El trabajo estaba hecho, cerró los ojos y deseó ver a Yvanna. Sentía que su corazón iría a reventar en cualquier momento de solo pensar en ella. Habían sido solo ocho días desde que llegó a Argentina, pero le parecieron más, muchos más.

Capítulo 22

Chicago, 1959

En el aeropuerto los esperaba el mismo hombre que lo acompañó cuando se embarcó rumbo a Argentina quien, circunspecto, los condujo hasta el coche en el que los llevó a casa de Bendahan, donde los esperaban él y Wiesenthal. Daniel le entregó la Minox y describió con lujo de detalles la ubicación de la casa de Eichmann, la cantidad de personas que vivían allí, su aspecto actual y el de sus hijos, también el de su esposa, mientras Wiesenthal tomaba nota y preguntaba por más detalles. Se mostró muy agradecido con Silvia, y a la vez preocupado porque su padre no hubiera querido salir de Argentina.

—¿Cree usted que corre peligro?

—Con esa gente uno nunca sabe. No podemos confiarnos de la justicia argentina, si algo le sucediera no habría a quién reclamar, los organismos de seguridad están infestados de alemanes pronazis. Tengo hombres en Argentina, pero nadie había podido infiltrarse entre ellos —afirmó Wiesenthal mirando a Daniel—. Hiciste un gran trabajo, pudiste verlo cara a cara y comprobar que efectivamente es él.

—Todo gracias a Silvia, sin ella no lo hubiera podido hacer.

—No lo crea. Jamás olvidaré el saludo nazi que hiciste, Daniel, parecías un miembro de las SS —dijo ella sonriendo.

Wiesenthal los miró y también Bendahan. Este le guiñó un ojo y Daniel se dio cuenta de que era mejor no detallar más el asunto.

—Su vuelo saldrá para San Francisco mañana a las ocho de la mañana, señorita Hermann. Estamos inmensamente agradecidos, si necesita algo no dude en comunicarse conmigo.

—Gracias, señor Wiesenthal, espero no tener que hacerlo —dijo ella.

Xía la condujo a un dormitorio que había preparado con antelación y Daniel buscó un teléfono para comunicarse con Yvanna. La amiga con la que compartía el apartamento le dijo que por esos días se había ido a casa de sus padres; él no preguntó el motivo. Lo presentía y pensó que tal vez sería difícil llamarla allá. Prefirió ir en persona.

No había reparado en lo nervioso que se encontraba hasta que tocó el timbre. Su mano temblorosa hizo que sonara dos veces; empezaba mal. Abrió la asistenta de la cofia blanca. Al reconocerlo lo hizo pasar.

—Espere un momento, por favor. Iré a llamar a la señorita —dijo y desapareció tras la puerta de roble.

A Daniel ya no le impresionaba el elegante vestíbulo de madera tallada, pero se entretuvo mirando el jarrón chino de la dinastía Quianlong que, según el padre de Yvanna, tenía un valor de quince millones de dólares. Sobre un pedestal, la pieza de fondo amarillo, según los entendidos el color imperial por excelencia, lucía refinadas decoraciones y símbolos taoístas y budistas. «Probablemente haya pertenecido al palacio imperial», le explicó en su día Skósyrev. Escuchó la puerta al abrirse y giró impaciente. Sintió la intensidad de la mirada de Yvanna.

—Hola, Dan.

—Yvanna... No pensé que te encontrarías aquí.

—Vine por unos días. ¿Cómo fue tu viaje? ¿Te divertiste mucho?

—No fue un viaje de placer, ya te expliqué que no tenía alternativa. Tuve que hacerlo. ¿Podríamos hablar en otro lado?

—¿Dónde?

—Donde sea.

—Está bien —dijo ella caminando hacia la puerta de salida.

Fueron hasta el modesto coche de segunda mano que había comprado Daniel cuatro años antes, en nada parecido al convertible que ella usaba, y una vez dentro arrancó y se dirigió a las cercanías del cementerio, uno de los lugares que le proporcionaba más tranquilidad. Durante el trayecto ninguno de los dos dijo nada. Lo único que él tenía en mente era lo que significaba que Yvanna hubiera regresado a casa de sus padres. No tendrían libertad para estar juntos, ¿eso era lo que ella deseaba? Al menos la tenía a su lado. Era lo más importante.

Cuando finalmente estacionó el coche se volvió hacia Ivanna.

—Verás... Lo que fui hacer allá es un asunto que nada tiene que ver con los estudios, ni con mi situación, ni siquiera con mi vida. Hasta podría decir que no me concierne, pero lo hice por una promesa a Sam, él es como un padre para mí.

—¿Y tan delicado es ese asunto que no puedes confiar en mí?

Daniel sopesó la situación. ¿Qué daño podría hacer Yvanna? ¿Era ella

una nazi o su familia? Él no lo sabía.

—¿Alguna vez tu familia vivió en Alemania?

—No —respondió con cara de extrañeza—. ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Son antisemitas?

—¡Qué tonterías estás diciendo!, por supuesto que no. No andaría contigo si lo fuéramos. Pero antes déjame ponerlo en claro: mi padre odia a los comunistas y a los nazis.

—Eso me tranquiliza, al menos tenemos algo en común.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que fuiste a hacer a Argentina?

—Mucho. Fui para corroborar la presencia de un nazi asesino —soltó él a bocajarro.

—¿Nazi asesino? —Ella lo miró como si se tratase de un loco.

—Exacto. Una semana aquí sirvió para prepararme y ocho días allá para contactar con la persona que lo conocía.

—Y yo que pensé que tenía que ver con la argentina con la que salías...

—¿Cómo pudiste pensarlo? Jamás te engañaría.

—¿En serio?

—Lo juro. —Le acarició el rostro—. No te mentiría, amor.

Ella entornó los ojos y puso la cabeza en su hombro.

—¿Salió todo bien?

—Sí. Por suerte ella estaba bien preparada y todo salió como estaba planeado. Cumplí mi promesa y ahora soy libre.

—Hablas como si hubieses estado en una prisión, Daniel.

—Es una forma de decirlo, pero quiero que sepas que te quiero, eres la única mujer para mí. Jamás te mentiría.

—Yo también te amo, Daniel... Estuve resentida porque me ocultabas algo y pensé que... Bueno, olvídale. —Ella lo abrazó y él la besó con intensidad en la boca—. ¿Quién era ella?

—¿Ella? —enfaticó él con sorpresa.

—La que dices que era tu contacto.

—Ah, Silvia. La hija de un judío que fue víctima de los nazis. Fue quien se infiltró entre los alemanes y por ella llegaron al sujeto que van a encarcelar.

—¿Es joven?

—Sí, bastante joven. Tiene dieciocho años.

—¿Es bonita?

—Atractiva, sí.

—¿Estuviste con ella? Ya sabes lo que quiero decir...

Daniel no esperaba que la conversación derivase por ese camino. ¿Qué importancia podía tener? ¿Acaso no era mucho más trascendente todo lo que Silvia significaba, y a todo lo que se habían expuesto, que simplemente saber si «estuvo» con ella? Pero acababa de decirle que jamás le mentiría, y debía contestar con la verdad. Era lo que Yvanna esperaba de él. Y ya estaba tardando demasiado en responder.

—Fue algo inesperado.

Yvanna saltó como un resorte. Se retiró hacia el extremo y se pegó a la portezuela del coche.

—¿Inesperado? Explícame qué significa para ti «inesperado».

—Acabábamos de salir de casa de ese individuo y yo me moría de hambre. Silvia se ofreció a llevarme a un restaurante, ella conoce bien Buenos Aires, y fuimos al barrio La Boca. Anteayer fue festivo porque celebraban el Día de la Patria en Argentina y el ambiente y la hazaña que acabábamos de hacer merecía una copa de vino. Lo cierto es que Silvia se embriagó y al dejarla en su cuarto me agarró de la mano. No me dejó ir y... Bien, yo también tenía unos tragos encima, pero ni recuerdo qué sucedió, Yvanna, te lo juro.

—Es decir, te obligó. Un hombre de tu tamaño no pudo escapar de la mano de una chica de dieciocho años. Eso no te lo va a creer nadie.

—Yvanna, puedes creerme o no. Te hablo con el corazón en la mano.

—¿Y qué harías si te dijera que yo también estuve con otro?

—¿Lo hiciste?

—Sí.

—Supongo que tendría que aceptarlo —dijo él sintiendo que la sangre empezaba a hervirle.

—¿Así, tan tranquilo?

—Así, tan tranquilo.

—Llévame a casa, Daniel.

—¿Por qué? ¿Qué hice yo?

—Ni te atrevas a preguntar. Eres un despiadado. No me amas, no te interesa que yo esté con otros, te acuestas con la primera mujer que se te cruza en el camino, ¿y me preguntas qué has hecho?

Daniel no pudo soportar más estupideces. Arrancó y viajó como un

bólido hasta dejarla en la puerta de su casa. Ella bajó y cerró la portezuela con tanta fuerza como si quisiera destrozar el coche. Él partió con la misma velocidad que había llegado y se perdió de vista.

¿Qué demonios estaba pensando al decirle la verdad a Yvanna? Si de algo a Daniel le había servido la lección es que la verdad es una gran mentira. La verdad no te hace libre. Es la mentira la que te salva la vida; las verdades que había aprendido lo habían dañado, lo habían sujetado con cadenas a un cuarto oscuro, a un inframundo de fantasmas, muertos y maldad. ¿Por qué pensar que ella era diferente? Era una mujer engreída a la que acababa de confiar algo que debió permanecer en secreto. Silvia no había tenido más importancia en su vida que una noche de desesperación en la que ambos se sintieron unidos por unas horas. Ella en su afán de sentirse cobijada, protegida, deseada, después de haber visto con sus propios ojos a la mujer del hombre que amaba y del que jamás volvería a saber nada, y él porque en cierta forma deseaba hacerla sentirse valiosa como mujer. Y, sí, por unas horas se sintió compenetrado con ella, sorbió sus lágrimas, la abrazó con fuerza, como hubiera deseado que alguien lo hiciera cuando él lo necesitó tantas veces en las cloacas, en Birkenau, o en Caraolos, y a cambio solo obtuvo castigo e indiferencia.

Si tenía que prescindir de Yvanna en su vida lo haría, lucharía con todas sus fuerzas para escapar del embrujo que ejercía sobre él. No volvería a ser un esclavo de nadie.

Capítulo 23

Casa Hamilton, 2005

Francis Hamilton y Daniel Kozlowski entraron a la cocina atraídos por el penetrante aroma del café que Viveka empezaba a servir, previendo su llegada.

—¿Cómo les fue?

—Gerard Shaw sabe más de lo que dice, se veía muy nervioso, estoy seguro de que él tiene cómplices —comentó Daniel.

—¿Cómplices? —preguntó con cautela Viveka.

—Sí. Eso está claro. Fue a un lugar donde acostumbra encontrarse con Vitale, pensando que quien lo había llamado era él, el italiano amigo de mi padre —aclaró Francis.

—Entonces... él no les dijo que tenía cómplices, pero ustedes lo suponen.

—Claro que los tiene. No pudo haber llevado a cabo él solo el saqueo.

—¿Y ahora qué va a suceder?

—Tendré que hablar con mi padre para informarle de lo que está sucediendo. El tal Vitale tiene que saber que nosotros no tenemos nada que ver con el robo.

—¿Quién es Vitale?

—Según mi padre, es un hombre con muchos contactos. Escapar de él le será difícil, parece que es de la mafia o algo por el estilo.

Viveka frunció ligeramente las cejas y se concentró en su taza de café.

—No te preocupes, querida. Esto lo arreglaremos.

Ella lo miró. Sabía que su marido era un buen hombre, al mismo tiempo había algo en él que le causaba un profundo respeto, nunca supo explicarlo, pero debajo de su calmada y risueña fachada, siempre le había dado la impresión de que se ocultaba un dragón como el de los cuentos, de esos que se despiertan de un largo letargo y echan fuego.

Setenta y un años para algunos eran muchos años. Para Daniel, no. Su espíritu jovial y curioso lo hacía avenirse con gente más joven que él. Y la

prueba estaba allí mismo. Francis y él se llevaban tan bien como si fueran coetáneos. Tal vez era el motivo por el que Viveka había congeniado con él desde el primer momento. Pero eso no era suficiente. Ella deseaba un hombre en su vida, no un amigo o un compañero. Los años a su lado habían transcurrido demasiado tranquilos en su afán de complacerlo, porque Daniel siempre le había manifestado que amaba la vida en paz, en calma, y ese había sido el motivo principal por el que se embarcaron en la apacible aventura de vivir en la Casa Hamilton. Ella siempre lo percibió como un hombre que deseaba escapar de algo intangible. Nunca se lo había dicho, pero lo intuía, y no tenía por qué ser un delito o algo malo que hubiera cometido en su vida, pensaba que había algo más, de lo que él nunca hablaba ni parecía deseoso de recordar. ¿Qué sucedería si se enterase de que ella tenía parte del dinero? Su mano tembló ligeramente al sostener la taza. Tendría que conseguir un aliado, pero tal como iban las cosas no parecía una fácil solución. Maldijo no haber hecho caso a Gerard cuando le propuso sacar las maletas llenas de dinero. Se sentía atrapada, la llegada del joven Hamilton había desbaratado sus planes.

Capítulo 24

Chicago, Illinois, 1964

En mayo de 1960, Daniel se enteró de que un grupo de agentes del Mossad había capturado a Eichmann. Se sintió satisfecho, su viaje había valido la pena. Se preguntó qué sería de Silvia. Le había dejado el teléfono de su tía pero se abstuvo de llamarla, presentía que podía complicarse la vida, pero al año siguiente se enteró por Bendahan que a su padre, Lothar Hermann, lo tenía secuestrado el Mossad. Al parecer lo habían confundido con Josep Mengele, ¡qué locura! Lo torturaron durante quince días y Silvia estaba como loca, quería regresar a Argentina. Daniel se comunicó con ella y la convenció de quedarse en San Francisco hasta que todo se aclarase, porque era demasiado confuso. Fueron largas conversaciones telefónicas con la joven que, sin desearlo, fue la causante de su rompimiento con Yvanna. Finalmente el problema del padre de Silvia se resolvió. Al parecer, la grave injusticia se debió a que el Mossad se negaba a pagarle la recompensa prometida por la captura de Eichmann. Daniel, indignado, pidió hablar con Wiesenthal, pero esta vez no fue tan fácil. El mismo Bendahan se sentía responsable, obviamente sin serlo, y su amistad con el cazador de nazis terminó. La injusticia parecía ser el sino de Lothar Hermann. Ciego y maltratado por aquellos a los que tanto había ayudado. Años después, en 1971, hizo un trato con el gobierno de Israel por el que negó públicamente haber tenido que ver en la captura de Adolf Eichmann —una exigencia política, después de todo, aquello fue un secuestro en un país extranjero— y Lothar empezó a recibir la recompensa. Se la pagaron en veinte cuotas de quinientos dólares cada una. Para entonces él ya estaba enfermo de cáncer y murió tres años después. Daniel no quiso saber más de organizaciones judías. Odiaba la política y todo lo que tenía que ver con la causa sionista. Poco a poco perdió contacto con Silvia y en cierta forma aquello lo alivió, siempre creyó que al pasado era mejor dejarlo atrás.

Después de la discusión con Yvanna a su regreso de Argentina, Daniel se prometió no volver a buscarla. Lo que menos deseaba en su vida era a una

mujer explosiva y ella había demostrado ya en varias ocasiones que no sabía controlarse. Criada como el centro de la atención y acostumbrada a que los hombres le rindieran pleitesía, su comportamiento rayaba en la prepotencia, y él desde un comienzo se había comportado como su vasallo. Aquello no volvería a ocurrir. Se dedicó más que nunca a sus estudios y logró la especialización en neurocirugía, a los treinta y un años, en 1964, ya era un cirujano reconocido y trabajaba en el Hospital de Chicago. Yvanna ejercía de doctora en medicina general, su padre la había ayudado a asociarse a una clínica donde pasaba consulta. Era buena diagnosticando, en contadas ocasiones le habían llegado pacientes referidos por ella y entre ellos había una lejana relación entre colegas.

La vida sentimental de Daniel se limitaba por entonces a encuentros ocasionales con enfermeras o mujeres relacionadas con su trabajo, y había ganado cierta fama de donjuán, inmerecida desde su punto de vista. Lo cierto era que a él nunca le faltaban oportunidades y las aprovechaba. Su reencuentro con Yvanna tuvo lugar en una fiesta de fin de año celebrada en el hospital a la que ella asistió acompañada. Una ocasión informal en la que participaban más que nadie los solteros o divorciados, pues nadie deseaba perder la cena de Noche Vieja con la familia. Iba acompañada por otro médico, conocido de Daniel. Nunca supo el verdadero motivo por el que ella asistió, o si su amigo tenía alguna relación especial con ella, pero esa noche Yvanna flirteó descaradamente con él. Daniel ya conocía sus tácticas y no pensaba caer en ellas otra vez; salió después de recibir el Año Nuevo junto a una enfermera con la que lo pasó genial. A partir de ese día, Yvanna lo llamó en varias oportunidades, invitándolo a salir sin ningún resultado, hasta que un día acudió al hospital a la hora que él acostumbraba a retirarse y se le plantó delante.

—Daniel, es necesario que hablemos.

—¿De qué? —preguntó él.

—De muchas cosas. Ven, vayamos en mi coche.

—Prefiero ir en el mío. Solo dime adónde.

—Sígueme, no conoces mi nuevo apartamento.

Una vez que traspasaron el umbral, ella lo invitó a quitarse el abrigo y ponerse cómodo. En el tocadiscos empezó a sonar muy bajo la gruesa voz de Kenny Rogers cantando *Lady*. Ella eligió una botella de vino tinto y sirvió dos copas.

—¿Celebremos algo? —preguntó él.

—Sí, en cierta forma —respondió Yvanna con una sonrisa—. Celebramos nuestra amistad.

Daniel no puso reparos, le pareció que Yvanna sentía necesidad de compañía, a veces le ocurría a él. Asintió comprensivo y chocó su copa con la de ella.

—¿Qué sucede, Yvanna? ¿Algo te preocupa?

Ella bajó la mirada hacia el suelo. Las oscuras pestañas ensombrecieron su rostro de piel de durazno, y él recordó la primera vez que la vio. Cómo lo había impresionado el contraste de sus ojos grises con el color de su pelo, negro, al igual que sus pestañas. Yvanna estaba más bella de lo que recordaba, los cinco años transcurridos desde el último beso le daban una madurez que acentuaba sus delicadas facciones, y hasta podría decir que su comportamiento también había cambiado.

—Nunca pude olvidarte, Daniel.

Él estaba seguro de que así había sido. La experiencia le indicaba que otro tan manso como él habría sido difícil de encontrar, pero deseaba saber hasta dónde quería llegar ella.

—¿Y dejaste pasar todo este tiempo?

—No quise ser un estorbo en tu vida, estabas estudiando, yo significaba una distracción, sé que querías graduarte y hacer la especialización y, mírate ahora, ya lograste lo que querías.

Y Kenny Rogers seguía... *You have gone and made me such a fool, I'm so lost in your love, and oh, we belong together...*

—Contigo o sin ti lo habría hecho. Me parece que tu problema es que no encontraste a otro idiota que te aguantara —dijo él, vaciando la copa de golpe y dejándola sobre la mesa baja.

—No te vayas —atajó ella.

—No me hagas perder el tiempo, Yvanna, te conozco.

—Solo quiero un beso. Es todo.

Él la observó tal como Adán debió de mirar la fruta prohibida. Ella no esperó a que se decidiera y le dio un beso en la boca. Un beso largo, más íntimo que el mismo acto sexual, fue lo que sintió Daniel al ser absorbido por sus labios. Dejó de pensar en el bien y en el mal y se entregó. Sintió el sabor salado de las lágrimas de Ivanna que murmuraba en sus labios «pensé que te había perdido, te amo, Daniel». Kenny Rogers en ese momento contribuía:

Lady, for so many years I thought I'd never find you...

Yvanna se apartó ligeramente y lo miró a los ojos, y él se perdió en los de ella, tan grises, mientras Kenny Rogers avivaba el fuego: *Lady, your love's the only love I need and beside me is where I want you to be...* El perfume de Yvanna, el vino, y las hormonas hicieron el resto. Esa canción fue su himno, y cada vez que la escucharon en lo sucesivo les recordaba su reencuentro.

Esa primavera de 1964 contrajeron matrimonio en una sencilla ceremonia.

Capítulo 25

Chicago, Illinois, 1964

El primer tropezón en la relación con Yvanna se produjo días después de regresar de Venecia, adonde habían ido a pasar la luna de miel. Daniel insistió en que vivieran en el modesto apartamento que tenía cerca del hospital y no quiso escuchar sus demandas de vivir en el de ella, un piso obsequiado por su padre, como casi todo lo que ella poseía. Lo que menos deseaba era que los Skósyrev pensaran que se había casado para disfrutar de sus bienes. Yvanna supo entonces que su marido era el ser más tozudo con el que se había encontrado, pero accedió, a cambio de que informaran a sus padres sobre el matrimonio. A Daniel le pareció justo, y aunque sabía lo que le esperaba en casa de sus suegros, no eludió el compromiso al que tarde o temprano tendría que enfrentarse. El padre era un hombre de carne y hueso, como todos, y sabría afrontar la situación. Y ese fue el segundo tropezón.

Al llegar a la casa que él tantas veces había visitado, sintió que el ambiente no era el mismo, empezando por la mucama que abrió la puerta y le dirigió una mirada aviesa, como de perro guardián que avista el peligro. Daniel supo entonces que Yvanna les había adelantado la noticia. Ella entró aparentando un ánimo desenfadado y besó a sus padres tres veces en la mejilla a cada uno. Daniel los saludó con un apretón de mano, como siempre, y mientras entraban al salón y se sentaban frente a ellos, por un momento tuvo la sensación de estar ante un jurado calificador, como cuando se presenta la tesis de grado.

—¿Se casaron por la iglesia? —preguntó directamente Konstantin Skósyrev.

—No, señor. Únicamente por lo civil.

—Qué conveniente.

—¡Entonces podremos celebrar una boda eclesiástica! —exclamó la madre con entusiasmo.

A un gesto de Konstantin, ella calló.

—Supongo que tiene medios para mantener a Yvanna, ya sabe cómo ha

vivido toda su vida.

—Estoy trabajando en el Hospital de Chicago, y pienso montar un consultorio externo. Por el momento vivimos en mi apartamento.

—¿Propio?

—No.

—Entonces viven en la cuerda floja. ¿Por qué no ocupan el apartamento de Yvanna?

—Se lo agradezco, pero prefiero que vivamos en el mío.

—¿Acaso no comprende que lo hago por mi hija? —inquirió Konstantin con su acostumbrada arrogancia.

—Papá, estamos bien así, no te preocupes... Me lo prometiste, deja que vivamos nuestra vida.

—Te conozco, Yvanna. No sé cuánto tiempo te durará este capricho —dijo, y mirando a Daniel añadió—: No tengo nada contra usted, puede llevar su vida como desee, pero no la de mi hija.

—Yvanna es mayor de edad, si ella ha decidido vivir conmigo debe respetar su decisión —replicó Daniel con firmeza.

Su tono frenó un poco los ímpetus de Skósyrev. La madre se enjugaba una lágrima con la punta de un pañuelo. Visiblemente incómoda, Yvanna miraba a uno y a otro con impaciencia hasta que finalmente estalló.

—¿Ustedes dos creen que tienen derecho a decidir mi vida? ¡Yo soy la que elige dónde y con quién vivir! Y he escogido casarme y vivir con Daniel, padre. Y tú, Daniel, no creas que vivo en tu casa porque hayas impuesto tu voluntad. Es porque yo así lo he querido.

—Bueno, solo trataba de hacerles la vida más cómoda —explicó el padre, esta vez en un tono conciliador.

—Pues no lo estás haciendo nada fácil. Vinimos a participarles nuestro matrimonio, no a que nos digan lo que tenemos que hacer.

—Entiendo, y hemos empezado mal. Yvanna... Daniel, déjenme aclararles algo, no tenemos nada en contra de su matrimonio. —Evidentemente, el padre cambiaba de táctica—. Solo deseamos saber si cuentan con lo suficiente para vivir, sé que fueron muchos años de estudio y también sé quién es usted, Daniel, se graduó con honores y ahora es un cirujano que pronto será muy cotizado. Mi idea es hacerles un regalo de bodas, simplemente eso.

—¿Vivir en el apartamento de Yvanna era el regalo de bodas?

—¡No, de ninguna manera!, ese apartamento ya es de ella. Pensaba obsequiarles una casa, un hogar donde pueda ver crecer a mis nietos, un lugar en el que no tengan que preocuparse y puedan dedicarse a trabajar y labrar una carrera, cada uno en su especialidad. No lo tomen a mal, por favor.

—Señor Skósyrev, se lo agradezco, de veras se lo agradezco, pero preferiría que solo nos diera su bendición —dijo Daniel ante la mirada de asombro de Yvanna, quien prefirió guardar silencio.

Skósyrev arrugó los ojos y observó al hombre que había elegido su hija para pasar el resto de su vida.

—No le comprendo... Espero que lo piense, Daniel. ¿Me promete que lo hará?

—Lo pensaré, señor, lo prometo.

—Bien, entonces quede claro que les damos nuestra bendición, esperamos que sean felices y que los nietos vengan pronto.

Daniel e Yvanna se dieron una mirada cómplice y por primera vez él vio que ella se sonrojaba. Siempre la tuvo por una mujer desligada de convencionalismos, atrevida y acostumbrada a salirse con la suya. ¿Cuántos hombres habrían pasado por su cama antes que él? Con seguridad, bastantes. Eso no lo preocupaba, tampoco él había sido un santo. ¿Y ahora se sonrojaba ante la sola mención por parte de sus padres de tener hijos? Tal vez ellos la considerasen una mujer que a los treinta años todavía conservaba su virginidad, ante esa idea no pudo contener una sonrisa que ella tomó como una muestra amorosa, y sus padres como una tácita aceptación de su deseo.

La reunión continuó con una actitud más distendida en la que Skósyrev le propuso a Daniel que lo llamara simplemente Kosta y Daniel hizo lo propio pidiéndole que en adelante fuera Dan para él. Terminaron brindando con un buen vodka polaco, porque según Skósyrev era mejor que el ruso.

—Que no se enteren mis compatriotas —dijo, y elevó la pequeña copa vaciándola de un solo trago.

Al acompañarlos a la puerta, la actitud de la mucama también había cambiado. Mientras caminaban hacia el auto, Yvanna se abrazó a Daniel y apoyó la cabeza en su hombro. Era lo que a él más le gustaba, además de sus ojos grises: su estatura. No tenía que agacharse apenas para darle un beso y al bailar sus cuerpos encajaban a la altura correcta.

Durante los días que siguieron a la visita a los Skósyrev, sus vidas prosiguieron, cada uno amoldándose al otro, y Daniel se sorprendió por la

facilidad con la que Yvanna se acostumbraba a su nueva vida exenta de lujos, y si en algún momento pensó que ella iría a quejarse, se equivocó. Fue la época más feliz de su vida de casados. En los meses siguientes fueron a visitar varias veces a sus padres, pero no volvieron a tocar el tema del regalo de bodas, lo que significó un alivio para él. Bendahan, en cambio, no se mostró entusiasmado con Yvanna aunque nunca lo dejó entrever delante de ella. Seguía diciendo a Daniel que le hubiera gustado que encontrase «una buena esposa judía», como si no supiera que el joven, excepto por ser circunciso, no practicaba la religión judía, a la que culpaba de todos los males que le habían ocurrido en su vida. Daniel no lograba entender el empeño de su protector; vivía con Xía, que no era judía ni de lejos y tal vez hasta adorase a algún dios exótico.

En poco tiempo el nombre del doctor Kozlowski empezó a ser reconocido en el hospital como uno de los mejores neurocirujanos, y escaló posiciones. Llegó a formar parte de la junta directiva y sus relaciones profesionales, al igual que las sociales, se volvieron más selectas. Asistía a las cenas y reuniones acompañado de su mejor carta de presentación: Yvanna, quien se desenvolvía con gracia y elegancia, y sabía todo lo que debe conocer una mujer para que su marido llegue a la cúspide. Si Yvanna hubiera sido la esposa de un político, con seguridad lo habría llevado a la Casa Blanca. Formaban la pareja ideal, Daniel ponía el talento profesional e Yvanna su encanto personal y su mundología. Paulatinamente Daniel fue entrando en el mundo de la alta sociedad al que la familia de su esposa pertenecía, casi sin darse cuenta, y ese fue el motivo principal por el que después de tres años aceptó el regalo de bodas de su suegro. Los padres de Yvanna habían sido pacientes esperando el momento y aunque Daniel comprendió que todo formaba parte de un plan urdido por ellos, aceptó mudarse sin poner más objeciones, a la inmensa casa que su suegro le tenía preparada en uno de los lugares más exclusivos de Chicago. Justamente en la zona donde vivían ellos, pero no tan cerca como para que perturbaran su intimidad.

A partir de ese día la vida de Daniel cambió y se habituó a tener una cocinera y una mucama, aunque no quiso bajo ningún pretexto disponer de un chófer. La casa era lo suficientemente grande como para llamarla mansión, pero él se abstenía de hacerlo. Era una casa imponente, y cada vez que cruzaba el umbral recordaba su triste infancia en la vieja Polonia y un extraño

sentimiento se alojaba en su pecho por no haber podido darles a sus padres la satisfacción de saber hasta dónde había llegado su hijo. No sabía si era un sentimiento de culpa, o de orgullo, incluso de rabia, con deseos de restregárselo en la cara. Le hubiera gustado sentir afecto por su padre, pero el resentimiento todavía no cejaba, y no podía olvidar el rostro de su madre al mirarlo por última vez, justo antes de que su hermano lo lanzara a la alcantarilla para protegerlo de los alemanes. Era un rostro de resignación, de derrota. ¿Por qué su padre permitió que ella se involucrara en la resistencia? ¿Por qué permitió que él, Daniel, también lo hiciera? Todos sus recuerdos de aquella época eran confusos, de una crueldad absurda e incomprensible, con el hecho de ser judío como una terrible condena. *Juden, los!, Judenschwein...* Nunca se libraría de ello, y esa casa decorada por un especialista siguiendo el gusto exquisito de Yvanna solo le servía de escenario en un mundo extraño a él, en el que su mujer era feliz codeándose con la gente de su clase, una clase a la que Daniel jamás sintió pertenecer. No obstante seguía las reglas del juego, que terminó por agradarle y, a instancias de Yvanna, empezó a frecuentar el club social y aprendió a jugar golf, deporte que disfrutaba especialmente cuando derrotaba a su suegro.

Hacer feliz a Yvanna era parte indispensable de su vida, tanto como el amor que sentía por su profesión. No sabía qué habría elegido si le hubieran dado a escoger entre ambas cosas. La amaba, a ella, a sus ojos intensamente grises que hacían que su mirada fuese impenetrable, unos ojos que consiguieron que él olvidara sus correrías de antaño para dedicarse exclusivamente a su esposa. ¿Sólo por amor? Si quería ser sincero, tendría que admitir que la posición que ocupaba en el hospital no le permitía otra cosa; no era lo mismo acostarse con una enfermera siendo un recién graduado que hacerlo cuando era un personaje conocido por todos. Solo pensar que algún desliz llegase a oídos de Yvanna le producía un sentimiento de rechazo ante la idea de tener relación con cualquier otra. Yvanna era una mujer acaparadora, ni lo decía ni lo demandaba, simplemente su actitud lo dejaba en claro. Ella le era fiel y esperaba lo mismo de su esposo.

Cuatro años después de haber unido sus vidas, Yvanna quedó encinta. Al cuarto mes de gestación, perdió al bebé. Después de ese aborto, no pudo llevar a término ningún otro embarazo de los cuatro que siguieron. En cada uno de ellos la vida de Yvanna estuvo en peligro. No quisieron volver a arriesgarse y acordaron no intentarlo más. Los que más lo lamentaron fueron

los Skósyrev, que sin ningún motivo tenían la idea de que Daniel era el culpable de que los fetos no llegaran a término, y durante un tiempo se mostraron resentidos con él. Pero Daniel hizo examinar su semen, que resultó completamente normal, y eso aplacó los ánimos. Nunca les dijo que sospechaba que la culpa fuera de Yvanna, una fumadora empedernida, que, aunque le prometía dejar el cigarrillo durante las gestaciones, obviamente no era así. Y fue entonces cuando él, que siempre había sido enemigo del tabaco, empezó a fumar. Encontró en la nicotina el alivio para sus nervios alterados por la actitud exasperante de Yvanna. A los dos años Daniel dejó la adicción, convenciéndose de que el tabaco no lo ayudaría en nada, sino al contrario. Ella, aunque bajó el número de cigarrillos, siguió fumando, pero no en su presencia.

Daniel Kozlowski abrió su soñada consulta cuando celebraba su cuadragésimo cumpleaños.

Capítulo 26

Chicago, Illinois, 1999

El reloj frente a los asientos de la sala de espera marcaba las 17:30 y la cita de Viveka Królowa era a esa hora, sin embargo ella seguía aguardando mientras el doctor Daniel Kozlowski atendía al último paciente. Observó en una de las sillas junto a la pared a una mujer con aspecto de cansancio, que también esperaba. La secretaria tenía el bolso sobre su pequeño escritorio y echaba un vistazo al reloj cada cierto tiempo, con gesto de impaciencia. Aparentaba unos cincuenta y tantos, los cabellos grises recogidos a los lados suavizaban tenuemente sus facciones endurecidas por dos arrugas marcadas entre las cejas que Viveka notó cuando se quitó los anteojos y la miró forzando una sonrisa.

Quince minutos después Daniel Koslowzki abrió la puerta y despidió a un hombre que caminaba como si tuviera dificultad para conservar el equilibrio. Ayudado por la mujer de aspecto cansado, recorrió con torpeza el pequeño trecho hasta la salida y ambos desaparecieron tras la puerta. La secretaria se asomó a la consulta del doctor unos segundos, cuchicheó algo con él y después, dirigiéndose a Viveka, anunció:

—El doctor la atenderá enseguida. —Mostró una sonrisa que era una disculpa—. Debo irme ya. Buenas tardes. —Recogió su bolso y salió apresuradamente.

Poco después, Kozlowski abrió la puerta de su despacho y la llamó. Ella se levantó y fue al encuentro del doctor, que le tendió la mano y la invitó a pasar y sentarse frente al escritorio.

—Soy Daniel Kozlowski. Disculpe la espera, nunca se puede saber con exactitud cuánto durará una consulta.

—No se preocupe, doctor. Soy Viveka Królowa. Aquí tiene mis referencias.

Daniel tomó la carpeta que ella le extendió y la puso sobre el escritorio. Treinta y nueve años. Había trabajado de secretaria en un estudio de abogados, también en una fábrica de muebles y, según su currículum, su último puesto había sido el de encargada en una tienda de ropa para señoras. Era viuda, no tenía hijos y aparentemente gozaba de buena salud. Tenía estudios secundarios y un curso de secretariado comercial. A medida que leía las cartas de recomendación iba asintiendo con la cabeza, consciente de que la joven mujer sentada frente a él lo observaba. Estaba habituado a que las mujeres fijaran en él su atención, y en general le era indiferente.

—Veo que sus padres son polacos... —comentó con un tono de voz monocorde.

—Sí. Mi padre falleció.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo.

Daniel cerró la carpeta de informes y explicó a Viveka:

—El trabajo aquí es bastante sencillo, solo requiere puntualidad, un trato amable y, lo más importante, que no le importe trabajar alguna hora de más. No puedo dejar de atender a un paciente porque sea la hora de cierre, ¿lo comprende?

—Por mí está bien, doctor.

—Trabajo en el hospital por las mañanas y por las tardes paso consulta aquí. Su horario sería de jornada completa, con una hora de descanso a mediodía. Se trata de controlar las visitas de los pacientes, la agenda, los exámenes médicos, el material consumible, la cirugía en quirófano, en fin, todo lo que sea necesario en la gestión de la consulta —explicó Daniel. Le extendió un cuadernillo—. Lea esto y trate de memorizar los términos

médicos. Con el tiempo se familiarizará.

Ella cogió el cuaderno y lo abrió. Una lista en orden alfabético con los correspondientes significados de diversos nombres de patologías, materiales y también un listado con los datos de una serie de hospitales.

Eso y algunas pocas indicaciones generales fue todo lo que le dio Daniel Kozlowski. Un hombre de pocas palabras y a su modo de ver un poco tímido o tal vez retraído, una actitud que no correspondía con su impresionante presencia. Viveka se imaginó desnuda frente a él como paciente suya. Definitivamente no se sentiría cómoda. *Los médicos tienen el deber de ser poco atractivos*, caviló, al tiempo que sintió que se había ruborizado. Si él lo notó, no lo dio a conocer. Lo último que le oyó decir fue:

—Mañana es el último día de trabajo de mi actual secretaria, sería conveniente que usted viniera para que ella le dé algunas indicaciones.

Fue su manera de decirle que el empleo era suyo y que empezaría al día siguiente. La impresión que había dejado en ella su nuevo patrono era la de un hombre atractivo, de pelo corto y gris, con una apariencia interesante. Su piel daba cuenta de las horas que pasaba al aire libre, tal vez haciendo ejercicio físico, un color que contrastaba con sus ojos azules cuya viveza sugería perspicacia y un organizado almacén de conocimientos. Viveka reconocía que había caído bajo su influjo. Sería difícil que no hubiera ocurrido. Se preguntó si sería cierto que los médicos tenían tantas aventuras amorosas con el personal de las clínicas y hospitales como se suele creer. ¿Estaría casado? Sin duda. Un hombre como él no podía andar suelto por la vida.

Daniel Kozlowski había roto la principal regla que se había autoimpuesto desde que contrató a su primera secretaria: evitar a las mujeres atractivas. Pero esta vez no había elección, su secretaria decidió marcharse sin darle tiempo de buscar un reemplazo adecuado, ni siquiera estaba seguro de que la nueva secretaria fuese eficiente, la contrató sin más porque la necesitaba con urgencia.

Sin embargo, Viveka era una mujer inteligente. Desde el comienzo realizó un trabajo impecable. Era puntual, no le importaba trabajar horas extras, no confundía los pacientes ni sus dolencias, era amable y servicial y en resumidas cuentas asumió el puesto vacante sin que la secretaria anterior fuese echada en falta en ningún momento. La relación entre ambos era estrictamente profesional y su comportamiento siempre irreprochable; no

trataba de ser atractiva ni sugerente, y su forma de vestir rayaba en un recato que no se acostumbraba ver en otras mujeres. Tenía la extraña facultad de adelantarse a sus requerimientos; si él deseaba la historia médica de un paciente, de inmediato la tenía sobre el escritorio. Parecía saber cuándo él iría a la consulta para volver directamente al hospital, entonces encargaba el almuerzo adivinando lo que a él podría apetecerle, y si necesitaba telefonar al anesthesiólogo, ella le pasaba la llamada como si supiera con quien él deseaba hablar antes de cada operación. En suma, era la secretaria perfecta.

Solo existía un pequeño problema que con el tiempo fue creciendo: a su mujer, por alguna razón no le agradaba Viveka. Y no le agradaba porque era más joven que ella, y especialmente porque una mujer sabe cuándo otra es peligrosa. No importaba que su trato siempre fuese amable e impersonal, ni que las veces que había llegado a la consulta —para sorpresa de Daniel, poco acostumbrado a esas visitas— la hubiera encontrado invariablemente sentada a su escritorio y vestida como una monja. Tampoco el que no usara maquillaje era un detalle que la conformara. Yvanna creía conocer a los hombres y a las mujeres y estaba segura de que la secretaria de su marido era de cuidado.

Capítulo 27

Chicago, Illinois, 2002

Yvanna desconfiaba de la actitud modosa de Viveka. La consideraba una mujer arribista pese a sus modales, excesivamente correctos, y pese a llevar más de dos años trabajando para su marido. Yvanna se presentaba en la consulta a la hora del cierre de manera intempestiva y si Daniel seguía atendiendo a algún paciente lo esperaba con cualquier pretexto. Él parecía no darse cuenta de nada, pero Viveka sabía que Yvanna sentía celos, e interiormente se sentía satisfecha de despertar esos sentimientos en una mujer tan conspicua, hermosa, que lo tenía todo, hasta el marido perfecto. Y la idea que tenía en mente empezó a germinar, más como una forma de fastidiarla debido a que la trataba con una antipatía mal disimulada, que a competir con ella, algo que a todas vistas sería imposible.

Puso mayor cuidado en su apariencia y dejó de usar zapatos planos, su cabellera castaña con filos dorados apareció un día como por ensalmo y Daniel por primera vez se dio cuenta de que ella tenía el pelo largo. Para Yvanna las intenciones de Viveka eran obvias y, no obstante ser una mujer muy segura de sí misma, la actitud sosegada e indiferente de la secretaria la sacaba del quicio. No había tenido que enfrentarse antes a una rival, y le parecía difícil competir con alguien que pasaba tantas horas al lado de su marido. Sentía que estaba en desventaja, y la edad jugaba en contra; si bien un hombre de sesenta y ocho años en buena forma física como Daniel era muy atractivo, una mujer de la misma edad no se sentía nada segura de serlo, y menos si se trata de competir con otra de cuarenta y dos.

—Quiero que despidas a Viveka —demandó Yvanna durante la cena.

Se encontraban solos y lo que parecía que sería una agradable velada fue cobrando tintes oscuros.

—¿A Viveka? ¿Por qué?

—Tú sabes por qué.

—No, no lo sé, y me gustaría que me lo dijeras.

—Coquetea contigo. ¿No te das cuenta?

Daniel la miró como si estuviera loca. Su asombro era tan transparente que Yvanna se arrepintió de haber actuado de manera tan directa.

—Creo que estás mal, Yvanna, mi amor, ¿estás celosa de esa chiquilla?

—No. Solo me parece que no es tan chiquilla, ¿qué edad tiene?

—No sé... ¿Treinta y tantos? No recuerdo.

—Solo te lo advierto. Si llego a saber...

—No digas tonterías, Yvanna, ella es una mujer seria, además, la necesito, es competente y no falta al trabajo.

Yvanna suspiró y se limpió los labios con la servilleta que dejó en la mesa, como dando por concluida la conversación.

Eso molestaba a Daniel. Ella siempre tenía la última palabra. ¿Amenazarlo a él? ¿A él, que había rechazado tan buenas oportunidades de estar con otras mujeres y no lo había hecho simplemente porque no necesitaba a más mujeres en su vida que la suya? Tal vez Yvanna se sentía insegura por no tener hijos. Él no le daba motivos... Sonrió al imaginarse que pudiera tener una aventura con Viveka. No podría decir que no se hubiera fijado en que era una mujer atractiva, y últimamente la veía con mejor semblante. Si en algún momento se le cruzó por la mente la inevitable idea de verla con ojos de hombre, la desechó de inmediato porque sabía que aquello solo le traería problemas, por un lado, y por otro, no pensó que él fuese hombre apropiado para una joven de su edad. ¿Cuántos años tendría? No estaba seguro. De lo único que estaba seguro es de que no podía darse el lujo de perder a una empleada tan eficiente. Era lo que le importaba.

Pero Viveka tenía otras ideas en mente, unas ideas que eran resultado de la actitud de Yvanna. La mujer de su jefe no era una mujer agradable, al menos no con ella. Reconocía que a pesar de su edad seguía siendo hermosa, su elegancia y don de gentes, al comienzo intimidatorios, ahora resultaban familiares, pues se había habituado a verla y a conocer sus debilidades. Era profundamente celosa, y los celos indicaban inseguridad o temor de no ser la persona más importante en la vida de su marido. A los ojos de Viveka, su jefe era todo lo que una mujer podría desear. Era un hombre muy atractivo, inteligente y bondadoso. Tenía una especie de ingenuidad que lo hacía verse en cierta forma indefenso, lo que a sus sesenta y ocho le daba un aire juvenil. Y lo más importante: era rico. Y el dinero suele tapar la mayoría de los defectos.

Yvanna seguía atendiendo su consulta, pero en horario reducido. Trataba

de que los pacientes no ocuparan más del tiempo programado, solo atendía tres veces por semana en las mañanas y contaba con más tiempo libre para dedicarlo a los eventos sociales y las organizaciones de caridad en las que participaba; Daniel en cambio, más retraído en ese sentido, solo asistía a los eventos en los que su presencia era estrictamente requerida, para él lo importante era su trabajo, y a lo que verdaderamente prestaba atención y no dejaba de asistir bajo ningún pretexto eran los eventos en los que estuviera involucrada su especialidad, la neurocirugía. Mantenerse al día con los últimos avances tecnológicos e investigaciones, para él era prioritario, aunque en los últimos años prestaba menos atención a los seminarios y convenciones. No siempre Yvanna podía acompañarlo en los viajes y, a menos que ella quisiera visitar algún país que la atrajera, prefería permanecer en Chicago cumpliendo con su agenda social.

Ella ya había experimentado suficiente con Daniel y sus viajes al exterior. Eran de ida y vuelta, literalmente. Sin tiempo para visitas a lugares históricos, o a cualquier espectáculo de los tantos que se presentaban en los países europeos, mucho menos podía contar con él para ir de compras; su marido lo consideraba superfluo y de ningún interés. Era ella quien escogía y compraba su ropa, y fue así desde el comienzo del matrimonio. Ese tipo de cosas eran secundarias para Daniel, confiaba en el buen gusto de Yvanna y si ella decía que una corbata iba mejor con determinado traje, él la usaba con la seguridad de que estaría elegante y a la moda, hasta el día en que Viveka le regaló una corbata con motivo de sus sesenta y ocho cumpleaños.

Si ella fue consciente del efecto que causaría nunca lo dio a entender, pero a partir de ese momento Yvanna tuvo la firme convicción de que entre ellos existía algo más que el trato entre un jefe y una secretaria. No quiso ocuparse más de elegir su vestuario, y fue cuando se agudizaron los problemas, no porque él prestara mucha atención a la ropa que usaba a diario, sino por la actitud acusadora de ella, una actitud injusta porque no tenía motivos. Daniel se cansó de justificarla, de pensar que la falta de hijos la había convertido en una mujer temperamental, o que por ser la hija de Kostantin Skósyrev estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya. No quiso despedir a la secretaria, más por terquedad que porque su ausencia pudiera significar algo irreparable, y todo terminó de complicarse cuando la madre de Viveka falleció.

Tuvo que asistir a la ceremonia fúnebre, era lo menos que podía hacer.

Pero fue antes, con el abrazo que le dio al enterarse de la mala nueva, cuando cayó en la cuenta de que Viveka podría ser tan peligrosa como sospechaba Yvanna. Y no es que él quisiera abrazarla. Fue ella la que se arrebujó entre sus brazos y pegó su cuerpo al de él en un momento en que la situación le pareció inapropiada para experimentar los sentidos que despertaron ese cuerpo que lo aferró con fuerza mientras derramaba lágrimas. Existía algo en su actitud, en su rostro de tristeza, en sus ojos de párpados hinchados y sus labios húmedos que lo excitó. Y aunque trató de alejarse para que ella no notase la imprudente prominencia que empezaba a sentir, estaba seguro de que Viveka lo había notado. Aquello le causó una vergüenza indescriptible. Se sintió como un adolescente al que la profesora hubiera pillado masturbándose.

A partir del día de la muerte de su madre la relación entre ellos cambió. Él empezó a notar que Viveka tenía piernas largas y bien formadas, que su pecho era exuberante, turgente, como el que Yvanna lucía en su juventud, y que sus ojos a la luz del día eran tan grises como los de ella. Y si no fuese por ese día en el cementerio, no habría reparado en ellos. No estaba seguro de que la atracción que sintió por Viveka fuese por su parecido con Yvanna. El primer indicio de que algo estaba sucediendo fue en casa de ella, una casa bastante mejor de lo que él había supuesto a la que ella lo invitó como se invita a un jefe.

—Tienes un hogar acogedor.

—Gracias, doctor. Traje a vivir a mi madre aquí desde que papá murió, hace ya quince años —respondió Viveka mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba en una percha en el vestíbulo—. A ella le encantaba cocinar comida polaca, ella me enseñó todo lo que sé. Deme su chaqueta, la colgaré.

—Nunca me dijiste que estaba enferma.

—Mi madre fue una mujer sana durante toda su vida, nada hacía suponer que iba a sufrir un infarto, y lo peor de todo es que no estuve aquí para auxiliarla. ¿No le parece irónico que trabaje para un médico y mi madre muriera por no recibir la atención a tiempo?

Viveka se sentó cuidadosamente con las piernas juntas hacia un lado. La falda recta enseñó un poco más que las rodillas y Daniel no pudo apartar los ojos de ellas. Tersas, lozanas. Ella se puso de pie.

—¿Desea un café? ¿Té?

—Sabes que no bebo té. —Al decirlo Daniel notó que ella sabía muchas

de sus manías.

—Prepararé café.

—No te molestes, ya debo irme. Mañana toma un taxi, yo lo pagaré.

—No, doctor. No es su culpa que mi coche esté averiado. Pero, por favor, no se vaya, me siento sola ahora que mamá no está, al menos quédese a tomar el café.

Daniel volvió a sentarse. No estaba tranquilo en aquella casa, no tenía claro por qué, pero intuía que aquello no terminaría bien. O tal vez sí, demasiado bien. Tampoco podía dejarla sola en esas circunstancias, era su secretaria, casi de la familia, si lo veía de ese modo, pasaban muchas horas juntos. Se tranquilizó pensando que era una tontería que se sintiera culpable por algo que no había hecho. El fuerte aroma del café precedió a la llegada de Viveka con las tazas y unas galletas. Ella puso la bandeja sobre la mesa de centro. Se sentó en el sofá a su lado, no demasiado cerca. Tampoco muy lejos.

Sus famosas galletas de chocolate. Las había probado varias veces en la consulta, sabían de maravilla. De pronto una idea cruzó por su mente.

—¿Por qué no te has casado?

—Estuve casada durante cuatro años pero él falleció y...

—¿Y? —preguntó Daniel, en vista de que ella había enmudecido. Le hacía poca gracia la gente que dejaba las frases a medias.

—Después de su muerte no quise volver a enamorarme. Se sufre mucho.

—Lo siento, lo que menos imaginé es que una mujer tan joven como tú fuese viuda.

—Murió en un accidente, le gustaba conducir a excesiva velocidad.

—Lo siento —volvió a decir él. Se sentía incómodo y no sabía de qué conversar con ella.

—No se preocupe, eso ya quedó atrás.

Terminó de dar el último sorbo al café y se puso de pie.

—Debo irme, Viveka, espero que ya te sientas mejor. Lamento profundamente lo de tu madre, pero la vida es así, todo llega al final.

—Descuide, doctor. Ya me siento mejor —dijo ella acompañándolo a la puerta—. Solo quiero pedirle un favor y espero que no lo tome a mal.

—Dime.

—Necesito que me abrace. Por favor, de verdad lo necesito.

Sorprendido, Daniel se detuvo y la miró. No encontró visos de

coquetería en su mirada, sus ojos grises desprendían tristeza, abandono, algo que no pudo interpretar. La tomó de los hombros y luego la abrazó completamente. Cobijándola, como lo hubiera hecho con un cachorro herido. Sintió que su cuerpo se perdía en sus brazos y aquello le produjo una extraña sensación. No se dio cuenta de que un vestigio de carmín quedó marcado por debajo del hombro de la americana. Se despidió y se fue.

Capítulo 28

Chicago, Illinois, 2002

Después de la tarde que Daniel pasó en casa de Viveka a raíz de la muerte de su madre, la situación entre ellos cambió. Y otra vez fue Yvanna quien contribuyó a que eso ocurriera, al observar la huella de carmín en su chaqueta. Él nunca supo si la mancha había sido dejada ahí de manera intencional y las veces que lo meditó, desechó la idea. Creía conocer demasiado a su secretaria como para pensar que lo hubiera hecho a propósito. Aún más, se sentía culpable por los sentimientos que empezaban a surgir en él. Evitaba mirarla cuando le dirigía la palabra y cada vez que la observaba sin que ella lo supiera, le avergonzaba recordar su excitación al abrazarla. ¡Si solo eran abrazos de amistad, abrazos fraternos! ¿Cómo pude ser tan insensible a su dolor? Yvanna desconfiaba de Viveka, y el pervertido era él.

Viveka actuaba como si la cosa no fuera con ella. Seguía comportándose como una secretaria eficiente, y empezó a encargarse de acomodarle el nudo de la corbata porque empezó a llevarla torcida. Supuso que su esposa no deseaba ocuparse más de su apariencia y se alegró de que las cosas entre ellos no estuvieran funcionando. Y no se equivocaba. Para Daniel ya no era agradable la vuelta a casa. Detestaba las discusiones y sabía que cada vez que llegaba, Yvanna tendría algún reproche, alguna queja o algún ataque de celos.

Su trabajo demandaba demasiado de él, y ese día en particular tuvo una cirugía complicada por la tarde. Salió directo del hospital sin pasar por la consulta y al llegar a casa llamó a Viveka para decirle que no iría. Yvanna, situada a su espalda, lo escuchó y se plantó delante.

—Es necesario que hablemos.

Daniel estaba demasiado agotado. Necesitaba darse un baño con urgencia, descansar, escuchar música relajante...

—Hablaremos después, ahora voy a tomar un baño.

Fue a la habitación de huéspedes que ocupaba desde hacía días y se quitó la ropa. Después de la ducha vistió un chándal y unas sandalias de cuero. Se sintió más ligero y dispuesto a enfrentar a Yvanna. Desde la

ventana la vio sentada en la silla del jardín observando los tiestos de flores que bordeaban la terraza mientras fumaba. Un jardín inmenso como todo en esa casa, a la que cada día sentía más vacía y carente de sentido, solo útil para las fiestas y reuniones con empresarios y políticos que tanto gustaban a Yvanna. Podía vestir una simple túnica de estar en casa y siempre se la veía magnífica, Daniel tuvo que admitir que tenía por esposa a un monumento de mujer, destacaba en las reuniones entre las demás mujeres por su estatura y tal vez por su delgadez. Inevitablemente la comparó con Viveka. A ella no parecía importarle estar delgada como a la mayoría de las amigas de su mujer. Parecían competir entre ellas para mostrarse como personas desnutridas. Las últimas veces que tuvo a Yvanna entre sus brazos le pareció que en cualquier momento podría quebrarle algún hueso. Estaba de acuerdo en que se la veía bien con ropa, pero sin ella había dejado de ser la Yvanna de la que él se enamoró. Y no era solo por el problema de la delgadez. Durante muchos años soportó estoicamente su carácter; si no fuera porque la quería y sabía que ella lo amaba, todo habría sido diferente.

Él había puesto interés de su parte durante treinta y siete años para que las cosas funcionaran y estaba seguro de que ella también lo había hecho, pero la balanza siempre se inclinaba a favor de Yvanna. Lo reconocía, y era consciente de que había llegado al límite. Ya no más. En eso hasta Kosta, su suegro, le daba la razón. Admitía que habían criado a Yvanna sin tener mucha experiencia por ser muy jóvenes cuando nació. Y de verdad lo fueron. Él con diecinueve años y su mujer con dieciocho. Y toda una fortuna para gastarla en Yvanna y sus caprichos. Con el varón fueron más juiciosos; era el sucesor y debía atenerse a ciertas normas de una fortuna heredada y conservarla a través de métodos complicados. Pero eso ya lo sabía Daniel, Bendahan se lo había dicho, y su suegro con alguna sutileza le había dado a entender que el día que tuviera algún problema con alguien no tendría más que decirlo. Era suficiente, *ese no tienes más que decirlo, porque eres de la familia* implicaba mucho. Su cuñado, Alexander Skósyrev siempre se mantuvo al margen de los problemas que ocasionaba Yvanna. La conocía demasiado y sabía que era inútil discutir con ella y aunque Daniel lo consideró una especie de aliado, nunca quiso acudir a él para que sirviera de mediador. Para entonces ya Alexander había tomado las riendas del negocio de su padre, cualquiera que se tratase. Era un punto que nunca pudo dilucidar con exactitud. No era lo mismo decir soy médico cirujano, abogado,

ingeniero civil, o corredor de bolsa, que explicar que su clase de trabajo podía abarcar todas esas profesiones y algunas que no tenían nombre y al mismo tiempo no ser especialista en ninguna de ellas, de manera que Daniel siempre tuvo en mente que padre e hijo se dedicaban no a ejercer de lobistas, sino a una labor indefinida, vaga y, para él, ciertamente tenebrosa, oscura y la más siniestra que pudo imaginar. Pero si de algo estaba seguro era de que ellos no significaban para él ningún peligro. Siempre respetaron sus decisiones, y de no ser porque ejercía su profesión con maestría, habría pensado que el éxito en su carrera se debía a sus vínculos con los Skósyrev.

Bajó al jardín para encontrarse Yvanna.

—Daniel, voy a ser muy clara contigo —dijo Yvanna apenas él se sentó frente a ella—. Si no despides a tu secretaria, no podremos seguir juntos.

—Vamos a ver... quieres que despida a Viveka porque piensas que de esa manera ella desaparecerá de la faz de la tierra. ¿Es eso?

—No seas iluso. Sé que no desaparecerá, pero será una muestra de que todavía deseas salvar nuestro matrimonio.

—No sabía que estaba en peligro.

—Duermes en una habitación aparte. Vienes a casa con manchas de pintalabios, apenas me diriges la palabra... ¿Te parece un matrimonio normal?

—Alteras los factores, Yvanna. Las manchas de carmín existen en tu imaginación. Fue un roce, un pequeño roce en un abrazo fraterno que no pude eludir. Fue en los funerales de su madre, ¡de su madre! No te hablo porque tú no lo haces, y duermo en una habitación aparte porque desde hace tiempo no soportas mi presencia.

—Si la despides, todo eso cambiará.

—No voy a despedirla, esta vez no accederé a tus caprichos, y no porque tenga algo con la pobre Viveka, sino porque no admito que me ordenes lo que debo hacer.

—Ya no me amas.

—¿Y tú a mí?

—Sabes que sí. —Yvanna sentía que lo estaba perdiendo. La presencia de su marido sentado frente a ella seguía siendo imponente, lo amaba quizá demasiado, y la idea de compartirlo se le hacía imposible. No la soportaba. Apagó el cigarrillo con rabia en el cenicero.

—Eres una buena mujer, Yvanna, pero tienes un grave defecto: eres

posesiva. Y si existe algo contra lo que me rebelo es con la sensación de encierro. A tu lado me siento así, pierdo mi libertad, una libertad que entregaría con gusto de manera voluntaria, pero tú me oprimes, no creo que lo entiendas, tú jamás has sabido lo que es la esclavitud.

—¿Y tú sí? No seas tan melodramático, Daniel.

Él la miró, sin decir nada. ¿Qué podría explicarle?, ¿cómo entendería algo que jamás estuvo a su alcance experimentar? Era como explicarle a un gato la teoría de la relatividad. Desde su nacimiento habían vivido en mundos diferentes. Su vida al lado de Yvanna había sido como un sueño fugaz a pesar del tiempo transcurrido. Se había dejado avasallar por su belleza, su personalidad, su nivel de vida lo había deslumbrado, pero al final se es lo que se es por naturaleza, y él lo había comprendido.

—No la voy a despedir.

—Entonces quiero el divorcio.

—Como tú digas.

—Perderás todo esto —dijo ella mirando alrededor.

Fue el peor error que cometió.

—Justamente es lo que deseo. Busca a un abogado, ocúpate de todo, no me opondré a nada.

Regresó al interior de la casa sintiéndose más liviano. Y mientras subía para encerrarse a solas en el cuarto de huéspedes que había elegido, sus pensamientos volaron hacia Viveka. Estaba seguro de que jamás se habría fijado en ella de no ser por Yvanna. Se preguntó cómo sería llevarla a la cama. Si era algo parecido a lo que sintió al abrazarla... Al aclarar su situación con Yvanna, su sentido de la decencia lo llevaba a pensar con libertad respecto a su secretaria, ya no era algo indebido. El invisible nudo que lo ataba a su mujer había dejado de ser un obstáculo para pensar en otra y desearla.

Inmóvil en la silla del jardín, Yvanna lloraba. ¿Cuántas veces lo había hecho últimamente? Sabía que había perdido a Daniel, y por primera vez empezó a creer que era su culpa. ¿Y si de verdad no tenía nada con Viveka? Negó con la cabeza dándose la razón. Era imposible. Prefería ser ella la que tomara la decisión de terminar que sufrir la humillación de ser abandonada. Siempre sería así para ella, su orgullo antes que nada. Esparció de un par de manotazos las lágrimas que corrían por su rostro y levantó la barbilla.

Si Daniel en algún momento esperaba que el padre de Yvanna o

Alexander, su hermano, reaccionaran de manera punitiva contra él, se equivocó. Tenía que reconocer que ellos siempre se habían mostrado comprensivos con él ante las quejas de Yvanna. Cuando se enteraron del divorcio su posición no cambió. Kostantin lo llamó a su casa y tuvieron una breve charla.

—Dan, no creas que tengo algo que reprocharte —dijo Konstantin con la cálida voz que le conocía—. Sé quién es mi hija y quién eres tú. Le diste más de lo que merecía y fuiste el mejor esposo que pudo encontrar. Créeme.

—Gracias, Kosta, tu hija es una mujer extraordinaria, pero me temo que somos demasiado diferentes.

—Lo sé. Sé más de lo que te imaginas.

Daniel no supo a qué se refería exactamente. Prefirió no preguntar.

—Tu hija puede quedarse con todo lo que tenemos, al fin y al cabo, no hubiese disfrutado de los beneficios de una casa como esa de no ser por ella.

—Te equivocas. Ella no hubiese disfrutado de esa casa si no se hubiera casado contigo. No es necesario que lo entiendas —agregó, al ver el gesto de extrañeza de Daniel—. Sé todo sobre ti.

—¿Todo?

—Sí. No pensarás que iba a dejar la vida de mi hija en manos de cualquiera. Sé de ti más de lo que supones, de antes de que llegaras a este país con Samuel Bendahan y de tu participación en la captura de Eichmann.

Daniel enmudeció. Comprendió por qué nunca dijo nada ni hubo reproches hacia él al regresar de Buenos Aires, comprendió al fin por qué su suegro, uno de los hombres más temidos, jamás había actuado contra él.

—No sabía que me habías investigado.

—No lo tomes a mal, Dan, dijo él poniéndole una mano en el hombro mientras se dirigía al pequeño bar instalado en su despacho. Era mi deber. En mi lugar hubieras hecho lo mismo.

Sirvió dos *shot* de vodka y le entregó uno.

—Gracias.

—¡Ah...! No hay como la Wyborowa, —exclamó Konstantin sonriendo, después de tomar el contenido de un solo trago.

—Es por el centeno y el agua de pozo —aclaró Daniel después de tomar el suyo.

—El mejor invento judío.

Esta vez le tocó sonreír a Daniel. El padre de Yvanna siempre lo había

sorprendido por su humor sarcástico.

Antes de despedirse, Konstantin se acercó como si estuvieran rodeados de gente y le dijo al oído:

—Aquí estaré siempre para lo que necesites, Dan. Lo que sea, tú solo tienes que decirlo. A mí o a Alexander. ¡Ah! y una cosa más: cuídate de Viveka.

Le dio un beso en cada mejilla y selló su palabra con un beso en la boca.

A Daniel no le dio tiempo de reaccionar. Pensó que eran las palabras de un padre dolido.

Konstantin lo vio cruzar el salón y desaparecer tras la puerta. Un buen hombre... pero cada persona es responsable de sus actos, pensó filosóficamente y la leve sonrisa desapareció de su rostro.

Capítulo 29

Daniel y Viveka, 1999

Después de la conversación con Yvanna aquella tarde en el jardín, Daniel se mudó a una casa que había comprado años atrás con la idea de dejar la mansión algún día y vivir allí con ella, lejos de la parafernalia de la que se rodeaba. Nunca pudo cumplir ese deseo, e Yvanna no parecía tener intenciones de mudarse jamás, así que la casa fue quedando en el olvido hasta que él la ocupó, y la primera noche que durmió en ella lo invadió una tranquilidad que hacía tiempo no sentía. La noche siguiente una furgoneta con todas sus pertenencias llegó a la puerta con un mensaje: «Estas son todas tus cosas, si echas en falta algo, dímelo y te lo enviaré. Yvanna».

Nunca echó en falta nada.

Como cabía esperar, Konstantin Skósyrev se opuso a las exigencias de Yvanna respecto a dejar en la ruina a Daniel, no obstante, Yvanna se quedó con la mansión, regalo de bodas de su padre, y Daniel con las propiedades que había adquirido durante el matrimonio. Después de la crisis, ella recuperó la cordura y no mencionó más el asunto. Fue un divorcio rápido que no dio demasiado que hablar a la sociedad de Chicago y sus vidas continuaron.

Viveka se enteró de todo cuando Daniel le dio el nuevo teléfono al que tenía que llamarlo en caso de alguna emergencia.

—¿Se mudaron, doctor?

—Me mudé —dijo él escuetamente.

Pero no era necesario que dijera más para que ella supiera que había ganado.

Sin embargo, pasaron algunas semanas, tiempo que Viveka esperó pacientemente antes de que Daniel se decidiera a dar el primer paso. A él le gustó hacerlo, fue un cambio radical. En su relación con Yvanna fue siempre ella quien lo buscó, y él se vio envuelto en sus redes casi sin darse cuenta, mareado ante la perspectiva de tener una mujer admirada por todos. Tenía claro que también tuvo mucho que ver su deseo de dejar de ser un don nadie, pero no había ejercido su masculinidad a pesar de que estaba enamorado de

ella, o quizá por ese motivo había dejado que las cosas fluyeran de aquella manera tan extraña para él, en la que la mujer tomaba las riendas. Esta vez sería absolutamente diferente. Él era quien tenía el poder, él quien diera el primer paso y él quien decidiría. Lejos estaba de suponer, como mucho después se daría cuenta, que en una relación entre hombre y mujer, es el hombre quien menos poder tiene aunque sea el amo del mundo.

La relación íntima con Viveka empezó unas semanas después del divorcio. Fue un acercamiento pausado, diferente a los que él había tenido, y lo que más le agradaba de ella era la calma y tranquilidad que irradiaba, tan diferente del torbellino en el que había vivido antes, donde hasta los intrascendentes saludos matutinos se manejaban con cuidado y las palabras con esmero, por temor a que pudieran encerrar una emboscada.

Una secretaria durante más de dos años conoce mejor al hombre para el que trabaja que su propia esposa. Sabe cuáles son sus comidas preferidas, qué colores le gustan, el tipo de película que prefiere, el equipo de béisbol del que es partidario, el número que calza, la talla que usa, dónde prefiere ir a cortarse el pelo y cosas que las esposas generalmente nunca llegan a saber: si es mujeriego, si tiene citas extramatrimoniales, o quiénes son los amigos que frecuenta. Es la enorme ventaja de ser secretaria. Y por lo que sabía Viveka durante esos años, estaba segura de que Daniel Kozlowski era el esposo perfecto excepto por los años que le llevaba, pero aquello era un factor que podría actuar en su beneficio.

Y en efecto, así era. A Daniel le hacía gracia que ella se dirigiera a él como doctor Kozlowski, y le costase tanto hacer que lo llamara por su nombre. «Doctor Kozlowski, me parece que no es correcto», cuando él la apremiaba porque sentía que los besos y caricias no eran suficientes, o: «Doctor Kozlowski, creo que si su esposa se entera que dormimos juntos le creará problemas», y aunque él se deshacía en explicaciones para decirle que el divorcio era inminente, ella no dio su brazo a torcer y se abstuvieron de tener sexo hasta que él firmó el documento de la sentencia de divorcio.

Fue una noche memorable la primera que Viveka se quedó a dormir en casa de Daniel, y la primera en la que él pudo finalmente gozar de la desnudez de una joven mujer de cuarenta y dos años. Descubrió una Viveka insospechada. Dejó de compararla como había hecho al comienzo con Yvanna, pues comprobó que físicamente eran diferentes, y eso se notaba en sus redondeces en los lugares convenientes, y a la hora de comer era una

magnífica compañía, porque no se restringía a alimentos bajos en calorías o con pocos carbohidratos; comía de todo y con un apetito que despertaría la envidia de cualquier otra dedicada a conservar la línea, sin embargo, no era gorda, era simplemente apetitosa, hacerle el amor lo enloquecía, jamás había experimentado con ninguna otra el mismo placer. Abrazarla era una sensación nueva para Daniel, y por primera vez se sintió responsable de alguien que lo necesitaba. Por un fugaz momento le recordó a Silvia Hermann y aquella lejana noche de sexo en Buenos Aires, con la diferencia de que Viveka se entregaba porque lo deseaba a él, no a otro, y lo hacía por completo. Las primeras palabras que le susurró al oído en su dulce idioma polaco, el que ella solía hablar con su madre, sirvieron para que Daniel sintiera deseos de volver a Polonia. Fueron allá de luna de miel después de casarse en una ceremonia sin invitados, excepto por Bendahan y Xía que actuaron como testigos, y por primera vez desde que dejó su patria regresó con Viveka, caminaron por las calles de Varsovia que él había recorrido de niño asombrado por encontrarlas tal como las había dejado. Era cierto que los polacos habían reconstruido la ciudad piedra por piedra después de la devastación de la guerra. Un milagro que solo ellos podían ser capaces de realizar. Para ella todo era motivo de asombro, de admiración, y él se sentía feliz de poder mostrarle y enseñarle todo lo que sabía, pues según ella decía había nacido en los Estados Unidos y de Polonia solo conocía las historias que contaban sus padres. ¡Era tan reconfortante saberse necesario! Pero jamás comentó ni contó nada acerca de las alcantarillas, ni de Auschwitz, ni de Birkenau ni Carabos. Era agua pasada y Daniel no deseaba empañar su imagen con la sombra de la compasión.

Viveka se mostraba feliz, había logrado conseguir al hombre de sus sueños y el futuro no la preocupaba, y en Daniel despertaba una ternura y un instinto de protección desconocidos. Estaba perdidamente enamorado, los ojos grises de Viveka ya no le traían recuerdos de Yvanna, y había dejado de desear que las dos mujeres estuvieran fundidas en una sola.

Viveka siguió siendo su secretaria, ella no deseaba que cualquier otra lograra lo que había conseguido, pero no se encontraba del todo comfortable viviendo en Chicago. Sentía que Bendahan, el hombre al que su marido consideraba un padre, no la aceptaba, y tampoco se sentía bien entre las amistades de Daniel, todos amigos de Yvanna. Rehuía los compromisos porque temía encontrarse con ella, y aunque con su marido se llevaba mejor

que nunca, le planteó la posibilidad de mudarse a otro estado. A Daniel, que había pensado retirarse al cumplir los setenta años, le pareció buena idea y fue así como terminaron en Hyde Park de Poughkeepsie.

Capítulo 30

Casa Hamilton, 2005

Los únicos tres habitantes de la Casa Hamilton se dirigieron a sus respectivas habitaciones y las luces se apagaron. Desde el exterior solo podía verse el tenue resplandor ambarino de la habitación que ocupaba la pareja y, dando un rodeo hacia la parte del jardín trasero, la luz en el que fue dormitorio del viejo Hamilton, ahora ocupado por su nieto, Francis.

Viveka salió del baño, se quitó la bata, se metió en la cama y apagó la lámpara de la mesilla de noche. La respiración acompasada de Daniel le indicó que dormía. Se estiró sobre su cuerpo y apagó la otra lámpara. Él murmuró algo y se volvió hacia ella, la abrazó y puso una mano sobre uno de sus pechos, acurrucado a su espalda, como le gustaba dormir, pero esta vez su mano cayó flácida poco a poco. Ella la retiró y salió de la cama. Volvió a vestir la bata y se encaminó hacia la puerta, ya fuera de la habitación la cerró con cuidado. Caminó hacia el extremo del pasillo y tocó la puerta.

Desde afuera, Gerard Shaw supo que Viveka y Daniel Kozlowski dormían. O quizá no. Tal vez estuvieran haciendo el amor. Ella no había respondido como otras veces a sus mensajes de texto, y aquello lo hizo cometer la imprudencia de ir. ¿Para qué? Después de todo lo sucedido, ir esa noche era una locura, pero el amor lo era. Y él deseaba despedirse y asegurarse o al menos convencerse de que no sería la última vez que la vería. Viveka había despertado en él un sentimiento que ninguna otra mujer había logrado en su larga carrera de mujeriego. Cabizbajo, se dirigió entre las sombras a la salida. Caminó con sigilo hasta perderse entre los arces, sicomoros y arándanos del largo camino que salía de la rotonda.

En el lado opuesto de la fachada, incapaz de dormir, Francis trataba de demorar el momento de llamar a su padre para decirle simplemente que la fortuna era irrecuperable. No continuaría una situación absurda que lo único que había hecho era complicarle la vida. Miró con atención el viejo gramófono de la habitación, contento de poder ocupar su mente en algo que no fuera el maldito dinero. Siempre le habían fascinado las antigüedades, y,

absorto en el aparato, no escuchó los golpes en la puerta hasta que sintió que la manilla hacía ruido. Fue hacia allá y al abrirla se encontró cara a cara con Viveka.

—Señora Kozlowski, ¿sucede algo?

—Algunas cosas, sí. ¿Puedo pasar?

—Claro, por supuesto. —Francis sacó medio cuerpo del cuarto y no vio a nadie—. ¿Y su esposo?

—Duerme como un lirón.

Francis no supo cómo reaccionar.

—¿Puedo ayudarla en algo? Disculpe mi apariencia —se le ocurrió decir señalando el pijama.

—Solo quiero conversar, Francis.

Él se apresuró a ponerse la bata y Viveka se sentó en uno de los dos sillones. Al cruzar las piernas, la seda resbaló y dejó ver uno de sus muslos.

—Creo que no debería estar aquí, señora Kozlowski. Podemos conversar en el salón o...

—Así que tienes malos pensamientos.

—No, no. Yo solo digo que si se trata de conversar, podemos hacerlo en cualquier otro lado.

—¿Por qué no aquí? ¿Te parece indecente que venga a tu habitación?

—No, discúlpeme, no quise decir eso.

—Bien, entonces no tiene nada de malo, ¿verdad? Siéntate, por favor, estás en tu casa.

—No, claro que no tiene nada de malo —dijo él al tiempo que, obediente, se sentaba en el sillón gemelo.

—Dime, Francis, ¿qué harías si tuvieras en tu poder el dinero extraviado?

Francis se removió inquieto en el sillón.

—Me comunicaría con mi padre, obvio. Es lo primero que haría.

—Supongo que él te diría qué hacer con esa cantidad en efectivo, no es factible que una persona pueda sacar tanto dinero del país en una maleta. Y las aduanas son muy quisquillosas.

—No había pensado en eso —dijo Francis. Y era cierto. ¿Cómo pensaba su padre que él sacaría el dinero de los Estados Unidos?—. Supongo que debe de tener algún plan.

—Supones, pero no lo sabes. ¿No hablaste de eso con Daniel?

—No, la verdad.

—Me lo imaginé. Él nunca tuvo mucho interés en la parte monetaria. Daniel es un hombre demasiado ingenuo, Francis, y veo que tú también.

—Y usted sabe mucho, según parece.

—No mucho... pero tengo un plan.

Francis examinó el rostro que, frente a él, parecía tan enigmático y al mismo tiempo tan cercano. No supo definir si la mujer de su anfitrión se le estaba insinuando o si eran ideas suyas.

—Señora Kozlowski, creo que entonces debería decírselo a su esposo.

—Él no entra en mis planes, no al menos por ahora.

—¿Qué está diciendo?

En lugar de responder, Viveka dejó el sillón y se le acercó. Francis se puso de pie de manera apresurada, como resguardándose de sus intenciones, pero al hacerlo quedó pegado del cuerpo de ella. Atrapado entre el sillón y el cuerpo de Viveka, sintió las manos de ella en la nuca y unos labios húmedos que se pegaron a los suyos entreabriéndolos de manera sutil y experta. No pudo resistirse. Sus brazos rodearon la cintura de la mujer que estaba sorbiendo toda su voluntad a través de un beso. Al tocar la seda de la bata notó que debajo no había sino piel, y a pesar de saber que lo que hacía no estaba bien, sus manos recorrieron sus nalgas redondeadas, las que tanto había admirado la tarde anterior. No podía creer que eso estuviera sucediendo... La señora Kozlowski prácticamente lo estaba violando.

—Señora Kozlowski —dijo apenas pudo separar sus labios—. Creo que no debemos...

—Shhh... Nadie tiene por qué enterarse. Esto es entre nosotros, una travesura, nada más.

Y procedió a abrir la bata mostrando su desnudez que, a ojos de Francis, era más apetecible de lo que jamás había imaginado. No supo cómo ni en qué momento se encontró en la cama luchando por terminar de bajarse los pantalones del pijama y aunque lo hizo voluntariamente tenía la convicción de ser objeto de una violación, lo cual de ninguna manera dejó de excitarlo. Viveka se mostró demandante, y Francis solo pudo repetir: «Señora Kozlowski, creo que no está bien... Señora Kozlowski, por favor...», pero no hizo nada por apartarla.

Capítulo 31

Casa Hamilton, 2005

Francis Hamilton no podía creer lo que acababa de suceder. Había hecho el amor a la mujer de Daniel Kozlowski y ella no parecía preocupada. Le había hablado del dinero... ¿Qué sabía ella del dinero? O tal vez entendió mal, estaba demasiado ofuscado por su presencia en el cuarto.

—Señora Kozlowski, creo que debería irse, su esposo podría echarla en falta y no me perdonaría que sospechara que está aquí.

—Él duerme. No despertará hasta mañana, tiene el sueño muy pesado —respondió ella.

Se sentó al borde de la cama y se puso la bata que había quedado tirada de cualquier manera sobre las sábanas. Fue al baño y Francis escuchó correr el agua.

—¿Me estaba hablando de unos planes acerca del dinero? —preguntó cuando la vio regresar a la cama.

—Sí. ¿Qué harías con cinco millones de dólares?

—Muchas cosas. Abrir la galería que siempre he deseado en Roma sería lo primero.

—¿Y después?

—No lo sé. Pero mejor ni lo pienso, de solo hablar de dinero me siento mal. No comprendo cómo vamos a encontrar esa fortuna.

—¿Tienes pareja?

—Nada serio, en realidad —dijo sin saber por qué mentía.

—¿Por qué?

—Pues... no lo sé, tal vez porque no la he buscado con suficiente empeño.

—A un hombre como tú no le sería nada difícil encontrarla.

Viveka se le acercó y volvió a abrirse la bata. Tomó su cabeza con las manos y la estrechó entre sus pechos. Francis sintió que sus deseos se renovaban. Empezó a besárselos uno por uno mientras la escuchaba hablar.

—Eres tan joven... y hay tantas mujeres...

—Señora Kozlowski, es usted tan...

—¿Te gusto?

—Demasiado, y no está bien, su marido es mi amigo, es un hombre decente.

—Y muy fuerte —dijo ella riendo.

—Sí... creo que debería irse, no es correcto lo que estamos haciéndole.

Ella subió su cabeza a la altura de la suya y lo miró a los ojos. Lo que vio Francis fue el rostro del deseo. La besó y volvieron a hacer el amor.

Poco después Viveka dejó la habitación y regresó a la suya. Daniel dormía profundamente.

Francis Hamilton miraba el cielo raso preguntándose qué había sucedido. No entendía la actitud de Viveka, no sabía con qué cara miraría a Daniel por la mañana. Su mujer era una zorra y él no parecía estar enterado.

Era claro que ella sabía mucho acerca del dinero, pero ¿cómo decírselo a Kozlowski sin admitir que había estado con su mujer? La realidad era que ella lo había violentado para hacerlo su cómplice, pero eso jamás se vería así. Estaba seguro de que no lo entendería, tal vez Daniel nunca había pasado por una situación semejante, se lo veía demasiado recio para... pero ¿acaso no se había casado con ella? Probablemente lo había engatusado, igual que a él. ¡Pero qué barbaridades decía! ¡Si estaban casados desde hacía varios años! Francis se sentía culpable, pero cada vez que pensaba en Viveka sentía una nueva erección. Era una mujer tan apetitosa, daba un sexo tan exquisito, jamás había experimentado tanto placer, como si su vagina lo succionara... Sintió envidia de Daniel al tiempo que el sentimiento de culpa se hacía más fuerte.

Añoró su vida tranquila dedicada al arte, lejos de su padre y sus acostumbradas triquiñuelas. Y a su amada Orazia, pero en ese momento sintió vergüenza de pensar en ella. Desde que tenía memoria había sido un apasionado de los cuadros pintados por grandes artistas. Guardaba en su cuarto, sin que su padre lo supiera, libros que compraba con la complicidad de su madre, todos ellos dedicados a la historia de los grandes pintores. Estudió Derecho para satisfacer a su padre, quien tenía la esperanza de contar para sus futuros «negocios» con un abogado en la familia. Francis suponía que su intención era que contribuyera a arreglar los entuertos en los que solían terminar las inversiones que hacía; según su padre, no deseaba ser toda la vida empleado de los dueños del casino, aunque éstos lo llamaran socio

para comprometerlo más con el trabajo, pero al terminar la carrera lo primero que hizo fue largarse de su casa y estudiar en Roma en el Centro de Conservación y Restauración, donde tuvo la suerte de conocer al maestro Gianluigi Colalucci, quien para entonces era el jefe de los laboratorios de restauración del Vaticano. Su pasión se acrecentó cuando supo que había restaurado la obra de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina.

Francis poseía una memoria fotográfica. Le bastaba ver una vez un cuadro y jamás olvidaba la imagen. Tenía en el banco de imágenes de su memoria el Louvre, el museo Getty, el museo del Prado, y sus principales ingresos consistían en tasar colecciones privadas y los cuadros de las casas subastadoras como Sotheby's o Christie's. Pero él deseaba tener su propia galería y su taller de restauración, y ese fue el motivo por el que aceptó encargarse de una misión tan peligrosa y, después de la visita de Viveka, tan comprometida. Cerró los ojos y lo venció el cansancio.

Capítulo 32

Casa Hamilton, 2005

Daniel se despertó a las cinco y treinta, como todas las mañanas. Viveka sabía que sería así, a pesar de haberle dado la noche anterior una dosis de benzodiazepina mayor que de costumbre. Era una de esas mañanas en las que él se sentía amodorrado, le sucedía últimamente algunas veces. Lo atribuyó a la edad. Miró a su mujer. Acababa de salir de la ducha y vestía solo unas pequeñas bragas mientras ordenaba el dormitorio. ¿Qué sería de ella, en poco tiempo? La diferencia de edad se hacía abismal a medida que transcurrían los años y, si antes no le había preocupado, en esos momentos solo pensar que ella pudiera dejarlo lo inquietaba. No quería admitirlo, pero lo cierto era que no creía poder soportarlo. Una mujer de cuarenta y cinco años es todavía apetecible, y Viveka se conservaba muy bien. Nunca había dudado de su fidelidad, pero ¿podría ella, una mujer tan fogosa, vivir a su lado sin el sexo al que estaba acostumbrada? Él ya no era tan apasionado como antes y, aunque reconocía que ella era muy buena en la cama, hacer el amor se le hacía cada vez más cuesta arriba. A menudo prefería ver una buena película en televisión o pasar la tarde en el jardín recortando, podando, y en contacto con la naturaleza que lidiando en la cama con Viveka. Al mirarla moverse de un lado a otro con el par de impresionantes senos al aire, cualquiera diría que lo hacía para provocarlo, pero él sabía que no era así. Era su costumbre. Siempre que la veía caminando, enseñando su desnudez despreocupadamente, le recordaba a Yvanna, que hacía todo lo contrario. Para ella desnudarse era todo un arte. Así había sido siempre, desde jóvenes.

Finalmente Viveka dejó la cama hecha, se vistió con su acostumbrado atuendo de mujer recatada y bajó para llevar la ropa al lavadero. Daniel conocía bien su rutina. Prepararía el desayuno... Si algo en ella había terminado de enamorarlo era su cocina. Gracias a Viveka volvió a comer los platos polacos que su madre preparaba y que habían quedado fijos en su paladar y aquello no tenía precio. Cuando empezaron a vivir juntos desfilaban por la mesa los *naleśniki* las *Placki kartoflane*, el *gulasz*, el *bigos* y

el *chucrut* hecho en casa. Este último impensable en casa con Yvanna, quien, a pesar de su origen ruso, no era muy aficionada al tipo de comidas que consideraba «de pueblo». Tal vez fuera cierto que ellos provenían de la nobleza rusa de los tiempos zaristas.

Cuando abrió la puerta del dormitorio vio que Francis salía del suyo, en el extremo opuesto del largo pasillo. El joven se detuvo al verlo, como sorprendido, y después lo saludó con un gesto. Ambos se reunieron en la parte central, para bajar juntos la escalera, que hacía una elegante curva antes de llegar a la planta baja.

—Buenos días, Daniel.

—Buen día, Francis. ¿Contaste ya a tu padre que el dinero parece haber desaparecido definitivamente, y no hay mucho que podamos hacer?

—No pensaba hacerlo todavía.

—Cuanto antes, mejor. Tal vez ellos tengan una mejor manera que nosotros de dar con el botín.

—¿Ellos?

—Claro. Hablamos de Nicola y compañía, ¿no?

Francis evitaba mirarlo a los ojos. No sabía cómo abordar el tema ni si deseaba hacerlo, pero estaba claro que tenía que tomar partido. Él o ella. Y la balanza se inclinaba hacia Daniel, sin lugar a dudas. Su instinto le decía que con Viveka tenía todas las de perder. Pero... ¿cuál sería la reacción de Daniel? ¿Le creería? Y, lo peor de todo, le preocupaba el daño que podría causarle saber que su mujer formó parte del robo.

Los observó a los dos. Viveka, sentada a la mesa redonda de la cocina después de haber dispuesto el desayuno, procedía a untar mantequilla en el pan de Daniel. Siempre era así, servicial con él y hasta podría decirse, cariñosa. Daniel simplemente esperaba como un niño a que ella lo atendiera.

—Es una noticia que no recibirá muy bien, pero me temo que tendré que darle —respondió Francis.

Sintió la mirada de Viveka pero no se atrevió a levantar la vista. Se entretuvo en su propio trozo de pan como si en ello le fuera la vida. ¿Dónde tendría ella los cinco millones de dólares, si es que en realidad los tenía? Francis suponía que el resto habría ido a parar a manos de sus cómplices, ella solo había mencionado cinco millones, pero... era factible que se refiriera a lo que recibiría él, si la ayudaba. Negó con la cabeza sin darse cuenta de que ambos lo miraban.

El sexto sentido que tenía Daniel para notar detalles se puso en alerta. Algo raro flotaba en esa mañana tranquila, una calma chicha como la que precede a las tormentas. La actitud de Francis era extraña y daba la impresión de que Viveka hacía lo posible por pasarlo por alto. De pronto, el joven dejó la taza de té sobre el platillo, se limpió la boca con la servilleta y se puso de pie.

—Me disculpan —dijo Francis, y se dirigió a las escaleras en dirección a su habitación.

Una vez arriba fue directo al baño a mojarse la cara con agua fría. Se sentía mal, tenía náuseas, y sabía que era por el miedo que le llegaba hasta los huesos. Miró por la ventana hacia los matorrales, ese grupo heterogéneo de plantas que rompían la armonía del jardín, y empezó a hacerse una idea de todo. Gerard Shaw había admitido su participación en el robo al banco al presentarse a la supuesta cita con Nicola Vitale aquella noche. Ergo, si él había participado del saqueo en la Casa Hamilton, su cómplice era Viveka. Probablemente habría otros, pero no estaba seguro. No estaba seguro de nada. El dinero podría estar en esa enorme casa como no estarlo. El asunto era asegurarse de que Daniel no estuviera mezclado en la componenda, pero ¿y si la visita de Viveka a su dormitorio hubiera sido planeada por ellos dos?

—¡Dios! —exclamó sentándose en la cama mientras se cubría la cara con las manos—. ¿Qué hacer? ¿Debía hablar con Daniel? Si debía temer a alguien ese era él. Sería mejor contarle todo.

Se asomó a la ventana una vez más y lo vio con un rastrillo de mano atravesando el jardín. Marcó su número en el móvil esperando que lo llevara consigo. Vio que Daniel se fijaba en el celular y luego de mirar hacia arriba, contestó.

—Dime, Francis.

—Por favor, ven a mi habitación. Procura que Viveka no lo note.

—Entiendo.

Vio que guardaba el móvil en el bolsillo del pantalón y sin mirar arriba otra vez siguió rastrillando la tierra.

Viveka marcó el número de Gerard Shaw pero no obtuvo respuesta, supuso que estaría en pleno vuelo. Ya la llamaría desde Panamá. Prosiguió con sus quehaceres, y se dispuso a preparar el almuerzo.

Poco después Daniel entró por la puerta principal en lugar de hacerlo por la cocina, y fue directamente a la habitación que ocupaba Francis. Tocó

levemente la puerta y esta se abrió de inmediato.

—¿Qué sucede? —preguntó al tiempo que entraba.

—Siéntate. Me temo que lo que voy a decirte no será de tu agrado pero es necesario que lo sepas.

—Habla y déjate de tanta ceremonia —urgió Daniel, impaciente por la formalidad de Francis.

—Anoche me acosté con tu esposa.

Daniel lo miró como si de pronto Francis hubiera enloquecido.

—¡Qué dices, muchacho!

—Sí. Es decir, no. Tenía que decírtelo, por favor, te ofrezco disculpas, no era mi intención. Puedo explicártelo todo.

Daniel pensó que lo mejor sería seguirle la corriente. Le pareció que Francis pasaba por un grave momento de estrés y desvariaba por ello. Sus ojos estaban demasiado quietos, tenía las pupilas dilatadas, su expresión corporal no era normal y su rostro había adquirido un tono pálido alarmante, como si estuviera a punto de un colapso.

—Verás, fue anoche, mientras trataba de ver cómo funciona el gramófono, siempre fui aficionado a las antigüedades —explicó sin motivo aparente—. Tocó a la puerta la señora Kozlowski. Yo le abrí pensando que venía contigo pero al asomarme no te vi, y me extrañó. Cuando le pregunté, me dijo que dormías como un lirón.

—¡Ajá!

Francis hablaba mirando al frente, hacia uno de los retratos de su familia. De vez en cuando desviaba la vista y miraba a Daniel de soslayo, pero de inmediato retornaba hacia el frente, como para sacar fuerza de alguno de sus viejos parientes.

—Ella se sentó ahí donde estás tú, solo vestía una bata de seda color carne, cruzó las piernas y las dejó entrever hasta el muslo, haciéndome sentir incómodo, como podrás suponer. Le dije que era mejor que conversáramos en el salón o en la cocina, pues ella me dijo que había venido a hablar conmigo, y a mí no me parecía normal que una dama y un caballero sostuvieran una conversación en el dormitorio y mucho menos en esas circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Ya te dije, ella en bata, y yo en pijama.

—Entiendo.

—Pero entonces ocurrió algo imprevisto.

—¿Qué fue?

—Cuando quise ponerme de pie para pedirle que bajáramos y siguiéramos la conversación en otra parte, ella se me acercó de tal manera que quedé atrapado entre este mismo sillón donde estoy sentado ahora y su cuerpo. Fue entonces cuando ocurrió.

—¿Y qué ocurrió? —La duda se había apoderado de Daniel, que empezaba a creer que lo que le contaba Francis podía ser real.

—Que tu esposa me dio un beso en la boca. No fue un beso de cariño, no señor. Fue un beso en toda regla, me comprendes, ¿no?

—Trato de entenderlo —gruñó Daniel con el entrecejo cada vez más fruncido.

Francis bajo la vista y se concentró con intensidad en sus zapatos.

—Daniel, no sé cómo sucedió, pero al momento siguiente me encontré literalmente desnudo sobre la cama. Ella me mostró que bajo la bata no llevaba más ropa. Habría querido evitarlo, pero no pude. —Francis movió la cabeza, apenado—. No pude, Daniel, ¡lo siento tanto! Por favor, perdóname, no fue mi intención, no habría sucedido nada si ella no hubiese venido, te lo juro.

Daniel no sabía cómo reaccionar. Había enmudecido. Miles de imágenes, suposiciones, ideas, secretos y tramas cruzaron por su mente. De manera que el buen Francis se había acostado con su mujer, al parecer a instancias de ella, como se deducía de su extravagante discurso, ¿y qué podría hacer él? No tenía sentido mostrarse como un esposo agraviado. Aunque le doliera en lo más profundo la actitud de Viveka, para él estaba claro que Francis había sido la «víctima», por llamarlo de alguna manera. Se tocó la frente con la mano y después la llevó a la barbilla. Se sentía incómodo, como si él fuera responsable del comportamiento de Viveka.

—La verdad, no lo esperaba. Me has dejado de piedra.

—Te juro que la dejé entrar porque pensé que solo quería conversar conmigo, como ella dijo.

—¿Y conversaron? —preguntó Daniel de manera automática. Su mente estaba en otra parte.

—Bueno, sí. Y también de eso quiero hablarte. —Daniel era quien esta vez miraba a un punto indeterminado. No escuchaba a Francis en ese momento—. Daniel, ¿me oyes? —preguntó Francis subiendo ligeramente el

tono.

—Dime. —Daniel volvió a la realidad.

—La señora Kozlowski me preguntó qué haría yo con cinco millones de dólares.

—Qué pregunta tan extraña. ¿Por qué la hizo?

—No lo sé. Y todavía sigo pensando. Si me lo permites, puedo explicarte mi teoría.

Daniel cruzó los brazos y se acomodó en el sillón. Su mente seguía en Viveka, pero hizo un esfuerzo por prestar atención.

—Siento darte una mala noticia, Daniel, pero creo que la señora Kozlowski tuvo algo que ver con la desaparición del dinero del sótano. Lo mejor sería hablar otra vez con Gerard Shaw y ver el tipo de conexión que tenían y qué otros están involucrados.

A Daniel le costaba reponerse. Viveka con Francis... Y probablemente también con Shaw. Si de algo estaba seguro era de que ella era muy eficiente consiguiendo sus objetivos a través del sexo, lo sabía por experiencia. ¿Cómo pudo estar tan ciego? Acaso él también había sido víctima de... ¿de qué? Era él quien la había buscado, la había enamorado. ¿Quién era Viveka? Si alguien lo sabía era Konstantin. Pero... ¿Se acordaría de ella? ¿Se acordaría de él? Recordó sus palabras: «Cuídate de Viveka». No creyó que la advertencia que le hizo fuese en serio, pensó que se trataba de pura retórica, por el hecho de saber que era la mujer que se interponía entre su hija y él o por la diferencia de edades.

—Daniel... ¿Escuchaste lo que dije?

—Claro.

—Sé que tienes todo el derecho de estar indignado, estoy decidido a salir de esta casa ahora mismo. Iré a un hotel hasta resolver el asunto del dinero, o será mejor que llame a mi padre y le diga definitivamente que no podré hacer nada.

—Sí, será mejor que lo hagas. Y... Francis, te agradezco que hayas sido sincero conmigo. No es necesario que te vayas, eso no cambiaría nada.

Daniel se levantó del sillón y fue hacia la puerta decidido a hablar con Viveka.

Capítulo 33

Casa Hamilton, 2005

Francis vio a Daniel cruzar la puerta de la alcoba respiró aliviado. Había temido que sería peor, pero he ahí un hombre que al enterarse de que su mujer le ponía los cuernos lo único que hizo fue escuchar atentamente. Pensó que tal vez Daniel se había equivocado de nacionalidad y en realidad era inglés, al menos la conocida flema británica no le faltaba. Respiró profundo y telefoneó a su padre.

—Hola, papá —dijo con un énfasis forzado. Se sentía culpable del fracaso de la misión, sin saber por qué.

—Hola, Francis. Espero que tengas buenas noticias.

—Pues... en realidad no. Te llamo para decirte que será imposible recuperar el dinero. No sé cómo desapareció ni quién lo tiene, ni tengo modo de averiguarlo. Dime a tu amigo Nicola Vitale que se ocupe él mismo del asunto, estoy seguro de que él podrá hacerlo, tiene toda una organización para ello —dijo Francis de un tirón para evitar que su padre lo interrumpiera.

El silencio en el otro lado de la línea se hizo largo.

—Justamente es lo que no deseaba hacer, Francis. Quería demostrarle que soy capaz de llevar a cabo algo tan simple como eso.

—Simple no es. ¿Y si tu amigo Nicola forma parte de todo este lío?

—Él no tiene nada que ver.

—Hablé con Shaw, el gerente del banco. Te puedo asegurar que ese hombre tuvo que ver con el saqueo del sótano. Y creo que tiene algunos cómplices.

—¿Quiénes?

—Eso no lo sé, pero no pudo hacerlo solo. —Francis prefirió no involucrar a Viveka. Si ella estaba implicada, estaba seguro de que Nicola Vitale podría descubrirlo sin su ayuda.

Otro silencio largo.

—Así que no recibiré un centavo de la fortuna que me pertenece... —se lamentó Howard.

—Nadie pudo prever que desaparecería. A propósito, ¿cómo pensabas sacar todo ese dinero del país?

—Eso estaba resuelto. Nicola nos daría instrucciones para ingresarlo en un banco en el que no hicieran preguntas.

—Siento no haber podido ayudarte. Saldré para Italia lo antes posible.

—No, espera... Deja que hable antes con Vitale.

—No, no lo entiendes... No puedo seguir en esta casa y no cuento con dinero suficiente para hospedarme en un hotel. Y aquí peligra mi vida.

—Será poco tiempo, hijo, hazlo por mí, es lo único que te pido. Y que peligre tu vida... eso no es cierto.

—Te tendré al corriente —prometió Francis con ambigüedad—. Adiós, papá.

Dos golpes en la puerta lo pusieron en alerta. Se acercó y preguntó:

—¿Quién es?

—Daniel, ¡abre ya!

Francis abrió, Daniel entró rápidamente y cerró la puerta.

—Lo he pensado mejor y tengo un plan, pero tienes que ayudarme.

—Acabo de hablar con mi padre y le dije lo que tenía que decirle: no hay dinero y no pienso seguir en este asunto.

—No nos precipitemos. Quiero que te comportes como si no me hubieses dicho nada. Yo tampoco le diré nada a Viveka. Necesito saber cuál será su próximo movimiento.

—¿Y eso por qué?

—Porque me interesa saberlo. Necesito que te quedes. Si ella vuelve a conversar contigo del dinero, síguete la corriente, haz como que estás de acuerdo, tal vez puedas recuperarlo y de paso me harás un favor.

—¿A ti?

—Sí. Tengo que saber quién es ella —dijo Daniel. Su rostro se ensombreció y Francis captó su tristeza.

—Está bien, amigo —dijo, poniendo una mano en su hombro—. Comprendo.

—Voy a estar en el jardín, dentro de un rato te reunirás conmigo y conversaremos como si no hubiera sucedido nada fuera de lo habitual. No quiero que ella sospeche que lo sé todo.

Poco después de que saliera Daniel, bajó Francis y pasó por la cocina. Viveka lo miró inquisitiva y él sonrió levemente.

—¿Te gusta la comida italiana? Haré macarrones.

—*Come il cacio sui maccheroni!* ¡Nunca en mejor momento, señora Kozlowski!

—Tenemos que hablar. Iré a tu cuarto esta noche.

Francis asintió en silencio y miró por la ventana a Daniel, parecía estar enzarzado en una cruzada con el rastrillo, lejos, en el jardín.

—Iré a hacerle compañía —dijo. Y salió.

Viveka los observó y una sonrisa de malicia apareció en sus labios.

—Tu esposa dijo que irá a mi cuarto esta noche. Que tenemos que hablar.

—Bien. Probablemente desee algo de ti.

—Pero yo no quiero...

—Mira, hijo... a estas alturas ya no me interesa lo que hagas con ella —dijo Daniel con amargura—. Lo importante es saber qué está tramando. ¿Comprendes?

—Sí. Y no pienses que soy un sinvergüenza, si algo sucede, sepas que no seré yo quien lo inicie.

—Tranquilo. Después del almuerzo iré a dar una vuelta por el banco, quiero hablar con Shaw. Veamos qué tiene que decirme esta vez. ¿Quieres venir?

—Por supuesto.

Francis sentía curiosidad. Sin la presión de su padre todo cobraba una dimensión diferente. Acompañaría con gusto a Daniel y aprovecharía para ver sufrir a Shaw.

El almuerzo discurrió sin sorpresas, Viveka se comportaba con una naturalidad que hizo pensar a Daniel que no la conocía en absoluto. Francis intentó mostrarse tranquilo, aunque el nerviosismo que por momentos afloraba a la superficie era normal, dada la situación, y la única que supuestamente lo advertía era ella.

—Iremos a hablar con Gerard Shaw una vez más, esta vez quizá se anime a decirnos algo —dijo Daniel al salir de la cocina para ir al garaje.

Ella solo hizo un gesto asentimiento. No estaba convencida de que Francis pudiera servirle de alguna ayuda, era demasiado joven e inexperto, y Daniel podía ser viejo, pero era muy inteligente. Sabría atar cabos y lo más probable fuese que descubriera todo. Se arrepintió de no haber actuado con más rapidez. Si hubiera hecho caso de Gerard, ese dinero ya no lo tendría

ella, estaría a buen recaudo, pero la desconfianza la había hecho dudar. ¿Cuánto tiempo más podría ocultar diez millones de dólares? El dinero en efectivo era todo un problema y lo peor era que no tenía oportunidad para llevarlo a un lugar lejos de la Casa Hamilton, con Daniel siempre presente y ahora Francis rondando por ahí. Pensó que hacerlo su socio a cambio de la mitad del dinero sería la solución, pero era tan ingenuo que hasta sería capaz de contarle a Daniel lo que sucedió la noche anterior.

El celular vibró y tuvo el presentimiento de que era Gerard.

—Viveka, ya estoy en Panamá. Anoche estuve por tu casa y no me atreví a llamarte, quería despedirme.

—Gary, justo pensaba en ti ahora... Creo que tengo problemas. No sé cómo sacar ese maldito dinero.

—Te dije que... —Lo pensó mejor y cortó lo que iba a replicar—. Da igual, no es tiempo de hacer reproches. ¿No podrías sacarlo por partes? Son diez maletas. Una cada vez, a un lugar más seguro.

—¿Adónde? ¿Conoces un lugar seguro que no sea un banco? Yo no. Pensé que podría ir haciendo ingresos a unas cuentas que abrí en algunos bancos, pero es demasiado dinero y el tiempo juega en contra.

—No sé qué decir, mi amor. ¿Por qué no lo dejas todo y vienes conmigo? Olvídate del dinero. Tal vez tu marido se conforme con esa fortuna y ni siquiera te busque.

Viveka sonrió en silencio. ¿Buscarla, Daniel? No lo creía capaz. A él no le interesaría el dinero. Podría estar muriendo por dentro y no daría un paso para pedirle que se quedara. Y tampoco la perdonaría. Daniel sería capaz de buscar al dueño del dinero y devolvérselo.

—Creo que lo haré, Gary. No soporto esta situación.

—Te di el billete con fecha abierta, dime cuándo he de ir por ti al aeropuerto.

—Te llamaré a este número. Te aviso de que ahora Daniel fue al banco a hablar contigo. Está convencido de que tú eres el que ideó el saqueo del sótano. No sé qué hará cuando descubra que te has marchado.

—¡Dios...! Ese hombre es peligroso. Ven cuanto antes, Viveka. Hasta pronto, amor.

Capítulo 34

Casa Hamilton

Francis salió de la cocina tras Daniel y ofreció que ambos fueran a ver a Gerard en su deportivo. Una vez más, Daniel tuvo que encoger las piernas para poder acomodarse en el reducido espacio del auto. Aparcaron el coche muy cerca del banco. Era lo bueno de un lugar como Poughkeepsie: excepto en los lugares turísticos, hay poco tráfico y bastante tranquilidad. Franquearon la puerta doble de vidrio y se dirigieron directamente a la secretaria de Shaw.

—Buenos días, Mary. ¿Podrías decirle al señor Shaw que deseo verlo?

—Señor Kozlowski, ¡qué gusto verlo por aquí! Hoy no ha venido a trabajar el señor Shaw —dijo con un gesto que indicaba su contrariedad—. Su esposa dijo que no lo ve desde anoche, y parece estar furiosa.

—¿Furiosa? ¿No sería más propio que estuviera preocupada?

—Bueno... Eso me dijo y ella sabrá. ¿Qué lo trae por aquí? Quizá yo pueda ayudarlo —reaccionó ella al notar que había pecado de indiscreta.

—No, querida Mary, lo que tengo que hablar con él es un pequeño asunto personal.

—Regrese mañana, seguro lo encontrará.

—Gracias, Mary. Eso haré. ¿Es frecuente que el señor Shaw no acuda al banco? —preguntó Daniel de improviso.

—No. A menos que esté de viaje, pero siempre avisa.

Daniel asintió pensativo. Se despidieron y salieron.

—¿Y ahora qué? —preguntó Francis.

—Es bastante raro. Creo que debemos ir a casa de Shaw.

—Dijo que su mujer estaba furiosa.

—Mejor. No sabes las cosas que sueltan las mujeres cuando están enojadas.

Francis sonrió y arrancó hacia la casa de Shaw.

—Daniel... agradezco que no estés enfadado conmigo. No sé qué habría hecho si estuviera en tu situación.

—Si estuvieras en mi situación a la edad que yo tengo creo que habrías hecho exactamente lo mismo.

Francis movió la cabeza negativamente. El tipo es admirable, pensó. Minutos después se detuvieron en la entrada. Dejaron el coche estacionado, se encaminaron hacia la reja y tocaron el intercomunicador.

—¿Sí? —preguntó una mujer.

—Buenas tardes. Quisiera hablar con el señor Gerard Shaw.

—¿Quién lo busca?

—Unos amigos. Soy Daniel Kozlowski, vivo en la Casa Hamilton, y me acompaña Francis Hamilton.

La mención de la casa y de Francis debió impresionarla porque se escuchó el zumbido de la cerradura automática. Caminaron hacia la puerta en donde esperaba una mujer relativamente joven. Los miraba con curiosidad.

—Buenos días, ¿es usted la señora Shaw?

—Así es, mi esposo no está. No lo he visto desde ayer —dijo con el ceño fruncido.

—¿Acostumbra desaparecer sin avisar?

—No dije que no me hubiera avisado.

—Magnífico. Entonces podrá decirnos dónde encontrarlo, tenemos que hablar con él de un asunto urgente.

—¿Puede decirme de qué se trata?

—Me temo que no, señora. Es algo personal, un asunto de negocios.

—No tengo idea de cuándo volverá.

—¿Le podría decir que hemos venido a buscarlo? Le dejo mi teléfono.

—Daniel le alargó una de sus tarjetas de médico en la que figuraba el número del móvil.

Ella miró la tarjeta y elevó la mirada hasta él.

—No sabía que era médico.

—Retirado.

—Le diré que desea hablar con él. ¿Se le ofrece algo más?

—No, gracias, ha sido muy amable, señora Shaw.

Se despidieron y fueron de regreso al coche.

—Parece que Gerard Shaw anda perdido —comentó Francis.

—Y por lo visto es algo que suele hacer, por la forma en que reaccionó su mujer. A cualquier otra le habría extrañado que desapareciera sin decir nada.

—Esperemos hasta mañana.

—Pasemos por el centro, quiero comprar cigarrillos.

—¿Fumas? —preguntó Francis.

—Fumaba hace muchos años, y de pronto siento necesidad de hacerlo.

Francis se sintió culpable, no obstante enrumbó hacia un pequeño supermercado cerca de la calle principal de Poughkeepsie. Después de comprar la cajetilla pararon en un bar, a instancias de Daniel.

El local a esa hora estaba semidesierto. En la barra, un par de hombres conversaban animadamente mientras el barman se ocupaba de acomodar algo debajo del mostrador. Una de las pequeñas mesas estaba ocupada por una pareja. Ellos escogieron sentarse en otra un poco alejada de ellos. De inmediato se presentó una camarera con un generoso escote.

—¿Qué les traigo?

—Un escocés en las rocas, por favor.

—Tomaré lo mismo —dijo Francis.

Daniel miró en derredor pensativo. Hacía años no frecuentaba un bar con la intención expresa de tomar un trago. Años que no hacía tantas cosas... No podía evitarlo, lo de Viveka le había dolido más de lo que admitía ante Francis, pero no porque ella le hubiera sido infiel, a esas alturas lo tenía asumido, en algún momento podría suceder. Le dolía el engaño. Ella estuvo al tanto todo ese tiempo de que en aquella casa había una fortuna y no le dijo nada. ¿Cómo, si no, podía ofrecerle a Francis cinco millones de dólares? Se preguntaba dónde estaría el resto.

—Estoy seguro de que sacaron el dinero de tu abuelo durante los tres días que estuve en Chicago.

—¿Estuviste fuera tres días?

—Sí. Fui al entierro del hombre que fue un padre para mí.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace exactamente nueve meses. Llevábamos tres meses en la Casa Hamilton.

—¿Y nunca se te ocurrió pensar que el dinero pudo desaparecer durante esos tres días sino hasta hoy?

—Era impensable, Francis. ¿Cómo sospechar de Viveka? Se había visto con Shaw un par de veces en mi presencia, cuando fuimos al banco por el asunto del contrato de usufructo, pero jamás pensé que ella estaría en contubernio con Shaw. Es probable que él la engatusarla por el asunto del

dinero, para poder tener acceso a la casa.

Francis pensó que Daniel intentaba justificarla. Él no lo creía así. Viveka le había demostrado que sabía muy bien cómo manejar sus armas de mujer, al fin y al cabo las mujeres tienen mucho poder.

—¿Engatusarla, Shaw?

—Quiero decir que él la pudo convencer de ayudarlo a cambio de mucho dinero. Me duele el engaño, pero es comprensible. Viveka me conoce y sabe que yo no me prestaría para el saqueo.

—Disculpa la pregunta: ¿Cuántos años hace que se casaron?

—Cumplimos tres el mes próximo. Pero la conocí mucho antes, fue mi secretaria —respondió Daniel como justificándose.

—Esperemos a que aparezca Shaw, tiene mucho que explicar. Creo que esa noche no debimos dejarlo ir tan fácilmente.

—Tienes razón. Pero entonces no sabíamos lo que sabemos ahora.

—Eso es cierto.

—¿Deseas seguir adelante con todo esto? Tu padre dijo que no tenías nada que temer.

—No pienso dejarte ahora.

Daniel miró el paisaje. Era un verano cálido, refrescado de vez en cuando con alguna que otra tormenta, como la que vio aproximarse a los lejos en el horizonte. Por fin respondió:

—Gracias, Francis. Entonces el plan sigue adelante. Trata de seguirle la corriente a Viveka, tal vez nos lleve a donde está el dinero.

—De ser así, ¿qué piensas hacer con él?

—Según dices, pertenece a tu padre, ¿no?

—¿Y qué harás con ella?

—Absolutamente nada. Me iré, la dejaré, me divorciaré. No puedo vivir al lado de una mujer así.

—¿La amas?

Francis detuvo el coche a un lado del camino desierto. Pensó que era el mejor lugar para conversar; en casa no se sentía seguro.

—¿Amarla...? Ya no estoy seguro de nada. Una vez pensé que amaba con locura y me casé con la mujer de mis sueños. Duró treinta y siete años. Ella cambió. O yo cambié, o los dos, ya no lo sé. Viveka significó aire fresco, la acepté sin reservas, y reconozco que su sexo me atrapó. A veces no se puede distinguir el amor de la pasión.

—No le seguiré el juego a tu esposa, Daniel. Te aprecio demasiado, lo que ocurrió anoche fue... Prácticamente, me violó.

—Entiendo lo que quieres decir. Está bien. Pero no descansaré hasta encontrar a Shaw. Esto ya es algo personal —afirmó Daniel con una voz que intentó no quebrarse.

—Pues vamos.

Francis puso en marcha el coche y las primeras gotas empezaron a adornar el parabrisas. Cuando llegaron a la Casa Hamilton llovía tanto que la rotonda tenía la apariencia de un lago y el agua empezaba a desbordarse de la pileta. Daniel bajó del coche antes de ingresar a la cochera y en medio del estruendo de la lluvia que golpeaba el capó, a Francis le pareció escuchar el sollozo de aquel hombrón que, empapado, se alejó hacia el jardín. Sintió como si lo tuviera a su lado o dentro de un agujero en su cerebro gritando el nombre de Viveka y la rabia lo invadió hasta sentirla correr por sus venas. Se odió a sí mismo y se arrepintió de haber hablado. Pero... ¿cómo ocultar la verdad a un hombre como él? No decírselo sería engañarlo. Entró a la cocina vacía y atisbó por la ventana. Daniel estaba justo al lado de la entrada que conducía al sótano secreto, donde debía haber estado la fortuna que robaron del banco. Dejó de mirar cuando sintió los tenues pasos de Viveka a sus espaldas.

—¿Hablaron con Shaw? Volvieron muy pronto.

—No. No estaba en el banco ni en su casa.

—¿Y Daniel?

—Afuera.

—¿Con esta lluvia?

—Con esta lluvia.

Francis la miró y ella percibió cierto reproche en sus ojos.

—¿Sucede algo?

—Nada, salvo que no podré solucionar lo que vine a hacer aquí. Si le parece poco.

—Todo tiene solución, Francis. ¿Has pensado en lo que te dije?

—Lo he pensado, cómo no hacerlo... pero ¿cuánta verdad hay en eso?

—Más de la que te imaginas.

—¿Me está diciendo que tiene a su alcance cinco millones de dólares?

—Si lo quieres poner así... Sí. Pero necesito ayuda. No puedo trasladar todo ese dinero yo sola.

—¿Y por qué no se lo dice a su marido?

—¿A Daniel? Ni pensarlo. Lo primero que haría sería llamar a la policía.

—¿Y se puede saber dónde lo esconde?

—Es algo que no puedo decirte hasta que te comprometas a ayudarme.

—No estoy seguro de querer hacerlo. Y no creo nada de lo que dice, señora Kozlowski, hasta podría ser una trampa para indisponerme con su esposo.

—¿Le contaste lo de anoche?

—Por supuesto que no.

Viveka pensó que todavía existía una oportunidad.

—¿Y qué piensan hacer con el señor Shaw?

—Esperaremos a que aparezca. Le dije a su esposo que deseaba regresar a Europa, pero él insiste en que me quede unos días más. Cree poder resolverlo todo.

—¿Te dijo eso?

—No con esas palabras pero lo dio a entender. Pregúntele a él, si tiene dudas.

Francis miró a través de la ventana y vio a Daniel en el jardín efectuando unos movimientos extraños, muy despacio, como si estuviera practicando artes marciales bajo la lluvia que seguía inclemente.

—Mire, ahí está. —Señaló con el dedo un punto en el vidrio.

—Ah... debe de estar practicando tai chi. Lo hace todos los días, dice que lo ayuda a centrarse.

—Debo cambiarme de ropa —se excusó Francis. Dejó a Viveka y fue hacia su habitación, se encontraba demasiado inquieto y no soportaba la presencia de la mujer.

Capítulo 35

Casa Hamilton, 2005

Antes de efectuar su práctica acostumbrada, Daniel se cobijó de la lluvia en la entrada del pasadizo que daba acceso al sótano. Era el mejor lugar para tener cobertura, pues una vez dentro sería difícil tener buena señal. Marcó un número que creyó nunca necesitaría y después de dos largos pitidos, contestó una conocida voz de barítono.

—Mi querido Daniel Kozlowski, ¿a qué debo esta agradable sorpresa?

—Buenas, Kosta. No será tan agradable.

—¿Sucedo algo?

—Puede que sí o puede que no...

A Daniel le costaba explicarlo.

—Ve directo al grano, hombre. Si estás en problemas, mi palabra sigue en pie.

—¿Recuerdas que me advertiste acerca de Viveka? Fue hace tiempo...

—Claro que lo recuerdo.

—¿Y por qué la advertencia?

—Verás, Dan, mi negocio consiste en estar enterado de todo. Especialmente sobre las personas que me rodean. Te hice una advertencia respecto a ella, lo recuerdo, sí, pero no quise ir más allá porque podrías pensar que tenía otras intenciones, habías sido el marido de mi hija, se acababan de divorciar y no deseaba que pensaras que lo decía como un reproche. Además, las personas pueden cambiar, ¿no es cierto? Y quizá ella ya te había contado todo acerca de su pasado y no quise entrometerme.

—Por favor, Kosta, si sabes algo de ella dímelo. Suceden cosas muy extrañas por aquí y necesito saber si ella podría estar involucrada.

—Déjame recordar... O mejor, aguarda, buscaré el expediente en mi despacho...

Daniel oyó el ruido del móvil al ser dejado sobre la madera y esperó. ¿Tenía Kostantin un expediente de Viveka? No lo sorprendió del todo, la información era su instrumento de trabajo y en eso era muy eficiente.

Aguardó un buen rato, hasta que regresó al teléfono.

—Ya lo tengo. Ahora lo recuerdo bien. Hay dos sucesos que llamaron mi atención: el primero fue la muerte de su hija, una niña con una grave enfermedad que murió en circunstancias poco claras cuando tenía tres años.

—¿Una hija? Jamás la mencionó.

—Si no me equivoco sufría del síndrome de Rett, como médico debes saber qué clase de enfermedad es. Parece que antes de cumplir los tres años la niña había perdido el habla y tenía serios problemas de movilidad. Poco después murió de un golpe en el cráneo, como también sufría de epilepsia, consta como muerte por caída accidental. Casi al mismo tiempo, el padre murió en un accidente automovilístico. Era un hombre de buena posición económica; ella se quedó con una apreciable cuenta bancaria y una casa en buenas condiciones, sin hipotecas y sin deudas. El informe policial dice que el accidente se debió a un problema en los frenos. Y como yo no creo en las casualidades, encontré estos dos accidentes demasiado oportunos. El marido tenía cincuenta y un años y ella veintitrés. Parece que es aficionada a los hombres mayores.

—¿Y nunca fue sospechosa de esas muertes?

—No se encontraron evidencias, ni testigos de que no fueran muertes accidentales. No se presentaron cargos contra ella ni contra nadie. Una niña epiléptica que cae, unos frenos que se rompen... Si fueron accidentes o no, nunca lo sabremos con seguridad. Por eso se me ocurrió advertirte de que te cuidaras de ella, solo eso. Al fin y al cabo esa mujer podría estar enamorada de ti, Daniel. ¿Hay algo que te haga dudar?

—Sí. Como debes saber, vinimos a vivir a Poughkeepsie, en el estado de Nueva York, una pequeña ciudad a una hora y media de Manhattan. Todo parecía ir bien, me enamoré de una antigua casona que perteneció a la familia Hamilton, unos ingleses que murieron hace unos quince años. Días atrás vino el nieto de los antiguos dueños en busca de una fortuna que fue escondida en un sótano oculto de la casa. Según parece, su padre fue desheredado y él, que vive en Inglaterra, para recuperar lo que cree suyo mandó robar el banco, con la ayuda del gerente, por medio de una extorsión.

—Las herencias son sagradas. Los hijos no deben ser desheredados — afirmó Konstantin por toda respuesta y dejó que Daniel prosiguiera.

—Pero resulta que la fortuna desapareció. Cuando el nieto, Francis Hamilton, fue al sótano no encontró absolutamente nada.

—¿Y piensas que Viveka tuvo algo que ver en eso?

—No estoy seguro. Pero hay más.

—Dios... Dan, no se te puede dejar solo por ahí porque te metes en cada lío...

—Un tal Nicola Vitale, un mafioso al parecer, fue el encargado de realizar el robo. Y creo que él, junto con el gerente, idearon un plan para quedarse con la fortuna de los Hamilton. Y ahora aparece Viveka intentando engatusar al nieto de esa familia ofreciéndole cinco millones de dólares. Sólo puede ser parte del dinero robado.

—¿Engatusar? ¿A qué te refieres?

—Se acostó con él.

—¡Vaya...! Y en tus propias narices. Esa mujer es de cuidado.

—Creo que me ha estado drogando últimamente por las noches, es posible que haya puesto algún somnífero en mi bebida.

—Dan, ten mucho cuidado. Esa mujer es capaz de envenenarte para quedarse con tu fortuna.

—¿Mi fortuna?

—Bueno, no olvides que tienes todavía aquí algunas propiedades...

—No creo que intente matarme, ella tiene el dinero robado pero me parece que no sabe cómo hacer para hacer uso de él sin despertar sospechas, son muchos billetes.

—¿De qué cantidad hablas?

—Robaron diez millones de dólares.

—Es demasiado para ingresarlo en un banco sin despertar sospechas.

—Creo que el viejo Hamilton era un hombre con mucha influencia aquí, no me extrañaría que existiera una bóveda especial para él en el banco. Me dijeron que la mayor parte de su fortuna estaba en bonos del Tesoro.

—Es extraño... A menos que los bonos del Tesoro de los Estados Unidos fueran emitidos como bonos al portador para no residentes en ese país, es decir como eurobonos al portador, no podrían ser cobrados. Esos bonos se prohibieron en 1982. Parece que el viejo Hamilton tenía algunos secretos en el viejo continente o trató de resguardar bien su dinero.

—Como sea, existe cierto peligro para mí y supongo que con mayor razón para Francis Hamilton, si el tal Nicola Vitale está metido en todo este lío. Ya hubo un asesinato que ellos lograron ocultar muy bien. Creo que pertenecen a alguna mafia italiana.

—¿Mafia italiana? —Konstantin soltó una sonora carcajada—. No me hagas reír, Daniel. Ahora la que manda es la Mafya. Con “y” griega. Y tiene connotaciones mucho más elegantes de las que te imaginas. Mafia italiana...

—Estoy un poco preocupado, la verdad. Yo sé defenderme solo, pero Francis parece un inútil. No sería de gran ayuda.

—¿Y te preocupas por el que se tiró a tu mujer? ¡Válgame!

—No fue como piensas, es difícil de explicar. Sé que él no lo buscó.

—Allá tú. Nunca pude comprenderte. Aquí lo tuviste todo, Dan, todo. Y preferiste dejarlo por una... bueno, no echaré más leña al fuego. Solo quiero que sepas que no debes preocuparte por nada. ¿Me escuchas? Por nada. Te di mi palabra y la cumpliré. Da por hecho que tus problemas serán resueltos y ese dinero aparecerá. ¿De qué cantidad estamos hablando en total?

—De muchos millones, diez en efectivo y tal vez otro tanto en bonos.

Konstantin soltó un silbido.

—Una magnífica herencia. Despreocúpate y cuida de ti, esa mujer es peligrosa.

—Gracias, Kosta. —Fue lo único que atinó a decir. El ruso colgó.

Daniel salió al jardín. La lluvia seguía arreciando como si el cielo hubiera abierto sus compuertas para refrescar ese ardiente verano. Daniel estuvo durante treinta minutos ejercitándose, ese día lo necesitaba más que nunca. Después esperó un rato en el porche para que sus ropas se secaran y, tras quitarse los zapatos, los calcetines y la camisa para dejarlos en el cuarto de lavado, subió a su habitación.

Capítulo 36

Casa Hamilton, 2005

Desde el salón, Francis lo vio pasar y le impresionó el físico que un hombre de su edad podía conservar. Admiró sus genes. Al pasar tenía el brazo derecho levantado, tratando de acomodarse el cabello que todavía chorreaba un poco de agua y notó que llevaba tatuados unos números. Otra sorpresa. Le había parecido que no era un hombre que llevase tatuajes. Debió de ser lo primero que atrajo a Viveka; no los tatuajes, sino su físico. Las mujeres sienten atracción por hombres como Daniel. Pero el paso de los años no lo haría más joven, llegaría el momento en que la brecha de edades sería más patente y eso hacía incierto el futuro de ambos. Por lo visto, ella no obtendría mucho tras su muerte. Daniel no era un hombre con muchos recursos económicos, el haber suscrito un contrato de usufructo temporal para vivir allí haciéndose cargo del mantenimiento daba una meridiana idea de lo que esperaba del futuro. El mantenimiento resultaba bastante costoso, pero no tenían personal permanente, ni siquiera un jardinero, él mismo hacía cuanto le era posible. El coche que usaba debía tener cuando menos cinco años y era tan cómodo como podía serlo una camioneta Jeep Cherokee, del tamaño adecuado para que no tuviera que encoger las piernas para acomodarse en él. Viveka conducía un modesto coche japonés para hacer las compras, de manera que en sus vidas no existía el lujo, excepto por el que les daba la propia Casa Hamilton que, a pesar de ser antigua, siempre estuvo decorada con un gusto exquisito. Era imponente por fuera y por dentro, con techos altos y abovedados, molduras en las paredes, y ambientes cálidos dotados de muebles y detalles lujosos.

Le había entregado a la mujer de Shaw su tarjeta de médico, y Francis sabía que en los Estados Unidos los médicos son profesionales que tienen muy buenos ingresos. ¿Dónde había ido a parar cuanto Daniel hubiera ganado a lo largo de los años? ¿Quién era Daniel Kozlowski en realidad? Tendría que averiguarlo en Internet. Subió a su habitación e introdujo en el buscador de su móvil «Doctor Daniel Kozlowski». Aparecieron varias

entradas en las que se hablaba del famoso neurocirujano Daniel Kozlowski, presidente de la junta directiva del Hospital General de Chicago. En otras imágenes salía acompañado de una impresionante dama que según leyó, era su esposa, Yvanna, hija del magnate y conocido hombre de sociedad Konstantin Skósyrev. También encontró algunas fotos de recepciones en una mansión que nada tenía que envidiar a la Casa Hamilton, y al parecer, era el hogar de los Kozlowski. ¿Cambió a esa belleza de las fotos por Viveka? Era claro que la mujer no era tan joven, pero aun así no dejaba de destilar estilo y hermosura. Solo hay algo que lleva a un hombre a cambiar algo mejor por algo más fácil, y ese parecía ser el caso. Indudablemente el sexo. Y en eso Viveka llevaba ventaja, lo había comprobado. Probablemente divorciarse de la hija del magnate lo dejó en la ruina y por eso eligió vivir allí, en una casa de pasado glorioso, para no olvidar quién era.

Discretamente intranquila, Viveka se paseaba por la cocina tratando de ocupar su mente en cualquier futilidad. Prefería no pensar. Sabía que Gerard tuvo toda la razón del mundo cuando la instó a que le entregara el dinero en efectivo, pero ella no lo hizo porque desconfiaba. Desconfiaba de todo el mundo menos de Daniel. Sonrió ante la ironía. Era el hombre que la había tratado mejor que nadie y sin embargo ella no se conformaba con eso, deseaba más, deseaba vivir como lo había hecho él con Yvanna. Cuando empezaron a habitar en la Casa Hamilton creyó que aquel sería su palacio; tendría sirvientes, mucama, cocinera cuando menos, y obviamente, un chófer. Pero nada de eso ocurrió. Los planes de Daniel eran otros y no ser tomada en cuenta la decepcionó. La llenó de resentimiento y comprendió que donde quiera que se encontraran siempre la sombra de Yvanna se posaría sobre ellos como si vivieran en la misma ciudad. Lo había entendido: Daniel no quería repetir lo que había vivido con su exmujer. Quería otra clase de vida y otra clase de mujer. Daniel le había aclarado que en realidad no tenía bienes de fortuna. Obviamente ella nunca le creyó y pensó que con el tiempo él comprobaría que ella era una persona desinteresada. Pero Daniel solo parecía desear una clase de vida diferente a la que había llevado al lado de Yvanna, y ella no lo sospechó hasta mucho después, cuando él accedió con tanta rapidez a mudarse de Chicago. Con el tiempo se convenció de que no era un hombre rico como ella imaginó, no había más que lo que estaba a la vista. Y lo que veía era muy poco para colmar su ambición. Había soñado con ser servida y ella era la que servía. ¿Quién sino alguien sin medios económicos no tendría

sirvientes y se ocuparía personalmente de una tarea tan pesada como la de conservar el inmenso jardín en buenas condiciones?

Fue uno de los motivos que la empujaron a los brazos de Gerard Shaw, un hombre de mediana edad, como a ella le correspondía, no tan atractivo como su marido, pero sí fogoso y con ambiciones, de manera que cuando le contó la fortuna oculta en esa casa, Viveka no lo pensó dos veces y accedió a entregarle el maletín, que según él contenía una enorme fortuna en bonos del Tesoro que podrían disfrutar juntos.

Sabía que era casado, pero ese detalle nunca había sido motivo para que ella se abstuviera de hacer lo que quería. Además, según él, no era feliz con su mujer. El mismo cuento de siempre. Lo que no supo hasta que se lo dijo Francis es que también era un asesino o, al menos, había tomado parte en un asesinato. Ella tampoco le haría ascos a deshacerse de alguien que estorbara sus planes, pero, si ese era el *modus operandi* de Shaw y sus socios, temió ser la próxima víctima. Cuando vio a Francis Hamilton cruzar la puerta de esa casa supo que traería problemas. Lo presintió con solo verlo, y tuvo razón. Nadie va sin más a visitar una casa por añoranzas pasadas. Estaba segura de que él vino a buscar lo que ellos habían saqueado y por supuesto, no lo encontró.

Una vez más entró al sótano donde se guardaba gran parte de los comestibles. Al contrario que el sótano secreto, con el que no tenía comunicación, este era grande, lleno de estantes colmados de mermeladas, carnes enlatadas y otras conservas, pastas, cereales y harinas de todo tipo como si fuese un pequeño supermercado con tres congeladores. Así era Daniel, aficionado a guardar alimentos, y cuantos más, mejor, como si esperase que en cualquier momento se desatase la Tercera Guerra Mundial o la Tierra fuera atacada por alienígenas. Había espacio suficiente para esconder dos de las maletas, conteniendo un millón de dólares cada una, que seguían tal como Viveka las había dejado, envueltas en un talego de arpillera entre los sacos de patatas y legumbres, como uno más de ellos. Las otras siete se hallaban repartidas en los dormitorios de la gran casa, dentro de los armarios empotrados que justamente tenían el espacio necesario para un maletero, y en la biblioteca, en la que un enorme baúl repujado no solo servía como objeto decorativo sino que en su interior guardaba dos maletas debajo de una pila de libros. No pudo encontrar mejor lugar para ellas, no era prudente dejarlas en un sótano que, aunque oculto, tarde o temprano su

marido habría descubierto aun sin la intervención de Francis, porque era Daniel quien cuidaba del jardín y habría acabado por descubrir el pasadizo secreto. La muerte de Bendahan ocurrió como caída del cielo. Esa noche Gerard y ella dispusieron de las maletas con el dinero y él se llevó el maletín con los documentos que decía eran tan valiosos. De haber sabido que todo se complicaría, esa misma noche habrían encontrado un mejor lugar para todo lo demás, fuera de allí. Desde entonces, Shaw tuvo ocasión de viajar varias veces a Europa para negociar los bonos y transferirlos a los bancos de Panamá, pero ella apenas había podido abrir un par de cuentas para ingresar pequeñas cantidades cada vez y todo bajo otro nombre. Gerard había pensado en cada detalle. Tenía pasaporte y documentos que la acreditaban como Victoria Gensen. De esa manera no tendría problemas para abrir las cuentas ni para salir del país. La enorme ventaja de ser estadounidense era la de ser recibida en casi todos los países del mundo sin impedimentos. Tendría que convencer a Francis de que la ayudara a trasladar todo ese dinero a algún lugar en Nueva York, en Poughkeepsie todo el mundo se conocía, allí no podría hacer nada. Alquilaría un apartamento y dejaría el dinero allí mientras encontraba el modo de disponer de él sin despertar sospechas.

Daniel subió a su habitación y por un momento tuvo deseos de ocupar un cuarto diferente. Recapacitó y lo pensó mejor. ¿Repetiría lo que hizo con Yvanna? En el caso de Viveka, la justificación era plena, pero aquello le hizo ver con claridad que en su vida siempre había preferido evadirse. Lo había hecho con Yvanna, después de viajar con Silvia a Argentina. Y volvió a hacerlo muchos años más tarde, cuando lo acusó de seducir a Viveka. Parecía un patrón de conducta que debía rectificar. Tal como había supuesto Yvanna, Viveka era una arribista. Y por la información que Konstantin le había proporcionado, tal vez una asesina. No trataba con una mujer ingenua que necesitara protección. ¿Qué esperaba Viveka de él? Quizá vivir con los lujos con que vivía Yvanna. ¡Qué ilusa!, lo único que Daniel deseaba era retirarse de su profesión a un lugar tranquilo en compañía de una mujer igual de tranquila, amable y comprensiva, como él lo era con ella. Los setenta años era buena edad para el retiro, la cirugía que él practicaba requería de pericia, mano firme y muchas horas de tensión, y antes de que lo consideraran un peligro para sus pacientes prefirió apartarse. Fueron muchos años satisfactorios, pero era hora de dar paso a las nuevas generaciones. Esa noche tomaría especial cuidado con la infusión que solía servirle Viveka.

Capítulo 37

Casa Hamilton, 2005

A pesar del ambiente tenso, los tres habitantes de la Casa Hamilton se mostraban tranquilos. Cada uno a su manera evitaba mirar, actuar o decir algo que pudiera despertar la sospecha del otro. Viveka tenía claro que su única salida era Francis, iría esa noche a su cuarto y lo convencería de quedarse con cinco de los diez millones que guardaba en los recovecos de la mansión.

Pero Francis estaba dispuesto a no dejarse convencer, estaba seguro de que ella lo volvería a buscar y que de no estar preparado, él caería envuelto en sus artimañas, pero esta vez no cedería. Le había tomado respeto y un cariño especial a Daniel, y no deseaba causarle daño. Y Daniel esperaba a que llegara la noche. Sus sentimientos hacia Viveka habían dado un giro de ciento ochenta grados, la veía sin la máscara tras la que ella se ocultó durante esos seis años y, aunque le dolía reconocerlo, descubrió que se había comportado como un idiota. Al unir su vida a la de ella, no había pensado con la mente sino con los genitales. ¿Cómo pudo ser tan necio? Un hombre viejo al lado de una mujer joven y atractiva. El reto que significaba pasear del brazo de una mujer como Viveka ante la mirada de envidia de los hombres, que antes le satisfacía, le parecía algo ridículo. No era ningún reto, era una estupidez y tal vez los demás no sentían envidia sino burla, o hasta compasión. Avergonzado por su actitud, terminó de quitarse la ropa y fue a ducharse, como si de esa manera limpiara la inmundicia que lo rodeaba.

—Tienes el té en la mesilla de noche, amor —le avisó Viveka mientras se disponía desvestirse para dormir.

—Gracias, dejaré que se enfríe un poco.

Ella prosiguió con su ritual de todas las noches y se encerró en el baño, lo que Daniel aprovechó para entreabrir la ventana y lanzar la infusión al jardín. Después Viveka se acostó y él procuró simular la respiración acompasada y profunda que acompaña al sueño. Esta vez no se abrazó a ella. De espaldas, su cuerpo subía y bajaba levemente al ritmo de sus pulmones. Quince minutos después Viveka apagó las lámparas de las mesas de noche y

salió de la habitación. Era difícil para Daniel mantenerse impasible, sintió que algo se le rompía por dentro, quien dijera que el corazón no era la diana de las emociones estaba equivocado, pero no pensaba hacer nada para impedir que ella fuera al encuentro de Francis. Esperaría al día siguiente para saber a ciencia cierta quién de los dos mentía. Ya no le importaba nada, no tenía deseos de vengarse ni sentía animosidad contra ella, solo cerró los ojos y viajó con la mente a los años en los que había pensado que llegar a América era encontrar la felicidad. La felicidad no tenía un lugar geográfico, se podía ser feliz o infeliz en cualquier parte. Sin embargo, no podía quejarse, la había conocido, sí, pero no supo mirar dentro de ella porque él no vivía el presente, siempre su mirada estaba en lo que iría a ocurrir mañana, y con Viveka ese sentido de la previsión quedó anulado. Comprendió que existían mujeres que podían poner una venda sobre los ojos de los hombres, por eso decían que el amor es ciego y siempre esa ceguera es voluntaria. ¿La había amado? Ya no estaba seguro. Con ella se le despertó un deseo de protección que no había sentido antes. Yvanna era autosuficiente. Demasiado. Y su manera de ser lo había anulado. La otra, en cambio, lo necesitaba y en todo hombre existe un resquicio de macho proveedor que se arrastra desde la época de las cavernas, cuando los hombres protegían a las mujeres de la tribu y enfrentaban día a día a la muerte para preservar su seguridad. ¿Era él tan elemental? Probablemente sí. Recordó a Bendahan y sus consejos de encontrar una buena muchacha judía y sonrió. Si lo viera en esos momentos, su buen protector se volvería a morir, pero de tristeza.

Viveka regresó antes de lo que él había pensado. Según el reloj de cabecera habían transcurrido treinta y tres minutos. ¿Qué se puede hacer en ese tiempo? Muchas cosas. Recordó las veces que solo le había llevado unos cuantos minutos hacer el amor a escondidas en el hospital cuando hacía las prácticas, o cuando Yvanna lo instaba a hacerlo en la parte de atrás del coche porque no aguantaba más el deseo.

Esta vez cerró los ojos y se quedó dormido.

Mientras desayunaban repicó el móvil. Era la señora de Gerard Shaw.

—¿Doctor Kozlowski?

—Buenos días, señora Shaw, ¿alguna novedad?

—Ninguna, por eso lo llamaba, estoy preocupada, Gerard nunca ha desaparecido dos días sin decir nada. Quería avisarle de que voy a informar a la policía.

—¿Desea que la acompañe?

—Me sentiría mejor si va conmigo, sí, por favor, si no es demasiada molestia para usted.

—Enseguida salgo para allá.

—Voy contigo —dijo Francis.

—De acuerdo.

—¿Van a ver a la señora Shaw? —preguntó Viveka.

—Sí, la acompañaremos a la policía. Su marido sigue sin aparecer y va a poner la denuncia.

Ella los miró impertérrita y no dijo nada. A veces la absoluta indiferencia es indicativa de que se oculta algo, y es justo lo que cruzó por la mente de Daniel.

Esta vez fueron en la Cherokee de Daniel, no pensaba someterse al incómodo deportivo de Francis.

—Daniel, anoche tu esposa fue a mi cuarto.

—Lo sé.

—No sucedió absolutamente nada.

—También lo sé, Francis.

—Trató de convencerme para que la ayudara a sacar las maletas de dinero que tiene escondidas en la casa.

—¿En la casa?

—Sí. Su idea es trasladarlas a Nueva York y rentar un apartamento para tenerlas allí hasta saber qué hacer con ellas. Tiene todo planeado, inclusive piensa salir del país, me ofreció la mitad del dinero para que la ayude.

—¿Y de qué mitad habla ella?

—De la mitad de diez millones de dólares.

Daniel arrugó la frente y miró a Francis.

—¿Y qué decidiste?

—Te lo estoy contando, ¿no? Le dije que lo pensaría, que la idea no era mala, y que tal vez lo podríamos hacer por la noche. Ella dijo que aumentaría la dosis de somnífero que te daba para que nos diera el tiempo suficiente de hacer todo. Su plan consiste en abandonarte, Daniel.

—Abandonarme... ¡Pues qué bien! Ojalá pudiera hacerlo.

—¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

—Dudo mucho que lo logre, pero supongamos que llegue a sacar el dinero de la casa y huya con él. ¿Dónde podría Viveka esconderse? Nueva

York queda a un par de horas, y ella no es transparente, la policía la encontraría en cuanto yo la denunciara.

—A eso iba. Tiene documentos falsos. Después de entregarme mi parte, se irá del país. Obviamente no me dio los datos de su falsa identidad.

Daniel movió la cabeza negativamente mientras sonreía.

—Menuda zorra... Vaya ojo clínico tengo para las mujeres.

—Ya sabes que no pienso ayudarla, no soy de esa clase de gente, Daniel, si hubiera querido hacer dinero sucio lo habría hecho a través de mi padre, él me propuso muchos negocios turbios, inclusive falsificando cuadros famosos con mis conocimientos de restauración, pero siempre me negué.

—¿No te tientan cinco millones de dólares?

—Claro que me tientan, pero no aceptaré esa jugada.

—Te diré lo que vas a hacer.

En ese momento estaban ya en el portón de la casa de los Shaw. Francis bajó y tocó el intercomunicador.

—¿Señora Shaw?

—Sí.

—Estamos aquí el señor Kozlowski y yo, Francis Hamilton.

—Enseguida salgo, los seguiré en mi coche.

—Está bien.

Volvió a subir al Jeep y preguntó prosiguiendo la conversación:

—¿Qué es lo que debo hacer?

—Seguirle la corriente. Si te dice que sacarán el dinero y tal, ayúdala.

—Se supone que hoy debo alquilar una furgoneta y dejarla en el estacionamiento del número 23 de la calle Garden en Poughkeepsie. Por la noche iremos en mi auto, yo traeré la furgoneta y ella regresará conduciendo mi auto, lo cargaremos todo e iremos a Brooklyn, parece que ya tiene la dirección del lugar donde esconderse.

—Brooklyn... Dependiendo de la zona, les tomará unas tres horas, quizá menos, si es muy tarde habrá menos tráfico. Haz todo como ella lo tiene planeado, una vez allá supongo que Viveka se desentenderá de ti. No se atreverá a engañarte, sabiendo tanto como sabes de ella, así que es de esperar que deje tus cinco maletas en la furgoneta. Cuando la pierdas de vista, simplemente da media vuelta y regresa. Pero cerciérate de que conoces realmente su escondite, ayúdala a subir los bultos hasta el interior de la casa, que no te engañe. Es muy astuta.

—No te veo preocupado en absoluto. Y yo creo que me estoy metiendo en un gran lío.

—No lo estoy. Lo siento por ella, pero creo que sus planes no podrán concretarse. Y por ti, no te preocupes, no te sucederá nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya te lo diré, por ahora solo haz lo que te toca. Verás que todo resultará bien.

Tenían el Departamento de Policía frente a ellos. Entraron al amplio estacionamiento y dejaron sus coches. La mujer de Shaw se mostraba más que preocupada, nerviosa y algo enfadada.

—Esto es ridículo, seguro que Gerard está en cualquier lugar, perfectamente... —dijo con enojo—. Pero algo he de hacer.

—La comprendo, señora Shaw.

—¿Qué es lo que tienen que hablar con mi esposo?

—Es acerca del usufructo que firmé por la Casa Hamilton, no contaba con que hubiera un heredero —explicó Daniel dando una mirada a Francis.

Ella pareció convencida. Con su galantería acostumbrada, Francis abrió la puerta de vidrio y dejó que entraran primero al recinto policial.

—Buenos días, vengo a informar de la desaparición de mi esposo —dijo, dirigiéndose a la mujer de uniforme que se encontraba detrás de un largo mostrador.

—Permítame un momento.

La agente recepcionista habló por teléfono con alguien mientras la miraba a ella y a sus acompañantes.

—¿Su nombre, por favor?

—Melissa Shaw, mi esposo, Gerard Shaw, es el gerente del Chase Bank.

La mujer dio los datos por teléfono y les indicó:

—Pueden pasar, a la derecha encontrarán la oficina de «Personas Desaparecidas», el inspector Logan los atenderá.

—Gracias.

Una vez en la oficina, un hombre de mediana estatura, de abdomen algo prominente, se adelantó hacia ella.

—Señora Shaw, buenos días, me dice la recepcionista que su esposo ha desaparecido.

—Sí, inspector, mi esposo desapareció hace dos días sin avisar y no se ha comunicado conmigo ni con el banco. Ellos están preocupados porque

nunca había sucedido que faltara al trabajo sin avisar. Y yo también.

—¿Está segura?

—¿Segura de qué?

—De que no avisó. Bueno, quiero decir... ¿no ha echado nada en falta en casa algo que indique que tenía planeado ir a alguna parte? Si alguien marcha por su voluntad, suele llevar sus medicinas, algo de ropa, su documentación, dinero, tarjetas... hasta su cepillo de dientes. Pero si nada de eso falta, lo más probable es que la desaparición no haya sido voluntaria. Eso nos ayudaría a saber por dónde empezar la búsqueda.

—Salió en su coche anteayer como todos los días. Es un sedán Mercedes Benz azul marino. —Le dio los datos del modelo y la placa—. No he echado nada en falta, yo pensé que iba al trabajo, como siempre...

El inspector torció ligeramente el gesto.

—¿Y estos señores, son...? —preguntó mirando a Daniel y Francis.

—Han sido tan amables de acompañarme. Fueron a mi casa porque tienen interés en hablar con mi esposo acerca de un asunto...

—Perdone que la interrumpa, señora Shaw —dijo Daniel—. Inspector, soy Daniel Kozlowski, vivo en la Casa Hamilton, y el joven que me acompaña es Francis Hamilton, nieto del propietario de la casa. Quería resolver un problema con el documento de usufructo que firmé por la propiedad y fue la razón por la que fuimos al banco hace dos días pero no pudimos hablar con el señor Shaw ni entonces ni ahora, y parece que ha desaparecido. Como comprenderá, nos interesa saber dónde se encuentra, incluso me ofrezco para ayudar en la búsqueda.

—Por eso no se preocupe, es nuestro trabajo —dijo el hombre mirando a Daniel con un gesto escéptico, y dirigiéndose a ella—: Señora, le sugiero que cuando termine de hacer la denuncia espere en casa, porque quizá trate de comunicarse con usted. Es gerente del banco, podría tratarse de un secuestro, una venganza... ¿Sabe si tenía algún enemigo? —La señora Shaw negó con la cabeza—. Está bien, me ocuparé personalmente del caso, tome mi tarjeta, si tiene alguna noticia de su esposo comuníquese de inmediato conmigo, por favor.

—Gracias, inspector.

—Ah, necesito alguna foto de su esposo.

—Traje varias, puede quedarse con ellas.

El inspector tomó la de mayor tamaño.

—Solo necesito una para sacar copias y difundirlas. Por favor, rellene este formulario y no se olvide de poner la fecha y su firma. La agente la llevará a un lugar donde pueda hacerlo con comodidad. Ustedes pueden retirarse, caballeros.

—Nos iremos con la señora Shaw, si no les importa.

—Está bien. Hay una sala de espera junto a la puerta principal. Ahora debo dejarlos.

Antes de ir adonde la agente le indicaba, la señora Shaw se despidió de los dos hombres.

—Gracias, doctor Kozlowski, ha sido muy amable. No es necesario que me acompañen de vuelta, estoy bien y conozco el camino. No deseo quitarles más tiempo.

—Vamos a buscar a su esposo por nuestra cuenta —dijo Daniel para asombro de Francis—. Deme una de esas fotos...

—Claro, por supuesto. —Le tendió la foto—. Muchas gracias una vez más, no tenía a quién acudir.

—Tiene mi teléfono, llámeme a cualquier hora. ¿De acuerdo?

—Así lo haré. Un secuestro, Dios bendito, ¡quién iba a pensarlo!

Capítulo 38

Poughkeepsie, 2005

—¿Qué opinas, Daniel?

—Creo que el hombre se ha largado del país y tuvo que hacerlo por los aeropuertos Kennedy, La Guardia o Newark. Aquí no hay otros aeropuertos internacionales, y si los hubiera, no los habría usado.

—¿Y por qué le pediste la foto? Lo conoces de sobra...

—Porque necesito escanearla para enviarla a un buen amigo, quizá no la necesite, pero nunca está de más.

Francis evitó preguntar quién era esa persona; de haberlo querido, Daniel se lo habría dicho ya.

—Estoy preocupado por lo que suceda esta noche. Había decidido no hacer lo que Viveka me pidió, pero si me dices que es importante... Todo esto me supera.

Daniel detuvo el coche junto a la acera.

—Espera un momento, voy a comprar algo.

Bajó y entró a un pequeño establecimiento. Fue directo a la caja y miró los estantes.

—Por favor, deme un frasco de pastillas de sacarina —pidió al dependiente.

Después de pagar regresó al coche y prosiguió la conversación.

—Si no lo haces será todo más largo y complicado, Francis. Créeme, así de una vez desenmascaremos a la gente que saqueó el dinero de tu abuelo.

—Lo que quiero es volver a mi galería de arte y a mi vida tranquila. Ese dinero nunca fue nuestro.

—Solo cumple tu parte, ya verás que todo saldrá bien.

Daniel enfiló hacia la Casa Hamilton. Tenía prisa por hablar con Konstantin y relatarle los últimos acontecimientos, así que lo primero que hizo cuando subió a su despacho fue escanear la foto y enviársela a su correo, al mismo tiempo lo llamó.

—Mi querido Dan, dime.

—Acabo de enviarte la foto de Gerard Shaw. Parece que se esfumó. No va por su casa desde hace dos días. Y tengo novedades de Viveka. Esta noche saldrá de aquí en una furgoneta con un cargamento de diez millones de dólares en efectivo, con Francis Hamilton, el nieto del difunto dueño. Él está de acuerdo conmigo, la ayudará a sacar ese dinero que, según le dijo ella, trasladarán a un apartamento que Viveka alquiló en Brooklyn, la dirección aún no la sé. Ofreció a Francis darle la mitad, pero, conociéndola, puede que tal vez sea solo un cebo.

—¿Y cómo piensa salir de ahí sin que te des cuenta?

—Drogándome, como ha estado haciendo estos días atrás. Se supone que estaré profundamente dormido.

—Ten cuidado, Dan, no sea que se le pase la dosis y...

—No te preocupes, hace días que el té se lo beben las plantas —bromeó Daniel.

—Has hecho bien al llamarme. Pásame una foto de ella.

—Ah, olvidaba decirte: después de dejar el dinero a buen recaudo, ella saldrá del país bajo un nombre falso. —Daniel eligió una de las fotos de Viveka que tenía en el ordenador y la adjuntó a un email.

—Siento mucho que estés pasando por esta situación.

—Pues yo no lo siento. Es mejor abrir los ojos que vivir bajo un manto

de mentiras —afirmó Daniel con una voz que no supo ocultar sus sentimientos—. Te acabo de enviar su foto.

—Dan, gracias por la información, es muy valiosa. Solo algo más: dame el número de su móvil y su correo.

Daniel se los dio.

—Es suficiente. No hagas más de tu parte. Deja que yo me ocupe de todo, ¿sí? Y tranquilo.

—Gracias, Kosta.

Daniel eliminó los correos que acababa de enviar con los archivos adjuntos y subió a su habitación, entró al baño y abrió el botiquín. El frasco de las pastillas tranquilizantes de Viveka estaba por la mitad. Se las había recetado porque decía tener problemas para dormir, algo que en ocasiones había comprobado, sin recelar que en algún momento podrían estar destinadas a él. Eran pequeñas y muy similares a las píldoras de sacarina. Calculaba que ella le pondría unas tres pastillas cada vez que deseaba que durmiera profundamente, pero quizá esa noche aumentara la dosis. Vació el contenido en el retrete y lo sustituyó por la sacarina. Aunque desde días antes Daniel no tomaba la infusión, era probable que esa noche Viveka lo vigilara para asegurarse de que lo hiciera y no quería que ella sospechara.

Capítulo 39

Konstantin Skózyrev
Chicago, Illinois, 2005

Apenas terminó de hablar con Daniel, Konstantin Skózyrev hizo una llamada a Nueva York.

—Necesito que vayan a Poughkeepsie.

—¿A Poughkeepsie, señor?

—Sí. Localicen la Casa Hamilton en Hyde Park pero manténganse alejados hasta que empiece a oscurecer. Verán que esta noche habrá movimiento. Primero verán salir un coche con una pareja, que al cabo de un rato regresará, la mujer en el mismo coche y el hombre en una furgoneta. Esperarán a que la furgoneta vuelva a salir, no demorará mucho. La seguirán a su destino, en Brooklyn, y la pareja descargará los bultos que transporte. Quédense vigilando de cerca. Es probable que el hombre se vaya en la furgoneta, una vez descargada. Déjenlo ir, me interesa la mujer. Quiero la dirección exacta del lugar donde vaya, incluyendo el número del apartamento, si es un edificio.

—Entendido, señor.

—No hagan nada. Simplemente manténganla vigilada en el lugar y comuníquense conmigo

—Como usted diga.

—Vayan en dos coches, como siempre, e informen a mi hijo de todo lo que vaya ocurriendo.

Konstantin colgó y de inmediato marcó otro número.

—Le estoy mandando la foto de Gerard Shaw. Es el gerente del Chase Bank de Poughkeepsie, Nueva York. Es probable que haya salido del país con otro nombre, por favor, verifíquelo en los aeropuertos. Necesito saber dónde fue y también cuáles son los movimientos financieros que ha hecho bajo su nuevo nombre, cantidades y bancos de destino. Ah, y el saldo en cuenta del que puede disponer. Es urgente.

—Así se hará. Le informaré apenas tenga los datos.

Alexander Skózyrev observaba a su padre desde la ventana, donde se encontraba de pie.

—¿Qué piensas hacer con Nicola Vitale?

—Advertirle que se olvide del dinero.

—¿Y si no acepta?

—Aceptará.

—¿Qué pasará con Shaw?

—Todavía no lo sé. Primero tiene que entregar hasta el último centavo que robó. Comunícame con Vitale, es mejor que hable con él de una vez.

El anciano Konstantin Skózyrev sonrió para sus adentros. Retirado desde años antes de sus habituales labores, pensó que no volvería a hacer uso de su enorme influencia, pero se había dado la ocasión y le divertía encargarse de ello personalmente. Además, era mejor que ciertos asuntos los hiciera él mismo. Su hijo, antes su mano derecha, en esos momentos era la cabeza de la *mafya*. Y el título de zar se lo había ganado a pulso.

Después de unos momentos Alexander indicó:

—Habla por el teléfono blanco.

Levantó el auricular de un teléfono que a simple vista parecía una antigüedad, y lo puso al oído.

—Nico, ¡cuánto tiempo sin hablar contigo! —dijo como saludo, con su reconocible voz de barítono.

—Kosta... *Che sorpresa!* ¿A qué se debe el honor? —respondió el hombre al otro lado de la línea.

—Necesito un pequeño favor.

—Lo que tú digas, amigo.

—¿Conoces a Gerard Shaw?

—*Quel disgraziato?*

—Ese mismo. Ya debes saber que fue él quien se apropió del dinero robado del banco, el que estaba oculto en la Casa Hamilton.

—*Altro ... come lo sai?*

—Yo siempre me entero de todo. Especialmente de lo que me concierne.

—Te concierne, *ma, come ti riguarda?*

—Verás... John Hamilton era íntimo amigo mío. Y yo deseo que su nieto, Francis Hamilton, reciba la herencia que le corresponde.

Se hizo un largo silencio. Alexander escuchaba. La llamada estaba en modo de manos libres, pero a su padre le gustaba mantener el receptor

pegado a la oreja.

—Pero ese trabajo fue hecho por mi gente, Kosta, invertí mucho tiempo y dinero.

—Ya encontraremos el modo de llegar a un acuerdo. Te aseguro que yo no recibiré ni un centavo, es solo un favor que quiero hacer a un viejo amigo difunto.

—Bueno, bueno, no es que a mí me haga falta el dinero, pero negocios son negocios. *Capisci?* Se trata del respeto, mi gente no debería saber que renuncié al dinero tan fácilmente.

—Justamente por eso te ofrezco un trato, además ten en cuenta que soy yo el que está recuperando el dinero que tu gente dejó que desapareciera.

—*È vero. Quelli inutili...*

—¿Qué te parece si te quedas con cinco millones?

—*Cinque milioni!* De cincuenta. ¡Es una miseria!

—Calma Nico... Cinco millones no son nada despreciables. Estoy movilizando a la NSA (Agencia de Seguridad Nacional) y a la INTERPOL para que localicen al tipo, ellos también querrán su parte, ¿comprendes? Y quién sabe qué más surja en este embrollo, es bastante más complicado de lo que crees. Te ofrezco cinco millones porque eres mi amigo, de lo contrario ni siquiera te habría avisado.

—*Cinque milioni...* ¿qué más puedo decir?, *sei mio amico, Kosta. Va bene.*

—Los tendrás pronto. No esperaba menos de ti, Nico.

—Pensaba que estabas retirado, Kosta.

—Lo estoy. Pero este es un asunto personal. *Arrivederci, amico.*

Alexander cortó la comunicación y Kosta sonrió satisfecho.

—Asunto arreglado. A veces creo que Nicola no se ha enterado de que la mafia italiana está en decadencia.

—Lo sabe, pero siempre hay que cuidarse de ella. Siempre.

—No quiero que Yvanna se entere de esto.

—No hace falta que lo digas, padre.

Capítulo 40

Casa Hamilton, 2005

Francis sintió dos toques en la puerta y de inmediato todos sus sentidos se pusieron en alerta. Al ver a Daniel se tranquilizó. Parecía más calmado, tenía todavía el cabello húmedo y se había cambiado de ropa. Se sentó de manera relajada en uno de los sillones y recorrió el enorme cuarto con la vista.

—Hoy será tu noche —dijo en voz baja—. Se acercó al cuadro de Hitler que permanecía tapado con la tela de lona y lo puso sobre una cómoda recostándolo de la pared.

—¿Qué haces...?

—Es por si a Viveka se le ocurre subir por cualquier motivo. Simularemos examinar el cuadro.

—Bien.

Daniel quitó la lona y la figura de Hitler apareció, como en otros muchos retratos, girada hacia la derecha. Esa debió de ser su pose preferida. Vestido de civil, en ese retrato no llegaría a los cuarenta y todavía no se observaban las huellas de la edad, aunque podría deberse a la benevolencia del artista.

—¿Qué te parece la calidad de este cuadro? —inquirió.

Francis se acercó y lo examinó por primera vez con detenimiento.

—Es bastante bueno, aunque nunca ocuparía un lugar entre los grandes.

—¿Por tratarse de quien es?

—No. Porque la técnica es... Mira: si comparamos la película *El resplandor*, de Stanley Kubrick, donde aparece Jack Nicholson, con la serie de televisión que sobre esa historia se hizo en 1997, aunque ambas se basan en la misma novela de Stephen King, el impacto que producen en el espectador es diferente. Igual ocurre con las pinturas. Las he visto mejores, incluso de Hitler. Pero lo que me llama la atención en este cuadro no es eso —dijo Francis mientras extraía una lupa de un maletín.

—¿Qué es lo raro?

—Hubo otra pintura sobre esta, se nota a leguas que fue limpiada y con

una técnica poco cuidadosa —Francis volvió a buscar en su maletín y sacó esta vez una lupa más potente.

—¿Qué ves? —inquirió Daniel movido por la curiosidad.

—No estaré seguro hasta estudiarla con un microestereoscopio, permite observar una imagen en tres dimensiones y es posible observar los pigmentos utilizados por los artistas...

—Ya tendremos tiempo de hablar de eso. Ahora concentrémonos en el plan de esta noche.

—La verdad, Daniel... estoy un poco asustado. ¿Qué sucederá si la gente de ese tal Vitale está siguiendo nuestros pasos?

—No lo creo. En todo caso, estarás protegido.

El móvil de Daniel sonó. Miró la pantalla; era la mujer de Shaw.

—Doctor Kozlowski, encontraron el coche de Gerard, con manchas de sangre en el asiento del conductor y algunas abolladuras. Parece que tenían razón, ¡lo han secuestrado! Si no es algo peor —exclamó angustiada Melissa Shaw.

—¿Sangre?

—Sí, en este momento la policía está en el lugar.

—¿Dónde?

—En los alrededores del lago Morgan. Dicen que no se distinguen huellas de otros vehículos por la lluvia torrencial que cayó hoy.

—Lo lamento, señora Shaw, espero que logren encontrarlo. Es probable que en cualquier momento reciba usted una llamada de los secuestradores, tranquilícese.

—Gracias, doctor, gracias.

—¿Quiere que vaya a su casa?

—No, no se moleste, hay varios policías conmigo esperando alguna comunicación. Lo que me preocupa es la sangre, parece que estos momentos la están analizando para ver si corresponde con la de Gerard.

—Estoy seguro de que en cualquier momento usted recibirá noticias. — Repitió Daniel.

Un sollozo se dejó escuchar mientras la mujer colgaba.

—¿Qué te parece? Encontraron el coche de Shaw. Ese hombre es muy astuto.

—¿Y si de verdad lo secuestraron?

—No lo creo. Él debe de estar en cualquier lugar del mundo con otro

nombre. Si pudo conseguir documentos falsos para Viveka, también pudo hacerlos para él.

Francis notó que ya no se refería a su mujer como «la señora Kozlowski».

—¿Y qué me dices de la sangre?

—Supongo que él la dejó a propósito. No creo que haya tenido un accidente...

—Pobre señora Shaw.

—Desde mi punto de vista, no le conviene tenerlo de vuelta. El hombre es un delincuente. Si aparece, irá directo a la cárcel.

—Cierto, pero el amor hace que esas cosas se dejen de lado.

—En el caso de que ella está enamorada... sí, podría afectarla — comentó Daniel pensativo—. Regresaré por el jardín. No es conveniente que Viveka me vea salir de tu habitación —dijo Daniel y bajó por la entrada al sótano secreto.

Francis siguió contemplando el retrato de Hitler y con un pequeño algodón humedecido con un disolvente suave empezó a limpiar una esquina. Por un momento olvidó todo lo que tendría que hacer dentro unas horas y se concentró en el retrato que estuvo olvidado durante tantos años en el sótano. En todo caso, si había que llevar a cabo una restauración no podía hacerla allí de ninguna manera, tendría que sacar ese cuadro del país y llevarlo a su estudio en donde tenía los instrumentos y materiales necesarios para hacerlo. Temiendo arruinar el retrato, dejó el algodón a un lado y volvió a cubrir el cuadro con la lona.

Capítulo 41

Casa Hamilton. 2005

Como si nada extraordinario fuese a ocurrir en las horas siguientes, Viveka puso la mesa en la cocina. Daniel se abstuvo de probar bocado, previendo cualquier artimaña que lo pusiera a dormir y se limitó a mordisquear el pan untado con mantequilla.

—¿Te sientes mal, cariño? —preguntó ella.

—Hace días que me siento un poco extraño, no me encuentro bien del estómago. Me duele un poco. Iré a acostarme temprano.

—Te llevaré el té en un momento, amor.

—Te lo agradecería. Me disculpas, Francis, debo retirarme. Disfruta la comida.

—Gracias, Daniel. Procura descansar.

Solos en la cocina, Viveka sirvió una taza de té.

—Se la llevaré a Daniel. Enseguida vuelvo.

Como había supuesto, Viveka entró a la habitación con la taza de té. Ya en pijama, echado de espaldas y con los ojos cerrados, Daniel ignoró su presencia. Ella entró al baño y salió. Se sentó en la cama a su lado y le tocó la mejilla.

—Amor... toma tu té. También una pastilla de Buscapina, te calmará el dolor de estómago.

—Esperaré a que se enfríe un poco y la tomaré. Eres un cielo, amor. Ve y termina tu cena. Trataré de dormir.

Viveka le dio un ligero beso en la boca, asintió satisfecha y salió. Un momento después Daniel arrojó el contenido de la taza en el retrete, incluyendo la Buscapina.

Francis tampoco tenía apetito, visiblemente nervioso movía con el tenedor el pastel de carne de un lado a otro. La única que aparentaba estar bien era Viveka. Recogió la mesa, lavó la vajilla y dejó la cocina impoluta.

—Iré a ver si Daniel duerme.

—Yo iré a preparar mis cosas —la secundó Francis.

Ambos subieron las escaleras y se separaron en el pasillo. Daniel dormía profundamente. Viveka se acercó y le alzó un brazo que cayó pesadamente. Lo movió con rudeza y no dio muestras de despertar. Por un momento pensó que tal vez le había administrado demasiadas pastillas. Acercó su rostro al de él y notó que respiraba. Seis le parecieron suficientes para su tamaño y peso, no creía que alguien así pudiera morir por una dosis tan pequeña.

De inmediato fue al cuarto de Francis. Entró sin llamar y lo primero que vio fue el retrato de Hitler apostado en la cómoda.

—¿Qué hace eso ahí?

—Lo puso Daniel, tenía curiosidad por saber si tenía algún valor.

—¿Y lo tiene? —preguntó ella con avidez.

—No lo creo. Es un retrato de tantos que se hicieron, y su calidad es cuestionable.

—Bien. Vamos a por la furgoneta. Tienes que alquilarla tú, a mí podrían reconocerme.

Salieron de la Casa Hamilton en el coche de Francis y llegaron a Poughkeepsie. House Rent a Car era uno de los pocos comercios que todavía estaban iluminados. Francis presentó su licencia de conducir y una tarjeta de crédito. Poco después uno de los empleados lo llevó al estacionamiento.

—El tanque está lleno. Por favor, entréguelo en las mismas condiciones —advirtió dándole las llaves de una furgoneta blanca.

—Gracias. Así lo haré.

—¿No podías haber pedido una de otro color? Es demasiado llamativa —protestó Viveka cuando quedaron a solas.

—Es la única que tenían.

Una vez en la furgoneta, regresó a la Casa Hamilton seguido por Viveka que conducía el deportivo. No advirtieron los dos coches negros que, resguardados por los árboles, esperaban a varios metros de la puerta de la mansión.

Al llegar, Viveka lo tomó de la mano y lo instó a que la siguiera. Entraron al sótano de la cocina y encendió la luz. Se dirigió a un rincón en el que los sacos con legumbres y patatas combinaban perfectamente con otros bultos cubiertos de manera desordenada. Levantó la tela de arpillera desgastada y un poco manchada por el uso y dejó al descubierto maletas de tamaño regular.

—Ayúdame a llevarlas a la furgoneta.

De inmediato Francis hizo lo que le indicaba. Una vez las dos maletas acomodadas en el interior de la furgoneta estacionada en la puerta del garaje, regresaron a la casa. Viveka fue a la biblioteca y abrió un enorme arcón repujado artísticamente en cuero. Lo abrió, quitó unos veinte libros que estaban sobre otras dos maletas, las sacaron y las acomodaron sobre la carretilla. Viveka colocó cuidadosamente los libros en su lugar y regresaron al garaje.

—Todavía faltan seis maletas más —urgió—. Están arriba en las habitaciones.

Francis miró hacia arriba y pensó que Daniel escucharía todo el ruido que estaban haciendo. Había dicho que no tomaría las pastillas.

Francis siguió a Viveka hasta otro de los dormitorios. Abrió un armario empotrado y señaló las maletas arriba.

—Eres más alto, trata de sacarlas.

Las dos maletas de lona estaban a la vista como si siempre hubiesen formado parte del armario. ¿Quién sospecharía que allí estaba el susodicho dinero? Las bajó una a una y entre los dos las llevaron al vestíbulo, y de allí a la cochera.

Las otras cuatro maletas estaban escondidas de manera bastante astuta, dentro de armarios, otras en un vestidor cubierta por ropa blanca, cobertores y edredones. «Uso este cuarto para guardar la lencería, así no tengo que bajar constantemente a buscarla», dijo por toda explicación. Francis supo que Daniel rara vez entraba a esas habitaciones, y si lo hacía no prestaba atención a detalles que para él era insignificantes. Nadie en su sano juicio esperaría encontrar un millón de dólares en cada una de esas maletas.

—Esta pesa menos, porque he ido ingresando dinero en un par de bancos, pero no fue suficiente —aclaró ella, al notar que él la sopesaba sintiendo la diferencia—. Deben quedar ahí unos quinientos mil.

Dos maletas más con los efectos personales de cada uno fueron a dar a la furgoneta más un maletín al que Francis parecía tratar como si fuera una joya. Con Francis al volante se alejaron de la casona. Durante el trayecto ninguno de los dos dijo nada. Viveka estaba ensimismada en lo que tendría que hacer al llegar a Brooklyn. ¿Le convenía seguir con Francis? Él no le inspiraba confianza. Algo en su actitud la advertía de que no era un hombre del que pudiera fiarse. ¿Dejaría que se fuera con los cinco millones prometidos? Si lo atrapaban, con seguridad hablaría y contaría todo. Para

entonces ella esperaba encontrarse fuera del país, pero, ¿y el dinero? Él sabría dónde estaba, podía denunciarla y llevarlos al lugar. ¡Cuánta falta le hacía Gerard! Él sí sabría qué hacer.

Francis trataba de disimular el nerviosismo ocasionado por la trama orquestada por la mujer que tenía al lado. Definitivamente era una loca o algo peor. Le había sido difícil negarse a tener sexo la noche anterior pero lo había logrado, y se negó más que nada por respeto a Daniel. Y tal vez había sido un error, porque a partir de ese momento su actitud cambió. Ya no era para ella el hombre que secundaría sus planes sino un simple peón al que utilizaría mientras lo necesitara. Francis le seguía el juego porque Daniel se lo había pedido, claro que cinco millones, cuatro, o incluso un millón de dólares eran una gran tentación, pero si él se negaba a recibirlos, ella sospecharía de él más de lo que intuía que ya lo hacía. Y no veía la manera de escapar de lo que fuera que Viveka estuviera tramando para inculparlo o para deshacerse de él. Lo único que lo confortaba eran las palabras de Daniel: «En todo caso estarás protegido». Pero ¿acaso podía confiar en las palabras de un hombre despechado? ¡Se había acostado con su mujer, vamos!, ¡y en su propia casa!

Para él, Daniel era un enigma. Y si lo pensaba mejor, la tal Viveka también.

Al girar a la derecha para ingresar a la Taconic State Parkway que los llevaría a la vía de acceso a Brooklyn, preguntó:

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—¿Vendrías conmigo? —preguntó ella a su vez, en lugar de responderle.

—¿Adónde?

—Mi pregunta estuvo mal hecha: ¿me llevarías contigo?

—¿A Pitigliano? Claro que sí. Pero el problema es el dinero. ¿Cómo piensas trasladar tanto dinero en efectivo?

—Lo dejaremos aquí. Mientras cumplamos con el pago de la renta del apartamento no habrá problemas, podemos depositarlo poco a poco y...

—Sabes, Viveka, tener dinero es tan problemático como no tenerlo, al menos de la manera como está este asunto. No es que no desee seguir contigo, pero si nos separamos será más difícil dar con nosotros, ¿no te parece?

—¿Y adónde irás después de que me dejes?

—Aún no lo sé. Probablemente haga lo mismo que tú, alquile un

apartamento y venga de vez en cuando, ¡o qué sé yo! Si deseas puedes quedarte con todo, yo lo estoy haciendo por ayudarte.

—Entonces regresarás a casa y le contarás todo a Daniel, ¿es eso?

—Estoy pensando en regresar, pero no tengo por qué contarle que soy tu cómplice. Podría decirle que me drogaste y no tengo idea de qué sucedió. Es una opción.

Viveka no dijo nada. Su mente no dejaba de funcionar tratando de encontrar la manera de quitarse del camino a Francis. Si había alguien que echaría a perder todo sería él. Antes de tomar la salida de la interestatal al puente Robert F. Kennedy le tocó el brazo.

—Detente aquí.

—¿Aquí es? —preguntó Francis, mirando en derredor. Estaban en plena autopista. Sin embargo, obediente, entró al bordillo y se detuvo.

—Baja.

—Pero... no entiendo.

Los camiones pasaban a esa hora a velocidad, y uno que otro carro aprovechaba para correr sin el tráfico normal. Otro camión cargando enormes tubos de metal pasó al lado haciendo sonar el claxon de manera ensordecedora.

—Lo siento, Francis —gritó Viveka para dejarse escuchar—, puedes sacar la maleta con tus pertenencias y la que está al lado. Es todo lo que puedo hacer por ti. No quiero meterte en más problemas.

Viveka ya se había situado en el lugar del conductor. Francis la miró y recibió la llave que ella le ofreció. Fue a la parte de atrás y solo sacó una valija. La suya. Y su preciado maletín de mano. Cerró la portezuela trasera y vio la mano de ella sobresaliendo de la ventanilla. Se acercó, le entregó la llave y se quedó viendo cómo se alejaba. Poco después un coche negro se detuvo a su lado.

—¿Señor Francis Hamilton?

—Sí —dijo Francis.

Un hombre bajó del coche y cogió la maleta poniéndola en el portaequipaje.

—Si no le importa, prefiero llevarlo yo —dijo Francis refiriéndose al maletín.

—Suba. No se preocupe, estamos de su lado. Tenemos órdenes de devolverlo sano y salvo a la Casa Hamilton.

Dieron la vuelta por la arteria Oeste hacia la carretera Bushwick y poco después estaban de regreso por la Taconic State Parkway. El segundo coche negro que pasó inadvertido para Francis siguió a la furgoneta blanca a la misma distancia prudencial. A las 23:34 vieron que se detenía frente a un pequeño edificio de cuatro plantas. La mujer abrió la parte de atrás de la furgoneta y bajó una carretilla. Dispuso dos maletas una sobre otra y se dirigió a la puerta de entrada, la abrió y entró. Hizo la misma operación cinco veces, mientras los del coche negro se limitaban a observar y hablar por el móvil.

—Creo que ya es la última carga, jefe. ¿Qué hacemos?

—Uno de ustedes entre con ella y fíjense en el número del apartamento. No pierdan de vista a la furgoneta, en algún momento ella saldrá y la dejará abandonada en algún lado.

Cuando Viveka llevaba la carretilla cargada con las últimas tres maletas un hombre sujetó la puerta con la intención de ayudarla.

—Gracias —dijo ella.

—De nada. —Se dirigió hacia la salida y notó que ella abrió la puerta 101 en la planta baja.

Esperó un rato y salió pulsando un botón situado a la izquierda de la puerta de vidrio enrejado. Regresó al coche y pasó la información por el móvil.

—Es ella, la de la foto. Se aloja en el apartamento 101 de la calle Garfield número 304, en Brooklyn. ¿Seguimos aquí?

—Sí. Hasta que les dé nuevas órdenes.

—Como diga, jefe.

Capítulo 42

Casa Hamilton, 2005

De regreso, el coche negro recorrió la rotonda y se detuvo frente a la entrada.

—Disculpe si le hicimos pasar un mal rato, señor Hamilton —dijo el copiloto al tiempo que se apeaba. Abrió el maletero y sacó la valija—. Aquí tiene lo suyo.

—¿Qué le pasará a la señora Kozlowski?

—Estará bien, no se preocupe. Ahora debemos esperar aquí.

—¿Aquí?

—Nos ordenaron quedarnos aquí y esperar instrucciones. Es por su seguridad.

Antes de que Francis tocara la puerta, esta se abrió y apareció Daniel. Había recibido una llamada de Konstantin Skózyrev advirtiéndole de la llegada de los hombres. Vestido con tejanos y una camisa a cuadros, tenía más el aspecto de un leñador que el de un médico cirujano retirado, y más con la barba que se había dejado crecer desde que Francis llegó. Sobrepasaba casi por una cabeza la estatura de los que en ese momento se encontraban frente a él con aspecto de guardaespaldas.

—Adelante —dijo haciendo un ademán con la mano, al tiempo que miraba la hora en el reloj de pulsera—. Son las 3:37, pueden pasar a la cocina y servirse lo que deseen. Permítanme hablar un momento con el señor Hamilton.

Los hombres siguieron el camino que señaló con la mano. Daniel fue al despacho con Francis y después de sentarse, juntó las manos bajo la barbilla apoyándose en el escritorio.

—Cuéntamelo todo.

Francis dio un profundo suspiro. Estar frente a Daniel siempre le daba una sensación de calma, el hombre grande y barbudo de mirada bondadosa le inspiraba una cercanía que jamás tuvo con su padre.

—Tal como planeó Viveka, fuimos a House Rent a Car y alquilé una furgoneta, la traje aquí y empezamos a cargarla con las maletas de lona, las

que contenían el dinero, aunque yo nunca lo vi ni llegué a abrirlas. Dos en el sótano de los comestibles, dos en un armario empotrado de una de las habitaciones de huéspedes, una detrás de un enorme espejo de pie, que hay en otra de las habitaciones, de esos que ocupan espacio suficiente como para ocultar un elefante; dos en un baúl de cuero repujado que debo reconocer es una obra de arte, el preferido de mi abuela, según recuerdo; las demás estaban repartidas en el cuarto de la lencería y en otra habitación, es decir, siempre estuvieron ante nuestras narices y no nos dimos cuenta.

—¿Y después cumplió lo prometido?

—No fue exactamente como planeamos.

—Explícame.

—Cuando le dije que yo no iría con ella y que se quedara con todo el dinero, ¡me dejó en plena autopista!

—Habíamos planeado que le seguirías la corriente en todo, Francis, ¿Por qué te negaste?

—Al principio traté de hacerlo, pero después me asusté, tenía unas ideas enrevesadas, como si no estuviera en sus cabales, hasta quería ir conmigo a Pitigliano, ¡imagínate!

—Creo que trataba de embaucarte para que la siguieras ayudando. Me parece que de todos modos te habría dejado sin blanca.

—Bueno, el caso es que me encontré en medio de la noche abandonado en la autovía, en un lugar para mí desconocido con camiones que pasaban a toda velocidad y sin saber qué hacer... Es difícil encontrar un taxi en una vía rápida a esa hora, y de pronto apareció ese coche negro, con unos desconocidos con aspecto de policías que saben mi nombre y apellido y me invitan a subir. Todavía no me lo creo.

—No te iba abandonar a tu suerte, Francis, te lo dije.

—¿Tú mandaste el coche negro?

—No... y sí. Pero de ninguna manera corrías peligro. Créeme.

—Gracias, Daniel. Después de toda esta aventura, lo único que traje conmigo fue la maleta con mis cosas. —Señaló la valija a su lado—. Viveka dijo que podía quedarme con la que, según ella, contenía unos quinientos mil, pero no quise hacerlo. No puedo, Daniel, yo no soy así. No está en mis genes.

Daniel sonrió al recordar al padre de Francis, Howard Hamilton. Le pareció que la predisposición al robo no debía de transmitirse a través de los genes... Se levantó, dio una palmada en el hombro del joven y se sentó en el

sillón, a su lado.

—Hiciste bien, muy bien en rechazarlos.

—¿Y ahora qué pasará con Viveka y el dinero? Me temo que lo eché todo a perder.

—Ya nos enteraremos. ¿Sabes lo que más me duele?

—Creo que sí —respondió Francis, evitando mirarle los ojos. Temía verlo derrumbarse, temía que cayera del pedestal en el que lo había puesto.

—Mientras escuchaba el ruido que ustedes hacían cargando las maletas, en algún momento me ilusioné pensando en que ella entraría y me diría: «Amor, tengo el dinero, quiero que lo compartamos. O, si no, hagamos lo correcto: devolverlo. Estoy dispuesta a todo si sigues conmigo». Pero eso no ocurrió. —No había rastro de rencor en la voz de Daniel, pero sí tristeza—. Entonces supe que yo, el que se creía más inteligente que la mayoría y pensaba que tenía la vida resuelta junto a una mujer que me cuidaría al llegar a anciano, en realidad era un completo idiota. Y se puede ser viejo, pero no un viejo idiota. No sabes lo que sentí al oír arrancar el motor y alejarse. No puedes saberlo...

Francis miraba al suelo. No quería ver el sufrimiento reflejado en el rostro de su amigo. Él no sabía lo que se sentía al escuchar ese sonido al que se refería Daniel, pero sintió que la pena inundaba su ser. Y que las lágrimas rodaban por sus mejillas. Apreció su mano al palmearle la espalda consolándolo, y lo admiró más. Ya no salieron más palabras de su boca, ¿para qué? Eran inútiles. Nada de lo que dijera cambiaría las cosas, el mundo era así y había que aceptarlo. O te sumas o luchas contra él. Y había elegido estar del lado de los justos.

Daniel recordó la primera noche en la buhardilla de Bendahan, en un país extraño con más ilusiones de las que era capaz de albergar un muchacho maltratado por la vida. El sonido de otro motor perdiéndose en la lejanía fue un momento sublime. En su Varsovia lejana, aquel mismo ruido lo había devuelto a una realidad que le prometía un gran futuro. Pero esta vez, solo anunciaba el fracaso.

—Ve a descansar, Francis —dijo Daniel cargando la maleta consigo como la primera vez hasta la planta alta.

Lo acompañó a su habitación, salió y cerró la puerta. Se dirigió a la cocina, donde los tres hombres sentados a la mesa redonda detuvieron su charla para mirarlo.

—Señor Kozlowski, tenemos órdenes de no dejar la casa hasta que el señor Konstantin nos lo diga.

—Por mí está bien, hay espacio suficiente. Si quieren pueden ocupar las habitaciones de arriba.

—Gracias, señor. Si tuviera una con dos camas... Debemos permanecer juntos. Uno de nosotros hará la guardia.

—Arriba hay varias, elijan la que quieran.

Lo siguieron a la planta alta y Daniel abrió una habitación en la que recordaba haber visto dos camas.

—Esta servirá. El baño está al lado. Encontrarán la ropa de cama en los cajones de la cómoda.

Se despidió y fue a su dormitorio a tratar de descansar lo que quedaba hasta el amanecer. Ya en su cuarto, miró por la ventana y vio al tercero de los hombres que vigilaba la casa desde la rotonda, por seguro siguiendo instrucciones de Konstantin. Se alegró de tenerlo de su parte.

Capítulo 43

Hyde Park, Poughkeepsie, 2005
Melissa Shaw

La policía permaneció en casa de los Shaw durante toda la noche sin recibir noticias de los supuestos secuestradores. Una oficial sugirió a Melissa que tomase algún tranquilizante para que al menos durmiera un par de horas, y fue lo que hizo, hasta que una agente la despertó.

—Tenemos malas noticias, señora Shaw.

—¿Lo encontraron? ¿Está herido?

—No lo encontramos, pero la sangre hallada en el coche pertenece a su esposo.

—Dios... lo mataron. ¿Es eso lo que trata de decirme?

—No tenemos ninguna evidencia que nos lleve a esa conclusión. Puede estar herido por haberse resistido, todavía aguardamos a que se comuniquen con nosotros, en este momento el FBI está realizando una auditoría en el banco para saber si falta dinero y si se trata de un robo y lo tienen como rehén.

—Mi pobre Gerard... —Melissa se temía lo peor—. ¿Cree usted que puede haberlo secuestrado alguien del banco?

—No descartamos nada, pero ahora todo está en manos de los federales, nosotros servimos de apoyo, ellos tienen más recursos y con seguridad llegarán al fondo del asunto.

—¿Qué hora es? —preguntó de pronto—. Debo preparar a los chicos para la escuela —dijo Melissa alisándose la ropa. Había dormido con la ropa puesta.

—No se preocupe, yo misma les prepararé el desayuno.

—Gracias, voy a lavarme un poco y los llevaré.

—La acompañaré a la escuela —dijo la oficial.

El inspector Logan del Departamento de Policía de Poughkeepsie pasó toda la noche de mal humor en casa de los Shaw, durmiendo a ratos. Después de enviar el coche de Gerard con las abolladuras al depósito de la policía,

había recibido una llamada de atención de uno de los federales por haber removido la escena del crimen antes de que se completara la investigación *in situ*. Él no estaba acostumbrado a que cosas así ocurrieran en Poughkeepsie, lo máximo que había sucedido fue el robo al banco hacía tres años o algo más, del que, por cierto, jamás pudo esclarecerse nada. ¿Qué escena del crimen?, se preguntaba. Y cuanto más pensaba en el asunto, tomando el desagradable café negro que uno de sus subordinados le preparó en la cocina de los Shaw, más se iba aclarando su mente. Sacó su móvil y llamó al agente del FBI William Thomas. No estaba seguro de si una cosa tenía que ver con la otra, pero no pasaría otra vez por inepto.

—¿William Thomas?, habla el inspector Logan, del Departamento de...

—Sí, ya sé quién es usted. Dígame, ¿hay algún indicio del desaparecido? —lo interrumpió bruscamente.

—No sé si sea un indicio, pero recuerdo que hace unos tres años la agencia del Chase Bank donde el señor Shaw trabaja fue objeto de un robo. Gerard Shaw ha sido el gerente desde hace unos diez años, de manera que lo era cuando el robo ocurrió.

—¿Y quiénes fueron los culpables?

Logan carraspeó antes de responder.

—Nunca pudimos dar con los ladrones, todo fue tan bien perpetrado que...

—¿Y se cerró el caso sin más? ¿Sabe al menos qué robaron, quiénes fueron los perjudicados? ¿Tampoco investigó ninguna compañía de seguros?

—Pues, mire usted, según dijo el señor Shaw entonces, se llevaron el contenido de una caja de seguridad que había pertenecido al difunto John Hamilton, y además diez millones en efectivo, de la caja fuerte de la sucursal.

William Thomas empezó a resoplar y Logan escuchó con claridad su respiración a través de la línea.

—Voy para el banco de inmediato. Y quiero verlo a usted allá cuando llegue.

Logan presintió que habría problemas.

Salió de la Casa Hamilton y fue en dirección al Chase Bank. Estaba seguro de que la desaparición del gerente tenía mucho que ver con el robo al banco. Tal vez el plan fue ideado por el propio Shaw y el secuestro era un ajuste de cuentas. La sangre del auto no presagiaba nada bueno. De pronto se acordó del hombrón llamado Daniel Kozlowski. ¿Por qué estaría buscando a

Shaw precisamente cuando había desaparecido?

Necesitaba tomar un buen café. Tenía el estómago vacío y aprovecharía para comer algún sándwich en el camino. Se dirigió a su lugar preferido, el Nelly's, donde servían unas paellas históricas. Al entrar saludó a la dueña que detrás del mostrador parloteaba como siempre. A esa hora solo servían desayunos y él pidió un especial. Ese día consistía en huevos, jamón ahumado, rebanadas de pan con guacamole y jugo de piña.

—Hola, guapo —saludó la española—. ¿Tu mujer te echó de casa? Traes una facha... —bromeó.

—Ni lo digas, Nela. No he dormido en casa esta noche.

—Es por el secuestro, ¿no?

A Logan siempre le había asombrado la velocidad con la que se propagaban las noticias en Poughkeepsie. Y no era precisamente una aldea. La ciudad era lo suficientemente grande como para que hubiera gente con la que nunca se había topado, pero el banco quedaba bastante cerca y probablemente...

—¿Quién te lo dijo?

—Todo el mundo lo sabe, cariño, con esa foto por todos lados.

—Sí, parece que ha desaparecido un empleado.

—Pues te voy a decir una cosa: se me hace que esos de la Casa Hamilton tienen algo que decir. El viejo y también ese joven que llegó hace poco.

—¿Por qué lo dices?

—Estuvieron hace unas noches los tres aquí.

—¿Qué tres?

—¡Ah, mira que eres despistado! ¿De quiénes estamos hablando? ¡De Shaw y de los otros dos!, ¿no? Vinieron y se sentaron en esa mesa. —Señaló la del rincón—. Estuvieron hablando un buen rato y Shaw tenía una cara de susto... No consumieron nada, pero cuando se fueron el grandote dejó una buena propina.

Logan la miró como si le hubiera dicho el número ganador de la lotería.

—¿Escuchaste de qué hablaban?

—¡No!, claro que no. No me gusta cotillear, lo sabes bien.

—Ya, ya...

Logan comió el plato a toda velocidad, tomó el jugo de un solo trago y se llevó el vaso de café con él. Debía hablar con William Thomas cuanto

antes.

—Adiós, Nela, ¡gracias!

Cuando llegó al banco, Thomas ya estaba sentado al escritorio de Shaw.

—Traigo noticias —anunció Logan. Thomas esperó en silencio a que el otro continuara—. Un testigo dice que el actual residente de la Casa Hamilton y el nieto de los difuntos propietarios tuvieron una conversación con Shaw hace unas noches en un restaurante cerca de aquí. Shaw parecía atemorizado. Creo que esos dos tienen que ver con su desaparición porque, además, dicen estar muy interesados en saber dónde se encuentra, incluso acompañaron a la señora Shaw a hacer la denuncia. A mí me pareció extraño, pero la mujer se mostró tan amistosa con ellos que pensé que solo eran amables.

—¿Por qué no me dijo nada de esto antes?

—De lo del restaurante, me acabo de enterar. Y sobre lo otro, no pensé que fuera importante hasta que supe lo del restaurante.

—No existen casualidades, Logan, es lo primero que enseñan en la escuela de policía. Tengo que hablar con esa gente.

—Lo llevaré a la casa, no está muy lejos.

Salieron bajo la mirada escéptica de la secretaria. No le había gustado nada la forma en que se había presentado el agente federal, un presuntuoso que trataba a todos como si fuesen sus empleados, y peor al pobre Logan. Tomó el teléfono y marcó el número de Kozlowski.

—¿Señor Kozlowski?, le habla Mary, la secretaria del señor Shaw. Llamo para informarle de que un agente federal y el inspector Logan van para su casa porque sospechan que usted tiene algo que ver con el secuestro del gerente. Sé que no es así, por eso le aviso, para que esté prevenido.

—Muchas gracias, señorita Mary, los recibiré, no se preocupe —respondió Daniel, al tiempo que se dirigía a la cocina donde estaban los guardaespaldas.

—Vienen hacia aquí el FBI y el inspector de policía.

Se miraron entre sí y se pusieron las chaquetas.

—Nos vamos. No es bueno que nos vean aquí, podría echarse todo a perder. Volveremos cuando se hayan ido.

Los hombres salieron apresuradamente por la puerta de la cocina y Daniel fue al cuarto de Francis para ponerlo al corriente y darle instrucciones.

—Si te preguntan por Viveka, no les digas que fuiste con ella. Solo les

diremos que está en Nueva York, de compras. Lo más probable es que asocien su desaparición con la de Shaw.

—Pero si investigan, se enterarán de que yo alquilé una furgoneta... ¡El FBI, Dios mío, en qué lío me he metido!

—Tranquilo, Francis, pon tu mejor cara de inglés y no te amilanes. No te sucederá nada, te lo garantizo —dijo Daniel, aparentando una seguridad que empezaba a esfumarse—. Y no olvides decir que estás aquí porque eres el heredero de esta casa. Es la única forma en que puedes justificar tu presencia.

Capítulo 44

Casa Hamilton, 2005

Los tres hombres subieron al coche negro y desaparecieron cinco minutos antes de que llegara William Thomas con el inspector Logan. Daniel limpió y recogió la mesa donde los guardaespaldas habían cenado y se aseguró de que la cocina estaba en orden.

—Deberías quitar de en medio el retrato de Hitler —dijo acordándose del cuadro. No estaba seguro de que tuvieran una orden de registro y, por si acaso, era preferible dejar al Führer fuera de la vista.

Francis fue a su habitación y lo metió en el armario.

Al escuchar el timbre, Daniel abrió la puerta y se encontró con un hombre alto, delgado pero de buena complexión, de cabello rubio cortado a cepillo, con traje y corbata. Todo un representante federal. A su lado, Logan lucía más desgarrado que de costumbre.

—¿Señor Daniel Kozlowski?

—El mismo. Buenos días, señor...

—Thomas, agente William Thomas, del FBI.

—¿Qué tal, inspector Logan? ¿En qué puedo servirles?

—¿Podríamos pasar?

—Por supuesto. Adelante.

Daniel los condujo al salón inmediato al vestíbulo y les ofreció asiento.

—Como usted sabe, el señor Gerard Shaw desapareció hace dos días —dijo Thomas—. Su coche fue encontrado con abolladuras y rastros de sangre en el asiento del conductor, que se ha confirmado es suya. Sabemos que usted y otro hombre hablaron con él en un restaurante pocos días antes de que desapareciera, y que ustedes han preguntado por él en el banco recientemente. ¿Cuál es su interés en hablar con el señor Shaw?

Era lo que Daniel menos esperaba. Sin embargo se mantuvo sereno y explicó:

—Firmé un contrato por el usufructo de esta casa hace un año. El señor Shaw me aseguró que podría hacer uso de ella durante los próximos veinte

años sin interferencia de posibles herederos, porque no los había. Pero hace poco más de una semana se presentó aquí el nieto del difunto señor John Hamilton y dijo que esta casa le pertenecía. —Daniel echó un vistazo hacia el vestíbulo como si esperara ver aparecer a Francis y prosiguió—. Como comprenderá, es un problema que he de arreglar con el señor Shaw, por eso lo buscaba ayer y por eso nos reunimos en ese restaurante.

—¿Y no podrían haberlo hablado en el banco?

—Ya había cerrado la oficina y Francis Hamilton insistió en vernos con él sin demora. Gerard accedió y nos reunimos en el Nelly's. Cuando conozca al joven Hamilton se dará cuenta de lo persuasivo que es.

—¿Dónde se encuentra?

—En su habitación, supongo. Le ofrecí alojamiento como muestra de buena fe.

Thomas miró a Daniel con un atisbo de desconfianza.

—¿Puede pedirle que venga, por favor? También me gustaría ver el contrato, si lo tiene aquí.

—Claro que lo tengo aquí, hace unos días que es mi mayor preocupación.

Daniel se puso de pie y fue al despacho, luego subió a decirle a Francis que lo acompañara al salón.

Cuando ambos regresaron, Francis Hamilton, se dirigió al inspector Logan y lo saludó.

—Buenos días, señor Logan, ¡qué agradable sorpresa!, y usted debe de ser...

—William Thomas, agente federal —se presentó.

—Encantado, señor Thomas —saludó Francis extendiéndole la mano—. Mi anfitrión, el señor Kozlowski, me informa de que desean hablar conmigo. Díganme en qué puedo serles útil —añadió, con ironía.

Daniel lo miraba estupefacto. Extendió el contrato y Thomas lo recibió.

—Sabemos que tuvo una reunión con el señor Gerard Shaw en un restaurante.

—Yo se lo expliqué —dijo Daniel dirigiéndose a Francis—, por el asunto del usufructo al que no quieres dar validez...

Thomas hizo un gesto de desagrado por la interrupción y se dirigió a Francis, quien en ese momento tomaba asiento.

—¿Es usted el heredero de John Hamilton? Tengo entendido que esta

casa la administraba el abogado porque su padre fue desheredado.

—Usted lo ha dicho. Mi padre fue desheredado, yo no. Yo soy el nieto, y según la ley norteamericana esta casa con todo lo que contiene, y el terreno, me pertenecen por derecho de herencia. Aunque las leyes de cada estado son diferentes, tienen, sin embargo, muchas similitudes, y están generalmente basadas en el Common Law de Inglaterra. En relación con el estado de Nueva York, sus leyes se encuentran codificadas en los Estados, Poderes y Fideicomisos (EPTL, por sus siglas en inglés) y la Ley de Procedimiento Judicial (SCPA) de Subrogaciones.

Daniel hizo un gesto alzando los ojos que equivalía a: «He dicho».

—¿Es usted abogado? —preguntó Thomas.

—Por supuesto. Graduado con honores en la universidad de Bournemouth, del Reino Unido, país del cual se tomaron los fundamentos de derecho sucesorio norteamericano, con ligeras variantes.

—Pero según este contrato usted podrá ser el propietario, pero no tendrá derecho a ocupar la propiedad sino hasta dentro de diecinueve años.

—Este contrato lo firman el banco por un lado y el señor Kozlowski por otro. Ninguna de las dos partes tiene la propiedad ni derecho alguno sobre esta casa. Por tanto, el contrato es nulo desde su origen. Como ustedes comprenderán, una entidad bancaria no puede apropiarse sin más de una casa, ni disponer de ella. No comprendo cómo el señor Gerard Shaw se prestó a esa ilegalidad.

Francis hablaba como si estuviera dictando cátedra a unos alumnos. Cruzó las piernas y tamborileó los dedos sobre el brazo del sillón con cierta impaciencia.

Thomas examinó el contrato sin saber a qué atenerse. Logan lo miraba un poco desconcertado.

—Así que usted es inglés...

—Soy norteamericano, nací en esta casa precisamente, atendido, según mi madre, por una matrona. Cosas de la abuela. Tengo las dos nacionalidades.

—¿Podría mostrarme su identificación?

Francis le alargó el pasaporte británico que extrajo del bolsillo interno de su chaqueta a cuadros príncipe de Gales.

Después de examinarlo y verificar que la foto coincidiera con él, se lo devolvió.

—El caso es el siguiente: hace tres años hubo un robo en el Chase Bank. Su abuelo, el señor John Hamilton, guardaba en efectivo la cantidad de diez millones de dólares. En ese robo desapareció exactamente esa cantidad, además del contenido de una caja de seguridad, solo una, probablemente con bonos, acciones, quizá joyas, ese tipo de cosas que se suele guardar... Era la caja de su abuelo.

—¡Caramba!, entonces soy más rico de lo que pensaba. Supongo que el banco tendrá que responder por el depósito de esa cantidad en cuenta y por el robo de la caja de seguridad de la que era responsable. Exijo que se inicie una investigación, por supuesto si no se ha hecho ya, de lo cual estoy seguro, ¿verdad, inspector Logan?

—Bueno... En realidad nunca se supo cómo ni quiénes se llevaron esa fortuna.

—Ya veremos. Por ahora tendré que redactar un nuevo documento en relación con la herencia. No solo me pertenece la casa; también los diez millones de dólares que mi abuelo tiene en el banco.

—Tenía. Él está muerto.

—Pero el dinero sigue estando allí y yo soy el heredero. Si el banco ha sido robado, no es mi problema. Por otra parte, veo que el gerente hizo planes con esta casa. Tal vez elaboró un contrato fraudulento con la idea de engañar al señor Kozlowski con alguna otra argucia legal. No me fío de las maniobras de ese tal Shaw. ¿Y si fuera él quien robó el banco y ahora, al saber que hay un heredero, ha decidido desaparecer y hacerse pasar por muerto?

Thomas y Logan se miraron. Daniel, que disfrutaba de lo lindo, explicó:

—Ya se lo dije, es urgente aclarar la situación con el señor Shaw, no es posible que después de haber invertido tanto en las reparaciones de esta vieja casa, ahora me quede en la calle.

—Vieja no, señor Kozlowski, antigua —corrigió Francis con afectación.

—¿Dónde estaba usted hace dos noches, señor Kozlowski?

—Aquí. En este lugar no hay muchos sitios adonde ir.

—¿Y usted?

—Aquí también, por supuesto.

—¿Podría hablar con la señora Kozlowski?

—No se encuentra en la casa. Salió para Nueva York ayer, debe hacer unas compras que, según parece, son imposibles de conseguir aquí —respondió Daniel.

—¿Cuándo regresará?

—No lo dijo. A veces tarda un par de días.

El agente Thomas trató de disimular una sonrisa suspicaz. Logan ya le había informado de la diferencia de edad de la pareja.

—Creo que ustedes deberían hacer un trabajo más... exhaustivo —dijo Francis, examinándose las uñas de ambas manos, una a una—. Por mi parte, presentaré una demanda en contra del condado por daños y perjuicios. No se debe autorizar lo que no es legal, señores.

—¿Puede hacer eso? —preguntó Logan.

Thomas se alzó de hombros.

—Es asunto suyo. Lo que a nosotros nos interesa es el paradero de Gerard Shaw. Si recuerda algo más de él, por favor llámeme —dijo, extendiéndole una tarjeta a Francis.

—¿Algo más? ¿Le parece poco lo que le he contado? Un estafador...

—No se preocupe, agente, yo le llamaré si surge algo que haya pasado por alto —intervino Daniel. Los acompañó hasta la puerta y añadió en voz baja—: Este Hamilton es de veras una cruz en mi camino, señores.

Los policías no dijeron nada y se fueron.

Una vez dentro del coche, Thomas miró la casa, la rotonda, la magnífica entrada flanqueada por árboles frondosos y dijo:

—Menudo lío tenía armado Shaw. Cada vez me convenzo más de que él está detrás de este enredo.

—Lo conocemos desde hace años y parecía tan buena persona... Un poco mujeriego, sí, pero ¡quién no!

—Tendré que hacer un informe de todo esto. ¿No te parece raro que la mujer de Kozlowski haya ido a Nueva York precisamente ayer?

—Y qué mujer... Guapa, muy guapa.

—¿Mujeriego, dices? —preguntó Thomas recordando la frase del inspector.

—Sí, no era un santo.

—¿Qué edad tiene la mujer de Kozlowski?

—Debe ir por los cuarenta y pocos, pero muy bien llevados.

Thomas marcó el número de Daniel.

—Señor Kozlowski, ¿puede decirnos dónde se aloja su esposa en Nueva York?

—No tengo la menor idea. Ella va y viene, y a veces se queda en algún

hotel, no tenemos casa allá.

—¿Hay algún teléfono dónde pueda encontrarla?

—Claro. Anote.

Poco después, Thomas llamaba infructuosamente a Viveka Kozlowski. «El terminal está desconectado o fuera de cobertura», escuchó una y otra vez.

—Debe de estar disfrutando a tope su día de compras —comentó con sarcasmo.

Capítulo 45

Casa Hamilton, 2005

—Pero ¿qué es eso de la Common Law de Inglaterra y el montón de palabrejas que citaste? —Daniel parecía divertido.

—Dije lo primero que me vino a la cabeza, no sé si lo creyeron o no, pero traté de ser convincente.

—Estuviste magnífico, Francis, hasta yo quedé impresionado.

—¿Por qué les dijiste que nos habíamos reunido con Shaw en el restaurante?

—Ellos ya lo sabían, para mí también fue una sorpresa.

—Jamás había estado tan nervioso, mentirle a un agente federal y a un inspector de policía no es lo más corriente. Ahora resulta que estoy aquí para recuperar la casa, cuando solo vine por un simple encargo de papá... Necesito un trago.

—Vamos, también yo lo necesito.

Sentados a la mesa de la cocina, cada uno tenía la mente en sus propias inquietudes. Para Daniel era raro tener un vaso de vodka polaca —la mejor, según Konstantin— en la mano a la hora del desayuno. Pero se sentía insólitamente desamparado. Después de vivir durante muchos años siempre al lado de una mujer, primero con Yvanna, quien lo había acostumbrado a seguir sus directrices, desde qué ropa interior ponerse a cómo llevar el corte de cabello, y después con Viveka, que con su manera modosa sugería, más que imponía, sus condiciones de vida, se dio cuenta de que sencillamente era un inútil sin alguien que se hiciera cargo de él y de sus necesidades básicas, como la preparación de una simple taza de café. Mientras estuvo en casa de Bendahan, era Xía quien sin objeción se encargaba de todo lo referente a él, y cuando vivió solo en un apartamento por unos años antes de casarse con Yvanna, nunca pudo ordenar su existencia de la manera como logran hacerlo las mujeres. Era un lugar adonde acudía a dormir y pasaba horas estudiando a solas con espacio suficiente para practicar artes marciales: un salón absolutamente desnudo excepto por el tatami de ocho piezas por ocho que

cubría gran parte del suelo. Comía siempre fuera, un provecho que obtenía del restaurante donde trabajaba en horas de la noche, empleo que después cambió por el de portero de un club nocturno donde ganaba el doble y también el respeto de los que osaban causar problemas. Su sola presencia los hacía salir sin ofrecer resistencia. Fue una época en la que su meta era llegar a ser neurocirujano y no había cabida para más, excepto para las artes marciales que Xía le había recomendado practicar para ayudarlo a drenar su energía dirigiéndola hacia su mente. Lo que al comienzo le parecieron simples cuentos chinos, al pasar de los años se tradujo en una mejor manera de concentrarse, obtener calma y serenidad ante las más complicadas operaciones quirúrgicas y en cualquier situación que se presentara en su vida, incluyendo las amorosas. Su físico resistente por naturaleza aprendió a sacar partido de sus ventajas. Se especializó en el *Zhìmìng de gōngjí hé jízhōng* —Ataque Mortal y Concentración—, una modalidad china poco conocida. La aprendió directamente de un maestro, pariente de Xía, y supo transmitir toda la energía cinética del atacante sobre su objetivo. En pocas palabras, era capaz según su maestro, de desgarrar órganos y matar de un solo golpe. Esos años le dieron seguridad en sí mismo, y aunque era uno de los pocos hombres para los que la palabra «miedo» no tenía significado, el arte del ataque y la defensa personal acrecentó el sentimiento de invencibilidad que en ocasiones le hacía descuidar el peligro. Pero no estaba preparado para sufrir una traición. En ese momento, sentado frente a Francis con el pequeño vaso de vodka en la mano, se preguntaba cuánto más podría confiar en él. Alguien que miente con tanta desenvoltura como lo había hecho ante aquellos dos policías sería capaz de cualquier engaño. Pero ¿acaso no estaba él haciendo lo mismo?

Francis se sintió observado al vaciar de un trago su vaso. No acostumbraba beber y, a diferencia de Daniel, su resistencia al alcohol era mínima. Todavía sentía la adrenalina que se había regado en su cuerpo al hablar con los agentes de la ley. Apenas podía creer lo que había hecho. Necesitaba sentir la aprobación de Daniel más que la de su padre, pero sintió que una sombra oscurecía la relación que empezaba a nacer entre ellos. ¿Cómo pudo acostarse con su mujer? Se lo reprochó. Sabía que habría podido negarse, los irreprimibles deseos sexuales masculinos no eran un pretexto para hacer lo que hizo. Y dos veces. Ojalá de verdad algún día lo perdonase. ¿Dónde estaría Viveka? Si hubiera seguido las instrucciones de Daniel sabría

al menos dónde localizarla, pero el pánico se apoderó de él cuando ella empezó a hacer extraños planes. Algo en esa mujer alertaba a su instinto de conservación; si fuera capaz de aceptarlo, diría que había temido por su vida.

Escucharon el sonido del motor de un coche acercándose y Daniel supuso eran los guardaespaldas. Prefirió tenerlos lejos de allí, pues a su modo de ver estorbaban más de lo que ayudaban. Dado el caso, si al tal Vitale se le ocurría enviar a algún matón, él sabría defenderse. Al menos era lo que pensaba, a veces se le olvidaba la edad que tenía.

Uno de ellos entró por la puerta de la cocina, la que daba al jardín interior y dijo:

—Sabemos dónde está la señora Kozlowski. Esta mañana la vieron dirigirse al aeropuerto La Guardia y tomar un vuelo hacia Panamá, viaja con otro nombre. —El hombre se acercó un poco más a Daniel y subrayó de manera confidencial—: Estuvo hablando por teléfono con Gerard Shaw, localizamos la señal y está en Santiago de Veraguas, una provincia de Panamá. Las conversaciones sugieren que él también está bajo otro nombre. Uno de los nuestros viajó en el mismo avión. Lamento darle esta noticia, señor.

—Está bien —dijo Daniel sintiéndose avergonzado. Imaginó que el hombre lo vería como un viejo verde al que le clavaron los cuernos después de dejarlo en la ruina.

—El señor Skósyrev prefiere que por ahora no lo sepan los federales, que ellos hagan su trabajo. Y quiere hablar con usted, cuando esté disponible —dijo el hombre y le entregó un móvil.

Daniel asintió y dejó a Francis con ellos en la cocina mientras subía a la intimidad de su alcoba con el móvil en el que había un número premarcado.

—Buenos días, Kosta.

—Mi querido Dan, supongo que ya te adelantaron algo. Sé de buena fuente que dentro de muy poco el FBI, la Interpol, la NSA y el NIC estarán tras la pista de nuestro amigo y de la mujer. Los han relacionado con lavado de dinero y terrorismo.

—¿El NIC? ¿Qué son todas esas siglas?

—Los gobiernos tienen una preferencia especial por las siglas, el NIC es el Centro Nacional de Inteligencia, y su objetivo es proteger al país de ataques terroristas desde dentro y fuera de sus fronteras.

—¿Es eso verdad? ¿Shaw colabora con terroristas?

Konstantin soltó una carcajada.

—Claro que no, hombre. Bueno, no puedo asegurarlo, pero no es el caso. Pronto sabrá lo que resulta de ser un asesino y un ladrón, por no mencionar otras cosas.

—¿Y qué le pasará a ella? Sé que viajó a verse con él.

—Eso depende de ti. Si lo deseas puede ir a parar a la cárcel por muchos años, o puede regresar sana y salva contigo.

—Conmigo no. Pero no creo que se merezca un castigo demasiado...

—Esa mujer tiene un historial que ni tú ni yo imaginábamos, lamento recordártelo porque sé que aún sientes algo por ella.

—Por favor, Kosta, ella convivió conmigo, la amé, me ha herido pero no le deseo ningún mal, no me hagas decidir...

—Te entiendo, sé que es difícil. He de hacer un par de llamadas en cuanto me informen de que el dinero que dejó en el apartamento de Brooklyn ha desaparecido.

—¡Un momento! ¿Adónde irá a parar ese dinero?

—A la persona que le corresponde, obviamente el heredero de los Hamilton.

—Primero tendrás que preguntarle si lo quiere.

—Nadie rechaza una cantidad así. Por los bonos del Tesoro y papeles no puedo responder, fueron negociados hace casi un año en Europa. Imagino que esa fortuna estará en alguna cuenta bancaria a nombre de Shaw. De ser así, no podrá explicar de dónde ha salido y lo pillarán con las manos en la masa. A menos que él decida hacer un trato.

—¿Un trato?

—Dan, existen muchas maneras de rebajar condena, una de ellas es decir simplemente la verdad.

—¿Puedo llamarte dentro de unos minutos?

—No desde ese móvil. Mis hombres te darán otro.

—Está bien. Luego te llamo.

Daniel bajó y llevó a Francis al jardín.

—Tengo que hacerte una pregunta.

—Tú dirás.

—Hay gente vigilando el apartamento donde fue Viveka. Ella dejó allí el dinero y fue a Panamá a reunirse con Gerard Shaw.

—¿Con Shaw? Ese miserable... No sabes cuánto lo siento, Daniel.

—Olvídate de eso y dime: ¿te gustaría recuperar los diez millones de dólares que se llevó Viveka?

Francis quedó sorprendido por la pregunta. Imaginaba que ese dinero se había perdido definitivamente. Tras unos segundos, respondió:

—Me encantaría tener esos diez millones, pero no de esa forma, Daniel. Así no. Sé que mi padre tiene razón al decir que le pertenecen, pero no es verdad, cada uno debe hacer su propia fortuna.

—Tengo un buen amigo que no piensa lo mismo y considera sagradas las herencias, pero es tu decisión. ¿Lo has pensado bien?

—Sí, Daniel. Regresaré a Pitigliano y me dedicaré a lo mío. Algún día llegaré a tener la galería en Roma, pero a mi manera.

—En ese caso... no hay más que decir.

Regresaron a la cocina y uno de los hombres le alcanzó un teléfono móvil.

—Aquí tiene. El señor Skósyrev espera su llamada.

Daniel recibió el aparato y regresó al jardín, esta vez dejó que lo acompañara Francis. Se fijó en el número. Era diferente.

—Tengo la respuesta, Kosta. Francis Hamilton no desea el dinero.

—¿Seguro?

—Seguro —respondió Daniel mirando a Francis, quien apretaba los labios y parecía ensimismado en los matorrales tras los que se escondía la entrada al sótano.

—Está bien. Daré orden para que todo quede allí para cuando llegue la caballería —dijo Konstantin refiriéndose a la gente de las siglas—. Los dos pájaros ya están localizados y estarán de vuelta a más tardar mañana.

—¿Los hombres que enviaste seguirán aquí? No creo que hagan falta.

—Será mejor que se queden por ahí hasta nueva orden. Vitale tendrá un problema, se lo advertí pero no me hizo caso —dijo Konstantin con una voz que daba cuenta de que parecía disfrutarlo.

—Gracias, Kosta.

—Nada que agradecer. Lo siento por ti. Habría querido que las cosas fuesen diferentes. Tengo que colgar, no conviene alargar mucho las llamadas...

Francis movía con la punta de su elegante calzado las piedrecillas que rodeaban un parterre. Daniel le puso una mano en el hombro.

—Estoy orgulloso de ti. Es lo que yo habría hecho, de estar en tu lugar.

—Yo no estoy orgulloso de lo que hice. Me siento avergonzado.

—No pienses más en eso. Voy a pedir comida para todos.

—¿No levantará sospechas que pidas tanta comida? Somos cinco personas, y parece que en este lugar se enteran de todo.

—Cierto.

—Mi novia me enseñó algunas cosas y sé arreglármelas en la cocina cuando es necesario. Y supongo que tendré alguna ayuda de los que están aquí.

Daniel elevó las manos enseñando las palmas.

—Puedo hacer cualquier cosa menos cocinar. En eso soy un cero a la izquierda, aunque espero aprender algún día. Nunca es tarde.

Una hora después estaban sentados a la mesa mientras Francis fungía de chef. A uno le había tocado pelar patatas, a otros lavar las verduras, pero el resultado era una comida bastante pasable. Ensalada de verduras y chuletas con patatas cocidas, todo en una exagerada cantidad, en una enorme bandeja que Daniel jamás había visto que Viveka usara excepto para servir el té y las famosas galletas. Él había perdido el apetito, se limitó a mordisquear la ensalada y tomó una taza de café.

Capítulo 46

Brooklyn, Nueva York, 2005

Los hombres enviados por Skózyrev seguían vigilando desde el vehículo estacionado varios metros antes del edificio en el que estaba el apartamento que había alquilado Viveka. Después de recibir la llamada de su jefe, cuando ya iban a retirarse, vieron que a unos diez metros de ellos, frente al edificio, aparcaba una camioneta. Bajaron cuatro hombres y fueron directamente al 304 de la calle Garfield. No parecían pertenecer a ningún organismo oficial.

El hombre de Skózyrev al volante, jefe del grupo, tuvo la intuición de que algo iba a suceder en el apartamento que vigilaban. Dio orden de bajar del coche y dispersarse, para que no llamara la atención el estar varios hombres dentro de un mismo vehículo estacionado. Su intuición no se equivocó. Al cabo de dos minutos llegaron dos monovolúmenes negros. En ambos se veían con claridad las siglas del FBI. De uno de ellos se apeó un hombre alto de cabello rubio cortado a cepillo que parecía ser el jefe, seguido por varios hombres armados; todos llevaban chalecos a prueba de balas y fueron al mismo edificio donde entraron los hombres que llegaron antes. Al cabo de unos minutos salieron llevando a los primeros cuatro hombres esposados. Los condujeron a uno de los monovolúmenes, donde otros agentes se hicieron cargo de ellos. Más agentes salieron poco después, con las diez maletas, que introdujeron en el segundo monovolumen y se retiraron del lugar. Todo había sucedido en pocos minutos y sin disparar un solo tiro. Casi inmediatamente apareció otro auto del FBI del que se apeó un equipo de gente vestida con blancos monos de plástico desechables, guantes de nitrilo y varios maletines. Era obvio que se trataba de un equipo para la investigación de la escena de un delito.

Poco después Skózyrev estaba enterado de lo sucedido. No fue una sorpresa, él mismo había informado a su mejor contacto del FBI. Los detenidos eran los hombres de Vitale.

Al cabo de una hora, el último coche de los federales dejó la calle Garfield, que quedó tan tranquila como siempre estuvo.

Los hombres de Konstantin fueron los últimos en marchar.

Aquella tarde Vitale llamó a Skózyrev, quien respondió tajante:

—Te lo advertí, Nicola. No puedo hacer nada, y ni por un momento se te ocurra actuar en contra de mis protegidos.

—¿Protegidos? *Ora hai due protetti?* ¿Quiénes son?

—Son Francis Hamilton y Daniel Kozlowski. Por tu bien, no lo olvides. *Se non segui il mio consiglio, questo ti appesantirà.*

Llevaron a los cuatro mafiosos detenidos al cuartel del FBI en Federal Plaza de Tribeca, directamente al departamento contra el crimen organizado, mientras en Servicios de Información de Justicia Criminal —el CJIS— buscaban los antecedentes de los sujetos a través de sus huellas dactilares.

Viveka voló hasta el aeropuerto de Tocumen, en Panamá, donde desembarcó para reunirse con Gerard. En la aduana, la Interpol, avisada del nombre que usaba —Victoria Gensen—, la estaba esperando. Poco después dieron con Gerard Shaw. La Interpol, con la ayuda de las autoridades locales, lo detuvo por fraude, robo y como sospechoso del asesinato de una ciudadana venezolana en los Estados Unidos. Se confiscaron sus cuatro cuentas bancarias, un enorme ático en la avenida Balboa y la lujosa casa en Santiago de Veraguas donde lo encontraron. De inmediato, el Centro Nacional de Inteligencia contactó con el agente Thomas, quien había dirigido la operación, para informarle de la captura de Gerard Shaw y la señora Kozlowski. Para alivio de las autoridades norteamericanas, sorprendentemente, el gobierno panameño no puso inconveniente a la extradición del acusado ni al embargo de sus bienes. El encuentro de Viveka y Gerard fue a través de los vidrios de un pasillo, a las cuatro horas de haber llegado ella al aeropuerto. Los mantuvieron separados, por orden del agente Thomas para evitar el intercambio de información.

De regreso a los Estados Unidos, los llevaron a las oficinas del FBI en Tribeca, donde se encontraba detenida la gente de Vitale. Furioso al enterarse, el italiano dio orden a dos de sus matones para que secuestraran a Daniel Kozlowski. Estaba seguro de que era el cabecilla del robo y había utilizado a su mujer en complicidad con Gerard Shaw.

Capítulo 47

Casa Hamilton

—Señor Kozlowski, hemos recibido órdenes de retirarnos, los implicados están bajo arresto policial y ya no hacemos falta aquí. El señor Vitale tiene otros problemas que resolver, y ustedes ya no corren peligro.

—¿Se puede saber cuál era el peligro al que hemos estado expuestos?

—Usted en particular, tal vez a lo peor, viniendo de esa gente. —El rostro de Daniel se ensombreció. El hombre de Skózyrev lo interpretó como preocupación y agregó—: Procuraremos mantenernos cerca. Pero hemos de salir de aquí, lo más probable es que regresen los federales para iniciar una investigación exhaustiva, dado que su esposa ha hecho declaraciones que comprometen a esta casa, al igual que Gerard Shaw. Nos quedaremos en algún motel cercano. Si tiene problemas, llámenos a este número —dijo, entregándole una tarjeta.

Francis ponía orden en el desastre dejado en la cocina, no obstante estaba atento a lo que decía el guardaespaldas. Era importante que no quedaran vestigios de la presencia de esa gente, si no querían recibir preguntas incómodas. Como incómodo sería que encontrarán sus propias huellas en las maletas llenas de dinero que había recuperado el FBI. Pero sobre eso ya no podía hacer nada.

—Daniel, creo que debo regresar a mis predios —dijo con pesar, como si lo lamentara. Y era así. No le parecía buen momento para dejarlo solo, pero se sentía en peligro.

—Mira, hijo..., si lo deseas puedes irte. Pero ten en cuenta que, dondequiera que te escondas, si la gente del Centro Nacional de Inteligencia cree que tienes algo que ver con el dinero piensa que se trata de una operación de terrorismo, y parece que recibieron un chivatazo en ese sentido, te encontrarán.

—Sé que estoy en un lío. ¿Y qué puedo hacer?

—Sería mejor que te quedaras y te mantuvieras en tu papel: un pretendido heredero que lucha por los derechos sobre su herencia.

—A ver qué habrá declarado Viveka... Si me implica en el robo, eso no dará resultado. Y mis huellas están en las maletas de dinero.

—Confía en mí. Sé que todo saldrá bien —afirmó Daniel—. ¿Sabías que el verdadero nombre de Viveka es Victoria? Victoria Gensen —dijo Daniel con amargura.

Francis le puso una mano en el hombro.

—Estaré arriba por si me necesitas, Daniel. —Fue casi un susurro. Y fue a su habitación.

El sol irradiaba un tono magenta combinado con moribundos rayos de color naranja en el horizonte de la Casa Hamilton. Un lugar en el que Daniel pensó pasar los años más tranquilos de su vida pero en el que habían surgido eventos, unos tras otros, que dieron tal vuelco a la situación que se sentía aturdido. No quería pensar más en ello. De pie en el centro del jardín frente a los dichosos macizos de flores sin sentido que tanto lo habían perturbado al mudarse a esa casa, trataba de seguir el consejo del anciano pariente de Xía: «Cierra los ojos y no pienses. Solo siente. Siente tu corazón, siente la sangre correr por tus venas, siente el aire entrar en tus pulmones, siente a la hormiga caminar sobre tu piel, la ligera corriente de aire que dejan las aves al volar o los insectos alrededor de ti. Solo así podrás actuar. De eso se trata. De la velocidad de tus reflejos». Y allí estaba él, tratando de sentir, de oler, de respirar y de latir.

Desde la ventana de su dormitorio, Francis observaba con fascinación las anchas espaldas inmóviles de Daniel. Parecía una estatua que formara parte del jardín. Ya la oscuridad se había apoderado de aquella tarde de estío, apenas iluminada por las farolas que daban un aspecto opulento a ese jardín de estilo italiano que su abuelo reprodujera hacía ya tantos años, y en la que, para su tranquilidad, no había transcurrido absolutamente nada desde la partida de los guardaespaldas. El sosiego que se respiraba en ese lugar tan lejos de su añorado Pitigliano le producía un sopor que por momentos lograba hacerle olvidar los angustiosos momentos vividos solo horas antes. De pronto le pareció distinguir una sombra, moviéndose con rapidez en el jardín.

Antes de que ocurriera, Daniel supo que unos pasos se acercaban. No eran los de Francis. Los podría identificar entre miles. Eran dos juegos de pasos que trataban de caminar con sigilo. No podían ser los hombres del FBI, ni los de Skósyrev, pues no oyó el ruido de ningún auto acercándose a la

casa. Antes de que la sombra lo atacase por la espalda actuó de manera automática sin perder un segundo en pensar. Lo tenía interiorizado en sus reflejos. Uno de los hombres cayó a unos cuantos metros impulsados por una patada de talón, retorciéndose por el dolor en los testículos. El revólver que llevaba fue a parar al suelo, a pocos metros de él. Al mismo tiempo el otro cayó paralizado a sus pies mientras Daniel retiraba el dedo índice de su costado, cerca del tórax, quitándole una navaja que probablemente iba dirigida a amedrentarlo. Mantuvo un pie sobre su cuello y al ver al otro levantarse, lanzó la navaja con fuerza y pericia inusitada y la clavó en el pie del agresor, atravesándole el zapato. Todo sucedió en una fracción de segundo.

Francis vio con estupor lo sucedido, y marcó frenéticamente el 911 mientras bajaba tan rápido como le permitieron las piernas pero cuando llegó, Daniel ya se había hecho cargo de la situación. Al oír sus pasos gritó:

—¡Retira el arma y consigue algo para atarlos!

Francis recogió el revólver y lo metió en el bolsillo. Después se quitó la corbata y amarró con ella las manos del hombre con los nudos más fuertes que jamás había hecho. El sujeto gemía con la navaja clavada en el pie, y él apretó el último nudo sobre las muñecas a su espalda con tal ímpetu que no supo si los gritos se debían a lo uno o a lo otro. Daniel se hizo cargo del otro atacante inmovilizado por efecto del calculado toque *Dim Mak* que lo había paralizado. Ató sus manos a la espalda con su propio cinturón y cuando el inspector Logan llegó y vio la escena, meneó la cabeza.

—Esto cada vez se pone más interesante —comentó—. ¿Qué sucedió aquí?

—Estaba contemplando la belleza de la puesta de sol en el jardín cuando entraron estos dos sujetos y me atacaron —explicó Daniel con voz calmada, como si lo que había pasado no fuera nada extraordinario.

—Por suerte estaba usted con el señor Hamilton, de lo contrario lo habrían matado.

—Sí, es verdad —admitió Daniel, acallando con una mirada el intento de explicación de Francis—. No sé quiénes son estos hombres, ni lo que querían, y ya me estoy hartando de esta casa y de este lugar. Será mejor que me vaya de aquí.

—No corra tanto, señor Kozlowski. Hay algunas preguntas que tendrá que responder.

—Esta gente entró a una propiedad privada, tengo derecho a defenderme. —Señaló con el mentón a los sicarios, a los que dos agentes de uniforme conducían ya al coche patrulla.

—También tendrá que prestar declaración por el incidente de hoy. Pero me refería al robo al Chase Bank y a su esposa.

—El señor Kozlowski no tiene nada que ver con eso —dijo Francis—. Ella legalmente...

—Quiéranlo o no, ustedes tendrán que permanecer aquí mientras el FBI los necesite, así que estén localizables y no salgan del condado —cortó Logan.

Daniel se encogió de hombros y Francis mostró una mueca indescifrable. Extrajo el revólver del bolsillo y se lo entregó.

—Esto le pertenece al afroamericano.

Logan sacó un bolígrafo del bolsillo de su camisa, lo pasó por el guardamonte y se lo entregó a uno de sus ayudantes, quien lo introdujo en una bolsa de plástico y la selló.

—Supongo que tiene sus huellas...

—No tuve tiempo de ponerme guantes, inspector.

Sin captar la ironía, simplemente murmuró:

—Veremos.

—Como usted diga. Muchas gracias por venir con tanta rapidez.

—Todo lo que ocurre en esta casa es de prioridad uno. Ahora deben acompañarme al Departamento de Policía para prestar declaración por este incidente.

Capítulo 48

Poughkeepsie, 2005

En el interrogatorio, los hombres negaron haber atacado a Daniel.

—Nosotros solo entramos a pedir trabajo y antes de que pudiéramos acercarnos para hablar con él, nos agredió sin ningún motivo, ni siquiera pudimos defendernos. Mi compañero tiene una herida en el pie por su culpa.

—¿Él los vio acercarse?

—Estaba de espaldas. Tal vez fue ese nuestro error, debimos hacernos oír y llamar su atención antes de abordarlo. —La cara de incredulidad de Logan pareció soltar la lengua al sujeto.

—¿Qué tipo de trabajo buscaban ustedes con un arma?

—Espere, no he visto esa revólver en mi vida. Estamos sin blanca y un trabajo nos vendría bien, en una casa tan grande como esa pensamos que habría algo para nosotros, jardinería, limpieza, lo que sea.

El hombre que hablaba era un afroamericano fornido, a ojos de Logan no tenía la menor apariencia de jardinero. Llevaba un tatuaje que empezaba en la parte de atrás del cuello y sabe Dios dónde terminaría. Logan le examinó las manos; no eran las de alguien acostumbrado a manejar herramientas. El otro hombre era de menor estatura pero igualmente fornido, y tenía una mirada que Logan conocía bien, la había visto muchas veces en hampones de baja estofa. Sabía que mentían, pero había que probarlo.

—Un hombre de edad, de espaldas a ustedes, ¿y pudo inmovilizarlos?

—Nos tomó por sorpresa, y tuvo la ayuda de su amigo...

—¿La navaja es tuya? —preguntó Logan al hombre que tenía lesionado el pie.

—Ya no más preguntas, conozco mis derechos. Y si no me van a soltar, quiero un abogado —exigió.

—Está bien. Tienen derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que digan puede ser usada en su contra en un tribunal de justicia. También tienen derecho a un abogado. Si no pueden pagarlo, se les asignará uno de oficio.

Ambos hombres habían coincidido en declarar que fue Daniel

Kozlowski quien los atacó, algo inverosímil para Logan o cualquier otro que conociera la situación. Parecían muy seguros de salir bien librados.

La declaración de Francis fue opuesta, naturalmente. Como testigo, relató punto por punto lo que había visto, y además dijo ser quien llamó al 911.

—Fue en propiedad privada y en defensa propia —alegó Francis.

—Ellos dicen lo contrario. Dos a dos.

—¿Quedaré detenido? —preguntó Daniel.

—¿Sabe por qué lo atacaron? —preguntó a su vez el inspector—. Están pasando cosas muy extrañas alrededor de usted últimamente. Ya sé que no me lo va a decir, pero es posible que se haya metido en un buen lío y su vida corra peligro. He hablado con esos tipos. Usted no tiene lesiones y uno de ellos está herido en el pie; encontraremos las huellas de usted en la navaja, ¿verdad? —Daniel asintió con la cabeza—. Eso será un problema, dicen que si usted los denuncia, ellos lo denunciarán también. Pero están dispuestos a dejar correr el asunto como un simple accidente, un malentendido, si hace usted lo mismo. Ya sé que no es justo, pero así es la ley. ¿Qué dice?

Daniel no lo pensó.

—Está bien, no voy a ganar nada denunciando a esos dos. Rectificaré mi declaración. Un accidente, de acuerdo.

—Aun así, por favor mañana no salga de su casa hasta que lo visite el agente Thomas. Quiere hablar con usted de varios detalles del caso.

—Gracias, inspector, es usted un hombre amable y eficiente —enfaticó Francis estrechándole la mano con vehemencia.

Logan, acostumbrado ya a sus excentricidades, no le prestó mucha atención y lo miró con gesto condescendiente, mientras el joven se alejaba. Había sido un día duro y el inspector estaba derrengado. A esa hora ya debería estar durmiendo en su casa. Recogió su americana y salió a la calle. Sabía que tendría problemas con el agente Thomas al día siguiente por no haber actuado con más diligencia. Se alzó de hombros. Estaba demasiado viejo para que un jovenzuelo le diera órdenes. Haría el informe al día siguiente.

Los dos sicarios tuvieron que esperar a recibir la atención médica para la herida del pie, y no pudieron abandonar la comisaría hasta cerca de medianoche. Entraron a una cafetería cercana para tomar un tentempié y llamar a Vitale por teléfono desde allí, porque el jefe había perdido su móvil,

seguramente en la pelea.

—Nos aprehendieron, patrón, pero ya nos han soltado. Se han tragado la historia... —alardeó.

—¿Dónde tienen al viejo?

—El hombre no es tan anciano, se defendió bien, por eso nos arrestaron.

—Ustedes no habrán declarado nada inconveniente, supongo... ¿Y qué hay de Kozlowski?

—Salió antes que nosotros, jefe.

—Espera, no es seguro hablar por esta línea. Llámame desde el móvil que te di.

—No lo tengo, señor Vitale, debió de caer en casa de ese hombre... ¿Quiere que vaya a recuperarlo?

Vitale montó en cólera.

—*Porca miseria!* Hay números y datos importantes en ese móvil. No sirven para nada. *Duo d'inutili... È finito, capisci?* Se acabó. No quiero volver a verlos.

Y colgó bruscamente.

Nicola Vitale reconoció que había cometido un grave error al no hacer caso a Skózyrev. Se mesó los escasos cabellos que le quedaban tratando de pensar en el modo de salir del apuro. Con seguridad, ahora el tal Kozlowski sabría qué él había planeado el asalto, y tardaría poco en llegar la noticia a Konstantin, que le había advertido sobre ello muy claramente... ¿Qué relación habría entre Daniel Kozlowski y Skózyrey? ¿Por qué era su protegido? No tenía idea, pero sería muy peligroso enfrentarse al ruso. No debía correr riesgos. Tomó el teléfono y lo llamó.

—Ahí son casi las tres de la madrugada, Nicola, ¿hay algo urgente?

—*Ciao, Kosta, caro amico...* Hay un problema y prefiero ser yo quien te lo cuente. Verás, dos de mis hombres, *due inutili senza speranza*, entendieron mal mis órdenes y han estado en casa *dal tuo amico Daniele*. Nada importante, no te alarmes, un malentendido solamente. *Scusami, Kosta!* Ya he tomado medidas, no volverán a molestarle. Y como prueba de mi buena voluntad, renuncio a los cinco millones de dólares. Quédate con todo. Ya no quiero saber más nada de este asunto. *Va bene?*

—No es tan fácil librarte, Nicola. A Gerard Shaw lo están interrogando en el NIC y ya sabes lo que significa, son cazaterroristas. No sólo lo investigan por el robo al banco, también sospechan un delito contra la

seguridad de la nación. Eso es grave, se emplearán a fondo. También podría salir a la luz cierto crimen de una mujer... Por tu bien, espero que Shaw no te implique, ni cite tu nombre siquiera. Trataré de ayudarte, solo por los viejos tiempos, pero prométeme que no habrá más malentendidos. De lo contrario...

—Prometido. *Parola d'onore. Scusami, amico. Grazie, grazie mille.*

Había dado su palabra y esta vez la cumpliría. Aunque procuró dormir, Nicola Vitale no pegó ojo en lo que quedaba de la noche.

Capítulo 49

Casa Hamilton, 2005

A las seis de la mañana, después de darse una ducha, Daniel examinó su reciente barba entrecana. Bastante satisfecho con ella, admitió que le daba un aire interesante. Se afeitó parte del cuello para evitar el aspecto descuidado y recortó el bigote. El resultado le agradó. Tener barba y bigotes tiene sus beneficios. Cubre ciertas imperfecciones, afina el rostro, y en su caso, le daba cierto aire distinguido.

Trató de seleccionar las prendas de vestir con más cuidado del habitual, generalmente usaba lo primero que tenía a mano mientras estuviera limpio y planchado, de modo que registró el armario y eligió una camisa deportiva de color pardo claro. La había usado pocas veces, aunque todavía era una de las que compró Yvanna. Trató de recordar con qué le gustaría a ella combinarla y, entre los pantalones colgados en el perchero, encontró uno negro que le pareció luciría de acuerdo con cómo deseaba presentarse ante Thomas. Necesitaba darse ánimo. Al salir de la habitación fue directamente a la cocina y puso toda su atención en preparar el café. Una máquina automática no debería ser demasiado complicada, al igual que la tostadora. Ya era hora de que aprendiera a valerse por sí mismo, pensó, al tiempo que silbaba el himno de los marines sin ningún motivo especial más que levantarse la moral. Le encantaban las marchas militares, había algo en ellas que inducía a actuar con honor y corrección y, mientras abría y cerraba anaqueles buscando el pan que había visto a Francis sacar del congelador el día anterior, apareció el joven Hamilton, vestido impecablemente, como siempre, con un atuendo como para asistir a una sesión del senado. Daniel, habituado a su peculiar estilo, no le prestó mayor atención, pero Francis sí reparó en el atuendo de su amigo, aunque no comentó al respecto.

—¿Qué ibas a decir cuando Logan se refirió a que el FBI podría necesitarme por el asunto de Viveka?

—¿Cuándo? —preguntó Francis. Habían sucedido tantas cosas que no recordaba el momento.

—Cuando dije que estaba harto y quería marchame de aquí, Logan replicó que por el momento no debía hacerlo, por el asunto de mi esposa. Y tú ibas a decir algo, llegaste a decir «Ella, legalmente...», pero él te cortó y no volviste al tema. ¿Legalmente qué?, ¿qué ibas a decirme?

—Ah, ya recuerdo. Es muy simple, Daniel. Ella legalmente no es tu esposa. Si usó un nombre falso, el matrimonio es nulo. —Un olor picante se le metió en la nariz—. El pan en la tostadora se está quemando. Tendrías que haber graduado el tiempo... Aquí, ¿ves?

Daniel tiró las rebanadas y puso otro par. En realidad era muy sencillo. Poco después el plato rebosaba tostadas recién hechas. Francis le enseñó también a preparar café, algo absolutamente imprescindible en la vida de un náufrago como Daniel.

Estoy esperando a Thomas —dijo Daniel, llevándose una de las tostadas a la boca—. Quiero que me cuente qué es de Viveka, de qué se la acusa, qué va a suceder... —Ni se acostumbraba ni quería llamarla Victoria.

—Dudo que te lo diga. Los federales no dan información, solo la recogen.

—Algo le sacaré antes de irme. Que será pronto, estoy harto de esta enorme casa y de usufructos.

—¿Y qué harás con esta casa?

—No puedo hacer nada, si el contrato no es legal no tengo ningún derecho. Y vas a reclamar la herencia, ¿no? Si te interesa, te la alquilo. —Bromeó.

—Es demasiado para mí, Daniel, no dispongo de dinero para mantenerla.

—Entonces véndela.

—Veremos...

Si algo pensaba decir Francis quedó en el aire al ser interrumpido por el sonido del timbre.

—Ya están aquí —dijo Daniel, y se dirigió a la entrada principal. Efectivamente, William Thomas lo saludó y le mostró un papel.

—Buenos días, señor. Traigo una orden de registro.

—¿A qué se debe?

—Este es el domicilio de Victoria Gensen, sospechosa de varios delitos...

—También es mi domicilio —expuso Daniel.

—Esto funciona así, señor Kozlowski. Es una orden del juez, si no la acata me veré obligado a usar la fuerza. No estoy obligado a darle explicaciones, pero creo saber que usted no está involucrado y comprendo su malestar. El caso es que durante el registro que hicimos en el apartamento de la calle Garfield, alquilado por la señora Victoria Gensen, alias Viveka Kozlowski, encontramos varias evidencias que la incriminan. En consecuencia se están revisando sus antecedentes... Temo ser portador de malas noticias, señor, pero su esposa tiene un largo expediente. Además de su implicación en el robo del Chase Bank, fue sospechosa de homicidio imprudente, por el caso de la muerte de su hija. Y se investigó su relación con un posible asesinato.

—¿Un asesinato?

—De su anterior marido.

Daniel abrió la puerta de par en par.

—Pasen y hagan lo que tengan que hacer.

Los demás funcionarios bajaron del monovolumen y entraron a la casa con sus equipos de investigación. Daniel y Francis se quedaron sentados en el porche frente al jardín.

—Señor Hamilton, debo pedirle que nos facilite sus huellas dactilares. Estarán por toda la casa y debemos excluirlas.

Francis sabía que estaba perdido. Muchas de las maletas que contuvieron el dinero robado debían de tener sus huellas. Él no era un ladrón, pero había actuado como si lo fuera. ¿Qué podría aducir en su descargo?

Uno de los agentes recogió las impresiones digitales de ambas manos de Francis en un lector de huellas y se dirigió a la cocina, donde el FBI había instalado algunos instrumentos electrónicos que formaban un pequeño centro de comunicaciones en el que conectó el lector de huellas con el AFIS, una amplia base de datos de alcance federal. Francis estaba asustado.

—Tú solo escucha y sígueme la corriente —le susurró Daniel.

Mientras tanto, el agente Thomas subió a las habitaciones del primer piso y entró a la de Hamilton, en el ala oeste. Para su sorpresa, encontró un cuarto escrupulosamente ordenado. Parecía que allí no había dormido nadie en bastante tiempo. Registró algunos muebles, y en el armario encontró lo que parecía ser un cuadro cubierto por una lona. Lo sacó y puso sobre la cómoda; al retirarle la tosca tela que lo cubría, Thomas se quedó de una pieza. Era un retrato, nada menos que del Führer. Por instinto se cuadró, pero

enseguida se apresuró a cubrir el cuadro de nuevo. Así que los Hamilton habían sido nazis..., se dijo. Quizá lo fuesen todavía. No lo esperaba, pero hasta cierto punto le pareció previsible. El viejo Hamilton poseía una gran fortuna de la que no se sabía el origen. La manera de comportarse con su único hijo, tan autoritaria. Aquella mansión aislada... Que tuviera un apellido inglés bastante respetable no era óbice, ingleses y alemanes tienen mucho en común, incluso los Windsor, la familia reinante, cambiaron su apellido original de Sajonia durante la Gran Guerra. Tendría que haber una explicación plausible para todo lo que estaba encontrando, incluido el retrato de Hitler. Lo cubrió y lo dejó en el mismo lugar.

Dio una mirada a la pared de la que había hablado Shaw, en la que se hallaba la entrada al sótano y, mientras sus hombres recolectaban huellas y otros indicios, bajó hacia el lugar donde dijo que habían guardado el dinero producto del robo. No encontró nada, ninguna esvástica o símbolo nazi, pero ya tenía una idea formada acerca de la clase de gente con la que estaba tratando, específicamente los Hamilton. Lo que le parecía extraño era que un judío, Koslowski, se hubiera avenido a hacerse cargo de esa casa. Las casualidades no existen, se dijo una vez más.

Un par de horas después, Thomas se presentó en el porche y se sentó en uno de los divanes frente a ellos dos.

—Hemos encontrado huellas de la señora Kozlowski —o Victoria Gensen— en su dormitorio, señor Hamilton.

—Eso es fácil de explicar. Ella se encargaba de asear y acomodar las habitaciones, y supongo también el baño —se le ocurrió decir a Francis.

—También encontramos huellas de usted en las maletas que se hallaban en el apartamento de Brooklyn. ¿Tiene una explicación para eso?

—Si me permite, agente puedo explicarlo yo mejor que él —pidió Daniel.

—Adelante —concedió.

—El señor Hamilton fue víctima de un chantaje. Mi mujer, o como usted quiera llamarla, acostumbraba a darme pastillas para dormir, no sé exactamente desde cuándo; tengo el sueño pesado y siempre abro los ojos temprano a la misma hora por más pastillas que me den, pero últimamente sentía cierta pesadez por las mañanas, hasta el día en que encontré la caja y las reemplacé por simples pastillas edulcorantes.

—¿De qué chantaje habla? —preguntó impaciente Thomas.

—Justamente una de las noches en que yo dormía como un tronco, Viveka, o Victoria, como la llama ahora, fue a la habitación del señor Hamilton y lo sedujo.

Thomas miraba a uno y a otro sin poder creer la flema que manifestaban.

—Permíteme que te interrumpa Daniel. Creo que es mejor que lo explique yo.

—Por favor —urgió Thomas.

—Ya le dije al señor Kozlowski que prácticamente fui forzado, es decir, yo de ninguna manera deseaba tener sexo con su mujer, usted comprenderá, estaba en su casa, es decir, mi casa, pero yo era un huésped, en fin; ella se mostró ante mí de una manera que... usted es hombre y me comprende, agente, no fue mi intención. Se puso delante de mí y se abrió la bata y no llevaba... yo no tuve...

—Evítese los detalles, por favor —dijo el agente mirando de soslayo a Daniel quien permanecía impertérrito.

—El caso es que ella me propuso entregarme cinco millones de dólares si yo la ayudaba a sacar las maletas de la casa.

—¿Es que acaso ella no podía hacerlo sola? ¡Con dormirlos a los dos hubiera bastado!

—El asunto es que me necesitaba porque yo tenía que alquilar una furgoneta para poder llevar en ella tantas maletas, un millón de dólares ocupa una maleta, ¡y eran diez millones!

—A ver... una maleta para que contenga un millón de dólares en fajos de billetes de cien debe pesar veintidós libras, es el promedio. Quince pulgadas por cuarenta, según mi experiencia, más unas veinte pulgadas de profundidad, hablamos de maletas relativamente pequeñas.

—Pues no puedo asegurarle el motivo, el caso es que ella dijo que si no lo hacía le contaría a su esposo que yo la había violentado, es decir... ¿se imagina eso?

—Bueno, en realidad es lo que hizo, ¿o no?

—Permítame interrumpir —intervino por segunda vez Daniel—. Está bien. Asumo que la mujer que vivía conmigo es una zorra. ¿Lo dije bien? Es cierto. Al día siguiente de ese encuentro, yo le propuse al señor Hamilton que le siguiera la corriente. Quería saber de qué trataba ese asunto de los millones de los que ella hablaba, si era real o una patraña para embaucarlo.

—¿Usted no sabía nada del dinero?

—En absoluto. Por eso me presté a ese juego, le dije a Francis —ahora puedo llamarlo así, visto que tenemos algunas cosas en común y para mí es más práctico— que hiciera todo lo que ella le indicaba.

—¿Entonces usted sabía dónde estaba el apartamento de Victoria Gensen?

—No, no, nada de eso. Le acabo de explicar que fue el motivo por el que Francis debía seguirle la corriente. Deseaba saber adónde llevaría todo ese dinero, en el caso de que lo tuviera, y si era además capaz de abandonarme. Yo entonces no sabía de su doble vida.

—En camino hacia Nueva York ella empezó a comportarse de manera extraña, dijo que iríamos a Pitigliano, un pueblo en Italia donde tengo intereses —prosiguió Francis—, y que yo podría quedarme con cinco de los millones si la ayudaba a blanquear el dinero, se refería a ingresarlo en alguna cuenta, o quién sabe a qué cosas, agente. No quise seguir con ese juego, sentí miedo de la mujer y dejé que se fuera sola, a mitad de camino regresé.

—¿Caminando?

—No. Un coche me recogió en plena autopista y se ofreció a traerme.

—¿Y quién era el conductor?

—Ni le pregunté el nombre ni me fijé en el vehículo, no me pareció importante. Me trajo hasta aquí y se fue, no quiso aceptar dinero.

—Bien, bien... ¿Y ahora puede decirme qué hace el retrato de Hitler en su habitación?

Francis miró a Daniel de soslayo.

—Apareció escondido en un sótano. Es todo lo que sé. Debía de ser de mi abuelo.

—Se ve en muy malas condiciones.

—Él es restaurador —dijo Daniel, señalando a Francis—. El cuadro no parece valioso, pero tiene sus años y quizá algún valor. Cuando haga el trabajo quedará como nuevo.

El agente hizo un apenas perceptible gesto de agrado.

—¿Es usted restaurador? Me dijo que era abogado.

—Lo soy. La restauración es mi segunda profesión —alegó Francis.

—Parece que mis hombres han terminado. —Thomas se puso de pie. Su aspecto cada vez le recordaba más a Daniel a los alemanes que veía siendo niño. El cabello corto, rubio casi albino, los ojos azules, su porte marcial...

Aunque, pensándolo bien, de joven él también habría parecido uno de ellos. Pero a aquel hombre solo le faltaba levantar el brazo y saludar: *Heil Hitler!*

—Entonces ¿eso es todo? —preguntó Daniel.

—Todavía no. Uno de los hombres que apresamos anoche tiene una herida en el pie y jura que la hizo usted al lanzarle una navaja. Llama la atención su habilidad, la forma de clavar el cuchillo a una distancia de cinco metros. Algún día tendrá que enseñarme. Pudo usted con dos matones a los que dobla en edad... El otro dijo que le hizo algo en el tórax que no sabe explicar, pero le cortó la respiración un buen rato.

—Supongo que no hay cargos. Llegamos a un acuerdo con el inspector Logan...

—El inspector Logan... —comenzó a decir Thomas pero lo pensó mejor y calló—. Por eso no se preocupe, pero, dígame, ¿practica algún tipo de artes marciales?

—Desde joven, el *Jízhōng Jīnglì Hé Gōngjǐ* que significa literalmente: «Concéntrate y ataca». Me ayudó mucho en la vida y en mi carrera como cirujano. No para atacar, obviamente, pero sí para concentrarme.

Francis lo miró con asombro. ¿Sería ese el motivo del tatuaje que tenía en el brazo?

—Jamás oí hablar de esa técnica.

—Es una de las cuatro técnicas verdaderas de China. De ellas surgieron todas las demás.

—Los cuatro hombres apresados en Brooklyn están acusados de blanqueo de dinero para financiar el terrorismo. Victoria Gensen y Gerard Shaw podrían estar involucrados. Por ahora están todos ellos en confinamiento mientras se terminan las indagaciones. Los hombres que lo atacaron a usted anoche pertenecen a una mafia italiana encabezada por Nicola Vitale, un jefe que debió retirarse hace muchos años, pero que sigue activo gracias a los casinos que mantiene por todo el mundo. En este momento la Interpol lo está buscando. No se lo cuenten a nadie, todavía es información reservada pero ustedes me caen bien. Trataremos de dejar la casa en orden.

—¿Puedo regresar a Inglaterra? —pregunto Francis.

—Es preferible que se quede algunos días hasta que todo sea completamente aclarado. Buenos días, señores —dijo sonriendo ligeramente, mientras se despedía de ellos con un taconazo marcial.

Los federales y su equipo desaparecieron tal como llegaron, dejando a Daniel cabizbajo.

—Sé que estás preocupado por Viveka —observó Francis—, pero tienes que hacerte a la idea de que estuviste conviviendo con una mujer que no era la que creías conocer.

—Lo sé. ¿Alguna vez estuviste enamorado?

—Por supuesto. Lo estoy. En Pitigliano me espera una mujer que... ¡Dios! ¡Cuánto quisiera tenerla aquí conmigo!, me hace tanta falta, si ella hubiera estado aquí me habría evitado muchos problemas.

—En eso tienes razón —concedió Daniel—. ¿Y por qué decidiste venir solo?

—Pensé que sería un asunto de días, fácil, y por otro lado, temí meterla en problemas, con mi padre nunca se sabe cómo terminarán las cosas. ¿Quién iba a decir que aparecerían estas complicaciones? Ella quedó a cargo de mi pequeña galería, y yo aquí, perdiendo a clientes que me hacen falta, solo por creer en las mentiras de mi padre.

—¿Perdiendo clientes? Ella puede vender las pinturas que exhibes, ¿no?

—Sí, pero mis mayores ingresos son a través de las casas de subastas, o las compras de grandes coleccionistas que pagan muy bien por certificar la autenticidad de los cuadros que les interesan. En el arte hay mucha falsificación...

—Como ese de arriba.

—Sí. Ese cuadro me despierta gran curiosidad. Hay algunos detalles extraños.

—¿Te diste cuenta del cambio de actitud de Thomas cuando lo mencionó? Estoy seguro de que es un neonazi convencido. Los reconozco nada más verlos.

—¿Y eso por qué?

—Porque estuve en Auschwitz, aunque ya es agua pasada y ustedes los jóvenes no tienen idea de aquello.

—He leído mucho sobre los nazis... ¿El tatuaje que tienes en el brazo tiene que ver con Auschwitz?

—Así es. No me gusta hablar de ello, es una historia vieja, no vale la pena contarla.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

—¿Qué harás con Viveka?

—No lo sé. No creo que yo pueda hacer nada.

—Pregunté mal. Me refiero a tus sentimientos por lo que has descubierto. No es bueno estar solo, y menos a tu edad pero imagino que no será fácil volver a confiar... Qué harás con tu vida, es lo que quiero decir.

—Siempre creí que Viveka era hija de polacos —dijo Daniel entrecerrando los ojos y mirando al frente, como si viviera esos años—. Sabía cocinar los mismos platos que comía en casa cuando yo era pequeño, y hablaba con soltura mi idioma natal, ¿Cómo podía dudarlo? Se presentó en mi consulta para ocupar un lugar que dejaba vacante mi anterior secretaria, y yo tenía prisa por reemplazarla. En ningún momento se me ocurrió verificar sus credenciales, al verla por primera vez ni siquiera me fijé en ella, yo estaba enamorado de mi esposa. Eso creía entonces.

—¿Y no lo estabas?

—Mi relación con mi primera mujer siempre fue... atípica, podría decir. Me vi de pronto envuelto en un matrimonio. Nunca le propuse que nos casáramos, ella decidió todo y me dejé llevar, ¡cómo no hacerlo! Era hermosa, tenía una manera de ser diferente de las otras mujeres que estaba acostumbrado a tratar. La conocí en la universidad y fui el único que no babeaba por ella, porque sabía que estaba fuera de mi alcance. Yo estaba dedicado a mis estudios y salía con alguna que otra chica, Yvanna era demasiado para mí. Pero fue ella quien se me acercó y es de las mujeres que no aceptan una negativa. Cuanto menos interés ponía yo, más ponía ella. Algunos dijeron que yo había empleado esa táctica, pero no fue así. Simplemente me daba miedo enamorarme de alguien que después me dejaría sufriendo. —Francis escuchaba con fascinación la historia que salía de los labios de Daniel como si fuera una revelación guardada durante toda su vida. Comprendió que, más que por contar aquellos hechos, hablaba porque necesitaba hacerlo—. Pero no fue así.

—¿Qué quieres decir?

—Después de un tiempo de salir juntos, de hacer el amor como locos, de hacer todo lo que hacen dos enamorados, tuve que cumplir una promesa que había hecho años atrás al hombre que fue como mi padre. Me encargaron que fuera a Argentina a confirmar la existencia de una persona muy buscada por el Mossad. Cumplí la misión y el último día, sin buscarlo, tuve una aventura con mi contacto, una chica que había sufrido la pérdida de su amor, al que

además había debido traicionar.

—Bueno, una aventura no tiene mucha importancia, y a miles de kilómetros...

—No fue precisamente aventura, hice el amor porque ella me lo pidió. No fue como el caso de Viveka, si lo estás pensando —sonrió levemente Daniel—. La sentí sola, desamparada, iba a dejar el país donde había nacido para venir a Estados Unidos, y acabábamos de ver al hombre que amaba con una mujer que decía ser su esposa y estaba embarazada. Silvia, así se llamaba, necesitaba que la abrazara, que le hiciera el amor, que la hiciera sentir que valía como mujer y eso hice.

—¿Y la volviste a ver?

—Jamás. Regresamos y ella tomó su camino y yo seguí con el mío.

—¿Y qué tuvo que ver eso con Yvanna?

—A mi regreso todo fue bien, un reencuentro maravilloso. Le conté lo que había ido a hacer porque ella es de las mujeres que desean saberlo todo. Mencioné a Silvia y eso fue un gran error.

—¿Le contaste que estuviste con ella? —preguntó Francis con gesto de asombro.

—Habíamos jurado decirnos la verdad siempre y eso hice.

Francis alzó las cejas y negó con la cabeza.

—Eso no vale con las mujeres.

—Lo aprendí ese día.

—¿Y qué sucedió después?

—Rompió conmigo y no volvimos a hablarnos sino como amigos, era inevitable, hasta que hice el posgrado. Fueron varios años de verla sin poder tocarla, traté de olvidarme de ella y pensé que lo había conseguido, cuando cierto día ella se me acercó y empezó todo de nuevo. Volvió a ser ella quien tomó la iniciativa, por eso digo que nuestra relación fue extraña. Yo solo me dejé llevar. Claro que la quería, ¡cómo no! Pertenece a un círculo social al que yo jamás habría podido entrar ni en sueños. Era la mujer más admirada de la sociedad, elegante, sofisticada... Ahora no sé si me enamoré de ella o del aura que la rodeaba. Un tiempo después de casados, su padre nos regaló una mansión imponente, tan grande como esta casa, ¿qué más podía yo querer?

—Amor, supongo.

—Lo tenía. Pero al mismo tiempo me sentía agobiado, nunca llegué a

acostumbrarme a ese tipo de vida. Pasaba mis mejores momentos practicando *Jízhōng Jīnglì Hé Gōngjì* en una habitación acondicionada especialmente para eso, y realizando las operaciones quirúrgicas, en las que yo era quien tomaba las decisiones. Cada vez que salvaba a un paciente me colmaba de satisfacción. Y esa se convirtió en la razón principal de mi existencia.

—Supongo que en ese momento debías sentirte como un Dios.

—Desde el momento en que te lavas las manos minuciosamente y luego entras al quirófano sin tocar absolutamente nada, solo piensas en repasar mentalmente el procedimiento de la cirugía, es como un *flash* de todo aquello que sabes que harás una vez empieces. Las luces están enfocadas en tu mano, cualquier duda o temor que tengas se magnificará y todos lo verán; así que debes tomar el bisturí como un lápiz y empezar con firmeza y seguridad, ¡tienes que creer en ti y hacer lo que sabes hacer!, respirar con calma pero hablar con claridad cada vez que pidas un instrumento o des una instrucción a tus ayudantes, no debes vacilar, pero tienes que escuchar sugerencias, establecer prioridades, improvisar y analizar situaciones excepcionales... ¿Que qué se siente? Como un interruptor que enciende el cerebro y la emoción inunda el quirófano. Se rueda una película a vida o muerte y tú eres el protagonista.

—¿Por qué lo dejaste?

—La edad no perdona. Las manos pierden precisión, la vista pierde agudeza, la espalda no resiste una operación de varias horas. Quise jubilarme a los setenta. Después de esa edad el riesgo de ejercer una mala praxis es mayor y en neurocirugía no se puede correr riesgos.

—Pero eres un tipo con una fortaleza física poco común, Daniel, he sabido de médicos de más de setenta años que siguen ejerciendo. Cirujanos.

—Te seré sincero, aunque duela. También lo hice por Viveka. Ella deseaba una vida tranquila lejos de Chicago, de Yvanna y de la gente que me conocía y no la aceptaba. Se sentía una extraña entre todos ellos y en esos días mi prioridad era darle gusto, sentía por ella una ternura que nunca había sentido por Yvanna, y así vinimos a parar aquí.

—¿Y ahora qué sientes por ella? El amor no desaparece de la noche a la mañana.

—Me enamoré de Viveka Królowa, y ella no existe. Victoria Gensen no significa nada para mí. Aunque sea un tópico, es como si hubiera muerto. Más que eso, nunca ha existido... —Tragó saliva y desvió la mirada—.

Prefiero hablar de otra cosa, si no te importa.

Ambos guardaron silencio. Daniel pensaba en los años felices con Viveka en Chicago y Francis en su añorado Pitigliano y la mujer que lo esperaba. ¿Habría aceptado la misión que su padre le había encomendado si ella no existiera? Reconocía que en gran medida el motivo de estar metido en ese problema fue darle una vida mejor.

—Voy a trabajar en el retrato de Hitler —dijo de pronto rompiendo el silencio.

—¿Ahora?

—¿Cuándo, si no? Siempre llevo conmigo un maletín con algunos útiles de trabajo. Y no tengo nada mejor que hacer.

—Si encuentras algo interesante avísame —dijo Daniel haciendo un gesto de hastío. Lo que menos le interesaba era ver otra vez el rostro de aquel hombre.

Capítulo 50

Casa Hamilton 2005

Francis tomó el retrato del armario y lo depositó con cuidado sobre la consola, cerca de la ventana. Descubrió la tosca lona que lo había mantenido oculto y olvidado durante años y tal vez ignorado por todos excepto por su abuelo. Se preguntó cómo habría ido a parar a esa casa y el motivo por el que su abuelo no lo había destruido. Le dio la vuelta para tomar las medidas y descubrió que el retrato estaba sobre un tablero, por lo que no habría problema en quitar el marco para estudiar los bordes. Lo hizo, y midió: 17.8 por 25.8 pulgadas. Tomó nota y usó una brocha suave para limpiar el polvo y la suciedad superficial, muy sutilmente, como si trabajara en el encargo de una valiosa obra de arte; era su oficio y no sabía hacerlo de otro modo.

Estudió después el dorso del tablero. Era de madera de nogal, algo frecuente en el siglo XVI, aunque no exclusivo de esa época. Le pareció sumamente extraño que alguien utilizara madera de nogal como base para un retrato de Hitler, pudiendo haber usado lienzo o cualquier otro material menos costoso y de tratamiento mucho más sencillo. Y más extraño aún que sobre esa pintura hubiera existido otra, cosa evidente por los restos que habían quedado. Observó con la lupa los bordes de la pintura y le pareció ver algunos hilos, como si el retrato hubiera sido pintado sobre tela y no directamente sobre la madera. Rascó un poco con una pequeña cuchilla y consiguió levantar el borde del lienzo en el que, tal como sospechó, estaba pintado el retrato del Führer, y que, una vez liberado de las adherencias que habían provocado la presión del marco y el tiempo a lo largo de los años, se desprendió sin demasiada dificultad. En efecto, debajo de la tela existía otra pintura que, esta sí, parecía pintada directamente sobre la madera. Cuando con sumo cuidado terminó de descubrirla, vio con sorpresa la imagen oscura y desvaída de un hombre o mujer de cabello largo que parecía señalar con la mano hacia arriba. Un par de grietas en la pintura cruzaban la obra de arriba abajo y en general el estado del cuadro era lastimoso, a pesar de haber estado protegido por el retrato de Hitler en las últimas décadas. Debía de ser mucho

más antiguo de lo que en principio había calculado, pensó Francis. Se concentró en la imagen recién descubierta. Había algo en ella que le resultaba familiar, como un impreciso *déjà vu* que lo impresionaba vivamente. Entornó la ventana para reducir la iluminación y miró el cuadro desde la distancia. Estaba seguro de haber visto antes esa imagen, u otra muy parecida... Después de mirarla por largo rato, cerró los ojos, tratando de mantenerla en la memoria. Lo que recordó entonces le hizo levantarse de un salto. ¡No podría creerlo! Pero ¿sería posible? Necesitaba averiguarlo cuanto antes.

Estudió con la lupa el tablero de nogal, una de las maderas preferidas por los grandes maestros, aunque para trabajar sobre ella había que tratarla antes con almáciga, una resina clara y translúcida, algo amarillenta. Cada pintor, o mejor dicho cada escuela, tenía un sistema propio y peculiar de preparar la madera, el proceso era largo y laborioso. Francis necesitaba analizar los componentes y materiales, eso le permitiría fijar la edad del cuadro; y estudiar el estilo, las técnicas para aplicar el óleo, la perspectiva... y en entonces ¿quién sabe si se podría confirmar la asombrosa premonición que acababa de tener!

Raspó una pequeñísima esquina de la pintura recién descubierta con una navaja fina y la guardó en un sobre especial para muestras que sacó de su prodigioso maletín, lo cerró herméticamente y bajó a reunirse con Daniel. Lo encontró como siempre en el jardín, dando retoques a la forma ovalada de los arbustos que bordeaban un parterre.

—Necesito encontrar un laboratorio para analizar los componentes químicos del cuadro ¿Conoces alguno que nos quede cerca?

—No sé... —Lo pensó mejor y dijo—: Tal vez en la universidad, en el Vassar College, haya un departamento de Química.

—¿Queda muy lejos?

—Aquí nada queda lejos. ¿Se puede saber por qué estás tan ansioso?

—Tal vez lo que hay bajo el retrato de Hitler podría tratarse de un cuadro del siglo XVI.

—Debajo del retrato, ¿dices?

—Sí. Con esta serían tres pinturas en un solo cuadro.

—¿De algún pintor conocido?

—¡Cómo saberlo! —Francis no compartió su sospecha por temor a decepcionarlo, de no confirmarse—. Solo analizando la muestra que me atreví a raspar podría tener una idea del pintor, de la época, de los

componentes utilizados. La tela en la que estaba el retrato era una pantalla. Es sobre la madera donde está la verdadera obra.

—Has hecho toda una investigación. Vayamos ahora mismo —dijo Daniel palmeándose las manos para sacudir los restos de hojas. Fue al cobertizo situado junto a la cocina y guardó las enormes tijeras de jardinero—. Iremos en mi coche, no pienso meterme en tu lata de sardinas. ¿A qué crees que se deba tanto camuflaje? Primero una pintura sobre Hitler, y debajo otra. Tal vez esta última sea la que han tratado de esconder.

—Es probable. Por la madera elegida, nogal, debe ser valiosa, porque pintar sobre madera requiere un tratamiento escrupuloso. También es posible que sea alguna obra de algún artista desconocido que pertenezca a alguna escuela de la época, pienso que ya solo por su antigüedad tendría algún valor. Solo puedo determinar la edad de la obra analizando sus componentes.

—Pronto lo sabremos.

El entusiasmo de Francis era evidente. Daniel tomó muy en serio la tarea de llevarlo hasta el Vassar College, a unos veinte minutos de Hyde Park.

—Espero que exista una Escuela de Arte o al menos un Departamento de Química.

—Y yo espero que sepas con quién hablar allá —dijo Francis.

—Oí decir que es una universidad con particular interés en el arte, creo que hasta tienen un pequeño museo.

De pronto, el retrato de Hitler y la pintura descubierta bajo él habían conseguido dejar atrás las otras preocupaciones, convirtiéndose en el tema principal, pensó Daniel. Mejor así. Tenía algo en que ocupar su mente.

—Ya llegamos. Aquellos edificios pertenecen al Vassar College. Tiene un entorno precioso —comentó señalando con la barbilla—. Esa es la Thompson Memorial Library, ¿no te parece un castillo?

—Sí, tiene un aspecto muy inglés. ¡Las paredes son de piedra gris con tonos rosa! —exclamó Francis—. Tiene un estilo gótico medieval increíble.

Una vez dejaron el coche estacionado en la avenida Raymond, caminaron hasta la puerta principal de la biblioteca. Una recepcionista de aspecto maduro los saludó cordialmente.

—Buenos días, caballeros, ¿en qué puedo ayudarlos?

—¿Tienen aquí un laboratorio de química?

—Por supuesto. ¿Están interesados en algún curso en particular? —preguntó mirándolos de manera peculiar.

—La verdad es que no vinimos a estudiar. Necesitamos realizar un análisis químico de las muestras de una pintura, de un cuadro, quiero decir.

Ella pensó un momento y enseguida dijo:

—Lisa Gail Collins es la profesora de Arte. Justo acaba de entrar al museo, está por esa puerta. —Señaló a su izquierda—. Pueden pasar, la entrada es gratuita —añadió.

—Muchas gracias —dijo Francis y salieron hacia donde ella indicaba—. Un museo, ¡quién diría que encontraríamos un museo aquí!

—Poughkeepsie es un lugar lleno de sorpresas. —Rio Daniel al ver la actitud de Francis, que desbordaba energía. De un momento a otro se le habían olvidado todos los problemas. Se sintió contagiado por esa especie de alborozo y aunque se encontraba lejos de sentir alegría, no obstante, la compañía de Francis le ayudaba a paliar lo que le carcomía por dentro.

—¿Me podría indicar dónde encontrar a la señora Lisa Gail Collins? —preguntó a un hombre vestido de conserje.

—Es la que está frente a aquel cuadro, junto a la escultura. —Señaló.

Se encaminaron hacia allá. Lisa Gail era una mujer alta, afroamericana, con el cabello recogido en un pequeño moño en la nuca. Esperaron a que terminara de dar la explicación a un grupo de visitantes que, por su juventud, parecían alumnos, y Francis se aproximó.

—¿Señora Gail?

—Gail Collins —dijo ella mirándolo con sus hermosos ojos negros.

—Buenos días, señora Collins, soy Francis Hamilton. Mire usted... —Sacó con sumo cuidado el pequeño sobre—. Necesito analizar los componentes químicos de esta muestra, pertenecen a un cuadro que llegó a mis manos y tengo la impresión de que podría pertenecer al siglo XV o XVI.

Ella miró el sobre y luego alzó la vista hacia Francis. Su gesto era una mezcla de curiosidad y desconfianza.

Daniel se mantuvo un poco alejado para no estorbar, pero tuvo la impresión de que el asunto no estaba yendo por buen camino.

—¿Y qué le hace suponer que nosotros podríamos hacer uso del laboratorio para algo así?

—No sé adónde acudir, estoy un poco perdido en esta ciudad.

—¿Hamilton, dijo? ¿No será usted pariente del señor John Hamilton? —preguntó ella, esta vez con interés, como si hubiera recordado algo.

—Soy su nieto.

—Su abuelo fue muy generoso con nosotros. Tal vez pueda hacer algo. Venga conmigo.

—No le he presentado al doctor Daniel Kozlowski, un amigo de la familia. —Lo señaló con un gesto de la mano.

—Encantada, señor Kozlowski —saludó ella—. ¿También le interesa el arte?

—Soy médico. Neurocirujano. Pero sí, me interesan las buenas pinturas. La respuesta pareció agradaarle pero no hizo comentarios. Caminaron hasta la facultad de Ciencias Químicas.

—Esperen un momento, por favor —dijo Gail Collins.

Se entretuvieron admirando el sereno paisaje a través de las paredes vidriadas del enorme recinto. La grama pulcramente cortada, los árboles frondosos, los espacios abiertos, en los que la atracción principal eran los edificios, cada uno diferente del otro, de aspectos antiguos contrastaban con el lugar donde se encontraban. Al cabo de unos minutos regresó Gail Collins con una mujer de facciones delicadas y aspecto erudito. Tras los anteojos, su mirada no podía ocultar la curiosidad.

—La señora Marianne Bergman, profesora de Química y Física —presentó Gail Collins—. Le he explicado lo que desea y creo que podrá ayudarlos.

—Será un placer, señores. Tengo una idea de lo que quieren pero, ¿no sería mejor que trajera el cuadro para analizarlo con el equipo de fluorescencia de rayos X? Eso les daría una idea más acertada de lo que están buscando.

Francis se tocó la frente, luego el mentón, y después la miró con gesto de preocupación.

—Mire, profesora Bergman, se trata de algo muy delicado. ¡No, no!, no es un cuadro robado ni nada ilegal —se apresuró a aclarar—. Pero no quisiera que se hiciera público. ¿Comprende?

—Su abuelo, el señor John Hamilton, se sentía muy orgulloso de usted, siempre dijo que llegaría lejos...

—¿De mí?, ¿él le habló de mí? —preguntó Francis.

—Claro, dijo que era un experto en restauración. Supongo que debe de haberle legado algún cuadro valioso.

—Quizá sí. Pero el hecho es que... las circunstancias son un poco peculiares, profesora. ¿Podría como un favor especial a mi abuelo dejarme

utilizar su equipo portátil de fluorescencia de rayos X? No es posible que yo traiga el cuadro aquí. Le prometo que será la primera en enterarse, si descubro lo que pretendo encontrar.

—Tratándose de usted, lo haré. Tenemos un equipo portátil, justamente lo usamos cuando los cuadros no pueden moverse, por ejemplo, los murales, o ciertas pinturas demasiado grandes. En cuanto a la muestra, estará lista en unos días, ya sabe que debemos usar reactivos que necesitan un tiempo determinado para dar el resultado. Claro que ahora con la tecnología todo es mucho más rápido y preciso que antes, pero no es bueno apresurarse.

—No sabe cuánto se lo agradezco, profesora Bergman.

—Estamos en deuda con ustedes. Su abuelo hizo algunas donaciones importantes para el Vassar College, su padre estudió aquí y terminó la carrera de ingeniería en la Universidad de Nueva York. Yo no llegué a conocerlo, pero aquí lo recuerdan.

—No estaba enterado. Nos fuimos a Inglaterra hace mucho tiempo.

—¿Y fue allí donde estudió arte y restauración?

—Sí, en la Universidad de Montfort, Y en Italia tuve la oportunidad de aprender trabajando para Gianluigi Colalucci.

La profesora Collins no pudo ocultar su curiosidad.

—¿Trabajó para el restaurador de la Capilla Sixtina?

—Sí, años después de que fuera restaurada, claro. Sus técnicas, aunque a veces discutidas, me ayudaron mucho, al final un restaurador adquiere sus propios métodos.

La profesora Bergman asintió complacida.

—Si esperan un momento, traeré el equipo. —Y salió hacia un pasillo.

Al cabo de unos minutos sus pasos anunciaron su regreso. Los tres se volvieron hacia ella. Iba acompañada de un joven con bata blanca. Traía consigo una especie de maletín cuadrangular bastante grueso de color negro en una mano y en la otra un trípode plegado.

—¿Sabe usarlo?

—Por supuesto, un buen equipo de espectrometría me será muy útil. ¿Les debo algo por el uso del equipo? —preguntó Francis.

—Tómelo como una retribución por los favores de su abuelo. Puede devolverlo dentro de unos días, cuando pase a recoger el resultado de las muestras, aunque con ese equipo también podría ver la composición de los materiales; aparecen en pantalla.

—Lo sé, profesora Bergman, así contrastaremos ambos resultados. Tenga mi tarjeta, llámeme en cuanto tenga el análisis, por favor, vendré enseguida.

—Encantada de conocerlas, profesoras —se despidió Daniel extendiéndoles la mano.

—Señor Kozlowski, parece más un comando de las fuerzas especiales que un neurocirujano, ¿lo sabía? —bromeó sonriendo la profesora Bergman. A su edad podía decir ese tipo de cosas sin sonrojarse.

Daniel sonrió y dio las gracias.

—Y se la veía tan seria, ¿eh? —comentó Francis mientras salían—. Creo que la enamoraste.

—No digas tonterías.

Ambos sonrieron.

Capítulo 51

Casa Hamilton, 2005

El contacto con el arte en cualquiera de sus variantes producía un estado de ánimo diferente en Francis. No parecía el mismo. A los ojos de Daniel, había dejado de ser el hombre un poco remilgado y pretencioso que apreció al verlo por primera vez, y también quedaba atrás el perfil confuso de vergüenza y arrepentimiento que el joven mostró por lo sucedido con Viveka, para transformarse en la imagen de un erudito. Y no sabía bien el motivo, pero le gustaba. No guardaba ningún tipo de resentimiento contra él, como hombre comprendía que algunas situaciones pueden darse de forma espontánea y, en ocasiones, incontrolada. Esperaba que ese retrato detestable pudiera devolverle algo de lo que había ido a buscar. Apenas había transcurrido unos días desde la llegada del visitante que vio bajar de un llamativo coche deportivo, pero esos pocos días habían transformado su vida para siempre.

—¿Es necesario usar el espectrómetro? ¿No será peligroso?

—La espectrometría por fluorescencia de rayos X es usada en los museos para el análisis de obras de arte porque que es muy precisa y no causa daños —respondió Francis—. Además, presenta bajo riesgo; está exenta de los requisitos de protección radiológica de la CNEN.

—Vaya, cómo les encantan las siglas...

—Comisión Nacional de Energía Nuclear.

—Suenan más serio de lo que es. Los médicos también somos aficionados a las siglas —rio Daniel—: VPH, virus del papiloma; UVI, unidad de vigilancia intensiva; TAC, tomografía computarizada; AVC, VIH, RM... El mundo está lleno de siglas. ¿Qué crees que sea lo que hay bajo ese retrato de AH?

—Prefiero esperar los resultados para decirlo con conocimiento de causa. ¿No crees que deberíamos comprar algo de comida para llevar? —sugirió Francis.

—Tienes razón. Dobla a la derecha, hay un McDonald's, no es mi comida predilecta pero servirá.

Sin bajarse del coche pidieron cuatro hamburguesas. El menú indicaba: «Hecha con carne fresca», como si eso fuera algo extraordinario. ¿De qué podrían estar hechas, si no? También las ineludibles papas fritas que disgustaban tanto a Daniel por su sabor a cartón rancio. No compraron bebida, en la casa había cerveza y agua mineral. Le disgustaba la comida basura pero tenían prisa. Había mucha comida en el sótano, como para alimentar a un batallón, pero no sabía cómo prepararla. Sopesó la idea de comprar un libro de cocina.

Antes de subir a examinar el cuadro fueron a la cocina y dieron cuenta de las hamburguesas, que estaban bastante pasables. Daniel tomó una cerveza y Francis solo agua mineral. Dijo que debía conservar todos sus sentidos despiertos al máximo.

El retrato de Hitler, ya un simple lienzo sin soporte ni marco puesto sin ningún cuidado sobre una silla, parecía uno de esos cuadros cubistas. La tela tiesa y un poco doblada le deformaba el rostro. Daniel, no obstante, observó la cara macilenta de bigotes recortados y mirada fría. Se notaba que había sido pintado con esmero, tratando de favorecer aquellas facciones del hombre que tan honda huella dejó en su infancia, aunque a esas alturas de la vida ya no tenía significado para él. Lo dobló para no seguir viéndolo y centró su atención en los preparativos de Francis.

—He aquí el hombre —dijo Francis presentando el cuadro pintado en la madera, apoyado sobre la cómoda.

Daniel vio una figura de colores apagados, de cabello largo.

—Parece una mujer.

—Observa bien, Daniel. Mira los detalles.

Daniel se puso los anteojos para ver de cerca y la vio peor: una horrible pintura con fondo negro. Francis abrió el maletín negro y del interior forrado en gomaespuma protectora extrajo un sensor que montó en el trípode, y lo dirigió hacia el cuadro. Encendió el monitor oculto bajo la tapa y pulsó un par de botones; una luz violeta se proyectó sobre la pintura. Entonces ocurrió algo inesperado, al menos para Daniel. El rostro de lo que al comienzo le pareció una mujer de cabello largo con una mano levantada se vio en una pantalla con mayor claridad, se distinguía una barba rala, así como el esbozo de un bigote tan claro como el tono del cabello.

—Habría jurado que era una mujer —reconoció Daniel.

—Conozco el cuadro, existen cerca de veinte parecidos, con la misma

posición de la mano derecha dando una bendición y una esfera de cristal en la otra. Se supone que fueron pintados por los discípulos de Leonardo, y algunas son posteriores.

—¡Vaya!, quién lo diría.

—Se cree que el maestro realizó una pintura original y de allí derivaron estas copias, cada una en el estilo propio de cada artista.

Se fijó en los resultados que salían impresos en una cinta de papel que expedía por una ranura el aparato instalado dentro del maletín. Los mismos datos aparecían simultáneamente en la pantalla. Rasgó el papel y lo examinó con detenimiento, mientras afirmaba con un movimiento de cabeza.

—¿Encontraste algo interesante?

—Asombroso. La composición química indica que pertenece a la escuela de Leonardo, definitivamente es del siglo XVI. Tenía razón, en cuanto a... ¡no puede ser!

—¿Qué? —inquirió Daniel, curioso, al ver la expresión de Francis.

—Mira esto. —Le alargó el papel, señalando con el dedo la fórmula «CO(NH₂)₂»

—¿Urea? —preguntó estupefacto Daniel.

Francis asintió varias veces.

—Así es, Daniel. O sea, rastros de orina. Déjame explicarte: el tratamiento para la madera en la escuela de Leonardo seguía unas pautas peculiares. Después de embadurnarla con la resina había que lavarla dos veces con trementina blanca destilada; más tarde darle un baño con arsénico y luego con linaza hirviendo para que la madera la absorbiera completamente. Antes de que se enfriara la frotaba con un paño hasta dejarla bien seca y después la barnizaba. Cuando el barniz estaba seco lavaba la madera completa con orina y entonces iniciaba el trabajo de pintura. Es el tratamiento que utilizaba Leonardo en sus cuadros.

—¿En serio?

—Por supuesto.

—No comprendo cómo puedes saberlo —refutó Daniel, incrédulo.

—Él dejó notas y apuntes, fueron guardados por Francesco Melzi, uno de sus más queridos discípulos. Gracias a él nosotros podemos saber muchas de las técnicas que aplicaba Leonardo.

—Corroboras lo que digo: cualquiera de ellos pudo leer esos apuntes, el

mismo Francesco Melzi, y utilizar la misma técnica.

—¡Ah, no te has fijado bien en los trazos! Un maestro enseña las técnicas, pero no la genialidad. Y él tenía algunas peculiaridades en la manera de pintar que nadie puede imitar. Nadie, ni el mejor falsificador como fue Hans Van Meegeren. Hasta los nazis tomaron por auténticas algunas de sus copias de cuadros del siglo XVI y las robaron, mas ninguna era de Leonardo —insistió Francis.

Francis miró a Daniel y arrugó el entrecejo. Buen razonamiento. Empezó a mirar la pintura en la pantalla tratando de captar detalles, pero el estado de la obra era pésimo en algunas partes, como si hubiera sido repintada muchas veces.

—¿Por qué se molestarían en cubrir esta antigua pintura con un retrato de Hitler?

—Es una buena pregunta —dijo mientras apagaba el equipo.

—Como quiera que fuese, la oscuridad y el aislamiento del sótano la protegieron durante todos estos años —afirmó Francis—. Estremece pensar que pudo fácilmente ser destruida.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a iniciar el trabajo de restauración.

—Pero no tienes ni siquiera un caballete, no estás en tu taller, es mejor que lo llesves a Italia y lo hagas allá.

—¿A Italia? ¿Crees que será fácil sacar el cuadro del país? Pero no puede estar así, hay que fijar el óleo. Exige mucho cuidado, pero debo hacerlo. Solo trabajaré la superficie; lo limpiaré de la polución y lo rescataré de la oscuridad —afirmó Francis.

Daniel supo que debía dejarlo solo y bajó al despacho. Comparaba el trabajo de Francis con una delicada operación quirúrgica. Durante más de treinta años tuvo que abrir cerebros y cada vez era un nuevo reto, en ocasiones se enfrentaba a lo desconocido. Lo peor fue cuando empezó a adquirir exceso de confianza, tuvo que ocurrir un error para que pisara tierra y dejara de lado su ego. Y solo lo consiguió con el tiempo. Daniel comparaba su profesión con la de Francis. También utilizó escáneres que indicaban en una pantalla el estrecho túnel que conducía a la glándula pineal, una de las operaciones más arriesgadas, la zona misteriosa donde se encuentran las funciones que mantienen consciente al ser humano. Dio un suspiro y añoró algunos de esos momentos. El sentimiento de ser percibido como una

eminencia y ser tratado como alguien especial. Tal vez podría haber dedicado el resto de su vida a dar clases, pero la pasión que había despertado en él Viveka le había puesto una venda sobre los ojos. ¿Por qué no fue sincera? Él la hubiera entendido. Se sentía en parte culpable por haberla recluido en aquella casona siendo una mujer joven y probablemente llena de deseos mundanos como cualquier otra. Y al pensarlo fríamente comprendió que él había sido egoísta. No le había dado nada a cambio, ni siquiera un futuro prometedor y seguro, pues lo más probable era que él muriese antes y ella entonces quedaría sola, sin tener a su lado a una persona con la que compartir recuerdos, secretos y reírse de sus ridículos chistes cada vez que los escuchara, como suele suceder en las parejas que envejecen juntas.

Y como si sus pensamientos estuviesen todavía conectados con ella, tuvo un presentimiento al oír el sonido del móvil, como siempre apremiante, sin dejar dudas de que debía ser atendido.

—Buenas tardes, señor Kozlowski, le habla William Thomas. Como ya usted sabe, tenemos a su... a la señora Victoria Gensen, detenida bajo varios cargos. El señor Shaw también está detenido, acusado de robo y estafa recurrente al Chase Bank, y se le investiga por otros posibles delitos. Lo llamo para que diga al señor Francis Hamilton que, como usted mismo, ya puede desplazarse y entrar o salir del país sin restricciones. También, porque la señora Gensen ha pedido hablar con usted. Si no tiene objeción, dentro de unos momentos recibirá su llamada.

Al colgar, Daniel sintió que finalmente iba a suceder lo que presentía. En estos casos no solía equivocarse. Momentos después escuchó la voz de Viveka.

—¿Daniel?

—Sí. ¿Hablo con Viveka o con Victoria?

—Daniel, escúchame, tengo mucho que decirte.

—¿Deseas que te consiga un abogado?

—No quiero un abogado. Quiero hablar contigo aquí. Por favor, ven, tal vez sea la última vez que podamos hablar.

Daniel lo pensó por unos instantes.

—Está bien. Iré. ¿Me dejarán hablar contigo?

—Sí. Pregunta por el agente Thomas. Gracias, amor.

La comunicación se cortó.

Capítulo 52

Casa Hamilton, 2005

Daniel se sentó pesadamente en una de las amplias poltronas, sujetó la cabeza con las manos como si así pudiera pensar mejor y fijó la vista en los tablones de madera del suelo. Le había prometido ir y él cumplía sus promesas. Miró su reloj de pulsera: 16:20. Demasiado tarde para salir. El viaje le tomaría unas dos horas y media, tres si tenía en cuenta el tráfico de la hora punta. Iría al día siguiente, saldría temprano para llegar a las nueve de la mañana. Llamó a William Thomas, quien parecía haber estado esperando su llamada.

—Agente Thomas, soy...

—Sé quién es. Dígame.

—La señora Gensen desea hablar conmigo en persona, ¿es posible? Pienso ir para allá mañana y llegar a eso de las nueve.

—No hay problema. Siga mis instrucciones: frente al edificio del FBI en la calle Worth hay un Deli. Entre allí y llámeme.

—Así lo haré. Muchas gracias, señor Thomas.

—De nada. Suerte y buenas tardes.

Agradeció que no hiciera preguntas indiscretas y se ofreciera a encontrarse con él. ¿Sería para facilitarle la entrevista? ¿Quién era el tal Thomas? Por un momento pensó en Konstantin Skósyrev, parecía que sus tentáculos iban más allá de lo que había imaginado y Thomas era un tipo inusualmente amable con él.

Después de ponerse una sudadera fue al lugar del jardín donde solía practicar *Zhìmìng de gōngjí hé jízhōng*, lo necesitaba más que nunca, tenía sentimientos contrapuestos y requería calma. Practicó durante dos horas y subió a darse un baño. Antes se detuvo frente a la puerta de la habitación de Francis. Estaba en silencio, lo imaginó trabajando febrilmente en el cuadro y prefirió no interrumpir. Ya lo pondría al corriente durante la cena.

Francis limpiaba con suavidad la figura de Jesús. Tenía en la mano dos algodones: uno con un suave disolvente y el otro con un gel neutralizante que era una combinación con la que él había ido experimentando desde hacía

años para evitar daños a la pintura y estaba dando resultado. Debía antes que nada quitar la capa de barniz. Gradualmente fueron apareciendo los tonos de ese Jesús que él suponía pintado por Leonardo, los matices tan conocidos del maestro, la luminosidad de la frente, la perfección de las medidas: *Desde el mentón hasta la raíz de los cabellos tenemos una décima de la figura; los espacios comprendidos entre el mentón y la nariz y desde la raíz de los cabellos y el entrecejo son iguales y equivalen a la oreja, a saber: un tercio del rostro; desde el mentón hasta las ventanas de la nariz, un tercio del rostro; esto mismo desde las ventanas de la nariz hasta las cejas; y desde las cejas hasta la raíz de los cabellos.* Las medidas del maestro eran perfectas, mediante ellas se podía calcular la estatura de un hombre aunque estuviera retratado solo medio cuerpo. Y cada vez que pasaba un nuevo algodón, como si fuera un milagro, se revelaba más el hermoso rostro de un hombre con las medidas perfectas. Los ojos que parecían mirar a lo lejos, como si traspasaran la mirada a través de su persona: *Si quieres que la representación de un objeto próximo a ti produzca el mismo efecto que las cosas naturales, pero el contemplador de tu perspectiva no se encuentra, cuando mira, a distancia y altura convenientes y en la dirección del ojo, o punto de vista, que estableciste al trazar tal perspectiva, necesariamente parecerá falaz y con todas las torpes desemejanzas y desproporciones que podamos imaginar en una mala obra... No te turbes por esto, pues si tú sitúas el punto de vista a una distancia al menos veinte veces mayor que la anchura o altura mayores del objeto figurado, tu obra satisfará a todo espectador emplazado frente a ella, sea cual sea su posición.*

Tenía las lecciones de Leonardo grabadas en la mente, durante años, cada vez que miraba un cuadro comprobaba mentalmente las proporciones, la distancia, el color, la luz, la postura. Había estudiado tan a fondo el *Tratado de pintura* de Leonardo Da Vinci, una recopilación de sus manuscritos en los que explicaba su técnica, que podía recitar partes completas de memoria. Sus discípulos probablemente habían seguido las mismas técnicas, paso a paso aprendidas del maestro.

Absorto en su tarea, Francis no reparó en Daniel. Había entrado sin tocar para no perturbarlo y estuvo mirando con fascinación la especie de embrujo que se había apoderado de su joven amigo. No se atrevió a interrumpirlo, le pareció que sería como si alguien en plena cirugía fuera a contarle sus problemas familiares. Cerró la puerta con cuidado y se fue a su cuarto.

Escribió una simple nota. La pasaría por debajo de la puerta por la mañana, antes de irse, para que no se preocupara. Se desvistió y se puso el pijama. Una vez en la cama intentó dormir sin pensar en nada, pero los pensamientos son traicioneros, y esa noche lo fueron más que nunca.

A las cinco y treinta de la mañana Daniel abrió los ojos. Por costumbre no podía dormir más allá de esa hora, y menos ese día cuando sabía que su encuentro con Viveka sería crucial. Bajó a la cocina y prefirió prepararse un té negro, era mucho más fácil y práctico que un café. Puso una bolsita en una taza y dejó que hirviera el agua mientras subió a cepillarse los dientes. Al volver a la cocina el silbido de la tetera avisaba que hervía. Rebuscó en los estantes y encontró algo de comer: galletas de soda y también un frasco con las famosas galletas de chocolate que empezaban a tomar un color verdoso. No volvería a comer más galletas de chocolate. De la nevera sacó mantequilla de maní y la untó en un par de galletas. Era una buena manera de empezar el día. Probablemente su estómago se había reducido, pues pese a que no se alimentaba como de costumbre no tenía apetito. Salió al porche y observó una vez más el matorral que afeaba su simetría. Deseó haber conocido al famoso John Hamilton, ¿qué clase de hombre querría ver desaparecer a su hijo para siempre por no seguir sus normas? Tal vez a sus ojos fuese un hombre descarriado y sin remedio. Pero tenía un nieto, y no le importó dejarlo en manos de ese padre que no era precisamente el mejor ejemplo, sin embargo, Francis parecía un buen sujeto. Hasta diría que demasiado honesto, o tal vez pecaba de exceso de precaución. Cuando hay dinero fácil en juego siempre existe el riesgo de meterse en graves problemas. ¡Cuánto daría por tener un hijo! Fue uno de los motivos por los que quiso casarse con Viveka, pero ni siquiera eso se hizo realidad con ella. Respiró el aire fresco a esa hora en la que el calor todavía no hacía estragos y se sentó un rato en la poltrona, como antes, cuando su vida era normal.

Después de ducharse y seguir el ritual de higiene diario, buscó en el armario un traje gris oscuro, discreto pero elegante: eligió la camisa que tal vez Yvanna habría escogido y una corbata de color neutro. Sentía la necesidad de estar presentable, tal vez porque sabía que vería a Viveka. «Mira, puedo ser un hombre maduro, pero aún luzco bien», esa es la impresión que buscaba dar, era tan humano como cualquiera, no deseaba que lo viera como un hombre derrotado, desesperado, humillado, o necesitado de su amor. Y, por qué no admitirlo, en todo ello existía cierta vanidad.

Extrañamente, Daniel Kozlowski no asimilaba tener setenta y un años; se sentía joven aunque la apariencia demostrase lo contrario. Obviamente no era un viejo desgastado de los que arrastran los pies a esa edad. Quería que William Thomas se llevara también una impresión más positiva de la que había tenido de él hasta ese momento. Hacía tiempo que había reemplazado los zapatos de vestir por los deportivos, esa mañana eligió unos negros y calcetines negros, porque Yvanna siempre decía que es un color que no puede fallar. Les sacó brillo con un paño hasta dejarlos casi tan resplandecientes como los que usaba Francis y cuando el espejo reflejó su figura se sorprendió gratamente. Salió del dormitorio y fue a dejarle la nota. Escuchó un ligero ronquido. Deslizó el papel doblado por debajo de la puerta y se encaminó a su cita.

Capítulo 53

Manhattan, New York, 2005

Victoria Gensen

Condujo con relativa tranquilidad hasta las cercanías de Manhattan. Una vez allí el tráfico se volvió denso. Al entrar en la Plaza Saint James el tráfico prácticamente estaba paralizado, lo que le sirvió para divisar el estacionamiento que había mencionado Thomas. No le gustaban los parkings ubicados en edificios, pero estacionar en la calle en esa zona era imposible. Entró y se fijó en que al lado había un restaurante de la cadena Deli con un enorme letrero rojo. Quedaba justo enfrente del imponente edificio gris azulado del FBI, en la misma calle Worth tal como Thomas había dicho. Al salir del garaje entró al Deli y se sentó en una banqueta, su reloj marcaba 9:16. Lo llamó y después de diez minutos lo vio entrar y barrer el sitio con la mirada. Se acercó y lo saludó.

—Vamos a un lugar más tranquilo —propuso.

Caminaron a lo largo de la calle un par de manzanas lejos del edificio gris azulado. Entraron a una cafetería *snack* y se sentaron a una de las mesas separadas por los respaldos de los bancos, lo que les daba cierta privacidad.

—Usted dirá... —indujo Daniel.

Thomas ya se había fijado en su atuendo, aunque la percepción que tenía de Daniel no había cambiado. Sabía que trataba con un hombre honesto, confiable y, a su modo de ver, bastante inteligente.

—Le explicaré. No quise hacerlo en la oficina porque es mejor que todo esto se trate con la máxima discreción —dijo, acentuando sus palabras con un ligero gesto de la mano—. Tengo órdenes de Washington de liberar a la señora Gensen. —Ante el gesto de sorpresa de Daniel se apresuró a decir—: En realidad de lo que se la acusaba o, mejor dicho, se sospechaba, era de conspiración para blanqueo de dinero destinado al terrorismo, lo que es sumamente grave, pero esa posibilidad se ha descartado después de investigar al señor Gerard Shaw, quien sí tiene cargos serios, no de terrorismo sino de estafa continuada al Chase Bank, como le expliqué, agravada con el cargo de

la autoría intelectual del asesinato de una mujer hace unos años, justamente antes del robo en el cual estuvo involucrado.

—Siento un gran alivio. Me preocupaba que Viveka, o Victoria, fuese una terrorista —dijo. Que lo fuera jamás había cruzado por su mente, pero sí le preocupaba que la acusaran de ello.

—No, no. El caso de ella es diferente. Su verdadera identidad es Victoria Gensen. La tal Viveka Królowa realmente existió. Hemos averiguado mucho sobre el caso, supongo que ella misma se lo explicará.

—¿Así que ya no está acusada de nada? ¿Y sobre lo que me dijo de las muertes de su hija y de su marido?

—No hay nada que la incrimine. Fueron accidentes casuales. Y no porque yo lo diga.

Ese «no porque yo lo diga» sonó extraño.

—¿A qué se refiere?

—Es mejor que usted hable con ella y le dará explicaciones. Espere aquí y la traeré —respondió Thomas mostrándose algo incómodo.

—De acuerdo. Pero tengo la impresión que detrás de todo esto hay mucho más y no me gustan los misterios.

Las facciones de Thomas se distendieron y hasta mostró una ligera sonrisa.

—Usted es un buen hombre, y saberlo me ayuda a seguir confiando en la justicia. Aguarde a hablar con ella. —Se levantó del asiento y antes de retirarse preguntó—: ¿Puede decirme qué hace un retrato de Hitler en la habitación del señor Francis Hamilton?

—Sé que su abuelo lo admiraba. Fue un obsequio enviado por uno de sus amigos desde Alemania, antes del final de la guerra. Francis piensa llevárselo a Italia cuando regrese —inventó Daniel.

—¿No desea recuperar la Casa Hamilton?

—Sí, pero dejará el asunto en manos de un abogado y ejercerá sus derechos desde allá. Usted ya sabe, esos trámites son largos a menos que exista una documentación fiable que los respalde. En lo que a mí respecta, saldré de esa casa. Lo único que me ha traído son problemas.

—Comprendo. Usted es judío, estuvo en Auschwitz y le molesta vivir en la casa de alguien que admiraba a los nazis.

—A estas alturas de la vida lo único que me molesta es que me lo recuerden —dijo con una firmeza que tomó desprevenido a Thomas—. Un

retrato no significa nada para mí, lo que importa es el presente, ¿no le parece?

Thomas asintió y al mirarlo sus ojos reflejaron admiración. No dijo nada, hizo un gesto con la mano y se despidió.

A través de las paredes de vidrio del local, Daniel lo vio caminar por la acera con paso decidido hacia el edificio del FBI. Pensativo por la extraña conversación, se entretuvo en examinar los detalles. Hizo una seña a la camarera y pidió un café. Le pareció que los federales no querían que el asunto dejara huella, solo que él se llevara a Viveka sin siquiera acercarse al edificio. Estaba seguro de que había órdenes precisas de alto rango, y solo podían provenir de su exsuegro. Tal vez no le convenía que el exmarido de su hija se viera envuelto en un escándalo. Lo suyo era de otro nivel. Y Viveka —porque para él seguía siendo Viveka—, ¿qué hacer con ella? Tal vez su idea sería enredarlo otra vez con mentiras y volver con él. La camarera puso el café sobre la mesa y preguntó si deseaba algo más.

—No por el momento, gracias —contestó con una amable sonrisa. Ella no tenía la culpa de que él se sintiera tan mal en esos momentos. La joven le devolvió una amplia sonrisa que enterneció a Daniel. ¡Hacía falta tan poco para iluminar el día a la gente! Él mismo se conformaba con poco, y sin embargo no se sentía satisfecho.

Saboreó el café con placer, hacía días que no tomaba uno tan bueno. Miró el tráfico. La gente avanzaba más rápido a pie. Si antes, de joven, ansiaba vivir en grandes ciudades, ya solo aspiraba a un lugar tranquilo. Pensó en Chicago, en la casa que conservaba allá y que le pareció tan buena para vivir con Viveka. Una zona residencial, sin edificios que dieran sombra como en Manhattan, donde tenía la sensación de estar en un túnel, le recordaba al centro de Chicago, del que él siempre había huido, a pesar de que, en comparación con Nueva York, era mucho más abierto. Habrían transcurrido unos quince minutos cuando vio a Thomas a través del cristal darle indicaciones a Viveka y despedirse. Ella entró al *snack* y fue directamente hacia él. Se la notaba un poco desmejorada pero en general se veía bien, con ese aspecto de mujer recatada que percibían los que no la conocían a fondo. Se sentó frente a él, sin acercarse a saludarlo, o besarlo, como habría sido natural hasta entonces. Dejó un maletín a su lado sobre el asiento y lo miró.

Daniel se sintió ridículo con su atuendo pretendidamente juvenil.

—¿Qué tenías que decirme? —preguntó él.

—Muchas cosas, Daniel. Cometí errores que te pusieron en una situación... Perdóname. Hubiera querido que no fuese así.

—Dime, Viveka —dijo él restando importancia a su petición de perdón—. ¿No eres Viveka Królowa sino Victoria Gensen?

La camarera se acercó en ese momento.

—¿Tomará algo la señora?

—No. Tráigame la cuenta por favor —dijo Daniel, sin preguntarle a ella.

—Adopté el nombre de la mujer que me crio, Viveka Królowa. Nací como Victoria Gensen y mis padres no fueron polacos. No los conocí. Es una historia muy larga y no sé si deseas escucharla.

—Sí. Siento curiosidad por saber con quién estuve viviendo estos años, pero vayamos a casa. Es un trayecto largo y tendremos tiempo de hablar.

—¿Deseas que regrese? —lo miró ella esperanzada.

—Sí. A sacar tus cosas. Ya no eres mi esposa, no me casé con Victoria Gensen.

—Su cuenta —anunció la camarera.

Daniel pagó y salieron. No se ofreció a cargar el maletín, ella era capaz de eso y mucho más.

No hablaron una palabra en el camino hasta el estacionamiento. Viveka observaba a Daniel con disimulo, su apariencia, su soltura y gallardía. La barba le sentaba bien, lo veía mejor que nunca. Seguía siendo un hombre muy atractivo y la delgadez acentuaba su estatura. ¿Qué había fallado? Él no había fallado. Era ella quien lo había hecho y de la manera más grotesca posible. Después de tenerlo todo, no tenía nada. Tenía que empezar de cero. No lloró aunque las lágrimas estaban a punto de dejarse ver contra su voluntad. No era momento para hacerlo. Respiró hondo y subió a la camioneta. Cuando finalmente bajaron por las rampas y estuvieron en ruta hacia Poughkeepsie, fue Daniel quien indagó:

—Ahora puedes contarme cómo llegaste a ser mi esposa.

Ella no hizo alusión al tono irónico. En buena cuenta la pregunta tenía sentido.

Capítulo 54

Viveka y Victoria

El resto del camino fue un monólogo. Viveka hablaba y Daniel escuchaba mientras sus reflejos, al contacto de sus manos con el volante, se ocupaban de conducir, un automatismo debido a los años de práctica, como cuando realizaba operaciones quirúrgicas.

«No conocí a mi madre, me dijeron que fue una mujer joven a quien su marido dejó después de preñarla. Me abandonó apenas nací, y si sobreviví fue por una buena mujer, Viveka Królowa, que me amó y me cuidó desde el primer día. Era natural de Polonia, su esposo había fallecido y vivía sola; se encargaba de la cocina de un restaurante de comida polaca de los muchos que abundan en Chicago y fue así como me mantuvo y pude estudiar. Después, ayudé en el restaurante y aprendí los secretos de la cocina polaca. Viveka nunca me ocultó mi origen, pero yo la consideré siempre como mi verdadera madre. Mis documentos estaban a nombre de Victoria Gensen, mi madre biológica, y un buen día le dije que me gustaría llevar su apellido, como su verdadera hija adoptiva, porque hasta ese momento no había nada legal en nuestra unión. Ella asintió, pero por algún motivo fue dando largas al asunto, que dejó en mis manos. Pasó el tiempo y conocí a Jason, el hombre con quien después me casé. Antes de nuestra boda hizo el trámite y me dio a firmar una orden de la Corte con el cambio de nombre y así quedó todo. Por eso, cuando veinte años después el sacerdote que hizo el responso en el funeral de mi madre mencionó su nombre, sentí que la oración también iba dirigida a mí y yo morí un poco ese día.

Y ese fue el día el que empecé a sentir que existías, pensó Daniel.

»Cuando Gerard Shaw me dijo que se ocuparía de sacar mi documentación falsa, le di el nombre de Victoria Gensen. Regresé a mi pasado. No usurpé el nombre de nadie porque había sido mío. Ahora dicen que al adoptar el nombre de Viveka Królowa cometí una usurpación de identidad, porque lo hice sin una orden judicial. ¿Qué iba yo a saber de todo eso? ¡Confiaba en Jason! Lo conocí a los diecinueve años y fue el amor de mi

vida.

»Sin embargo, su comportamiento fue despótico después de casarnos, y ni siquiera cambió cuando quedé embarazada y eso de verdad me dolía. Tanto como las palizas que me daba cuando creía que lo había engañado, era celoso hasta el extremo de golpearme aun cuando esperaba un hijo suyo. Creo que mientras yo sí estaba enamorada, él solo deseaba de mí el sexo. Decía que me amaba con locura pero cada vez que teníamos relaciones me hacía sufrir, porque el sufrimiento lo excitaba. Al nacer la niña se calmó un poco, pensé que se había relajado, pero no fue así. Siguió con sus maltratos y yo me estaba preparando para huir de él, cuando un día descubrí que la niña empezaba a tener un comportamiento extraño. Fue como a los ocho meses. No tenía la misma mirada vivaz que al comienzo, sus ojos parecían no poder mantenerla fija y empezó a hacer movimientos raros con sus bracitos. Al ir pasando el tiempo noté que no hablaba; yo había visto que los niños de un año o poco más ya decían algunas palabras, se comunicaban, caminaban, pero mi hija incluso había perdido su belleza, su cabeza no crecía en proporción con el cuerpo, no tenía fuerza muscular. Al principio el médico no le dio importancia pero con el paso de los meses fue evidente que no era normal, ordenó unas pruebas genéticas y diagnosticó que sufría del síndrome de Rett, una enfermedad transmitida por la madre. Con el tiempo fue a peor, empezaron las convulsiones, nunca sabía en qué momento aparecerían y una de las veces en las que la dejé sobre la alfombra de su cuarto tuvo una convulsión y cuando entré la encontré muerta. Ese mismo día mi marido me culpó de todo y me dejó. Dijo que era una mujer enfermiza y que estaba maldita. Ni siquiera llamó a una ambulancia, o pidió ayuda. Fui yo quien se encargó de todo. Hasta me acusaron de haber matado a la niña, ¿lo imaginas? A mi propia hija.

»Pero te mentiría si dijera que su muerte no fue una bendición. Era preferible morir a vivir incapacitada. A los pocos días me informaron de la muerte de mi marido. Había chocado con el coche contra un muro, ¿cómo podría yo haberlo matado de ese modo? Pues a pesar de todo, la gente lo creyó y dijeron que lo había hecho por venganza. A la policía le pareció sospechosa la coincidencia en poco tiempo de ambas muertes y hubo testigos que declararon sobre los frecuentes malos tratos que yo recibía. Todavía tenía moretones en mi cuerpo cuando mi hija murió, por eso montaron un supuesto basado en crimen y venganza, tan absurdo que no llegaron a acusarme

formalmente. Yo tenía veintitrés años, podía empezar una nueva vida y aproveché mis estudios de secretariado para buscar trabajo. Mi madre me ayudó en todo. La llevé a vivir conmigo después de que la policía hizo las investigaciones y quedé libre de sospecha. Traté de pasar por la vida lo más inadvertida posible porque no deseaba que me vieran como a una mujer fácil.

»Te conocí a los treinta y nueve años ¿Tuve otros hombres? Sí, no voy a mentir. Pero no me enamoré de ninguno. Solo estuve con ellos por atracción sexual. Cuando me presenté a tu consulta no tenía planeado que te divorciarás y te casaras conmigo. Esa fue obra de tu propia esposa. Yo siempre la traté con respeto y ella me miraba como si yo fuera un insecto. Sabía que era celosa y que sospechaba de mí y, por ser ella como era, lo que empezó como su venganza personal terminó logrando que me vieras como una mujer. El resto ya lo sabes.

Mientras la escuchaba, Daniel pensaba que no necesitaba tantas explicaciones. Ya no creía en ella. ¿Cuánta verdad o cuánta mentira decía? Dudaba de que hubiese matado al marido, pero a la niña... No creía en ese tipo de accidentes. Nadie deja a una niña que convulsiona sin custodia. Sintió lástima por la mujer que tenía al lado, él solo quería saber por qué lo había engañado, por qué había decidido mezclarse en un robo y largarse con otro. Y lo sabría al llegar a la casa. Faltaba poco. Siguió callado.

Viveka tomó su silencio como una muestra de conformidad, o de perdón, y se sintió más tranquila. Poco después las calles y el paisaje conocido de Poughkeepsie fueron apareciendo ante sus ojos y la añoranza de regresar a casa se instaló en su pecho. Pero ya no era su casa. Se lo había dicho Daniel, esperaba que lo reconsiderara, sabía que era un hombre bueno. Pero también un hombre justo.

Recorrieron el largo camino flanqueado de sicomoros, arces y arándanos hasta llegar a la rotonda. Daniel condujo hacia el garaje, cuya entrada quedaba a la izquierda de la casa y abrió con el control remoto la puerta que él mismo había instalado. Una vez dentro bajaron de la Cherokee y entraron por la puerta de servicio.

En la cocina quedaban rastros del desayuno de Daniel. Se oyeron los pasos de Francis acercándose, inusualmente apresurados, que se detuvieron de golpe cuando vio a Viveka.

—Buenos días, señora Koz... —No supo cómo terminar la frase.

—Buenos días, señor Hamilton. —Ella miró a Daniel—. He de ir al

baño, estaré arriba. —Cruzó el salón, el vestíbulo, y subió por las escaleras cargando el maletín, seguida por la mirada de Francis, quien parecía que hubiera sido alcanzado por un huracán, desarreglado, en mangas de camisa y con el aspecto de no haberse afeitado. Su rostro parecía un enorme signo de interrogación.

Daniel se fijó en la ropa de Francis y pensó que los papeles habían cambiado. Alzó los hombros y se limitó a decir:

—La traje porque tenemos algunas cosas de que hablar.

Capítulo 55

Casa Hamilton, 2005

—Daniel, necesito que veas algo asombroso —pidió Francis con el mismo frenesí que lo había llevado hasta la cocina—. Estoy anonadado. Es algo maravilloso, claro que falta mucho todavía para la verdadera restauración, pero he descubierto lo más importante, ¡y no puedo creerlo!

—Vamos, vamos; quiero ver lo que has hecho, no quise interrumpir tu trabajo anoche al irme a dormir, pero te dejé una nota esta mañana —dijo mientras se dirigía hacia las escaleras.

—La leí, pero no pensé que vendrías con... ella. —Titubeó al no saber qué nombre darle.

—Ya te contaré. Ahora veamos eso que deseas mostrarme.

Subieron hacia la habitación y al llegar Francis abrió la puerta teatralmente.

—Mira —dijo señalando el cuadro apoyado en la pared sobre la cómoda.

Lo que vio Daniel fue un retrato de un hombre de mirada apacible, lejana, sosteniendo una esfera de cristal en una mano y con dos dedos de la otra señalando hacia arriba. Vestido con una túnica azul con adornos marrones —esta vez apreció algo de color en la dichosa pintura— le pareció que podría ser el Jesús de los cristianos, pero no estaba seguro porque carecía del aura con la que ellos suelen rodear las cabezas sagradas. Sus largos tirabuzones le hacían parecer a primera vista una mujer, pero el tenue bozo y sus facciones indicaban que se trataba de un varón joven. Se acercó a una distancia lo suficientemente cercana como para distinguir mejor; la imagen seguía siendo deslucida, solo un poco más nítida que cuando la vio por primera vez, sin embargo la actitud de Francis era tan entusiasta que no quiso defraudarle.

—¡Impresionante!

—¡No es solo eso! ¿Sabes qué cuadro es este?

—No tengo idea. Será Jesús...

—Es el verdadero. El *Salvator Mundi* de Leonardo.

—¿Cómo puedes saber que no es una réplica?

—Durante años estuve dedicado exclusivamente al estudio de la técnica de Leonardo. Sé reconocer sus trazos, su forma de expresarse a través de la pintura, estoy seguro de que es el original. ¡Oh, Dios santo! ¡Estamos ante una de las pinturas más buscadas de la historia del arte!

Francis tenía tal estado de exaltación que no parecía el mismo hombre tranquilo y flemático que solía ser. Y contra la costumbre de estar siempre impecable, sin un cabello fuera de lugar, en ese momento parecía, a ojos de Daniel, un desequilibrado. Trató de apaciguar sus ánimos.

—Veamos, si fuera el que tú dices, algo que aún no sabemos...

—Lo es —interrumpió Francis—. Mira. Mira la posición de las manos, mira la transparencia del cristal, el rizo ondulado de los cabellos, los pliegues de la túnica, las proporciones... Leonardo tenía una forma y una técnica que muchos quisieron imitar, pero no pudieron, el juego de luces y sombras, algo que para él era indispensable, y la mirada. Los ojos que parecen ver a través de ti, eso lo hace inconfundible. Estamos ante el auténtico cuadro del maestro.

—Lo de la posición de las manos...

—Es Jesús y está bendiciendo al mundo, representado por la bola de cristal que sostiene en la otra mano. Son símbolos cristianos, aunque seas judío estoy seguro de que los conoces.

—Está bien —concedió Daniel—. Comprendo tu entusiasmo, pero para algo pediste ese aparato, ¿no? Y los análisis. ¿Qué has sacado en claro?

—Aún no hay resultados definitivos, porque aparecen algunos componentes que no son de esa época, supongo que se debe a malas restauraciones. Estoy seguro, Daniel, todo encajará.

Daniel volvió a observar el cuadro, esta vez con más atención.

—¿No le haría falta algún retoque? Me refiero a la nitidez... No aprecio los detalles y la pintura me parece deslucida, como si estuviese emborronada.

—Porque todavía no está restaurada adecuadamente. Lo que ves es el resultado de la limpieza y una pátina de glicerina que actúa como protectora de la obra, de lo contrario habrían desaparecido algunos detalles. Ah... ¡Qué jugarreta extraordinaria! Mira nada más quién cubría a quién, pero será mejor que te prepares para lo que voy a decirte ahora. —Francis adoptó la postura cortesana que acostumbraba, un poco cursi a los ojos de Daniel, lo que unido

a su apariencia en ese momento, le hacía parecer un noble venido a menos, salido de una de las novelas de Víctor Hugo—. Antes que nada, debo pedirte disculpas por la intromisión. No es mi costumbre, pero sentí la necesidad de hacerlo.

—Estás disculpado —dijo Daniel curioso, al tiempo que recordaba que Francis se había entrometido más de lo que estaba permitido por las buenas costumbres—. Dime qué hiciste esta vez.

Francis le lanzó una mirada contrita, pero se repuso y fue a hacia una de las mesillas de noche. Tomó un papel doblado y se lo enseñó.

Era una carta dirigida a John Hamilton:

Roma, 16 de septiembre de 1963

Estimadísimo señor John Hamilton:

Tal como acordamos y según órdenes dejadas por el mariscal Hermann Göering, le hago llegar con la familia Hausmann este extraordinario recuerdo. Lamento que todo haya terminado de esta manera, por suerte, el mariscal Göering tomó precauciones y esta obra, como muchas otras, fue a parar a los depósitos del Museo del Prado en Madrid, donde se camufló tras una copia no muy buena de un trabajo poco conocido de Diego Velázquez, el retrato de un obispo, que nunca estuvo expuesto. La muerte previsible del Papa Juan XXIII y la coronación de Paulo VI dieron motivo para que el general Franco enviara un obsequio al Vaticano, y este cuadro fue casualmente el regalo elegido, lo que en un principio trastocó nuestros planes de recuperarlo, sacándolo del museo con tanto sigilo como había entrado. Sin embargo, acabó siendo un imprevisto favorable, porque en Roma descubrieron la falsificación y el retrato que se escondía detrás. En un primer momento se dio orden de destruirlo, pero después, ya desprovisto de valor y de cuidados, fue muy fácil recuperarlo. Espero que usted disfrute de esta valiosísima obra muchos años y agradecemos su colaboración.

*Su atentísimo,
Carlos Guzmán Ferrara.*

—¿Dónde encontraste esta nota?

—A eso iba. Fui a tu despacho, el que fue de mi abuelo. Tenía que existir alguna respuesta. No toqué nada que fuera tuyo, solo revisé el escritorio donde algunas veces mi abuelo y yo pasamos algunos ratos. Haciendo memoria, él no era tan malo conmigo.

—Eras un niño, ¿qué podría haberte hecho?

—Siempre me sentí culpable de estar en medio porque mi abuelo no podía ver a mi madre. Jamás nos sentamos juntos a la misma mesa. Pero cuando papá no estaba en casa, el abuelo me traía a este lugar y preguntaba por mis estudios, le gustaba revisar mis notas, hacerme preguntas... Un día dijo algo a lo que no di importancia porque, además, era tan solo un juego. Y mientras limpiaba el cuadro, lo recordé. —Miró a Daniel como para observar su reacción y prosiguió—. Dijo: «¿Crees en la magia?» por supuesto, yo un niño de... tendría entonces unos ocho o nueve años, le respondí que sí creía, entusiasmado. ¿A quién no le podría gustar? Y luego dijo: «¿Ves esta carta?» Era un as de corazones. «Sí», le respondí. Y el continuó: «Ahora no la ves» ¡Y fue cierto! La carta desapareció con un cierre rápido de su mano derecha, por aquí, por este lado —indicó, señalando el lado derecho del interior del mueble, antes de la línea donde empezaban los tres cajones.

—¿Te dijo él cuál era el truco?

—Nunca. Y yo siempre que tenía ocasión de estar aquí le volvía a preguntar y él se limitaba a hacer desaparecer cualquier carta que tuviera en la mano. Y hoy se me ocurrió que ese cuadro con el retrato de Hitler debía haber llegado a esta casa de alguna forma. Llamé a mi padre para preguntarle una vez más y me dijo que cierto día, hace ya mucho tiempo, cuando él aún no se había casado con mamá, llegaron a casa unas personas extranjeras trayendo un obsequio. Cuando mi abuelo lo recibió simplemente lo puso en el sótano. Estaba furioso, porque había recibido una nota en la que decía que era un regalo de valor incalculable o algo así, y solo era el retrato de un hombre que podía ponerlo en serios aprietos si alguien lo veía en casa.

—¿Y qué te hizo pensar que tu abuelo conservó esa nota?

—Fue mi padre quien me dio una pista sin él saberlo. Dijo que mi abuelo había guardado la nota como recuerdo de uno de los hombres más valientes del Tercer Reich: Hermann Göring. Al parecer fue un amigo muy cercano durante el tiempo que vivió en Alemania.

—Y entonces le preguntaste dónde la guardó —dedujo Daniel.

—No lo sabía. Le advirtió a mi abuelo que un mensaje como ese

también podría traerle problemas, tanto como el cuadro, pero que su padre simplemente le había respondido: «No te preocupes, ¿no crees en la magia?», cosa que mi padre recordaba muy bien porque le pareció un razonamiento absurdo. ¿Comprendes ahora? —exclamó Francis.

—La pista que te trajo hacia este escritorio...

—Revisé cada resquicio, saqué cada uno de los cajones y ni arriba ni debajo encontré nada, entonces metí la mano debajo del escritorio, donde está el cajón central, como hacía el abuelo. Encontré una ranura bastante larga en la esquina. Toca acá —dijo llevando la mano de Daniel hacia el ángulo.

—Sí, se nota una ranura.

—No tiene comunicación con los cajones, así que volví a ponerlos en su sitio y me enfraqué en cómo acceder a esa ranura. Entonces caí en la cuenta de que si presionaba ligeramente hacia arriba —hizo un gesto con el dedo pulgar— la hendidura se abría y se volvía a cerrar de inmediato.

—Por eso nunca lograste saber cómo desaparecían las cartas.

—Exacto. Tuve que mantener la ranura sujeta con el cortapapeles para que pudiera entrar mi mano con dificultad, y toqué un sobre. Lo arrastré con cuidado y ¡eureka! Apareció la nota dentro del sobre. Me parece que hay otros papeles, pero no he logrado alcanzarlos.

—Veamos: Göering envió unos cuadros valiosos al Museo del Prado, entre ellos este retrato de Hitler que ahora sabemos ocultaba la obra de Leonardo que tanto te gusta. ¿Sabían eso los nazis?

—No se puede asegurar. Que la nota diga «un cuadro valioso» puede referirse simplemente al retrato del Führer. Para ellos lo era. Aunque tengo otra teoría: los nazis descubrieron la obra oculta en alguno de los lugares que ocuparon en el sur de Europa pero, igual que yo, no sabrían si era auténtica o no hasta examinarla a fondo. La guerra les empezaba a ir mal y decidieron llevarla a un país neutral, a un museo donde poder hacer las pruebas para determinar su autenticidad. Y eligieron Madrid, y El Prado, porque, aunque España era neutral, tenían buenas relaciones con el general Franco. Y como una tabla no se puede enrollar, la cubrieron con el retrato, había cientos de ellos, para trasladarla sin que llamara la atención. Los años 40 fueron caóticos en toda Europa.

—Es una buena teoría...

—Cuando perdieron la guerra, huyó todo nazi que pudo. Los que participaron en el asunto del cuadro, al menos algunos de ellos, debieron de

quedarse en España cuidando sus intereses. Algún contacto dentro del museo debieron de tener. Cuando el retrato de Hitler se volvió algo inconveniente, pintaron encima una supuesta obra de Velázquez. Pero España cambió de rumbo, algo fue mal para los nazis y perdieron el control sobre la obra oculta en los fondos del museo, que casi veinte años después fue elegida como regalo al papa. En el Vaticano, la falsificación fue descubierta, el retrato oculto también, y se desprendieron de él como de la peste. El papa la mandaría destruir, con seguridad.

—Pero no lo hicieron...

—Es obvio. Y nunca es difícil robar de la basura. Alguien lo recuperó y lo quitó del medio enviándolo a los Estados Unidos. Debe de ser el firmante de la nota: Carlos Guzmán Ferrara. Un mediador.

—Y así llegó el cuadro a tu abuelo, quien no parecía tener mucho interés por el arte —concluyó Daniel.

—Tal vez sí, por lo que nos dijeron en el Vassar College él contribuyó al museo y la escuela de arte. Pero si creyó que el gran regalo era el retrato de Hitler, no le acertaron el gusto.

Daniel soltó una carcajada que le sirvió para romper las tensiones acumuladas ese día. La Casa Hamilton tenía demasiados secretos y parecía que no todos eran buenos, pensó, a medida que se borraba el rastro de la risa en su cara. Esa casa no tenía buenas vibraciones. Una familia destruida, un cuadro con un personaje siniestro, su vida misma era una prueba de ello.

—No sé tú, pero yo no me quedaré aquí.

—Es tu despacho.

—Me refiero a esta casa. Es toda tuya, reclámala, por mí no tendrás problemas. Regreso a Chicago.

—¿Con Viveka?

—No —dijo con firmeza.

—Pero... pensé que las cosas se habían arreglado.

—No, Francis. Ella es una mujer joven aún. Yo le paso veintiséis años, es ridículo pensar que lo que no logré antes lo consiga ahora.

—Piénsalo, tal vez no sea una mala mujer.

—Tengo mucho que hablar con ella —admitió Daniel para que lo dejara tranquilo—. Ahora solo debes pensar en qué hacer con ese cuadro. Si es tan valioso como dices y deseas venderlo, creo que conozco a la persona adecuada.

—¿Lo dices en serio?

—Absolutamente. ¿Cuánto puede valer un cuadro así?

—Muchos millones, Daniel. Muchos.

—Creo que una persona que se gasta millones en un jarrón de adorno también puede gastarlos en un cuadro de un pintor como Leonardo. Lo único que debes hacer es cerciorarte de que es el original.

—Lo haré —afirmó Francis con convicción.

—Con ese dinero no tendrás más problemas. Podrás abrir tantas galerías de arte como tú y tu chica quieran. Ahora iré a hablar con Viveka. —Ambos salieron del despacho. Francis, impaciente por continuar su trabajo regresó a su habitación.

Capítulo 56

La Casa Hamilton, 2005
Viveka Królowa

Al pasar frente a la puerta, Daniel vio la cocina immaculada, sin los rastros del desayuno que él había dejado, tan ordenada como siempre cuando Viveka vivía allí. Ella lo esperaba sentada en el porche y mirando al jardín. Él se detuvo unos instantes, inhaló profundo y abrió la puerta vidriada. Se sentó en la poltrona, ladeado hacia ella.

—¿Por qué me hiciste creer que estabas enamorada de mí? —preguntó mirando sus ojos grises, tan parecidos a los de Yvanna.

—No te engañé. Después de mi fracasado matrimonio y de la desilusión con cada hombre que se cruzó en mi camino, llegué a tu consulta buscando trabajo. Nunca me pasó por la cabeza que algún día pudiera casarme contigo. Te respetaba como mi jefe, te admiraba como el famoso neurocirujano que era capaz de hacer las intervenciones quirúrgicas más complicadas. Y creo que fui una buena empleada. —Lo miró y él asintió—. Cuando mi madre murió me sentí en absoluto desamparo, en aquellos momentos necesitaba cobijarme en los brazos de alguien, podrías haber sido tú tanto como cualquier amiga, si la tuviera justo en ese momento allí, a mi lado, pero estabas tú. Y en ese primer abrazo comprendí que te atraía.

»Después del entierro, ya en mi casa, te pedí otra vez que me abrazaras, deseaba estar segura de que no me había equivocado y al hacerlo lo supe. Sucedió lo de la mancha de carmín, tu esposa pensó que lo hice a propósito. Tal vez sea cierto. Pero no fue por maldad. Tú eras su trofeo, te tenía como un galardón que ella se merecía por ser hermosa y afortunada en la vida. Y tú no eras feliz así. A la vez que le daba una lección a ella, te di una oportunidad a ti.

—¿Una oportunidad? —preguntó Daniel incrédulo.

—Eras y sigues siendo un hombre muy atractivo, pero fue el desprecio de ella lo que me impulsó hacia ti. Cuando supe que podía ser correspondida me sentí feliz, hasta ese momento creí imposible que un hombre como tú

podiera fijarse en mí. Siempre fuiste comprensivo como nadie lo había sido conmigo, tenías todo lo que una mujer puede desear, ¿por qué no aceptar tu cercanía, tu enamoramiento, el deseo que yo te despertaba? Tendrías que haberte visto, Daniel, resurgiste de tu apatía.

Daniel bajó los ojos pensando en cuánta razón tenía. Fue la mujer que mejor sexo le había dado en su vida. Aceptaba que eso lo había enloquecido, como sucedió con Yvanna cuando empezó su relación con ella: entonces se sintió poderoso al saberse elegido por la mujer que todos deseaban. ¿Yvanna lo había tenido como un trofeo? Él creía que siempre fue al contrario. Cada persona ve la vida desde su propia perspectiva. ¿Cómo lo vería Yvanna?

—Comprendo... todos somos humanos y podemos cometer errores, lo que no entiendo es por qué decidiste asociarte con Gerard Shaw para cometer el robo.

—Yo esperaba más de ti. Después de un tiempo de habernos casado, seguíamos viviendo en la casa que habías comprado antes de empezar lo nuestro, el nivel de vida que teníamos no era el que le habías dado a tu exmujer, aquello me parecía injusto. ¿Por qué a ella sí y a mí no?

—Me casé contigo enamorado —aclaró Daniel con un poco de vergüenza. Le parecía ridículo desnudar sus sentimientos a esas alturas de su vida—. Y quería alejarme de ese mundo ficticio en el que vivía con Yvanna, apartarme de esa inmensa casa en la que a veces no podía encontrarla, de las fiestas y reuniones que ella se inventaba con cualquier pretexto para lucir la ropa que compraba... Se puede vivir con mucho menos. Te vi como alguien diferente, una mujer a cuya vida sencilla me adaptaría con facilidad, jamás imaginé que querías justo lo opuesto. Si hubieras sido sincera, lo habría entendido, pero no dijiste nada y pensé que en eso estábamos de acuerdo.

—Un acuerdo que para ti fue tácito. No para mí. Quise apartarte de ese entorno tan cercano a ti y empezar de nuevo, lejos, y en cuanto vi esta casa me entusiasmé. Tus planes de vivir aquí me parecieron excelentes para empezar la vida que yo tanto anhelaba, pero después todo quedó en nada. ¿Sabes lo que es estar encerrados todo el día, todos los días, sin ver a nadie ni tratar con nadie, excepto al hombre que limpia las ventanas, o a la mujer que me ayuda en la limpieza una vez por semana? A Gerard Shaw lo conocí en el banco, en mi afán por crear un círculo de amistades que fuera creciendo, pero lo que él deseaba era flirtear y yo estaba tan aburrida que le seguí la corriente. Cierta día dijo que en esta casa se escondía una enorme fortuna que podría

ser nuestra si hallábamos la manera de sacarla. Fue quien me enseñó la entrada al sótano por el dormitorio de arriba. Yo no le creí, pero cuando te ausentaste por la muerte de Bendahan, bajó conmigo al sótano y supe que era cierto, era mi oportunidad, el momento que tanto había ansiado podía hacerse realidad, tendría todo el dinero para vivir como quería. Él se interesó en un maletín que contenía papeles valiosos, creo que eran bonos o algo así, y se lo llevó. Me dijo que le diera el efectivo pero no quise, porque desconfiaba de él. Después comprendí que había cometido un grave error. No se puede hacer uso del efectivo sin despertar sospechas, simplemente es imposible que de un día para otro alguien posea una fortuna si no la puede justificar. Gerard dijo que él podría hacerlo a través del Chase Bank, pero no le creí, pensé que quería timarme y frente a la gravedad de la situación, porque él había decidido abandonar a su esposa, supe que llegaría el momento en que todo se descubriría, y más estando de por medio un mafioso, un tal Nicola Vitale. En un arranque de locura pensé que podría contar con Francis. Me equivoqué. O tal vez ya sea demasiado mayor para seducir a nadie —terminó de decir Viveka con la voz quebrada.

—Eres joven y tienes vida por delante.

—¿A los cuarenta y cinco? Perdí los mejores años a tu lado.

Daniel sonrió.

—Yo también perdí el tiempo contigo, y son mis últimos años de provecho. No sé quién ha perdido más. Yo no te engañé ni te oculté mis intenciones; tú a mí, sí. Regresaré a Chicago, a esa casa que no te gustaba por ser tan pequeña, para una sola persona sobra con dos dormitorios, y te dejaré libre, Viveka. Ni siquiera estamos casados según la ley. Te daré algo de dinero para que puedas volver a empezar tu vida donde se te ocurra, en pago por estos tres años que perdiste conmigo.

—¿Darme dinero, tú? ¿De dónde lo sacarás, si firmaste el usufructo de esta casa porque no tenías para comprar otra?

—Te equivocas. Lo hice porque a ti te encantó la casa y quise darte gusto. Pude haber comprado otra y estaríamos viviendo tranquilos. Miento; yo estaría tranquilo y quién sabe qué estarías tramando tú. Viveka, si me hubieras dicho desde un comienzo que deseabas tener otro tipo de vida, la habrías tenido. No hacía falta robar. Tengo suficiente dinero. Trabajé más de treinta años e hice una pequeña fortuna, que es solo mía, no de Yvanna. Si hubieras esperado un poco más, serías dueña de todo lo que tengo. No tuve

hijos contigo, aunque era mi mayor deseo, y nadie se lleva nada a la tumba.

—No quise tenerlos por temor a la enfermedad que heredó mi pequeña Ángela.

—Tal vez sea una de las pocas cosas que tengo que agradecerte. Puedes llevarte el coche, es tuyo.

No lo amó jamás. Tampoco estuvo interesada en Gerard Shaw y trató de engatusar a Francis. ¿Qué clase de mujer era Viveka? Daniel sacó el talonario de cheques del bolsillo interior de la chaqueta que todavía llevaba puesta y escribió una cifra. Lo desprendió y se lo dio. Viveka titubeó antes de extender la mano. Finalmente lo hizo y vio la cantidad. Un millón de dólares. Se puso de pie y quiso abrazarlo; Daniel la detuvo con la mano extendida.

—No más engaños, pequeña. Sigue tu camino, te deseo lo mejor.

Ella se retiró en silencio, subió al dormitorio que habían ocupado y terminó de recoger sus cosas. Daniel miró hacia los matorrales y empezó a llorar. Sacudió la cabeza para aclarar la mente. Hasta el último momento tuvo la esperanza —y el temor— de que no aceptara el cheque.

Capítulo 57

Casa Hamilton, 2005

Francis continuaba absorto en la contemplación del cuadro. Estudió cada detalle, cada pliegue, cada pincelada con sumo cuidado con una potente lupa. Esperaba con ansias la llamada de la profesora Bergman, los resultados del análisis de la muestra serían cruciales. ¿Cuánto dijo que tardaría? Dos días o tres. Inconcebible. Demasiado tiempo, él no podía quedarse eternamente en esa casa. Guardó la lupa en el maletín así como el resto de instrumentos y materiales que había utilizado hasta dejar todo escrupulosamente ordenado. No podía hacer más por el cuadro en esas circunstancias. El trabajo de restauración no se podía efectuar allí, necesitaba los instrumentos necesarios y los materiales correctos, los mismos utilizados en el original y eso solo podría hacerlo en Italia, en su estudio de Pitigliano. En uno de los cajones encontró una sábana limpia y cubrió con cuidado el cuadro de madera. ¿Cómo llevar el cuadro a Italia? Sería imposible sin un documento que certificara su propiedad. Daniel había dicho que tenía un comprador para el cuadro, pero no podía venderlo sin la documentación. No legalmente. Esperaba aclarar el asunto con él. Sus pensamientos fueron interrumpidos por una llamada. Miró la pantalla; era su padre.

—Francis, hijo, ¿dónde te encuentras?, ¿estás bien?

—¿Sucedió algo? —preguntó Francis, aunque ya conocía la respuesta.

—Los hombres de Nicola Vitale fueron arrestados por el FBI con las manos en la masa. Todo se supo, los interrogaron bajo presión y dieron el nombre del jefe. En este momento Vitale ha desaparecido.

—Por aquí también estuvo el FBI pero no encontraron nada, tranquilo papá, no estoy bajo sospecha.

—Perdóname por meterte en mis líos, hijo.

—Regresaré a Pitigliano pronto, estén tranquilos.

¿Cómo habría terminado la conversación con Viveka? Tal vez se habían reconciliado. Evitó salir de su cuarto para no interferir, lo que menos quería era ser motivo de disputa entre ellos. Se echó en la cama y cruzó las manos

bajo la nuca. Llamaría a Orazia cuando tuviera el resultado de las muestras. Dio un profundo suspiro y cerró los ojos. Poco después se quedó dormido, exhausto. Demasiadas emociones en tan corto tiempo.

Daniel no se movió del porche hasta que escuchó que el auto de Viveka estuvo lejos. Una vez más el sonido de un motor fue importante en su vida, y en esos momentos significaba un amargo abandono. Sin embargo, agradeció que no se acercara a despedirse, ¿para qué? La decisión estaba tomada y el daño hecho. Solo quedaba seguir adelante como siempre debió hacer. Pero había aprendido que el pasado nunca se deja atrás, de una manera o de otra siempre lo alcanzaba. Lo había acompañado a lo largo del tiempo, y fue la sombra de Yvanna, quien pensó él ya formaba parte del pasado, la que hizo que no pudiera vivir ese presente que se había empeñado en crear con Viveka.

Envidió a Francis por la pasión que ponía en su trabajo, la misma que él puso durante sus años de cirujano, ¡qué bien se sentía al saber que el paciente había mejorado y en muchos casos escapado de la muerte! Pero nunca era tarde para empezar de nuevo, se sentía fuerte y podía hacerlo. Se dedicaría a la enseñanza y tal vez podría realizar todavía algunas intervenciones en donde sus alumnos aprendieran lo que a él lo apasionó. Viviría en su pequeña casa y, cuando ya no pudiera valerse por sí solo, iría a un buen hogar para ancianos, no quería incomodar a nadie.

Se levantó de la poltrona y fue hacia su cuarto desanudándose la corbata. No se había percatado de estar todavía con la ropa que vistió ese día para impresionar ¿a quién? Ya no valía pensarlo. Al llegar a la habitación terminó de desvestirse y se echó en la cama solitaria al tiempo que se sentía liberado.

Francis despertó y vio a través de la ventana que la tarde llegaba a su fin. Abrió la puerta con cautela por si escuchaba voces pero al no sentir ni el más mínimo sonido bajó a la cocina. Al verla tan limpia y ordenada pensó que Viveka aparecería en cualquier momento para preparar la cena, sin embargo, la casa parecía vacía. Se le ocurrió ir a la cochera para ver si Daniel había salido y encontró la Cherokee. El coche de Viveka no estaba. Entonces supo que se había ido. Le preocupaba Daniel, le pareció interesado en lo que le explicó acerca del cuadro, pero su semblante no era el que había conocido cuando llegó a esa casa. Y en los últimos días su ánimo tampoco era el mismo. No le gustaría estar en sus zapatos.

Fue a la nevera y sacó un cartón de leche, después de olerlo lo tiró por el

desagüe. Tenía hambre. Prepararía algo de comer y después iría a buscar a Daniel para animarlo. En la nevera las verduras todavía parecían en buen estado; escogió del congelador unos sobres que tenían escrito: «milanesas», ¡bien!, se salvarían de pasar hambre esa noche. Recordó que en el sótano donde se guardaban los víveres había sacos de patatas y fue hacia allá. Escogió algunas y al mirar los talegos que yacían amontonados a un lado recordó la insensata idea de la mujer de su amigo.

Cuando las patatas estuvieron cocidas y la ensalada preparada, descongeló las milanesas en el microondas, las dejó a un lado y subió.

Tocó la puerta, pero al escuchar la voz de Daniel conversando con alguien quiso retirarse de inmediato.

—¡Entra! —gritó Daniel.

Abrió y encontró a Daniel sentado al borde la cama con el móvil pegado a la oreja. Le hizo una seña para que esperara.

—Comprendo, señora Shaw, si necesita que la ayude en algo, estoy a sus órdenes.

Escuchó un momento lo que le decía la mujer al otro lado de la línea y respondió:

—Por supuesto, iré. Sí. Esa hora me va bien. —Se despidió y desconectó.

—¿Qué quería la mujer de Shaw?

—Su marido irá a prisión y ella quiere el divorcio. Buscará un abogado, está deshecha. Quiere que vaya. A aconsejarla, supongo.

—¿Y piensas ir?

—Le di mi palabra.

—Preparé la cena. Bajemos a comer algo y hablaremos.

Cuando Daniel vio la mesa redonda de la cocina servida con tanto esmero, admiró a Francis. El muchacho era un dechado de virtudes. Le hizo gracia verlo despeinado y en mangas de camisa.

—Siéntate, Daniel, solo falta freír las milanesas.

—La mujer de Shaw me estuvo contando cuánto había sufrido con su marido y que ya había colmado su paciencia. Sabía que era un mujeriego y lo había perdonado muchas veces, pero nunca pensó verlo involucrado en un robo, y menos en un asesinato.

—Pobre mujer.

—Una esposa siempre sabe cuándo la estás engañando y si lo aguanta es

porque le conviene —afirmó Daniel casi con rabia.

—No comprendo por qué recurre precisamente a ti.

—Debe de ser porque su marido la engañaba con mi mujer, somos algo así como compañeros de desgracia. Quiere vengarse del marido, ¿quién sabe lo que puede pasar por su mente en estas circunstancias!

—De manera que irás...

—Iremos.

—No me lo perdería por nada del mundo —afirmó Francis.

—Viveka y yo nos hemos separado, y no es necesario el divorcio. Como bien dijiste, nuestro matrimonio no es válido porque se casó bajo un nombre que no era legalmente el suyo.

—Correcto. ¿Ha sido decisión tuya o de ella?

—De ambos. Ella no queda desamparada, le di suficiente para que pueda salir adelante.

—Pensé que estabas abatido, que no te sería tan fácil...

—Estoy más que abatido, derrumbado, Francis. Pero no me dejaré llevar por la tristeza. Cometí errores, no fui lo que ella esperaba, reconozco que tuve culpa, pero también la tuvo ella. No soy más que un viejo con ínfulas de muchacho.

—Lo siento.... es difícil asimilar todo. No sé qué decir.

—No hay nada que decir, mejor cenemos y vayamos a ver a la señora Shaw.

Terminaron de cenar en silencio. Daniel tenía la convicción de que las mujeres son más radicales que los hombres. Yvanna, Viveka, la señora Shaw, hasta la argentina Silvia..., todas sabían lo que querían y no dudaban al tomar decisiones. Para ellas era todo o nada. El hombre, en cambio, es más dado a compartir cuando la ventaja está de su lado, la poligamia es su naturaleza. Tenía a Francis frente a él y no le guardaba el mínimo resquicio de celos o rencor por haberse beneficiado a su mujer. Le dolía la actitud de ella, no la de él. Iría a ver a la señora Shaw, más por cortesía y curiosidad que por otro motivo.

Capítulo 58

Hyde Park, 2005
Melissa Shaw

Con Daniel al volante, cruzaron el camino de sicomoros, arces y arándanos. Francis vio la hora en el tablero: pasaban 17 minutos de las 9 de la noche.

—Un poco tarde para ir de visita —comentó.

—Es tan buena hora como cualquier otra para salir de una vez de todo esto —sentenció Daniel.

Rato después se detuvieron en la entrada de la casa de los Shaw. Daniel presionó el botón del intercomunicador y la reja se abrió de inmediato. Entraron con el coche y aparcaron cerca de la puerta principal.

Al acercarse para tocar el timbre, la puerta se abrió y apareció Melissa Shaw, bastante más arreglada de lo que hubiera esperado cualquiera que supiese los problemas que tenía.

—¡Señor Kozlowski!, pase por favor. —Se detuvo al ver a Francis—. Oh, no esperaba verlo, señor Hamilton, adelante.

—Disculpe si la incomodo, pero el inspector Logan nos está esperando y tuvimos que pasar por aquí —mintió.

—Comprendo, han sido tantos acontecimientos... No salgo de mi asombro y le pido disculpas, señor Kozlowski, en nombre de Gerard, por haberlo puesto en esta situación.

—No se preocupe, señora Shaw. Usted no tiene ninguna culpa de lo que hizo su esposo.

—Preferiría que me llamara Melissa. Melissa Dooling.

Ahí vamos, pensó Francis.

—Como usted quiera...

Melissa no era una mujer desagradable. En cualquier otra circunstancia, a Daniel le habría parecido hermosa, pero en esos momentos no estaba de humor para admirar a nadie. Era joven, más joven que Viveka, y se notaba que cuidaba su apariencia y su físico. A Francis le pareció definitivamente bonita.

—No se imagina lo que es ser la comidilla de la ciudad. El daño que me hizo Gerard es irreparable —dijo con voz quebrada mientras se asomaban unas lágrimas a sus ojos—. Y cuando me enteré de que había planeado huir con su esposa... ya se imaginará cómo me sentí. —Las lágrimas corrían ya libremente por sus mejillas.

Daniel le alcanzó un pañuelo.

—La comprendo perfectamente, Melissa. También estoy pasando por un mal momento, pero sabremos superarlo.

—¿Usted cree? Le dediqué los mejores años de mi vida, y mire cómo me los pagó. Si no fuera por la pequeña herencia que recibí de mi padre, no tendría cómo sobrevivir.

Otra vez la misma historia: «los mejores años de mi vida», parecía un guión al que las mujeres acuden cuando las cosas van mal. ¿Por qué siempre piensan en «sus» mejores años?

—Todos dedicamos nuestros mejores años a algo, Melissa, es usted joven, hermosa, sabrá seguir adelante.

—Gracias, Daniel, ¿puedo llamarlo así?, lo siento tan cercano, más de lo que nunca sentí a Gerard, créame. Debe de estar usted devastado, ahora que su esposa se fue. Lo que no entiendo es por qué a ella la pusieron en libertad, si cometió un delito.

Vaya, en Poughkeepsie, especialmente en Hyde Park, parecían estar al tanto de la vida de los demás al minuto. Probablemente el inspector Logan se lo dijo y Melissa se había ocupado de extender la noticia, pensó Daniel.

—Tiene usted razón, pero en esta vida todo tiene un final. Eso puedo asegurárselo. A ella la soltaron porque parece que fue coaccionada por su esposo, el señor Shaw.

—¿Coaccionada? —Melissa sonrió burlonamente—. Me dijeron que la habían visto por algunos lugares poco recomendables con Gerard. —Y se puso a llorar de nuevo—. No sabe cuánto le agradezco que haya venido, solo quería darle las gracias en persona, y también decirle que lo siento tanto por usted.

—No se preocupe, para eso estamos los amigos.

Francis miró el reloj de pulsera en una actitud de premura que no pasó inadvertida a Melissa.

—No los entretengo más. Espero que volvamos a vernos —dijo ella poniéndose de pie—. Solo un pequeño favor más: ¿podría darme un abrazo?

¡Lo necesito tanto!

Francis miró al cielo raso y Daniel se acercó a darle el abrazo que la mujer parecía desear con ansias. No podía negar que era reconfortante sentir entre sus brazos el cuerpo delgado y firme de Melissa. Fue un abrazo más prolongado de lo que al comienzo planeó y terminó siendo realmente sincero.

—Gracias, Melissa. También yo lo necesitaba.

Se despidieron y salieron hacia el coche. Daniel la vio por el retrovisor, de pie junto a la puerta, mirándolos hasta que la oscuridad se los tragó.

—No puedes quejarte, amigo, tienes un *sex-appeal* especial para las mujeres —celebró Francis—. Tal vez si decidieras quedarte, tú y ella podrían...

—Es una buena mujer, está despechada, dolida, confundida. Es comprensible. Encontrará su camino.

Francis prefirió no opinar. Admiraba el temple del hombre que estaba al volante, ¿sería así él cuando llegase a esa edad? Lo engañó una mujer con dos hombres frente a sus narices, robó, mintió y probablemente le diría en su cara que nunca lo había amado. Nada de eso lo comentó Daniel, más bien había sido parco en palabras ante semejante tragedia, pero lo suponía. Solo era cuestión de sumar dos más dos. O dos más tres.

Deseaba tocar el tema del supuesto comprador del cuadro pero el momento no era oportuno.

Capítulo 59

Casa Hamilton

Era difícil asimilar que ya no volvería a ver a Viveka bajo su mismo techo; apenas empezó a tener la sensación esa noche, todo había sido rápido en extremo, como cuando se pasa una película a cámara rápida. Daniel hizo un esfuerzo para dejar de pensar en ella, en sus rituales antes de dormir, en las comidas que preparaba, en la manera como le hizo creer que le importaba. Después de varios días en un duermevela azotado por toda clase de pensamientos, esa primera noche durmió sin interrupción hasta las cinco y treinta de la mañana.

Bajó a ejercitarse un rato. Caminó hasta el final del jardín observando algunos defectos en los arbustos que debían estar siempre recortados, pero esa tarea la haría otro. Esa mañana solo quería disfrutar del ambiente que él tanto había contribuido a preservar. Más allá del jardín cercado por un pequeño muro adornado con maceteros tallados en piedra cada cierto tanto, que embellecían aún más el lugar, se extendían los mil doscientos acres de bosque, propiedad de la Casa Hamilton. Veinte años... eran los que él de manera optimista había calculado que le restaban de vida, aunque el promedio de vida del hombre era ochenta y dos años. ¡Qué locura! Empezaba a aprender que no se debe hacer planes a largo plazo cuando se trata de la vida. Menos, cuando se involucra a otra persona. Sin embargo, no pudo dejar de pensar en el tiempo que le faltaba vivir.

Buen rato después regresó a la cocina a prepararse una taza de té negro. Cuando lo saboreaba apareció Francis con una enorme sonrisa.

—Me llamó la profesora Bergman. Tiene las pruebas.

—Sospecho que este será un buen día —pronosticó Daniel—. Vamos.

Francis regresó a su habitación y llevó consigo los aparejos prestados.

—No pienso decirle lo que descubrí, ya debe saber que el cuadro es del siglo XVI, le diré que es un cuadro antiguo pero sin gran importancia, de algún discípulo de los grandes de esa época.

—Me parece inteligente. Cuanta menos gente sepa esto, mejor.

La profesora Bergman los recibió con una sonrisa especialmente dirigida a Daniel. Después de los correspondientes saludos, preguntó:

—¿No es usted el que vive en la Casa Hamilton?

—Sí. El mismo.

Ella lo miró con cierta compasión. Parecía estar enterada de todo.

—Aquí tiene los resultados —le dijo a Francis—. Muy interesantes, es un cuadro bastante antiguo, ¿le sirvió el espectrómetro?

—Sí, por supuesto, aunque no descubrí nada nuevo, me ayudó mucho en la investigación. Tenía la esperanza de hallar algo más...—dijo con aire desanimado.

—Lástima... Su abuelo era un buen coleccionista, nos donó algunos de sus cuadros, pero ninguno de una época tan antigua.

—En la casa hay buenos cuadros, pero nada de gran valor —aclaró Francis.

—¿Se quedará por aquí?

—No lo sé. Aún no lo he decidido. Muchísimas gracias por todo, profesora, le deseo un magnífico día.

—Señor Kozlowski, espero que no perdamos el contacto.

—Por supuesto que no, profesora.

—Tenga mi tarjeta, están mis teléfonos.

Daniel agradeció y salió con Francis hacia el estacionamiento.

—Parece que eres un soltero codiciado —bromeó él.

—En buena cuenta ella es el tipo de mujer que correspondería a mi edad. Me asombra cómo se extienden las noticias.

—Sí, esto parece un pueblo chico.

—Prefiero hablar del cuadro. Si estás seguro de que se trata del que crees, llamaré a mi amigo.

—¿Quién es? ¿Un coleccionista?

—Es una persona muy importante y, sí, podría decirse que es un coleccionista. Sería bueno que lo conocieras en persona, vive en Chicago. Ahora pasa más tiempo allá que en Washington.

—¿Iremos a Chicago?

—Sí. Se trata de mi exsuegro, Konstantin Skósyrev.

—¿Te sigues llevando bien con él?

—Fue quien nos ayudó para que la gente de Vitale nos dejara tranquilos. Los guardaespaldas que te trajeron esa noche eran hombres de Skósyrev. Y

creo que detrás de la libertad de Viveka también está él.

—¿Por qué lo dices?

—Hay una frase del agente Thomas que me quedó grabada: «No hallamos nada que pudiera incriminarla. Está limpia de cargos, y no es porque yo lo diga.» Y al decirla, no parecía sentirse muy convencido.

—A mí también me sorprendió que la dejaran libre; es más, el que yo no haya sido investigado por haber ayudado a sacar ese dinero de esta casa también me parece sumamente extraño.

—Ya ves la importancia que tiene Skósyrev.

—A veces ese tipo de gente da miedo.

—Francis, ¿cómo piensas justificar la propiedad de ese cuadro, si es tan valioso? Tú mejor que nadie sabes que no puedes presentarte con algo así, o exhibirlo en tu galería, sin justificar su posesión. Debe de tener dueño, sé que muchas obras de arte robadas por los nazis están siendo recuperadas y entregadas a su propietarios. Skósyrev podría proporcionarte seguridad al comprarte el cuadro, tú ganas y él también, eres tasador, sabes cuál es el valor del cuadro. Si estuviera en tu lugar, esa pintura me quemaría las manos.

—Tienes razón, Daniel, me ofusqué con el descubrimiento, no podría hacer nada con él —razonó Francis—. No puedo utilizar empresas de transporte de obras de arte, pues no poseo la certificación. En buena cuenta es como un cuadro robado.

—Míralo de esta manera: tu abuelo no sabía nada de esa obra, para él era un retrato sin valor. Él no robó nada, pero por la nota que encontraste, sabemos que se lo dieron los nazis y que probablemente fue robado. ¿A quién? ¿Alguien denunció el robo? Nosotros sabemos que su procedencia no es legal pero para devolver lo robado a su dueño, hay que saber de quién se trata. ¿No dices que este cuadro nunca había aparecido? ¿Quién puede reclamarlo?

—¿Y crees que Skósyrev pueda solventar todos esos obstáculos?

—El único que yo conozco.

—Entonces está decidido.

—Konstantin es un hombre de palabra. Si se interesa por el cuadro, se encargará de los pormenores, y te librarás de un peso. Llevaremos el cuadro e iremos por carretera, para evitar los controles del aeropuerto.

—¿Cuándo piensas ir a Chicago?

—Cuanto antes, mejor. No quiero seguir en esa casa un día más. Que el

banco se haga cargo de ella o que busque a otro. Según el contrato se podía finiquitar el usufructo después de dar aviso al banco dos meses antes por parte del firmante, ¿recuerdas? Enviaré una carta al banco y asunto arreglado.

—Cierto. Además ese contrato carece de validez, según yo veo, está mal redactado. Pero primero vayamos a algún lugar decente donde tomar un buen desayuno, no he comido nada desde anoche —agregó Francis.

—Primero es lo primero —acordó Daniel.

Fueron a parar a un pequeño restaurante en donde servían desayunos completos, y pidieron dos. Su último desayuno en Poughkeepsie.

Al regresar a la Casa Hamilton, después del almuerzo Daniel llamó a Skósyrev.

—Buenas tardes, Kosta.

—Qué hay de nuevo, querido Dan.

—Quería agradecerte todo lo que hiciste. Sé que gracias a ti Viveka está libre y Francis no tuvo cargos.

—Era lo mejor para todos —explicó Skósyrev con su inconfundible voz.

—Iré a Chicago, saldremos esta misma tarde Francis Hamilton y yo. Quería saber si podrás recibirnos. Tiene un cuadro muy interesante que mostrarte.

—Siempre eres bienvenido, Dan. Procura llegar después de las tres, porque hago siesta tras el almuerzo.

—Trataré de llegar antes de que almuerces. Hasta mañana, Kosta.

Fue a decirle a Francis que la cita para el día siguiente con Skósyrev estaba arreglada. El joven tenía tal optimismo que Daniel pensó que en cualquier momento empezaría a subir por las paredes.

Capítulo 60

Chicago, Illinois, 2005

Embarcaron el cuadro en una caja de madera que consiguieron en una tienda especializada y lo cargaron en el Jeep, junto con su equipaje. Francis devolvió el deportivo a la empresa donde lo había alquilado y enfilaron hacia Balmville, para tomar la autopista. El viaje les llevaría unas catorce horas.

—Nos turnaremos al volante cada tres horas, solo nos detendremos para comer o ir al baño.

—Por mí no hay problema —acordó Francis.

A Daniel le venía bien implicarse en el asunto del cuadro, una manera de alejarse un poco de sus problemas, que, si lo pensaba bien, habían dejado de serlo. Pero los pensamientos son traicioneros. De vez en cuando a lo largo del viaje se preguntaba adónde habría ido Viveka. Mejor no saberlo, se decía de inmediato. Con seguridad ella no regresaría a Chicago, sabiendo que Daniel volvería allí.

—Tendría que haber llamado a Orazia, pero no he querido ilusionarla hasta saber qué sucederá con el cuadro. Para ella será toda una sorpresa —comentó Francis—. Cuando salgo de viaje no acostumbro llamarla a menos que sea necesario.

—Haces bien. Espero que no te hayas equivocado con el cuadro, y que sepas convencer a Skózyrev.

—¡Ojalá!

Con tres breves paradas, una de ellas para repostar combustible, llegaron a Chicago con las primeras luces del amanecer. Fueron directamente a la casa de Daniel, ubicada en una zona residencial tranquila y arbolada. Daniel metió el coche en el garaje y sacaron sus pertenencias. Al entrar en la cocina pudo evocar la figura de Viveka. *Ya se me pasará, con el tiempo todo se cura*, se consoló a sí mismo. Las telas diseminadas sobre los muebles del resto de la casa le daban un aspecto fantasmagórico a ojos de Francis; a los de Daniel evocaban soledad y abandono. Fue al sótano para encender los suministros y poco después el agua, la luz y el gas hicieron la casa habitable.

Cada uno de ellos inició su propio ritual de aseo para estar presentables ante Skósyrev, en especial Daniel, no deseaba que lo viera en el estado deplorable en que se sentía. A Francis no le tomó mucho volver a su acostumbrada imagen de hombre elegante.

—En esta casa no hay absolutamente nada de comer, te lo puedo asegurar —afirmó Daniel.

—Veamos... Algo debe de haber en la cocina, café, al menos.

Abrió uno de los armarios y se encontró con filas de latas de conservas y tuvo la suerte de que en uno de los estantes estuvieran ubicados el té y el café. Preparó café y después de tomarlo salieron para casa de Konstantin Skósyrev.

—Impresionante —exclamó Francis al ver la mansión.

—Me impresionó igual que a ti cuando la vi por primera vez —asintió Daniel.

Después de dejar la camioneta en el estacionamiento, Francis tomó con cuidado la caja que contenía el cuadro y acompañó a Daniel a la entrada principal. Momentos después una empleada con cofia y uniforme los saludó y los hizo pasar y tomar asiento en el suntuoso despacho.

—El señor los atenderá en breve.

Ambos se miraron.

—Ojalá haya suerte —murmuró Francis.

Dos minutos después se abrió la puerta y Konstantin Skósyrev, apoyándose en un bastón, se acercó a ellos.

—Mi querido Dan, un placer verte otra vez por aquí.

—El placer siempre es mío, Kosta. —Hizo un breve ademán y presentó a Francis—. Es Francis Hamilton, el joven de quien te hablé.

—Un placer y bienvenidos ambos. ¿Cómo están las cosas por Hyde Park?

—Más tranquilas que nunca gracias a ti, Kosta.

—Me alegra saberlo. Saludarás de mi parte a la señora Kozlowski.

—Me temo que no. Ella partió hacia lo desconocido —ironizó Daniel, simulando una fortaleza que no sentía.

El anciano Kosta asintió con la cabeza lentamente y miró a Daniel sin poder ocultar la satisfacción que reflejaban sus ojos.

—¿Quería mostrarme algo, señor Hamilton? —preguntó dirigiéndose a él.

—Sí, tengo un cuadro que tal vez le interese.

—Soy amante de las obras de arte. ¿Puedo verlo? Apóyelo allí. — Señaló con el bastón un atril vacío, probablemente puesto allí a propósito, ubicado en la parte lateral de una gran ventana y con una lámpara plegable que sobresalía de uno de los estantes donde se exhibían lomos de libros exquisitamente encuadernados.

Francis abrió uno de los extremos de la caja de madera y deslizó con sumo cuidado la pintura entre dos paneles de acrílico. La puso sobre el caballete y se hizo a un lado.

—Este es.

Skósyrev se acercó acomodándose los anteojos y lo examinó con cuidado.

—Dios santo... ¿Es lo que creo que es? *Salvator Mundi* —dijo en un susurro, y miró a Francis—. ¿Cómo llegó a sus manos?

—Se encontraba en casa de mi abuelo, John Hamilton. Hay una nota que deseo mostrarle. Sacó del interior de su chaqueta el papel doblado que encontró en el escritorio y se lo entregó.

Skósyrev leyó la nota y volvió la vista hacia el cuadro.

—Hay muchas imitaciones de la pintura que se cree que originalmente pintó Leonardo Da Vinci, pero por los detalles me parece que podríamos encontrarnos frente al original. Veo que empezaste un proceso de restauración. ¿Tienes el certificado de autenticidad?

—No. Solo esa nota que recibió mi abuelo. Soy restaurador, señor Skósyrev, he estudiado la técnica usada por el maestro Leonardo, puedo considerarme un especialista. Mi deseo es restaurarla para poder exhibirla.

El ruso dio un largo suspiro.

—Me temo que será muy difícil, joven amigo. No creo que puedas exhibirla ni aunque tengas tu propia galería —dijo Skósyrev. Parecía muy informado de la vida de Francis—. Pero me interesa. Estoy dispuesto a comprarla.

—¿Tal como está? —preguntó Francis con una mirada de horror.

—No. Tendré que mandar restaurarla. Tengo a la persona apropiada.

—Le suplico que me deje hacerlo —imploró Francis, le aseguro que no la dañaré, recuperará su belleza, su iluminación del comienzo.

—¿Te atreverías? —preguntó con escepticismo Skoreyev—. Se dice que esa pintura, si hablamos del original, ha pasado por muchas restauraciones y

por varios propietarios desde su creación. Perteneció a los Romanov. Pero la revolución comunista se llevó todo por delante. Por desgracia, el zar Nicolás tuvo que quedarse, debía asumir su papel, y mi pariente, el rey Jorge V de Inglaterra después no pudo rescatarlo de los bolcheviques como a otros miembros de la familia que sí pudieron salir en volandas hacia Inglaterra. Lo demás ustedes lo deben de saber. Fue un precio demasiado alto. Nosotros llevamos dos generaciones aquí, en los Estados Unidos. Mi bisabuelo, Konstantin Romanov, se cambió el apellido y construyó los cimientos de nuestro imperio aquí en 1915. Durante el traslado, algunas de sus pertenencias desaparecieron, entre ellas este cuadro, si es el que creo, por eso me interesa recuperarlo, porque yo sí guardo la certificación de su autenticidad, pero no la pintura.

Al escucharlo, Francis dejó caer los hombros.

—No pensé que el cuadro pudiera ser suyo, es decir... lo encontré en un sótano, escondido. La verdad, no sé qué decir...

—No te preocupes, jovencito. Perdona, estoy tan viejo que para mí cualquiera por debajo de los cincuenta años es un muchacho. Permíteme tutearte. Todo en esta vida tiene un precio. Tú lo encontraste y eso tiene un valor. Te compraré el cuadro, por el precio que desees; lo pagaré. A estas alturas de la vida el dinero es lo que menos me importa; satisfacer un deseo vale para mí más que todo el oro del mundo. Y deseo este cuadro.

—Pero si el cuadro era de su familia y lo robaron, yo no...

Skósyrev soltó una carcajada.

—Gente como tú no existe en estos días. Tú lo descubriste y eso tiene un valor. Hagamos un trato —propuso el ruso—. Trasládate a vivir a Nueva York. Allí reside y tiene su taller de restauración la persona que sabe tanto o más que tú de Leonardo. Podrían trabajar juntos y estoy seguro de que lo harán bien. A cambio, te pagaré por tus servicios, me ocuparé de tu estancia en esa ciudad y cuando el cuadro esté restaurado te daré una bonificación apreciable. —Luego de unos momentos de silencio, añadió—: Soy un anciano. No sé si llegaré a ver la obra terminada, pero en el caso de que muera antes, todo lo que acabo de decir quedará firmado ante notario y será del conocimiento de mi hijo Alexander. ¿Qué dices?

—Restaurar esta pintura es mi mayor deseo, señor Skósyrev. Pero instalarme en Nueva York... tengo una novia en Pitigliano y no quisiera estar lejos de ella tanto tiempo.

—¡Tráela contigo! Pueden vivir en Nueva York el tiempo necesario.

—De acuerdo —dijo Francis sin pensarlo más.

Skósyrev le extendió la mano y sonrió complacido.

—Ni siquiera me has preguntado cuánto te pagaré.

—Confío en usted, creo que lo que reciba será lo justo.

—¿Dónde conseguiste a esta joya de hombre? —preguntó Skósyrev—.

Les invito a una buena vodka para cerrar el trato.

Daniel no tuvo más que mirar el rostro de Konstantin para saber que se sentía feliz, igual que Francis. Se alegró de haber logrado que ambos estuvieran satisfechos.

Planearon el traslado de la obra, el viaje de Francis a Pitigliano y su regreso a Nueva York, anotando fechas y tomando notas, uno y otro entusiasmados con el proyecto.

—Mañana puedes pasar por el despacho de Alexander que se encuentra por estos días en Chicago a firmar el contrato. Y la próxima vez espero verte en Nueva York —le dijo al despedirse.

—Querido Dan, muchas gracias. Este ha sido uno de los mejores días de mi vida. ¿Por qué no vas a ver a Yvanna?, la he notado un poco triste estos días —agregó en tono confidencial antes de despedirse.

—Lo haré, Kosta. Será un placer.

Skósyrev sonrió mirándolo con cariño y le dio un beso en la mejilla.

Una vez en el auto, Francis miró a Daniel y dijo:

—¡Lo hicimos!

—Lo hiciste, yo me limité a observarlos. Estoy seguro de que ese bono del que habló Kosta será muy bueno. Estamos hablando del *Salvator Mundi*.

Francis rio por el comentario, Daniel empezaba a apreciar las obras de arte.

—No, Daniel, si no fuera por ti hoy andaría perdido, con el cuadro en el maletero.

—Voy a llamar a Xía —dijo Daniel.

—¿Quién es?

—Ya verás.

Buscó un nombre en el móvil y poco después contestó una voz.

—Residencia del doctor Moses Bendahan.

—¿Se encuentra la señora Xía?

—¿Quién la llama?

—Daniel Kozlowski.

Esperó unos segundos y escuchó su voz

—¡Daniel!, qué sorpresa, ¿cómo estás, chiquillo?

—Estoy en Chicago. Iré a visitarte si me prometes un buen almuerzo.

—Justo empiezan a cocinar. Te espero, hijo, ya sabes: a las doce y treinta.

—Iré con un amigo.

—Habrá comida de sobra. Trae a quien quieras, Daniel.

—Hasta pronto, Xía —se despidió Daniel—. Hoy tendremos un almuerzo decente —prometió a Francis.

—¿Quién es Xía?

—La mujer del hombre que me crio. Ya es una anciana, vive en la misma casa donde crecí al venir a este país. Era la asistente de Samuel Bendahan, pero ellos se entendían, ¿comprendes? Quedó sola en la casa tras la muerte de Samuel, y ahora la cuidan un par de mujeres. Xía nunca quiso ir a una residencia de ancianos.

Capítulo 61

Chicago, Illinois, 2005

La casa de Bendahan

Una asistenta abrió la puerta y les indicó dónde se encontraba Xía. Fueron hacia el despacho que Daniel vio por primera vez casi sesenta años atrás. Xía los esperaba en una silla de ruedas. Había envejecido desde la muerte de Bendahan.

—Siéntate, Daniel, y tú también, hijo —dijo dirigiéndose a ambos.

Daniel se acercó y le dio un beso. Ella lo recibió con cierta lejanía. Como siempre había sido. Francis la saludó sin extenderle la mano y se sentó.

—Vine a arreglar algunos asuntos y quise verte. ¿Te encuentras bien?

—Tan bien como se puede estar a mi edad. ¿Y tú? ¿Qué haces en Chicago?

—Volveré a vivir aquí, Xía. No resultó lo de Viveka.

Ella asintió como dándose la razón.

—Es difícil encontrar a la persona correcta, hijo. Muy difícil.

—Algunos tienen suerte.

—Sí. Algunos tenemos suerte —dijo ella haciendo un gesto de satisfacción.

Xía jamás había admitido su relación con Bendahan, y a esas alturas de la vida Daniel no pensaba preguntarle por ello, pero sabía a qué se refería.

—¿Tienes dónde quedarte?

—Sí, en mi casa.

—¿Cuál de ellas? Porque tienes varias, ¿no?

—La última, donde viví con Viveka.

—Es una casa magnífica, pero debe de estar descuidada. Podrías quedarte aquí mientras la acondicionan.

—No, Xía, estaré bien, de veras, pero muchas gracias.

—Entonces ven a comer aquí todos los días, sé que tu fuerte no es cocinar.

—Lo haré a menudo, te lo prometo.

La enfermera anunció que el almuerzo estaba servido y todos fueron al comedor. Xía podía comer sin ayuda, pero no podía caminar por un problema en la cadera del que había rehusado volver a operarse, después de tres intervenciones fallidas. Contaba noventa y siete años, explicó con su eterna sonrisa.

Después de varios días en los que habían comido desastrosamente, los platillos les parecieron deliciosos. Una vez terminado el almuerzo, Daniel subió con su joven amigo a la buhardilla donde pasó los primeros años en ese país. Estaba idéntica. Los libros de sus primeros años en la escuela seguían alineados como si los hubiera dejado la noche anterior.

—Este lugar me hace recordar a las casas de Pitigliano. Son pequeñas. Nosotros vivimos en lo alto de la galería, en un apartamento de cuarenta y siete metros cuadrados, y nos sentimos cómodos.

—Aquí te acostumbrarás a lugares más espaciosos, estoy seguro de que Kosta te conseguirá uno de sus apartamentos de Nueva York sabiendo que vienes con tu novia.

—Debo llamarla. Le contaré las buenas noticias.

—Te dejo. Estaré abajo, en el despacho.

Por el camino se encontró con la enfermera.

—La señora Xía está descansando ahora —dijo—. Últimamente se levanta muy pocas veces de la cama, debe quererlo mucho a usted, porque quiso recibirlo bien arreglada.

—¿Cuál es el diagnóstico?

—Vejez —dijo ella—. Y tal vez soledad.

—Comprendo —dijo Daniel pensativo—. Con el doctor Bendahan la vi mucho mejor, de eso hará unos nueve meses. —Iré a despedirme.

La enfermera asintió y fue hacia la cocina llevando una bandeja metálica cerrada y Daniel entró al dormitorio. Xía lo vio acercarse y le hizo un gesto con la mano.

—Dan, siéntate. Quiero pedirte un favor.

Él se sentó en una silla al lado de su cama.

—Tú dirás, Xía. Escucho.

—Cuando muera quisiera que esparcieras mis cenizas sobre la tumba del doctor Bendahan —dijo ella, como siempre, con su voz sin inflexiones y con su eterna sonrisa.

Daniel la miró y movió la cabeza afirmativamente. ¿Qué más le podría

decir?

—Así lo haré. Xía. —Ella hizo un gesto de satisfacción. Daniel le dio un beso en la frente—. Debo irme ahora, te dejaré descansar, muchas gracias por todo, Xía.

Xía cerró los ojos y se sumió en un dulce sueño. Daniel salió de la alcoba y fue al despacho, a la habitación con estantes llenos de libros que tanto lo había asombrado la primera vez, se sentó en un sillón frente al favorito de Bendahan, entrecerró los ojos y se lo imaginó dándole consejos, como solía hacer. *Eras un hombre bondadoso, Sam. Tuve mucha suerte en la vida y no la supe aprovechar. Uno comprende los consejos cuando ya es viejo.*

Capítulo 62

Chicago, Illinois, 2005

Alexander Skósyrev

Alexander tenía un porte muy similar al que había tenido su padre cuando Daniel lo conoció, excepto por que era un poco más alto. Su rostro de mirada engañosamente soñadora calzaba perfectamente con la idea que tenía de la imagen de los rusos clásicos, y esta vez más, a ojos de Daniel, al enterarse por boca de su padre que provenía de una línea familiar ligada a los Romanov. Comprendía entonces la elegancia y el porte innatos de Yvanna, algo que no se aprendía en las clases de etiqueta, porque provenía de sangre.

Los recibió con su agradable sonrisa, la misma que recordaba Daniel, y después de los saludos de rigor le dio a leer el acuerdo a Francis, quien lo leyó con suma atención, como suelen hacer los abogados y asintió.

Era un acuerdo bastante favorable para él. Tendría, durante el tiempo que durase la restauración una remuneración de diez mil dólares mensuales; ocuparían un apartamento en el bajo Manhattan de ciento treinta metros cuadrados completamente amueblado y podía utilizar un auto puesto a su disposición mientras durase el contrato. Los gastos de ida y vuelta en avión serían pagados por una de las empresas que manejaba Alexander Skósyrev. A cambio, se comprometía a trabajar con la doctora Dianne Dwyer Modestini, quien prestaba servicios en el Centro de Conservación del Instituto de Bellas Artes de la Universidad de Nueva York.

En el último acápite figuraba un punto especial: el consorcio Skósyrev utilizaría uno de sus bufetes de abogados para ocuparse de la reclamación de la herencia de Francis Hamilton y sus propiedades en Hyde Park, Poughkeepsie, en el condado de Dutches. A cambio, el señor Francis Hamilton aceptaba que su nombre no se mencionase en la restauración de la obra en la que trabajaría.

Al leerlo, Francis elevó la mirada de expresión atónita hacia Alexander, al otro lado del escritorio.

—Esto último, ¿qué significa?

—Cosas de mi padre. Él cree firmemente que las herencias son sagradas.

—Me refiero a que mi nombre no figurará como restaurador de la obra.

—Creo que será conveniente para ambas partes. No deseamos que lo vinculen a usted con el cuadro, así lo desligamos de la forma como llegó a su poder. Cuantos menos rastros, mejor. Por otro lado, tampoco es bueno que en el condado de Dutches se sepa que Konstantin Skósyrev está detrás de la reclamación de su herencia. Los abogados que se encargarán de que todo salga como es debido no están relacionados con nuestro lobby.

—A mi padre lo desheredaron y nos echaron de esa casa...

—En lo que a nosotros concierne, el desheredado fue su padre. Según las leyes del estado de Nueva York, usted, como nieto del difunto, al no haber otros herederos, tiene pleno derecho a la herencia que en ese momento se encuentra en manos del condado, ya que el abogado que quedó a cargo de la administración de los bienes de su señor abuelo falleció sin dejar instrucciones.

Cuando Daniel iba a intervenir para tratar de convencerlo de que aceptara el trato, Francis respondió.

—No tengo ninguna objeción que hacer, señor Skósyrev. Me parece bien.

—Solo tiene que firmarlo y a partir de ese momento entra en vigor.

Francis estampó su firma en el documento y se lo entregó. A cambio, Alexander le dio las llaves del apartamento y del coche.

—Muchas gracias, la verdad... estoy sorprendido.

—Mi padre se lo agradece de todo corazón. Toda nuestra familia está en deuda con usted, señor Hamilton. Lo esperamos de regreso muy pronto.

—Así será, señor Skósyrev.

—Gracias, Alex, me alegró verte de nuevo —dijo Daniel al despedirse.

—A nosotros también, querido amigo. Más de lo que crees.

Con un apretón de manos quedó sellada la conversación. Alexander le dio un beso en la mejilla a Daniel, como en los viejos tiempos.

Al llegar al pasillo de los ascensores uno de los empleados se acercó para entregarle la maleta y el maletín a Francis. Ambos bajaron del piso cuarenta y seis y una vez en la calle tomaron un taxi para el aeropuerto.

—Estoy abrumado —confesó Francis.

—Suele suceder con los Skósyrev.

—Creo que hiciste bien en aceptar que no te implicaran en la

restauración.

—También lo pensé. La profesora Bermang del Vassar College no quedó muy convencida con la explicación que le di. Además, todo el mundo en Poughkeepsie sabía que la Casa Hamilton no me pertenece. Si se sospecha que el cuadro estaba allí, que haya dispuesto de él podría parecer un robo.

—El agente Thomas lo vio...

—Thomas solo vio un retrato de Hitler. Que no se parece en nada al *Salvator Mundi*.

Una vez en el terminal se dieron un fuerte abrazo.

—Adiós, Francis. Gracias por acompañarme en mis malos momentos.

—Quien debe agradecer soy yo, Daniel. Si no fuera por ti, nada de esto estaría sucediendo.

—Tal vez sí, pero de otra manera. ¡Quién sabe! Llámame cuando regreses, me gustaría conocer a tu bella Orazia.

Capítulo 63

Chicago, Illinois, 2005

Yvanna Skósyrev

Lo primero que hizo Daniel al regresar fue contratar a una empresa de limpieza para adecentar la casa. La decoración era sencilla y de buen gusto y a pesar de la larga ausencia los muebles y electrodomésticos funcionaban bien. Así que no requirió más que una limpieza a fondo, cambio de cortinas y de todo lo que estuviera deteriorado por falta de uso. Él personalmente se ocupó del jardín que, aunque de buen tamaño, en nada se podía comparar con el de la Casa Hamilton. Mientras tanto, durmió en un hotel, le desagradaba el ambiente desordenado que reinaba allí.

Una vez concluido el mantenimiento, recorrió la casa y se sintió satisfecho. No era un mal lugar para pasar sus últimos años. Se sentía inexplicablemente tranquilo, tal como ocurre con la naturaleza después de una tormenta. Recordó la promesa hecha a Konstantin y llamó a Yvanna.

—Hola, Yvanna.

—¿Cómo estás, Daniel? Me dijeron que habías vuelto.

—Estoy aquí desde hace una semana, más o menos. ¿Te gustaría tomar un café?

—Me encantará, supongo que tendrás mucho que contar.

—Nada que valga la pena, solo deseo verte y conversar contigo.

—Ven a recogerme esta tarde a las cuatro, ¿te parece bien?

—Ahí estaré.

Después de cortar la comunicación, Daniel miró un buen rato el móvil, intentando desentrañar lo que sentía en esos momentos. ¿La había llamado porque deseaba verla? ¿O porque se lo había prometido a Kosta? Quizá por ambas cosas... Le gustó la sensación de ser él quien tomaba esta vez la iniciativa. Y esperó con alguna inquietud que fuese la hora.

Se vistió de traje y corbata. Deseaba causar buena impresión, no la imagen de un hombre derrotado. Con ella había aprendido a actuar siempre a la defensiva. Cuando llegó a su casa, la que habían ocupado juntos, volvió a

sentir la sensación de estar fuera de lugar. Pese a la confortable decoración, a los salones con muebles mullidos, a los colores claros y agradables a la vista se sintió incómodo. Esperó en el salón que le indicó la mucama y se quedó de pie con las manos en los bolsillos del pantalón mirando a través de los ventanales. Hermoso lugar, admitió. Escuchó unos ligeros pasos a su espalda y se volvió. Yvanna venía su encuentro.

—Hola, Daniel. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Te ves hermosa, como siempre —respondió él, aspirando el perfume tan conocido.

Ella lo examinó sin recato de pies a cabeza, complacida.

—La barba te sienta y me parece que bajaste unos cuantos kilos. Eso también se ve bien en ti. Con las mujeres de mi edad ocurre siempre lo contrario.

—Una mujer con barba no se ve muy bien, estoy de acuerdo —bromeó.

Escuchó la misma risa cantarina de antes. Pero ya no era la misma. Tenían la misma edad, pertenecían a la misma generación. Sin embargo, el atractivo de Yvanna se había transformado, aunque no aparecían rastros de cirugía en su rostro, y su cabello antes largo y sedoso ya era blanco y corto, y hacía resaltar sus delicadas facciones. Su presencia seguía siendo imponente.

—Me dijeron que te trasladas a Chicago. ¿Qué sucedió?

—Nada que pueda sorprenderte, Yvanna. Como era de prever ella tomó su camino y yo el mío. No pude complacerla, Viveka deseaba una vida activa, tal como se imaginaba que yo vivía a tu lado, pero yo deseaba tranquilidad. Lo mismo sucedió contigo, ¿recuerdas? Creo que no estoy hecho para compartir mis gustos con las mujeres.

—¿No con las mujeres? ¿Entonces prefieres ser gay?

—Ni se me había cruzado por la mente —rió Daniel.

—¿Y qué de ese joven atractivo llamado Francis?

—Es un joven que hubiera deseado como hijo.

—Un hijo... deseé tanto tenerlo, Daniel, no te imaginas cuánto —murmuró con tristeza Yvanna.

—¿Volviste a casarte?

—Nunca tuve un amante, un novio, ni siquiera un amigo sincero. Solo acompañantes que se paseaban conmigo como si llevaran un trofeo. El único que pareció inmune a mi influjo fuiste tú, Daniel.

—Tú lo elegiste así. ¿Sabes lo que me dijo Viveka antes de irse?

«Yvanna me echó en tus brazos, si no fuera por sus celos, te habría seguido viendo como mi jefe, el inalcanzable doctor Daniel Kozlowski.»

—¿Eso es verdad? —preguntó Yvanna con asombro contenido—. ¿Y la mancha de carmín en la chaqueta?

—Fue a parar allí porque ella es más baja que tú y no tuvo el cuidado de poner la mejilla, ¡o qué se yo! Cuando las mujeres se proponen algo lo logran y ella lo hizo. Pero yo no esperaba que tú, una mujer de mundo y tan segura de ti misma, cayeses en esa trampa absurda. A medida que tus celos arreciaban empecé a mirarla con otros ojos y no puedo negar que me parecieron apetecibles sus cuarenta años, ¡Una mujer a los cuarenta y dos años para un hombre de sesenta y seis es casi una jovencita!

—Y más si se hace la mosquita muerta...

—Lo admito. Pero después tomé en cuenta otros motivos: era tranquila, su presencia me proporcionaba calma, mientras la tuya era un torbellino. Siempre encontrabas la manera de sacarme de mis casillas. Una diferencia oceánica. La casa ya no parecía mía con tanta gente desconocida por todos lados... Llegaba del trabajo y no te encontraba, preferías organizar eventos de caridad o de apoyo político, te negabas a acompañarme en mis viajes... ¿Cómo se podía vivir así?

Conversaban, casi discutían, como lo harían dos viejos amigos, no existían rencores, celos o deseos de revancha, solo la solidaridad de los que pasaron largo tiempo viviendo juntos.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—Ya hablé con algunos colegas de la Universidad de Chicago. Impartiré clases prácticas de neurocirugía. No reabriré el consultorio. Con las clases diarias será suficiente. ¿Y tú? ¿Sigues moviéndote en tus círculos de amistades?

—No como antes. Me gusta estar en casa. Ya no tengo el mismo ímpetu —dijo Yvanna bajando la cabeza.

—Lo siento —dijo Daniel... —Te invito a salir de tu refugio. Vayamos a algún lugar donde demos qué hablar —bromeó él.

—Me parece perfecto. Regreso en un minuto.

Y aunque, a los ojos de Daniel, Yvanna no necesitaba mejorar su imagen en ningún aspecto, aceptó de buena gana ese minuto que se transformó en diez, tal como calculó. Cuando reapareció no notó ninguna diferencia, excepto por el pequeño bolso tipo sobre que ella sabía llevar con

tanta elegancia. Al ver la camioneta Cherokee hizo un gesto de perplejidad, pero subió de buena gana. Fueron a uno de esos restaurantes que a ella le encantaban, en donde probablemente más de la mitad de los comensales los conocían. Y se divertieron recordando momentos que se sucedían unos tras otros. Daniel no había caído en la cuenta de lo diferente que era tener como interlocutora a una mujer como Yvanna. Acabaron la botella de champagne y pidieron otra. Ambos tenían resistencia al alcohol, bebieron como dos cosacos. Terminaron con vodka, obviamente polaca, y el maître les pidió un taxi, al salir iban agarrados de la mano, como viejos amantes.

—¿Adónde los llevo, señor? —preguntó el chófer.

—A casa —dijeron al unísono—. Daniel sintió la cabeza de ella apoyada en su hombro, cerró los ojos y no dijo nada.

Al entrar en la casa fueron directamente al dormitorio, se desvistieron y se metieron a la cama, como si no hubieran transcurrido tres años. Ella se arrebujo en su cuerpo y Daniel le acarició la espalda hasta que quedaron dormidos.

A las cinco y treinta de la mañana, Daniel abrió los ojos. Miró palmo a palmo la habitación y no encontró nada fuera de lugar. Sobre su mesilla de noche todavía conservaba su lugar el portarretratos con la foto de su boda, dos rostros jóvenes, felices y esperanzados en la vida que tenían por delante. ¿Cómo hicieron para terminar cada uno mirando hacia un horizonte diferente? Miró el rostro de Yvanna, ella nunca despertaba hasta después de las nueve. Su cutis ya no era lozano, sin embargo la laxitud del mundo onírico en el que debía vagar su mente le daba un aire de paz que a Daniel le pareció sublime. Salió de la cama con sigilo y fue a ducharse, después fue al sótano, a la habitación destinada a sus ejercicios de *Zhì mìng de gōngjǐ hé jízhōng* para ver si todavía estaba como la había dejado, y vio con satisfacción que nada había cambiado. Dos horas más tarde subió a la habitación y escuchó con sorpresa el ruido de la ducha.

Yvanna salió del baño envuelta en una bata de felpa y lo arrastró a la cama. Hicieron el amor como dos jóvenes apasionados. No hubo preguntas que hacer porque lo sabían todo el uno del otro.

—Te amo —dijo ella.

—Yo también te amo, Yvanna. Tuve que estar lejos de ti para saberlo.

—¿Viveka era tan buena en la cama como yo?

Esta vez Daniel no cayó en la trampa. De vez en cuando no se puede

decir la verdad.

—Jamás. Y no deseo que vuelvas a mencionarla. No son comparables absolutamente en nada.

Yvanna cerró sus ojos grises y sonrió satisfecha.

—Así será, mi amor. Así será.

—¿Vivirías en mi casa?

—Iré adonde tú vayas —contestó Yvanna.

Él la abrazó con ternura. Irían a donde fueran felices, ya no importaba el lugar. Finalmente comprendió que la felicidad consistía en estar al lado de la persona amada.

—Tomemos juntos nuestro último tren, Yvanna, y no dejes que baje en la próxima estación.

Nota de la autora

Mi agradecimiento especial al doctor Francisco Kerdel-Vegas, quien me proporcionó los veraces datos históricos que se suscitaron a raíz del regalo de Francisco Franco al papa Pablo VI.

En el año 2005, época en que transcurre la novela, la pintura *Salvator Mundi* fue «descubierta» de manera misteriosa y catalogada como una copia en una subasta regional en Nueva Orléans, Estados Unidos. Sus nuevos dueños encargaron su restauración a dos especialistas, de los cuales se dio a conocer el nombre de uno solo. En 2007, Dianne Dwyer Modestini, restauradora del Programa Kress, del Centro de Conservación del Instituto de Bellas Artes de la Universidad de Nueva York, dio por terminada la restauración integral del *Salvator Mundi*.

En el año 2008 la obra se exhibió en la Galería Nacional de Londres, donde Vincent Delieuvin, del Louvre de París, confirmó la autenticidad de la pieza.

En 2011 *Salvator Mundi* se presentó en la exposición «Leonardo da Vinci: Pintor en la Corte de Milán», en la National Gallery de Londres. Su inclusión entre las dieciséis obras expuestas del maestro toscano se produjo después de más de seis años de investigaciones para documentar su autenticidad.

En 2013 el cuadro pasó a manos del marchante de arte Yves Bouvier, para ser adquirido después por el multimillonario ruso Dmitri Rybolovlev, por ciento veintisiete millones quinientos mil euros.

En 2017 *Salvator Mundi* fue subastado por la casa Christie's en trescientos ochenta y dos millones de euros, en una subasta que duró dos horas entre dos compradores anónimos que hicieron sus pujas por teléfono.

Los fragmentos insertados en los recuerdos de Francis Hamilton en la presente novela fueron extraídos del libro *Tratado de Pintura, de Leonardo Da Vinci*, una edición realizada sobre la clásica de Jean Paul Richter de 1939. Por lo que se sabe, Leonardo legó sus notas y apuntes a su fidelísimo discípulo Francesco Melzi, quien los conservó como oro en paño hasta su muerte ocurrida en 1570.

Mi agradecimiento especial a Fernando Hidalgo por su ayuda en la revisión del manuscrito.

Escribir “Hijo del pasado” fue una grata experiencia, me hizo recordar partes de la vida de Waldek, y tal vez mi subconsciente me llevó a situarlo en una vida diferente, si se hubiese topado con alguien como Samuel Bendahan.

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí, querido lector, espero que haya pasado algunas horas agradables.

Blanca Miosi

Biografía

Blanca Miosi nació en Perú y vive desde hace décadas en Venezuela.

Publicó su primera novela *La búsqueda*, por Roca Editorial, Barcelona España, en 2008 basada en la vida de su esposo, prisionero superviviente del campo de concentración de Auschwitz. Tuvo una gran acogida. Fue ganadora del Thriller Award 2007 y seleccionada como la novela en español más vendida de todos los tiempos en Amazon.

En 2009 publicó de la mano de Editorial Viceversa, Barcelona España, *El legado*. Un fascinante relato sobre una saga familiar basada en el personaje Erik Hanussen, considerado durante muchos años el mejor vidente de Berlín y consejero personal del Adolf Hitler. A la venta en España, Sudamérica y ahora en Amazon en formato Kindle y de papel.

A partir de febrero de 2011 su novela *El manuscrito 1 El secreto* seleccionada en Amazon por Ediciones B, para el sello B de Books.

La trilogía *El manuscrito* actualmente se publica a través de Amazon Publishing.

Sus novelas están traducidas al inglés, francés y chino.

Invitada especial por la República de Taiwán como representante de Perú al XX Congreso de la Asociación Mundial de Mujeres Periodistas y Escritoras con sede en México en noviembre de 2012. (AMMPE) Su ponencia: “La edición digital y cómo utilizar la Social Media para promover al escritor”.

Invitada especial y ponente al primer evento de autores independientes organizado por Amazon en Madrid en Junio de 2015.

Jurado del Premio Literario Amazon en los años 2017 y 2018.

Miembro activa del Círculo de Escritores de Venezuela

Si te gustó esta novela te invito a leer mis otras obras en Amazon:

[LA BÚSQUEDA](#), la historia de un niño polaco católico. Solo quería ser un Boy Scout, pero la vida lo transformó en un héroe. Fue prisionero de los nazis en Auschwitz y en Mathausen, pero su historia no termina ahí. Apenas comienza. Tomado de hechos de la vida real. Thriller Award 2007. Traducida al inglés y francés.

[EL LEGADO](#), misterio, intriga e historia unidos. La vida del personaje más controversial entre los allegados a Hitler: su astrólogo. El vidente Erik Hanussen. El único que se enfrentó al Führer y osó retar al destino. ¿Y si un desconocido ofrece concederte un deseo?

[EL CÓNDOR DE LA PLUMA DORADA](#), una historia de amor que dio inicio al secreto mejor guardado de los incas. El imperio incaico, su vida, guerras intrigas... Absolutamente documentada. Finalista del Premio Novela Yo Escribo.

[EL SECRETO, el manuscrito 1](#). La novela que batió todos los récords de venta en Amazon y actualmente a la venta en todas las tiendas digitales, en los primeros lugares. Un manuscrito misterioso en el que está escrita la vida de las personas es hallado por un escritor fracasado. Nicholas Blohm comprende que debe ubicar a los personajes de la novela y... se convierte en uno más. Traducida al inglés y francés.

[EL COLECCIONISTA, El manuscrito 2](#). Un mensaje oculto por Giulio Clovio el miniaturista más famoso de la historia, desata la aventura, una búsqueda que se lleva a cabo en pleno siglo XXI.

[EL RETORNO, El manuscrito 3](#). El cierre perfecto para la trilogía. Una aventura que nos lleva de la mano desde la Baja Edad Media hasta nuestros días.

[LA ÚLTIMA PORTADA](#), relata la historia de Parvati, la hermafrodita. Hombres y mujeres la adoraban. El abandono de la espiritualidad frente a la decadencia de Occidente. Apasionante historia de amor.

[EL PISO DE LA CALLE RYDEN](#), y otros cuentos de misterio, intensos, oscuros, misteriosos...

[AMANDA](#) es gruesa, tosca y sin modales, pero tiene en su poder algo que enloquece a los hombres.

[EL GIGOLÓ](#) una historia de amor exquisito. Cuando los sentimientos van más allá de lo permitido. Una novela romántica.

[¿QUIÉN ERA BRIAN WHITE?](#) Un misterio que nace desde su concepción. Un amor arrollador que determinará su camino.

[DIMITRI GALUNOV](#) El niño encerrado en el psiquiátrico no estaba loco; poseía una de las mentes más brillantes del universo.

[EL RASTREADOR](#), Encarcelado, convertido en terrorista y lanzado a la misión para liberar al hombre que se quedó con la mujer de su vida.

[LA LISTA](#), El que esté libre de pecado... Cada ser humano tiene sus motivos particulares, sus necesidades ocultas y sus vicios inconfesables.

[EL SUSTITUTO](#), Fedor Mogliani no contaba con encontrar en su camino a Mark Carter, un joven deforme recluido en una silla de ruedas: sus músculos se estaban convirtiendo en hueso. Uno era un genio. El otro sufría una enfermedad incurable. Ni las personas más cercanas pudieron diferenciarlos, incluyendo a su padre. ¿Cómo lo hicieron?

Enlaces de la autora

Página web: <http://www.blancamiosi.com>

Blog: <http://blancamiosiysumundo.blogspot.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/blancamiosiysumundo/?fref=ts>

Twitter: <https://twitter.com/BlancaMiosi>

Amazon: <http://www.amazon.com/Blanca-Miosi/e/B005C7603C>